WALDEMAR HECKEL

LAS CONQUISTAS DE

ALEJANDRO MAGNO



GREDOS

«En el 325 a. C., Alejandro y su ejército conquistador se preparaban para regresar a casa tras haber vencido cuanto habían encontrado a su paso: ejércitos, terreno, clima..., factores todos ellos invariablemente hostiles. Algunos viajaban por mar y otros siguiendo el desierto costero para consolidar su victoria y contemplar la magnitud de sus logros. Poco podían imaginarse que, en apenas dos años, su amado rey habría muerto y sus esfuerzos se habrían echado aparentemente a perder, quedándoles únicamente las cicatrices del combate y los recuerdos (lentamente desvaneciéndose) de aquella aventura gloriosa en Oriente». En este análisis del ascenso y la posterior caída de uno de los más triunfales caudillos militares de la historia, Waldemar Heckel nos muestra con un estilo atractivo y una gran atención al detalle cómo Alejandro se ganó el apelativo de Magno («el Grande»). Alejandro Magno fue uno de los caudillos militares más triunfales de la historia. En sólo once años, unificó las múltiples ciudades-estado de la antigua Grecia, conquistó el Imperio Persa y llegó incluso a posar su mirada en el occidente europeo. Se le ha considerado la reencarnación de Aquiles, el héroe legendario, pero también un gran destructor, un megalómano obsesionado con la dominación del mundo.

En LAS CONQUISTAS DE ALEJANDRO MAGNO, Waldemar Heckel rechaza la imagen de un Alejandro joven e irracional lanzado heroicamente en pos de la fama y la inmortalidad. Dejando completamente a un lado el debate en torno a su carácter, el autor trata de juzgar la trayectoria y los logros del monarca macedonio fundamentándose en las pruebas históricas. Mediante un relato atractivo y equilibrado de una serie de acontecimientos militares clave, Heckel muestra cómo lograba Alejandro imponer su voluntad sobre quienes lo acogían con favorable predisposición y cómo los derrotados perdían toda capacidad de seguir resistiéndose a su poderío militar.

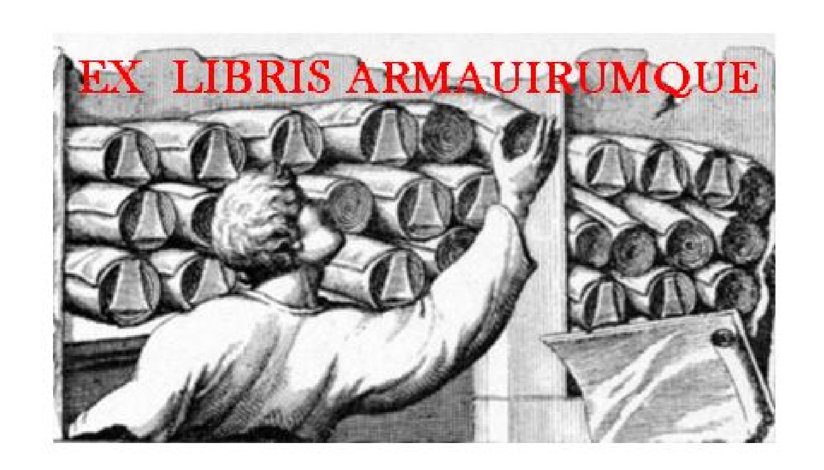
WALDEMAR HECKEL es profesor de Historia Antigua en el departamento de estudios grecorromanos de la Universidad de Calgary (Canadá). Estudioso de la era de Alejandro Magno, es autor de *The Marshals of Alexander's Empire* y de *Who's Who in the Age of Alexander the Great: Prosopography of Alexander's Empire*, obra esta última que fue catalogada por el *Times Literary Supplement* entre «los mejores libros de 2006». El profesor Heckel es uno de los editores fundacionales del *Ancient History Bulletin* y ha colaborado con John C. Yardley en diversas traducciones de (y comentarios sobre) los Alexander Historians.

Diseño de la colección: Luz de la Mora
Imagen de la cubierta: *Alejandro el Grande*, Donato Creti (1671-1749) © Fine Art Photographic Library/Corbis

WALDEMAR HECKEL

Las conquistas de Alejandro Magno

TRADUCCIÓN DE ALBINO SANTOS MOSQUERA





EDITORIAL GREDOS, S. A.

MADRID

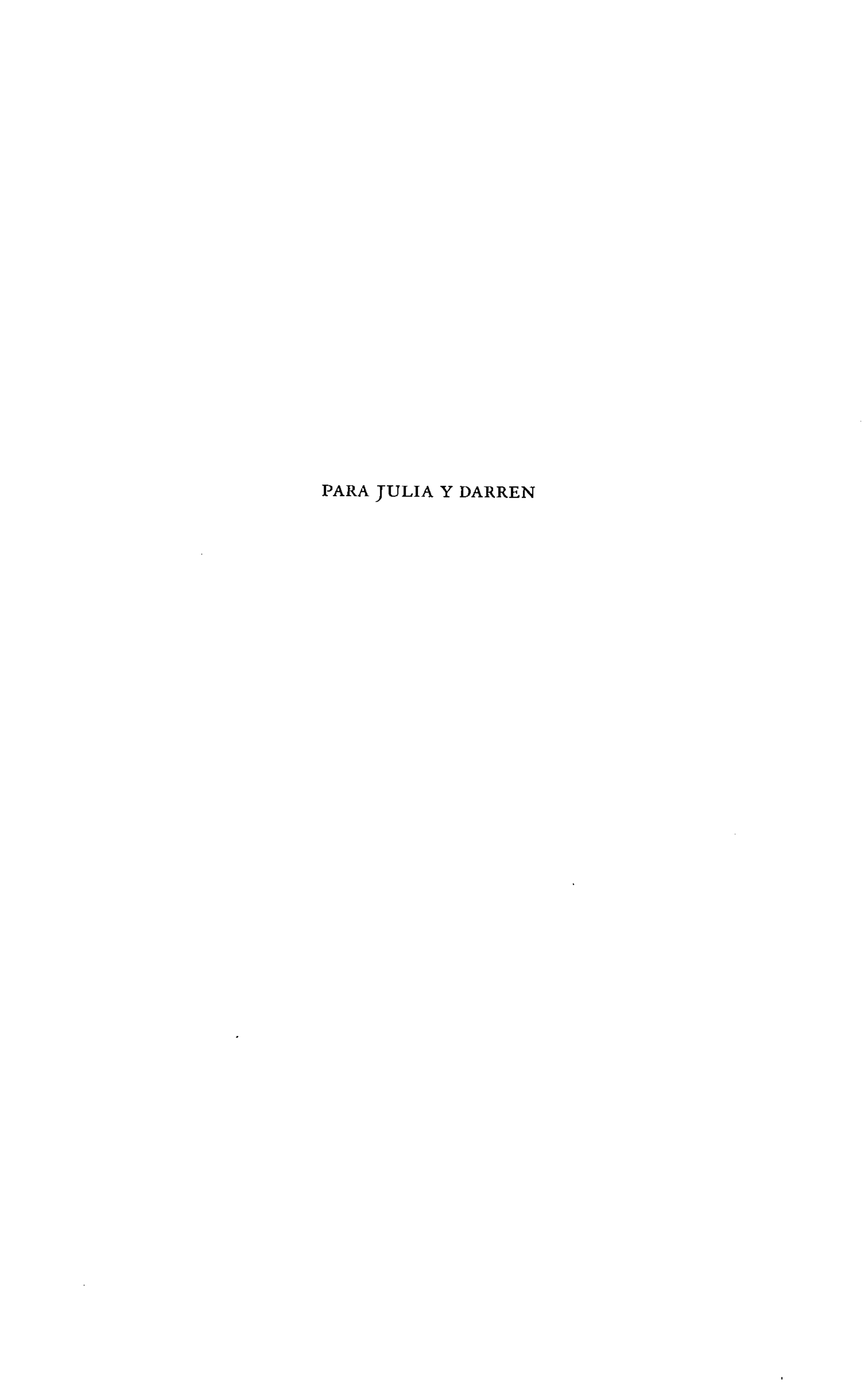
Título original:
The Conquests of Alexander the Great

López de Hoyos, 141, 28002 Madrid.
www.rbalibros.com

Primera edición: mayo de 2010.

VÍCTOR IGUAL • FOTOCOMPOSICIÓN
TOP PRINTER PLUS • IMPRESIÓN
DEPÓSITO LEGAL: B-20038-2010.
ISBN: 978-84-249-0867-6.
Impreso en Novagrafik

Impreso en España. Printed in Spain.



PARA JULIA Y DARREN

CONTENIDO

PREFACIO

El objetivo de este libro es ofrecer una introducción inteligente a las conquistas de Alejandro Magno (334-323 a. C.). No se trata de una biografía y poco o nada explico acerca de la juventud de Alejandro, su orientación sexual, la doma de Bucéfalo y otros temas por el estilo. Tampoco entro en detalles a propósito de la naturaleza de la muerte del propio monarca macedonio. Aunque aquí se comentan algunos aspectos de su personalidad (ya que vienen a cuento para entender mejor su «divinidad» y su «orientalismo»), lo que se enfatiza es la repercusión política de sus actitudes y sus acciones personales. Este libro, en resumidas cuentas, jamás pretendió constituir un tratamiento exhaustivo del personaje. Si bien el acento está puesto en los aspectos militares y políticos (incluidos los administrativos), las descripciones de las batallas se centran en factores y hechos clave, más que en el relato de todos y cada uno de sus percances y movimientos. Se dedica una mayor atención, pues, a los objetivos y las consecuencias, a la repercusión política de la acción militar y, en especial, al uso de la propaganda tanto a efectos de motivación como de justificación. Las conspiraciones y los motines se contemplan así dentro del contexto de la campaña, vistos como reacciones a las políticas de Alejandro y a los aparentes cambios de la personalidad de éste, y como síntomas de fatiga de combate o de desencanto entre sus oficiales y soldados con la marcha de sus carreras militares. En cualquier caso, repito que poco es el espacio dedicado a los pormenores de los complots o a las escenas de capa y espada.

Aun cuando es importante considerar a Alejandro y su éxito militar en el contexto de su época, también debemos recordar que, pese a la tecnología, los objetivos básicos de la conquista y las claves de la superioridad militar no han cambiado espectacularmente a lo largo de los milenios. De

hecho, el mariscal de campo Montgomery creía que los principios fundamentales de la guerra no habían variado desde los tiempos antiguos (ni siquiera en el siglo xx).[1] Quienes insisten en ver en Alejandro a una reencarnación de Aquiles, un joven irracional embarcado en una búsqueda heroica de fama e inmortalidad, han caído en el engaño de los fabricantes de mitos que dieron forma a la leyenda de Alejandro, y corren el riesgo (en mi opinión) de reducir a uno de los más grandes estrategas militares de la historia mundial a una especie de soñador pueril y mocoso mimado, encandilado por los aduladores y por sus propios delirios.[2] Esto se refleja no sólo en los subtítulos de moda de muchos de los libros que se publican en la actualidad sobre el tema, sino también en los enfoques ingenuos que adoptan quienes venden a Alejandro como si fuera un icono cultural. Hasta los niños se ven tentados por títulos como *Alejandro: el joven que conquistó el mundo* (de Simon Adams, para lectores de nueve a doce años de edad) o *Kids Who Ruled: Alexander the Great* (el nombre de cuyo autor no figura en los créditos del libro). Lo peor de todo es que el exceso de biografía y la insuficiencia de historia han hecho que se empezara la casa por el tejado. Ya no juzgamos a Alejandro por sus acciones, sus políticas y sus logros históricos. Más bien, interpretamos sus actos y sus motivos sobre la base de unas nociones preconcebidas en torno a su carácter psicológico y sus orientaciones sociales y sexuales. Son demasiados los que escriben sobre Alejandro hoy en día asegurando conocer lo que éste «habría» o «no habría» hecho. Ése es, en realidad, un proceso que ha venido transmitiéndose durante varias generaciones. Por ejemplo, C. L. Murison, en un artículo que trata en el fondo de justificar las acciones de Darío III, comenta: «En general, deberíamos recordar que Alejandro fue un joven impulsivo, cuyo brío y cuyo vigor le causaron frecuentes problemas: imaginarlo como un merodeador al acecho que aguarda su momento en lugares angostos, como si de Quinto Fabio Máximo se tratara, *es una idea que difiere tanto del personaje con el que estamos familiarizados* [la cursiva es mía] que debemos rechazarla, a menos que se demuestre fuera de toda duda».[3] Coincido por completo con G.L. Cawkwell cuando comenta que «quienes tienden a pensar que Alejandro Magno no podía cometer errores y que sus victorias [...] se siguieron como la noche sigue al día [...] deberían ser abandonados a su culto al héroe».[4]

En vez de aceptar los argumentos de los propagandistas del propio Alejandro y de sus posteriores hagiógrafos, he optado por adoptar una visión minimalista, en un esfuerzo por entender el papel de la propaganda sin dejarme embaucar por ella. Aquel mismo hombre que desdeñó arrogantemente la sugerencia de un ataque nocturno con las palabras «no robaré la victoria» no tuvo reparo alguno en hacer trampa cuando cortó el Nudo Gordiano con su espada; ni perdió el sueño por haber faltado a su palabra con los mercenarios indios, a quienes masacró tras haberles prometido libre paso, y, a pesar de que oficialmente se afirme lo contrario, quizás mantuvo relaciones íntimas con la esposa de Darío, una cautiva indefensa. De ahí que no me disculpe por reiterar mi versión sobre lo que aconteció a Alejandro en el Hífasis —una visión de los hechos a la que algunos se han opuesto por considerarla herética—, ya que es, a mi parecer, la que se desprende de la evidencia disponible y no una teoría que confirme una preconcepción subjetiva del rey. A juicio del profesor E. A. Fredricksmeyer, «hasta tal punto fue *en verdad* [la cursiva es mía] Alejandro un producto del culto antiguo al héroe —aquel que situaba el honor marcial y la gloria personal por encima de todas las consideraciones éticas— [...] que imaginarlo como el supuesto embustero que se las ingenió para ser derrotado por sus propios hombres en el Hífasis no es algo fácil de aceptar. ¿Y su orgullo?».[5] Si la *proskinesis* se introdujo, según sostienen la mayoría de estudiosos del tema, con el propósito de que se reconociera la divinidad de Alejandro, ¿no habría sido el rechazo de semejante experimento un atentado aún mayor contra su orgullo? Mejor será, pues, evitar esa clase de supuestos acerca de la psicología de nuestro protagonista.

Por otra parte, no tengo interés alguno en unirme a aquellos a quienes la novelista Mary Renault acusa de «desenmascarar» a Alejandro (Renault, 1974: 413) ni en ver a éste como un precursor de Hitler o Stalin, hombres con un talento sin igual para idear el mal, pero que (hasta cierto punto, al menos) son también criaturas de la mitología moderna. En el fondo, esos «desenmascaradores» son poco más que biógrafos que, como advirtió un autor, «desvían la atención de la obra de un hombre para centrarla en sus hábitos más nimios o, tal vez, viciosos [...] o reconducen el interés desde los más cumplidos y duraderos logros de su protagonista hacia los asuntos privados más intrascendentes de los que aquél se avergonzaba».[6]

Aquí no me propongo contar de nuevo la historia de las conquistas de Alejandro. Ése es un ejercicio que se ha hecho ya en un sinfín tal de ocasiones que parece inútil repetirlo. En vez de eso, he tratado de subrayar ciertos temas de importancia y, en determinados puntos, cuestionar algunas de las interpretaciones más genéricamente aceptadas. Al hacerlo, he optado por evitar el engorroso priamel academicista —«unos autores dicen esto, otros dicen aquello, pero yo digo...»— convencido de que resultará obvio que lo que presento es mi propia interpretación (o, en la mayor parte de los casos, una de las interpretaciones de otros académicos que yo acepto) y debería ser tratada como tal por el lector. También me he referido en mis notas y en la bibliografía a un variado abanico de obras y artículos, entre los que se incluyen varios títulos populares que resultan fácilmente accesibles y que incitan a la reflexión. Me he referido igualmente en algunos lugares a otras obras populares que probablemente llamen a engaño al estudiante en lo que a estos temas respecta, pero lo he hecho con la intención de atajar de antemano algunas nociones erróneas (como, por ejemplo, la persistente caracterización de Darío como un cobarde) o de ilustrar cómo una lectura superficial de las pruebas antiguas —que no tome suficientemente en consideración el sesgo o los aspectos prácticos originales— puede desembocar en conclusiones improbables.

Quienes estudian historia medieval, moderna e, incluso, contemporánea extraen a menudo paralelismos con la antigüedad. No es de extrañar, ya que los «clásicos» formaron durante mucho tiempo la base de la educación humanista. Habrá quien considere ridículo tratar de comprender el pasado en función de hechos posteriores. Mi propia experiencia —en particular, la que he acumulado en mis cursos y asignaturas sobre Alejandro— me dice que ese enfoque suele ayudar a los alumnos en vez de confundirlos. El uso de analogías tomadas de otros períodos de la historia no pretende implicar la existencia de paralelismos exactos[7] (ni, desde luego, atribuirme conocimientos expertos en otras áreas), sino más bien mostrar que las situaciones y los problemas que guardan una similitud suelen requerir soluciones similares.[8] Querría llamar la atención sobre las observaciones que William H. Prescott hiciera en 1847 a propósito de la formación militar y del reconocimiento oficial del príncipe inca: «El lector quedará menos sorprendido por el parecido que este ceremonial guarda con el

nombramiento de un caballero cristiano en la era feudal si repara en que es posible establecer una analogía similar acudiendo a instituciones de otras gentes más o menos civilizadas, y en que es natural que las naciones, ocupadas en la gran actividad que es la guerra, marquen el período en el que finaliza la educación preparatoria para la misma con similares ceremonias características».[9] Muchas sociedades aristocráticas y de conquista son, a mi juicio, asombrosamente parecidas en cuanto a sus objetivos básicos y a su organización. Ponen el acento en la acción y el honor militares, en las gestas y las recompensas, y en las relaciones interconectadas conforme al país, el estatus social, el liderazgo militar y el patronazgo (que, vistas desde otra perspectiva, son las del rey, los compañeros, los soldados y los siervos). De ahí que la concepción persistente de Alejandro como instigador, manipulador y ejecutor de todo, como alguien que ejerce el poder sin estar limitado por él, me resulte tan ingenua y alejada de la realidad. Si él impuso su voluntad, fue en la mayoría de casos sobre quienes estaban dispuestos a obedecerla o sobre aquellos cuya derrota los había incapacitado para cualquier resistencia adicional. Todo lo demás estaba sujeto, en última instancia, a una forma de negociación u otra.

Deseo agradecer a Beatrice Rehl, de Cambridge University Press, no sólo el hecho de que me sugiriera este libro, sino también sus ánimos para que lo llevara a buen término. También estoy en deuda con Peter Katsirubas (que supervisó la producción del presente volumen), con William Stoddard (por su cuidadosa labor de edición) y con James Dunn (por realizar los mapas). Los gráficos esquemáticos de las batallas son de elaboración propia y fueron creados con MS PowerPoint por alguien poco habilidoso en estas artes. Así pues, no serán tan agradables estéticamente como los realizados por profesionales. Querría dar las gracias especialmente a mi grupo informal de historia militar (nuestro pequeño «Ejército de las Tinieblas», dedicado al *Risk*, al vino y al *whisky*): Chris Collom, Chris Jesse, Ryan Jones, Alison Mercer, Jordan Schultz, Carolyn Willekes y Graham Wrightson. Por último, he dedicado este libro a mis hijos con la esperanza de que, al menos, uno de ellos llegue a leerlo algún día.

TABLA CRONOLÓGICA

ACONTECIMIENTOS

776 a.C.	Primeros Juegos Olímpicos
750-550	Era de la colonización
Siglos VII-VI	Era de los tiranos
594	Arcontazgo de Solón
547-540	Jonia conquistada por Ciro el Grande de Persia
513	Darío I conquista la Tracia
510	Expulsión de Hipias, tirano de Atenas
508-507	Reformas democráticas de Clístenes
499-493	Revuelta jónica
490	Batalla de Maratón
480-479	Jerjes invade Grecia
479-431	Los «Cincuenta Años»: la Liga de Delos se convierte en el imperio ateniense
449(?)	Paz de Calias
431-404	Guerra del Peloponeso
401-400	Batalla de Cunaxa; retirada de los Diez Mil
404-371	Supremacía espartana en Grecia
371	Batalla de Leuctra
371-década del 350	Supremacía tebana
362	Batalla de Mantinea
359-336	Reinado de Filipo II
346	Paz de Filócrates
338	Batalla de Queronea

337	Primera reunión de la Liga de Corinto; Filipo II se casa con su séptima esposa, Cleopatra
336	Asesinato de Filipo; subida al trono de Alejandro III («Magno»)
335	Campañas tracia, tribala e iliria de Alejandro; destrucción de Tebas
334	Inicio de la expedición contra Persia
Primavera del 334	Alejandro deja Macedonia y, tras pasar por Anfípolis, viaja hacia el Helesponto, que cruza sin oposición
334	Los sátrapas persas se reúnen en Zelea para comentar su estrategia; batalla del río Gránico
334	Mitrenes rinde Sardes
334	Sitios de Mileto y Halicarnaso
334-333	Alejandro rodea el monte Clímaco, donde el mar parece rendirle proskinesis, retirándose ante el futuro rey de Asia; arresto de Alejandro el Lincesta
333	El ejército se reúne en Gordio; Alejandro corta el Nudo Gordiano y proclama haber cumplido la profecía que le prometía convertirse en señor de Asia; Alejandro en Cilicia; cae enfermo junto al río Cidno (noviembre); batalla de Isos; derrota de Darío III y apresamiento de su familia
333-332	Confiscación de los tesoros de Darío en Damasco; rendición de las ciudades fenicias, salvo Tiro
332	Sitio de Tiro (enero-agosto); deserción de los contingentes chipriota y fenicio de la flota persa; caída de Tiro; conquista de Gaza
332-331	Alejandro en Egipto; visita al oráculo de Amón en Siwa; fundación de Alejandría en el delta del Nilo
331	Regreso desde Egipto. Alejandro cruza el Éufrates en Tápsaco y, a continuación, atraviesa el Tigris; derrota de Darío III en Gaugamela; Maceo rinde Babilonia y Abulites rinde Susa; Alejandro derrota a los uxios, vence al sátrapa persa Ariobarzanes en las Puertas Persas y entra en Persépolis

331-330	Destrucción simbólica de Persépolis
330	Alejandro marcha sobre Darío, cuyas fuerzas se encuentran en Ecbatana. Huida de los persas; arresto y muerte de Darío a manos de sus propios generales y cortesanos. Alejandro licencia a las tropas aliadas (algunas en Ecbatana, las otras en Hecatómpilo)
Otoño del 330	Caso Filotas; ejecución de Parmenión en Ecbatana
Invierno del 330-329	Derrota de Satibarzanes; Alejandro en Aracosia
329	Arresto y muerte de Beso
329-328	Campañas en Bactria y Sogdiana; toma de la Roca de Arimaces
328	Muerte de Clito en Maracanda; toma de la Roca de Sisimetres; Alejandro contrae matrimonio con Roxana
327	Fracaso del experimento de Alejandro con la *proskinesis*; Conjura de los Pajes (Hermolao); muerte de Calístenes
327-326	Campaña de Swat y toma de Aornos (Pir Sar)
Mayo del 326	Batalla del río Hidaspes
Septiembre del 326	El ejército macedonio regresa al Hidaspes
Octubre-noviembre del 326	Partida de la flota del Hidaspes; campaña malia. Alejandro está a punto de morir
Mediados del 325	Sometimiento del Sind
Otoño del 325	Inicio de la marcha hacia el oeste; marcha gadrosia
Comienzo del 324	Alejandro en Carmania
Marzo del 324	Regreso a Susa
Mayo-junio del 324	Alejandro en Opis
Junio-julio del 324	Hárpalo en Atenas
Julio-agosto del 324	Proclamación del Decreto de Exiliados
Octubre del 324	Muerte de Hefestión en Ecbatana

Fin del 324	Campaña cosea
Primavera del 323	Alejandro regresa a Babilonia
2 de junio del 323	Muerte de Alejandro

LISTAS DE REYES

REYES AQUEMÉNIDAS DE PERSIA

560-530	Ciro el Grande
530-522	Cambises
522	Esmerdis (Gaumata o Bardiya)
522-486	Darío I
486-465	Jerjes I
465-424	Artajerjes I
424	Jerjes II
424-423	Sogdiano
423-404/403	Darío II
404/403-359	Artajerjes II
359-338	Artajerjes III (Oco)
338-336	Artajerjes IV (Arsés)
336-330	Darío III (Artasata; Codomano)
330-329	[Artajerjes V: Beso]

REYES ARGÉADAS DE MACEDONIA

393-369	Amintas III
369-368	Alejandro II
368-365	Tolomeo de Aloro (regente)
365-359	Perdicas III
359-336	Filipo II
336-323	Alejandro III
323-317	Filipo III
323-310	Alejandro IV

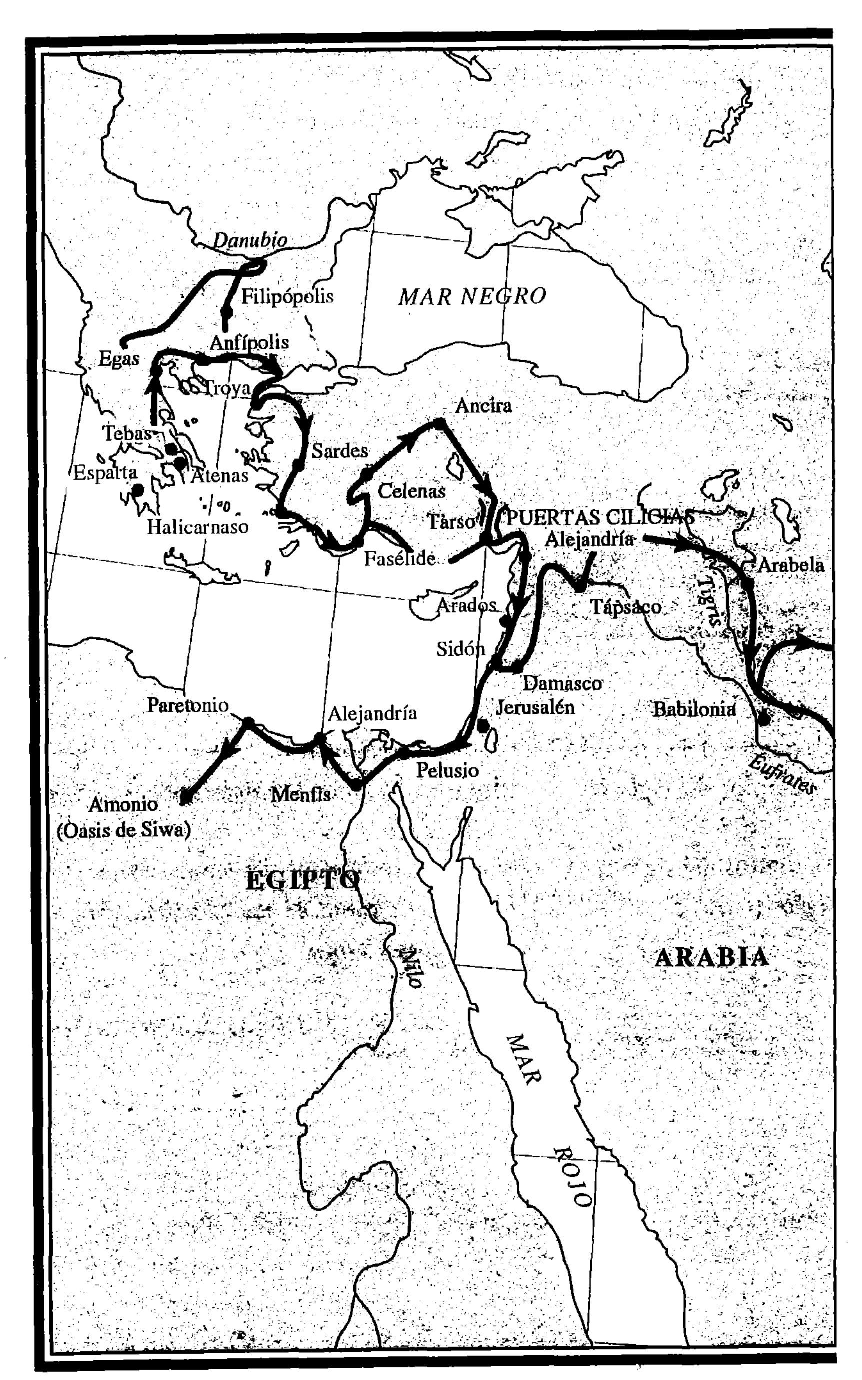
FUENTES

FUENTES PERDIDAS Y FECHAS APROXIMADAS DE PUBLICACIÓN

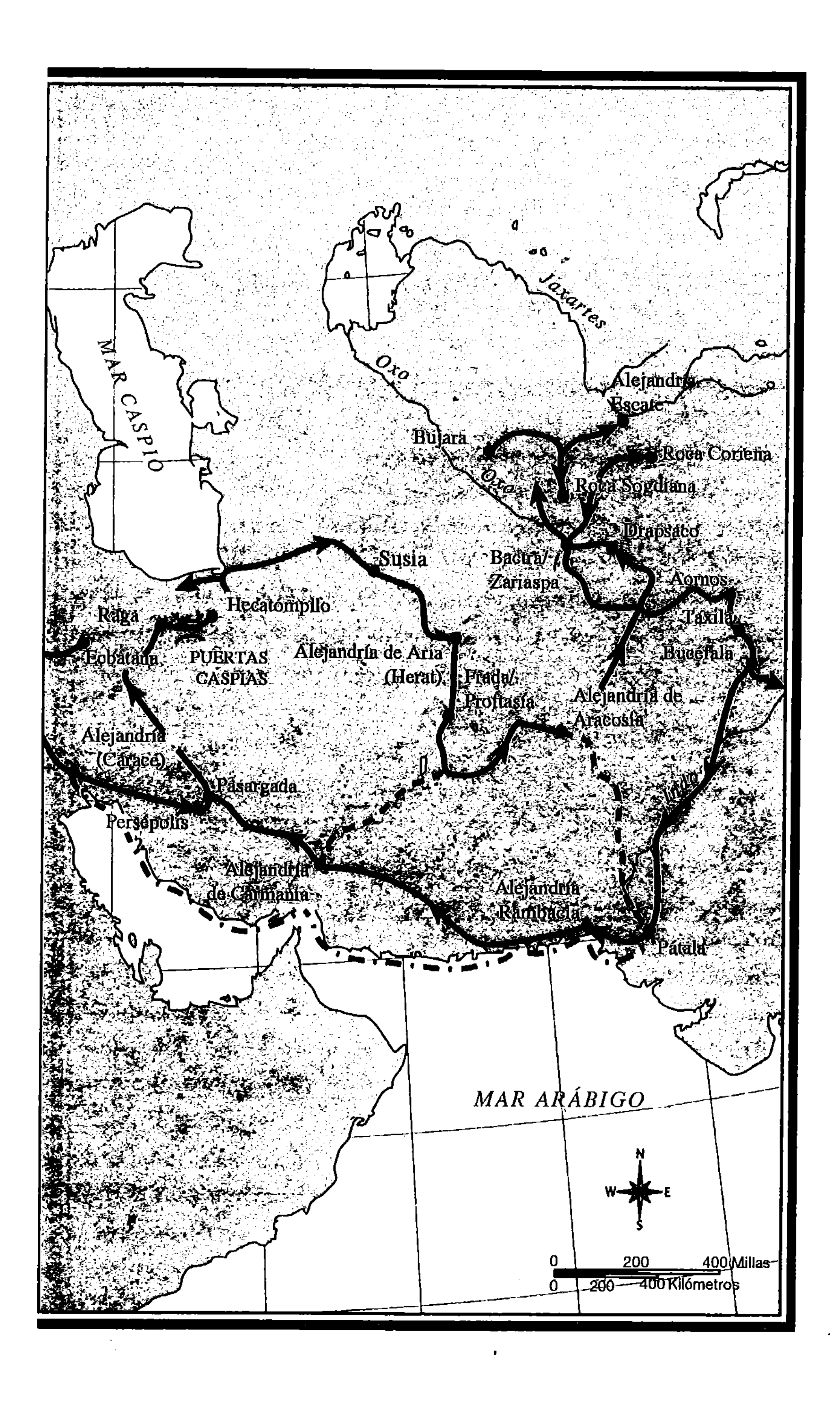
336-323	*Efemérides* o *Diario real*
334-329	Calístenes de Olinto, *Hechos de Alejandro*
Poco después del 323	Onesícrito de Astipalea, *Educación de Alejandro*; Nearco
310-305	Clitarco de Alejandría; Marsias de Pela
Antes del 300	Cares de Mitilene; Medio de Larisa; Edipo de Olinto
285-283	Tolomeo, hijo de Lago
Década del 270	Aristobulo de Casandrea

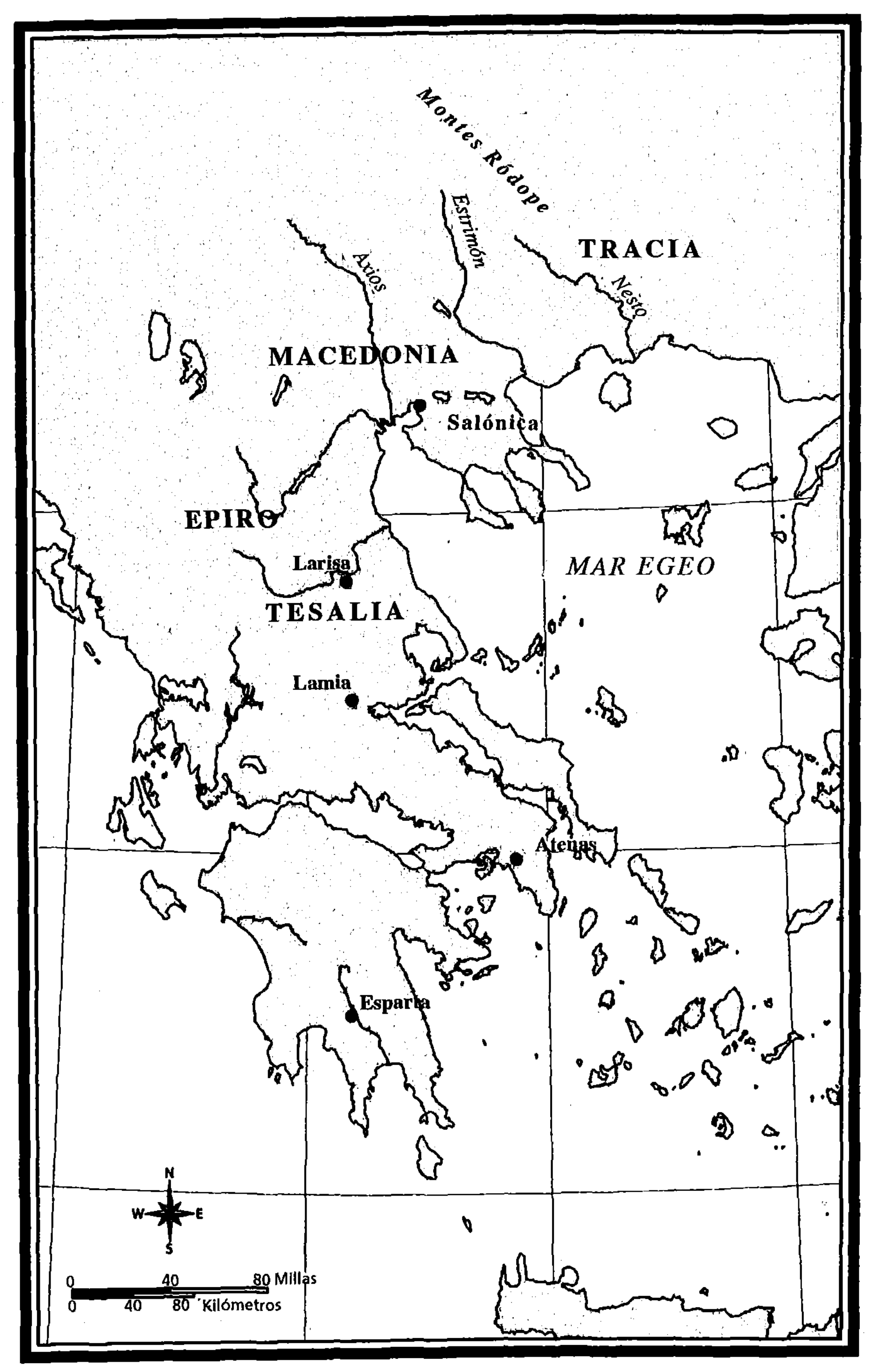
FUENTES CONSERVADAS

Finales del siglo I a.C.	Diodoro Sículo
Mediados del siglo I d.C.	Quinto Curcio Rufo
Principios del siglo II	Plutarco, *Vida de Alejandro*, *Sobre la fortuna de Alejandro*
Mediados del siglo II	Arriano, *Anábasis de Alejandro Magno*
Siglos II-III	Justino, *Epítome de las «historias filípicas» de Pompeyo Trogo*



Mapa 1. *El imperio de Alejandro.*


MAR CASPIO
Jaxartes
Oxo
Alejandría Escate
Bujara
Roca Coriena
Oxo
Roca Sogdiana
Drapsaco
Susia
Bactra/ Zariaspa
Aornos
Hecatómpilo
Raga
Taxila
Ecbatana
PUERTAS CASPIAS
Alejandría de Aria (Herat)
Frada/ Proftasia
Bucéfala
Alejandría de Aracosia
Alejandría (Carace)
Pasargada
Indo
Persépolis
Alejandría de Carmania
Alejandría Rambacia
Pátala
MAR ARÁBIGO
N
W
E
S
0
200
400 Millas
0
200
400 Kilómetros



Mapa 2. *Grecia y Macedonia.*

I

INTRODUCCIÓN

En el 325 a. C., Alejandro partió por mar desde el delta del Indo y se adentró en el Océano, la colosal masa de agua que, según la creencia antigua, rodeaba el orbe. Una vez allí, sacrificó toros a Poseidón y, tras verter libaciones, arrojó la copa y los cuencos de oro al mar como ofrenda de gratitud. La escena evocaba hasta extremos inquietantes la ceremonia celebrada en el Helesponto en el 334. En menos de diez años, el ejército macedonio había conquistado los inmensos territorios de los reyes aqueménidas (incluyendo las regiones periféricas del Punjab y el Indo): el más formidable imperio del mundo antiguo. Aquellos hombres habían seguido una senda de victorias ininterrumpidas que los había llevado desde los escenarios familiares del Egeo hasta los confines de la tierra tras superar todo lo que habían encontrado a su paso: ejércitos, terreno, clima... factores que les habían sido hostiles sin excepción. Pero, en aquel momento, los conquistadores se disponían a regresar hacia el oeste (por mar algunos; siguiendo los desiertos costeros otros) en una travesía con la que pretendían consolidar su victoria y contemplar la magnitud de sus logros. Poco podían imaginarse que, en apenas dos años, su amado rey estaría muerto y que sus esfuerzos parecerían haberse echado a perder. La mayor parte de los que volvían a Europa lo hacían sumidos en la pobreza y con una salud quebrantada por años de penalidades físicas. Otros, aun no habiendo perecido en campaña, estaban destinados a no volver a ver Macedonia, inmersos en las agrias disputas que enfrentaron a los sucesores de Alejandro. En cualquier caso, el soldado corriente, que tanta riqueza y fama había reportado con sus esfuerzos a su rey y a un reducido grupo de Compañeros, sólo conservaba las cicatrices del combate y los cada vez más borrosos recuerdos de aquella aventura gloriosa en oriente.

La era de Alejandro Magno marca un punto de inflexión en la historia mundial. La derrota de las ciudades-Estado griegas (*poleis*) ante Filipo II, padre de Alejandro, en Queronea en el 338 a. C. y la consiguiente formación de la Liga de Corinto, en la que se forjó una alianza de los Estados griegos bajo el mando del rey macedonio como su *hegemon* o comandante militar supremo (amén de director de su política exterior), puso punto y final a las debilitadoras guerras intestinas del siglo IV. Pero con la paz vino otra vez la guerra, pues no era deseable que una máquina bélica tan bien afinada como el ejército macedonio (ampliada, además, con las tropas de los nuevos aliados y con un creciente número de mercenarios) perdiera la ventaja de la que gozaba en aquel momento ni dejara sin su medio de vida a sus numerosos integrantes. Reintegrar a todas aquellas fuerzas de combate en sus respectivos Estados tendría consecuencias tanto económicas como políticas. Y crear una liga sin un propósito militar —o, lo que es lo mismo, idear una nueva definición del «nosotros» sin antes identificar a un «ellos», a ese «otro» frente al que debemos estar en guardia— privaría al mundo heleno (unido por la fuerza) de su razón de ser. De hecho, a partir de ese momento, el mundo griego estaría condenado a supeditar su preciado sistema de *poleis* independientes a una serie de alianzas (verdaderas reencarnaciones, muchas de ellas, de esa misma liga) y a la autoridad superior de los reyes.

Afortunadamente, el enemigo común no andaba muy lejos, por lo que no fue difícil dotar a aquella Liga de un mandato bien definido. Los griegos que habitaban el litoral egeo llevaban más de dos siglos viviendo a la sombra (por no decir bajo la autoridad directa y permanente) del rey persa. Los griegos de Asia Menor habían sido incorporados inicialmente al reino de Lidia y posteriormente, entre el 547 y el 540, al imperio persa de Ciro el Grande. Había sido Ciro quien había puesto fin al reinado (y, tal vez, incluso a la vida) del rico monarca Creso.[1] Una rebelión tan mal planeada como torpemente ejecutada a principios del siglo V sirvió de pretexto a los persas para atacar a los griegos que vivían más allá del río Estrimón y, en especial, a los atenienses y a los eretrios, que habían prestado una breve (y no muy entusiasta) ayuda a los rebeldes en el 498. La victoria ateniense sobre las fuerzas de Darío I en Maratón en el 490 y la sorprendente expulsión de la ingente fuerza invasora de Jerjes diez años más tarde son

de sobras conocidas. De hecho, esos acontecimientos propiciaron la primera unión seria de los Estados griegos: la llamada Liga de Delos. Pero la eficacia de esta confederación y el compromiso de sus miembros dependían enteramente de la presencia real del peligro persa. Cuando éste remitió —especialmente, tras la victoria griega en el Eurimedonte (hacia el 468)— y concluyó la guerra oficial contra los bárbaros según los términos de la Paz de Calias (449), la Liga de Delos evolucionó hasta convertirse en un imperio ateniense que obligaba a sus poblaciones vasallas a la prestación de un servicio militar y al pago de tributos, y que halló un contrapeso político y militar en la Liga del Peloponeso, liderada por Esparta.

Este desplazamiento de poder derivó en la guerra del Peloponeso, un embrollo interminable (431-404) que desembocó en la destrucción total del imperio ateniense y del equilibrio de poder en el mundo griego. Y si bien Esparta salió de ese conflicto erigida en la *polis* dominante, su nueva posición fue debida en parte a la aceptación de ayuda económica procedente de Persia y al abandono de su tradicional aislacionismo. Pronto se hizo evidente que el monarca persa —el Gran Rey— podía actuar como árbitro de los asuntos griegos y como garante de los tratados de paz, especialmente de aquellos que, como la Paz de Antálcidas del 387-386, acabaron siendo calificados de «Paz Común» (*Koine Eirene*).[2] De ahí que no fuera exagerado referirse al Gran Rey como «el enemigo común de todos los griegos» (Dem., 14.3), capaz «desde su escaño de hacer de árbitro de las guerras de los griegos y de corromper a sus políticos con oro» (Plut., *Ages.*, 15.1). No hay duda de que se ha exagerado el grado de intervención persa, pero no es menos cierto que en aquel entonces existían pruebas suficientes de la presencia de actividades subversivas tras las que los contemporáneos se aprestaron a ver la mano siniestra del Rey o de su sátrapa en prácticamente todos los casos, de manera parecida a como en la actualidad los teóricos de la conspiración atribuyen todas las crisis internacionales a las maquinaciones de la CIA. No es de extrañar, pues, que las informaciones de la época apuntaran a que el asesinato de Filipo II (que llevó a Alejandro Magno al trono en el 336) había sido urdido y financiado por la corte persa.

No está claro que la entronización de Alejandro sirviera para acelerar el declive de Persia. Filipo II tenía fama de ser un monarca que procedía con cautela y consolidaba sus ganancias antes de ir en busca de más. Puede

que sus conquistas se hubiesen limitado inicialmente al Asia Menor y que su labor de destrucción del poder aqueménida sólo se hubiese completado de manera parcial o lenta. Es posible, por otra parte, que Filipo hubiese dado pie a una unión más duradera entre oriente y occidente. En cualquier caso, no iba a ser él el destinado a liderar aquella expedición. Pero tampoco hay que olvidar que el éxito de Alejandro fue consecuencia directa de los métodos de su padre. Para bien o para mal, el mundo se transformó en apenas unos años, aun cuando las consecuencias de esos cambios tardarían tres siglos en manifestarse en toda su plenitud. La noción de una conquista beneficiosa que aportó cultura y elevación moral a unos bárbaros sumidos en la ignorancia —sugerida por Plutarco en el apogeo del poder romano y que se desarrollaría aún más en tiempos del Imperio Británico, atendiendo a la «carga del hombre blanco», de la que éste pretendía hacerse principal portador— es hoy rechazada y tildada de reliquia de una época equivocada y de una mala metodología histórica.[3] Pero lo cierto es que sí hubo un intercambio de ideas entre este y oeste, y que, durante la dominación romana, el idioma del imperio de oriente era el griego, lengua en la que se difundirían por todo el mundo mediterráneo algunas de las ideas más influyentes del Próximo Oriente.

Este libro no trata de la repercusión de las conquistas de Alejandro, sino de los medios por los que éstas se llevaron a cabo: desde la formulación de la política a seguir a la generación de propaganda y la consecución por medios militares de unos fines determinados. La propaganda justifica y, al mismo tiempo, facilita la acción, pero puede ser una espada de doble filo. En el caso de Alejandro, la causa panhelénica y la inferioridad de los bárbaros fueron recalcadas desde el primer momento, y aunque muchos supieron ver con claridad la motivación vengativa que había detrás, la mayoría estaban predispuestos a aceptar la idea de que los bárbaros eran esclavos por naturaleza, además de cobardes y afeminados. Pero lo que tan útil resultó para las necesidades de conquista de los primeros años sería también lo que acabaría dando al traste en los años subsiguientes con los intentos de estabilización y consolidación del imperio recién conquistado.

2

¿CÓMO LO SABEMOS? FUENTES SOBRE ALEJANDRO MAGNO

Quienes estudian la historia antigua han tenido que lidiar desde siempre con una realidad: su conocimiento del pasado está basado en pruebas limitadas y, a menudo, secundarias y poco fiables. Los análisis estadísticos fallan por insuficiencia de datos; la interpretación histórica se resquebraja por las grietas de la corrupción de los textos, la tendenciosidad de los autores y la involuntaria (aunque errónea) superposición de las ideas y las instituciones romanas a los temas griegos. La evidencia documental suele ser escasa o nula y, casi siempre, precisa de restauración (cuando menos, parcial). Y los documentos que han sobrevivido son los que quedaron grabados en material imperecedero, como la piedra o el metal, o en papiros que han perdurado gracias a ciertas condiciones climáticas particulares inusuales. Pero, cualquiera que sea la forma en que se han conservado estos documentos primarios, lo cierto es que rara vez (por no decir que nunca) han sobrevivido por el valor intrínseco de la información que contenían. En realidad, las inscripciones conservadas en mármol o en piedra caliza fueron reutilizadas en su momento como material de construcción: en jambas, dinteles, piedras fundamentales o escalones. Allí donde sus caras inscritas quedaron expuestas a los elementos o a las pisadas de los transeúntes humanos, sus mensajes se han vuelto ilegibles o se han perdido por completo. En otros lugares, las piedras originales se cortaron en dos o más piezas, con lo que su información se desperdigó y se perdió en parte. Muchas historias sobrevivieron en papiros porque alguien encontró una utilidad más importante para el material escrito y aprovechó el reverso de los documentos para redactar comprobantes de venta, títulos de propiedad u otros certificados. Hay pruebas que también han sobrevivido en palimpsestos, es decir, en textos que habían sido borrados para reutilizar su soporte

físico, pero en los que aún es posible hallar restos de la tinta anterior y que pueden ser legibles a la luz ultravioleta o infrarroja en algunos casos.

Aunque se han perdido las obras de una cuarentena de historiadores coetáneos (o casi) de Alejandro, disponemos, pese a todo, de un conjunto sustancial de fragmentos de sus historias,[1] además de un volumen de información superviviente recogida en medios que van desde unas cuantas inscripciones de la época hasta monedas y obras de arte.[2] A esto podemos añadir también fuentes que datan del período de los llamados Diádocos (o Sucesores), quienes utilizaron en su propio provecho la imagen y la mística de Alejandro. Y contamos con un número relativamente elevado de fuentes escritas entre 300 y 500 años después de la muerte del rey que han perdurado hasta nuestros días. Estas fuentes conservadas se complementan con las obras de autores que no pueden ser considerados historiadores ni biógrafos en sentido estricto: geógrafos, etnógrafos, anticuarios, tácticos, lexicógrafos y escritores de anécdotas y de tratados filosóficos y retóricos. Aunque la cantidad de información que ha sobrevivido pueda parecer minúscula en comparación con la que tienen a su disposición los historiadores sobre la guerra de Secesión estadounidense, por poner un ejemplo, lo cierto es que, para los parámetros de la historia antigua, las fuentes sobre Alejandro son ciertamente numerosas.

LOS PRINCIPALES HISTORIADORES PERDIDOS

Se puede dar por cierto que la cancillería real mantuvo un cierto tipo de registro —en forma de libro de actas o diario— de los acontecimientos cotidianos. Pero los analistas contemporáneos dudan de cuál era el nivel de detalle de su contenido y su utilidad (en especial, para el historiador militar). La autoría de las *Efemérides* se atribuye a Éumenes de Cardia o a Diódoto de Eritras, siendo este último posiblemente un pseudónimo. Cuando otros autores dicen citar textualmente de los mencionados diarios, la información que recogen es banal y se refiere a las costumbres del rey en cuanto a la comida, la bebida y el dormir. Es posible que, cuando menos, la obra original conservase un itinerario preciso y que fuese luego consultada por el denominado «historiador oficial» de Alejandro, que no

fue otro que Calístenes de Olinto, pariente de Aristóteles (antiguo tutor de Alejandro), quien, al parecer, fue el que lo recomendó para esa tarea. Calístenes hizo las veces de un corresponsal de guerra y de un propagandista, y, según se cree, fue enviando su historia (*Alexandrou Praxeis* o «Hechos de Alejandro») al mundo griego por entregas anuales. A él podemos atribuir buena parte del sentimiento panhelénico que se respira en las crónicas sobre los primeros años, así como la imagen marcadamente heroica del joven rey. Pero Calístenes cayó en desgracia tras su oposición a la introducción de la *proskinesis* en el ceremonial de la corte y fue ejecutado en el 327 por su presunta implicación en la conspiración de Hermolao. Los últimos sucesos plasmados por su pluma correspondieron, al parecer, al año 329. Su valor como historiador militar fue luego puesto en entredicho por Polibio (aunque valdría decir que Polibio fue crítico con la mayoría de autores que lo precedieron en el tiempo) y el tratamiento que dispensó al más destacado general de Alejandro, Parmenión, rozó la diatriba difamatoria. Aun así, podemos encontrar el rastro de su obra en la mayoría de los historiadores de Alejandro cuyos escritos han sobrevivido hasta nuestros días.

Puede que tres más de los participantes directos en la conquista empezaran a redactar sus propias historias en vida de Alejandro. Cares de Mitilene, chambelán y ujier del rey (*eisangeleus*), tal vez tomara notas (o puede incluso que escribiera completamente de memoria) para una obra que estaría principalmente centrada en lo que acaecía en la corte.[3] Onesícrito de Astipalea y Nearco el Cretense son hoy conocidos sobre todo por su servicio en la escuadra naval que descendió por el río Indo hasta su desembocadura y, desde allí, fue siguiendo la costa en dirección al golfo Pérsico para luego remontar el río Tigris. Ambos realizaron afirmaciones contradictorias y cada uno reclamó para sí el rango de almirante de aquella flota. Nearco deja al descubierto la falsedad de Onesícrito, quien en realidad no era más que el timonel jefe del navío de Alejandro, pero cae también en la exageración de sus propios logros.[4] Según parece, ambos publicaron sus versiones poco después de la muerte del rey y existe constancia de que Nearco leyó al propio Alejandro una narración de su viaje durante los días finales del monarca.[5]

Las obras de Calístenes, Onesícrito y Nearco fueron utilizadas por Cli-

tarco de Alejandría, quien posiblemente fuera el historiador perdido de mayor repercusión posterior (y de mayor popularidad). Clitarco no acompañó a la expedición, pero sí tuvo acceso a las fuentes escritas y a los testimonios de primera mano de testigos presenciales. Además, su padre, Dinón, fue uno de los autores de *Las pérsicas* y estaba familiarizado con los asuntos del imperio persa del siglo IV a.C. Reuniendo toda esa diversidad de fuentes y aderezando su obra con generosas dosis de discurso retórico y moralizante, Clitarco se convirtió en la figura más conocida de la primera generación de historiadores de la figura y los hechos de Alejandro. Cicerón, en una carta a su hermano Quinto, da fe de que la obra de Clitarco era aún popular en las postrimerías de la República romana. No es de extrañar, pues, que la mayoría de historias antiguas de Alejandro que han sobrevivido hasta hoy estén basadas en Clitarco. Pero, si bien éste se mostró a menudo crítico con el rey, otros dos participantes en la campaña escribieron crónicas que defendían las acciones de su monarca y omitieron ciertos episodios de los que se podría haber desprendido una imagen muy poco favorable de él.[6] Fueron Tolomeo (hijo de Lago, ex general y, en el momento de escribir su obra, rey de Egipto) y Aristobulo de Casandrea (un ingeniero interesado por la geografía y las antigüedades). Ambos fueron aprovechados en el siglo II d.C. por Arriano y dieron forma así a la tradición apologética sobre la figura de Alejandro.

Otras muchas crónicas antiguas nos son conocidas sólo a partir de fragmentos y citas. Entre éstas se encuentran las obras de diversos supervivientes (*bematistai*), aduladores y correveidiles, y poetas y retóricos de poca monta. Algunos eran agriamente hostiles, otros meros hagiógrafos, pero prácticamente todos se mostraban más crédulos que críticos. Varios fueron desechados por inútiles por el propio Alejandro. Así, por ejemplo, cuando Querilo de Yasos compuso un poema épico en el que Alejandro aparecía transfigurado en Aquiles, el rey comentó: «Preferiría ser el Tersites de la *Ilíada* de Homero que el Aquiles de Querilo».[7] Pese a todo, esos relatos acabaron filtrándose en las fuentes conservadas, aunque, por lo general, sus aportaciones han sido puestas entre paréntesis y tratadas con cautela desde un primer momento.

PRINCIPALES FUENTES CONSERVADAS

Las historias supervivientes de Alejandro pueden dividirse en dos grupos: la tradición popular (a menudo denominada la «Vulgata de Alejandro», aunque este término confunde más que ayuda), representada por Diodoro Sículo, Pompeyo Trogo (cuya obra sobrevive únicamente en resúmenes y en el epítome de Justino), Quinto Curcio Rufo y (hasta cierto punto) Plutarco,[8] y la tradición apologética conservada en Arriano (y el *Itinerarium Alexandri*, derivado de aquél).

La fuente conservada más temprana sobre Alejandro es el libro XVII de la *Bibliotheke* (historia universal) de Diodoro. Se trataba, en realidad, de un libro de extensión doble: a pesar de que las secciones que recogían los acontecimientos del período comprendido entre el 330-329 y el 327-326 se han perdido, el texto que ha sobrevivido ocupa unas 175 páginas según el formato de la colección Loeb Classical Library, frente a las aproximadamente 130 páginas del Libro XVI y las cien del Libro XVIII. Diodoro tuvo como costumbre habitual seguir una única fuente primaria para cada sección de su obra. Para su historia de Alejandro recurrió a Clitarco, aunque, como en otros casos, complementó esa información con otra procedente de otros autores.[9] Aun así, su narración de los hechos no sólo es estilísticamente clitarquiana, sino que contiene además numerosos pasajes que son prácticamente idénticos (considerando las diferencias entre griego y latín) a los apartados correspondientes de la obra de Curcio.

No mucho después, Pompeyo Trogo —galo romanizado de Vasio (la actual Vaison-la-Romaine) que también fue autor de una historia universal— dedicó los libros undécimo y duodécimo de sus *Historias filípicas* a Alejandro. Cuando no directamente en Clitarco, su obra se basó en un autor intermedio del siglo I a.C., Timágenes de Alejandría. La historia de Trogo se ha perdido, debido en buena medida al éxito de la versión abreviada de Justino, aunque este epítome no hace justicia al original.[10] W. W. Tarn se preguntó (y con razón): «¿Hay una mínima pizca de carne en todo este insoportable montón de caldo?». Y su propia respuesta fue que «no mucha»,[11] si bien, usada con precaución, la fuente en cuestión tiene más valor para el historiador del que Tarn estaba dispuesto a admitir.

Al parecer, Q. Curcio Rufo leyó a Trogo, con quien contrajo una deu-

da estilística. Curcio escribió la única crónica de envergadura sobre Alejandro en latín. Trató el tema en diez libros y basó su historia en Clitarco, pero añadió también detalles valiosos extraídos de Tolomeo. De sus diez libros, se han perdido los dos primeros, al igual que el final del quinto, el comienzo del sexto y partes sustanciales del décimo.[12] Este historiador podría ser uno (cuando no ambos) de los Curcio Rufo que conocemos del siglo I a. C. Suetonio menciona a un Quinto Curcio Rufo entre una lista de gramáticos y retóricos correspondientes a la época final de la República y los comienzos del Imperio. (No deja de ser tentador pensar en el autor de la *Historia de Alejandro Magno* como un retórico, dada la naturaleza de la obra.) Tácito y Plinio el Joven, por su parte, conocieron a un soldado y político del mismo nombre, un hombre que surgió de la oscuridad para ocupar el cargo de pretor durante el reinado de Tiberio y que era procónsul del Norte de África en el momento de su muerte, en el 53 d. C.

Plutarco (50-120 d. C., aproximadamente), famoso filósofo y biógrafo, pertenecía a la nobleza local de Queronea, el lugar donde Filipo II derrotó a los atenienses y a los tebanos en lo que algunos han descrito como último acto de la «libertad griega». Tal vez debamos emplear la palabra «libertad» con cautela, dado que, a fin de cuentas, era un término tan cargado de connotaciones en la antigüedad como lo es hoy en día, pero, en cualquier caso, y pese a haber obtenido la ciudadanía romana, Plutarco se tomaba muy en serio sus orígenes beocios. Para lo que aquí nos ocupa, Plutarco es especialmente famoso por su *Vida de Alejandro*, una de las *Vidas paralelas* que escribió (en las que Alejandro iba emparejado con César) y de las que han sobrevivido todas menos las de Epaminondas y Escipión. Pero el mismo autor nos facilita información e interpretaciones de gran valor en sus obras *Sobre la fortuna de Alejandro* (I y II) y *Máximas de reyes y generales*. Es importante recordar, sin embargo, que Plutarco escribía biografía, no historia, y que enfatizaba el *ethos* por encima del *erga* o del *praxeis*. En ese sentido, reproducía relatos que evidenciaban el carácter de un hombre aun cuando sospechara de su historicidad.[13]

El último de los grandes historiadores terciarios de los que se han conservado obras, Arriano de Nicomedia, es quien goza de mejor reputación, especialmente entre los historiadores militares.[14] Lucio Flavio Arriano Jenofonte era un griego bitinio cuya familia obtuvo la ciudadanía romana a

mediados del siglo I d.C., si no antes. Nacido en la última década de ese siglo (o puede que incluso en el 85 d.C.), Arriano ocupó una serie de cargos políticos en tiempos del emperador Adriano, pero acabó convirtiéndose en ciudadano de Atenas. En sus escritos (y, hasta cierto punto, en su vida en general), siguió el modelo de su homónimo Jenofonte. Su *Anábasis de Alejandro*, escrita en siete libros, guarda no poca similitud con el relato de los Diez Mil que hiciera Jenofonte en su momento.[15] La influencia de la obra de Arriano se deja sentir en el *Itinerarium Alexandri*, una obra anónima elaborada en torno al 340 de nuestra era y dedicada a Constancio II.[16] Pero, con respecto a la historiografía tradicional sobre Alejandro en la antigüedad, la narración de Arriano, basada en Tolomeo y Aristobulo, destaca por su singular labor de *apologia*. En general, Arriano ha sido merecedor de elogios entre los historiadores militares de la posteridad, pese a su frecuente utilización vaga e inconsistente de la terminología.

CRÍTICA DE LAS FUENTES

La crítica de las fuentes (*Quellenforschung*) ha tendido a ser vista en los últimos tiempos con cierto desdén hasta el punto de ser tachada incluso de práctica anticuada y pedante. No cabe duda de que se trata de un método susceptible de abuso. Hay quien ha considerado hasta las más ligeras discrepancias de detalle entre los autores antiguos conservados como prueba de su empleo de fuentes primarias distintas, sin tener en cuenta los métodos y los objetivos de esos historiadores «supervivientes». Los cronistas antiguos no tenían reparo alguno a la hora de plagiar las obras de sus predecesores, pero eso no nos autoriza a tildarlos de meros imitadores. Del mismo modo, todos los historiadores alejandrinos cuya obra ha sobrevivido hasta nuestros días escribieron cuando Roma dominaba el mundo. Dos de ellos (Curcio y Pompeyo Trogo)[17] recopilaron historias en latín a partir de fuentes griegas. Algunos elementos romanos (*color romanus*) acabaron deslizándose en sus relatos de forma accidental o intencionada. De ahí que sea tan importante entender la vida y la época de los escritores cuya obra se ha conservado como lo es conocer las circunstancias en las que trabajaron los historiadores primarios ya perdidos. Quienes elaboraron resúmenes,

como fueron los casos de Diodoro y Justino, omitieron algunos hechos por completo y distorsionaron otros por ignorancia. Aun así, los estudiosos del tema deben rechazar la idea de que hay fuentes «buenas» (de las que nos podemos fiar en general) y «malas» (que serían las que nos aportan pruebas absolutamente inútiles). Y lo que es cierto en el caso de las fuentes que se han conservado no lo es menos en el de las que se han perdido (y en las que aquellas otras están basadas). El tan valorado Arriano podría servir de lección para los lectores. Él prefirió los datos que le aportaban Tolomeo y Aristobulo porque, aunque eran coetáneos de Alejandro y participaron personalmente en la expedición, escribieron sus crónicas tras la muerte del rey y, por consiguiente, no tenían necesidad alguna de halagar a Alejandro o de distorsionar la verdad. Sin embargo, el propio Arriano remata esta sensata apreciación con dos justificaciones ridículas: que Tolomeo era un rey —y, como tal, le era más vergonzante mentir— y que, en algunos casos, recogió anécdotas que *pueden ser ciertas* (de lo que se deduce, evidentemente, que podrían no serlo) porque son demasiado buenas como para pasarlas por alto.

La buena crítica de las fuentes constituye, pues, una labor detectivesca. Se recopilan las pruebas relatadas y, luego, se procede a valorar la credibilidad del testigo. Todo lo que pueda determinarse sobre la fuente (vida, origen social y político, sesgos y tendencias, etc.) puede ayudar a calibrar si el testigo en cuestión está explicando la verdad o la está tergiversando. Por otra parte, tampoco hay que olvidar la pregunta obvia sobre si quien nos proporciona la narración es un testigo presencial o se trata de alguien que la obtuvo de segunda (o incluso tercera) mano, o si su relato se ha podido ver sometido a algún tipo de censura. ¿El autor original era libre de decir la verdad? ¿Recibió presiones para callar ciertas cosas o, incluso, para mentir?[18] A estas consideraciones hay que añadir el hecho de que, dado que la información no procede directamente del testigo (ni por testimonio oral ni por haber sido escrita de su propio puño y letra), existe el riesgo de que se hayan producido errores en el proceso de transmisión, especialmente cuando dicho proceso abarca siglos y milenios. ¿Qué error es textual (es decir, debido a la transmisión escrita) y cuál es atribuible al propio autor? A veces, los comentarios aclaratorios (glosas) que se habían anotado inicialmente en los márgenes de los manuscritos acaban incorporados al texto

principal por la intervención de un copista posterior, quien tal vez creyera que aquella nota al margen representaba una parte del texto original que había sido omitida por accidente. Otras veces, el editor de turno creyó simplemente que sabía más que el autor y cambió lo que consideraba que era un error, con lo que vino a arrojar más confusión sobre los detalles iniciales.[19] Llegado el momento, el buen detective compara las versiones de diversos testigos (si tal cosa es posible). De todos modos, al final, el crítico de fuentes (si de verdad se propone escribir historia) debe presentar las pruebas ante el tribunal de la opinión académica, con lo que se transforma en un abogado que intenta exponer los datos (y su argumento) de la forma más convincente posible. Puede que se trate de un enfoque anticuado, no lo vamos a negar, pero en modo alguno desdeñable.

3

EL TRASFONDO MACEDONIO

Por su geografía, Macedonia pertenece más a los Balcanes continentales que a la Grecia mediterránea.[1] Las llanuras de la Baja Macedonia, formadas por los ríos Axios (Vardar) y Haliacmón, se extienden hasta el golfo Termaico. A éstas podemos añadir los valles del Estrimón y del Nesto, que quedaron bajo el control del reino macedonio cuando éste empezó a dominar la costa egea septentrional. Estos valles fluviales transcurren de norte a sur, por lo que antaño aportaban un flujo constante de inmigrantes procedentes de las regiones interiores de la cuenca del Danubio que se desplazaban hacia los climas más cálidos y atrayentes del Mediterráneo norte. Al oeste, las montañas sólo ofrecían un refugio limitado frente a las tribus ilirias y a los epirotas de más al sur. En el sector suroriental, el monte Olimpo y el río Peneo (en concreto, el desfiladero del valle del Tempe) formaban una barrera natural entre Macedonia y el mundo helenizado.[2] El pueblo macedonio se hallaba disperso entre las tierras altas (los cantones de lo que llamamos la Alta Macedonia) y la mencionada llanura. Fue en las regiones bajas donde el reino inició su desarrollo, pero los habitantes de la altiplanicie siguieron defendiendo ferozmente su independencia durante mucho tiempo y manteniéndose leales a sus barones regionales. De ahí que la formación del Estado llevada a cabo por Filipo II en el siglo IV supusiera un logro extraordinario.

En el 513, la campaña europea de Darío I, en la que éste incorporó la región de la Tracia al imperio persa y la convirtió en parte de la satrapía de Escudra, redujo a los reyes de Macedonia al vasallaje. Según cuentan, una hija de Amintas I se casó con el persa Bubaces, y en la corte macedonia había instituciones que parecían basadas en el modelo de las persas.[3] Para los griegos del sur, los macedonios eran bárbaros. Alejandro I fue quien

subrayó por vez primera la ascendencia griega de la casa real (los teménidas o argéadas) remontando sus orígenes al Heracles Argivo. Con ello obtuvo la admisión en los Juegos Olímpicos, pero el epíteto de «Filoheleno» («amante» o «amigo» de los griegos) que aquella actitud le valió dice mucho de las diferencias que se percibían entre éstos y los macedonios. Sin duda había también similitudes culturales y lingüísticas, y tanto la sociedad macedonia como los nombres de sus aristócratas evocaban el mundo de Homero. Pero las diferencias fueron suficientes para que los griegos continuaran viendo a sus vecinos como extranjeros hasta bien entrada la era helenística.[4] Aun así, la familia real y las casas de la aristocracia macedonia recibían desde hacía tiempo su educación en griego. Arquelao I (que reinó entre el 413 y el 399) era un admirador de la cultura griega: Eurípides viajó a Macedonia invitado por el rey y escribió *Las bacantes* e *Ifigenia en Áulide*, obras en las que se refleja parte del salvajismo del norte. También Sócrates fue invitado a la corte del rey, pero declinó asistir, gesto que (desde el punto de vista de otros intelectuales de su época) hablaba mucho en su favor.[5] En el plano político, sin embargo, el Estado macedonio era débil y atrasado. Perdicas II, sucesor de Alejandro Filoheleno, sobrevivió a las ambiciones de las potencias griegas del siglo v repartiendo su apoyo entre Atenas y Esparta de manera oscilante.

El reinado del mencionado Arquelao fue el momento en el que Pela se desarrolló como capital del país y en el que se puso en marcha un sistema de caminos que mejoró las comunicaciones y la movilización militar. Pero el verdadero auge de Macedonia aún tardaría medio siglo en llegar. Los sucesores de Arquelao fueron numerosos, débiles y efímeros, y ni siquiera Amintas III, padre de tres reyes y abuelo de otros dos, hizo otra cosa que caminar por la cuerda floja que se tendía entre la amenaza iliria al oeste y el creciente poder de Tebas al sur. Su reinado, que se prolongó desde el 392 hasta su muerte en el 369, fue tambaleante en ocasiones —hasta el punto de que llegó a ser brevemente interrumpido por los ilirios— y hay toda una tradición hostil a su figura que lo retrata como víctima del adulterio y de la conspiración de su esposa Eurídice. Su primogénito (por parte precisamente de esta última), Alejandro II, reinó brevemente (369-368) antes de morir asesinado. Siguió un período de regencia a cargo de Tolomeo de Aloro (su cuñado) durante la minoría de edad de Perdicas III, quien accedió al trono

con todos los poderes en el 365. Pero en el 360-359, Perdicas y unos 4.000 destacados *hetairoi* cayeron muertos en una desastrosa batalla contra los ilirios comandados por el rey Bardileo. Esto llevó al trono al hijo menor de Amintas, Filipo II, quien hasta poco antes había sido rehén en Tebas.

Las probabilidades de supervivencia política de Filipo en el 360-359 eran abrumadoramente escasas: su ejército había quedado casi destruido por completo en la campaña iliria y lo que quedaba de él estaba gravemente desorganizado; los líderes de los Estados vecinos conspiraban para rematar la disolución del reino macedonio (en algunos casos, apoyando a otros pretendientes al trono, como Argeo), y tres hermanastros suyos (hijos de Amintas III y de Gigea) estaban listos para asaltar y desmontar las pretensiones sucesorias de Filipo. La situación se complicaba aún más por el hecho de que el derecho al trono de Filipo era ciertamente cuestionable: a Perdicas III lo había sobrevivido un hijo aún menor de edad, Amintas. Pero en un momento de crisis nacional, los macedonios, o bien eligieron a Filipo como rey, o bien le otorgaron inicialmente la regencia para ascenderlo al trono en dos o tres años.[6] Y pese a todo, Filipo no sólo sobrevivió, sino que logró prosperar. En los veinte años posteriores a su acceso al trono, unificó el Estado macedonio, consolidó el poder de éste en el norte y se hizo a sí mismo amo del mundo griego.

El breve resumen siguiente de los matrimonios políticos de Filipo, elaborado por Ateneo a partir de la *Vida de Filipo* de Sátiro, aun no siguiendo una secuencia cronológica exacta, nos da una idea razonablemente completa de su expansión política:[7]

> Filipo contraía un nuevo matrimonio a cada campaña que concluía. En su *Vida de Filipo*, Sátiro afirma: «En los 22 años de su reinado, Filipo se casó con la iliria Audata, de quien tuvo una hija, Cina, y también contrajo matrimonio con Fila, hermana de Derdas y de Mácata. Luego, deseando extender sus dominios para incluir en ellos la nación tesalia, tuvo hijos con dos mujeres de ese país: Nicesípolis de Feras, quien le dio a Tesalónica, y Filina de Larisa, con quien tuvo a Arrideo. Además, tomó posesión del reino de Molosia casándose con Olimpíade, con quien tuvo a Alejandro y a Cleopatra. Y cuando conquistó la Tracia, el rey tracio, Cotis, acudió a él para hacerle entrega de la mano de su hija Meda y de un sinfín de obsequios. Tras sus nupcias con Meda,

> Filipo se la llevó también a la corte para que fuera una esposa suya más, junto a Olimpíade. Además de estas esposas, se casó con Cleopatra, de quien se había enamorado, y que era la hija de Hipóstrato y sobrina de Átalo. Al traerla consigo a la corte como otra más de sus esposas junto a Olimpíade, convirtió su propia vida en un caos absoluto.[8]

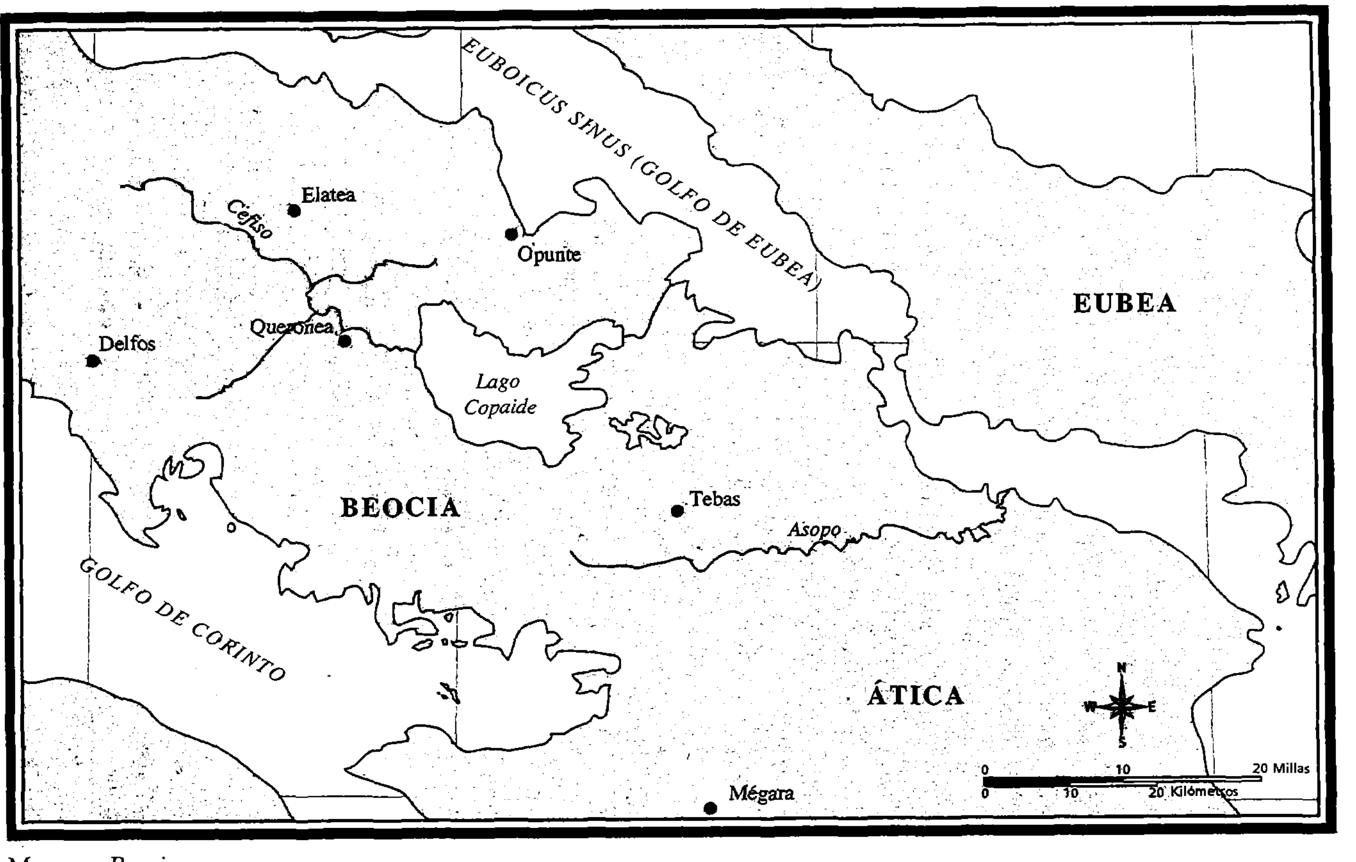
Para los estudiosos actuales, éste es probablemente el episodio más manido de la vida de Filipo II y no les falta razón. Si bien, en realidad, Filipo se había casado con Filina (en el 358) mucho antes que con Nicesípolis (en el 352 o en el 346), los estudios muestran que el monarca macedonio ya había consolidado sus fronteras en todos los flancos y que había iniciado su avance sobre Tracia y el mar Negro antes de efectuar esa primera unión conyugal «no política».

Pero pese al talento de Filipo para el soborno y la diplomacia, la verdadera base de su poder radicaba en el reformado ejército macedonio. Con la introducción de un nuevo estilo de combate (en el que los soldados de la infantería luchaban en formación muy prieta y empuñando una pica de 4,5 a 5 metros de largo llamada *sarisa*), Filipo consiguió desplegar un gran número de efectivos en el campo de batalla con un gasto moderado. Las nuevas armas, unidas a la estricta formación de la tropa, demostraron ser decisivas. Ningún ejército de hoplitas supo cómo acometer una formación que lo atacaba con cinco capas superpuestas de picas que sobresalían hasta un máximo de tres metros y medio. Sólo las puntas de las sarisas medían más de medio metro y hendían los escudos y las armaduras como espadas sujetas a pértigas de madera. Si un hoplita perdía su escudo atravesado y desplazado por una sarisa, era herido enseguida por otra. Una de las máximas curiosas que circulan entre los analistas de la historia es que los líderes militares se adaptan con lentitud a los cambios y se aferran a lo que ya venían haciendo con anterioridad porque asumen que, si les funcionó entonces, volverá a tener éxito en el futuro. El general de división J. F. C. Fuller comentó acertadamente en una ocasión que, en el mundo militar griego, «los cambios de armamento sólo se llevaban a cabo cuando no quedaba más remedio, ya que, en líneas generales, la valerosidad obligaba a despreciar la inventiva».[9] Ese conservadurismo tenía sus costes y, aunque los focenses tuvieron algunos éxitos con su artillería frente a la falange mace-

donia, el gigante del norte arrolló a su oposición griega en una serie implacable de victorias.

Pese a sus éxitos en el campo de batalla, Filipo controlaba los asuntos de Grecia cuidándose mucho de no ejercer abiertamente su mando. En la Guerra Sagrada de 356-346, se postuló como adalid de Apolo, y en la batalla del Campo de Azafrán (352) hizo incluso que sus hombres se tocaran con coronas de laurel como signo de su servicio al dios (un modesto antecedente de la cruz como seña posterior de los cruzados). Adquirió cargos de especial simbolismo, como el arcontazgo de Tesalia, y ejerció el poder controlando los votos de la Liga de la Anfictionía como haría un accionista mayoritario. Incluso tras firmar la Paz de Filócrates en el 346, eludió prudentemente inmiscuirse en los asuntos que se desarrollaban al sur de las Termópilas. Pero el temor ateniense al poder creciente de Filipo (especialmente en las regiones limítrofes con el Helesponto, lo que amenazaba el suministro de grano procedente del mar Negro) lo arrastró a nuevos conflictos. Y en el 338, el destino del mundo griego quedó sellado en un campo de batalla próximo a la localidad beocia de Queronea.

Desde que iniciara las negociaciones para poner fin a la Guerra Sagrada —conversaciones que desembocarían en la Paz de Filócrates del 346—, Filipo había esperado no sólo hacer las paces con Atenas, sino ganársela como aliada. Aunque entró en la Guerra Sagrada del lado de los tebanos, que no conseguían avance alguno en su lucha contra los focenses, y aunque Atenas y Esparta respaldaban en realidad a la Fócida, Filipo tenía especial interés en no incrementar el poder tebano. Pero los temores de una expansión macedonia arrojaron finalmente a Atenas a los brazos de Tebas, así que, en el 339, Filipo irrumpió en la Grecia central y se hizo con el control de Elatea. La acción aterrorizó a los atenienses, que creyeron que la invasión del Ática era inminente. Formaron una alianza con Beocia y se prepararon para resistir al ejército macedonio —que contaba con 30.000 soldados de infantería y 2.000 jinetes de caballería— en Queronea. La batalla se libró el 4 de agosto del 338. El ejército macedonio se hallaba encarado hacia el sur y extendía sus flancos hacia la izquierda, hasta el río Cefiso, y hacia la derecha, hasta el pie de la acrópolis queronea. Enfrente, por la derecha (donde Filipo comandaba la infantería), se encontraban los hoplitas atenienses. Los tebanos y su cuerpo de élite —co-



Mapa 3. *Beocia*.

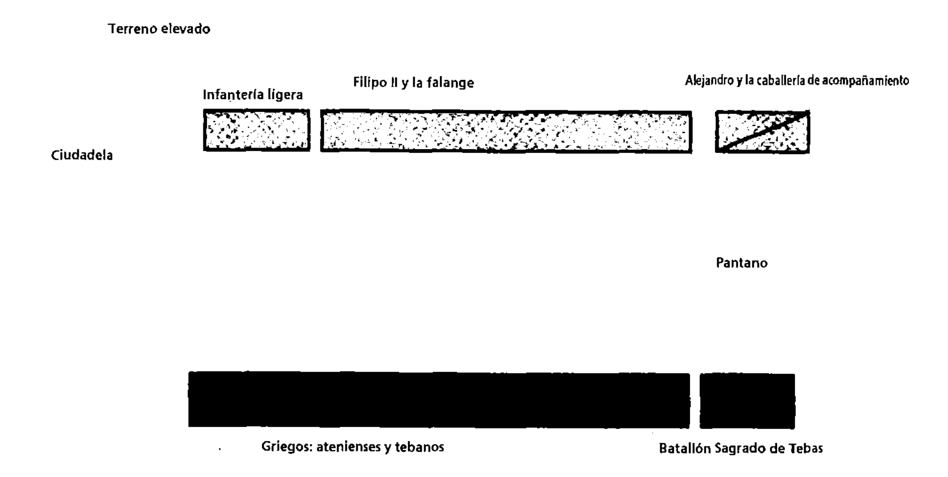


Figura 1. *Batalla de Queronea: fase I.*

nocido como el Batallón Sagrado— ocupaban el flanco opuesto al izquierdo de los macedonios, donde Alejandro dirigía la caballería. Se ha hablado mucho del papel crucial del joven príncipe en Queronea, pero pocos han prestado atención a un comentario de Diodoro, quien dijo que Filipo colocó a su lado a «sus generales de mayor talento».[10] Avanzando en formación oblicua, el flanco izquierdo de Filipo fue el primero en contactar con el enemigo para, inmediatamente después, iniciar una retirada ordenadamente fingida. Tan convincente resultó aquella maniobra que los atenienses alardearon prematuramente de que perseguirían al rey hasta Macedonia si era preciso.[11] Pero a medida que los atenienses fueron adelantando líneas, se fue formando un hueco cerca del flanco derecho, donde el avance tebano se veía impedido por un pantano; Alejandro fue capaz de sacar partido de aquella brecha con su caballería. Presionados en el punto preciso donde se había formado la abertura y encerrados por el Cefiso, los tebanos pagaron un precio muy alto, y el Batallón Sagrado planteó una valiente pero, en última instancia, inútil defensa. Por el lado ateniense, murieron más de mil hombres y el doble fueron apresados. Las pérdidas tebanas serían comparables.[12]

La victoria en Queronea y la formación de la Liga de Corinto (338-337) señalaron la cúspide de la carrera militar y política de Filipo. Su caída no

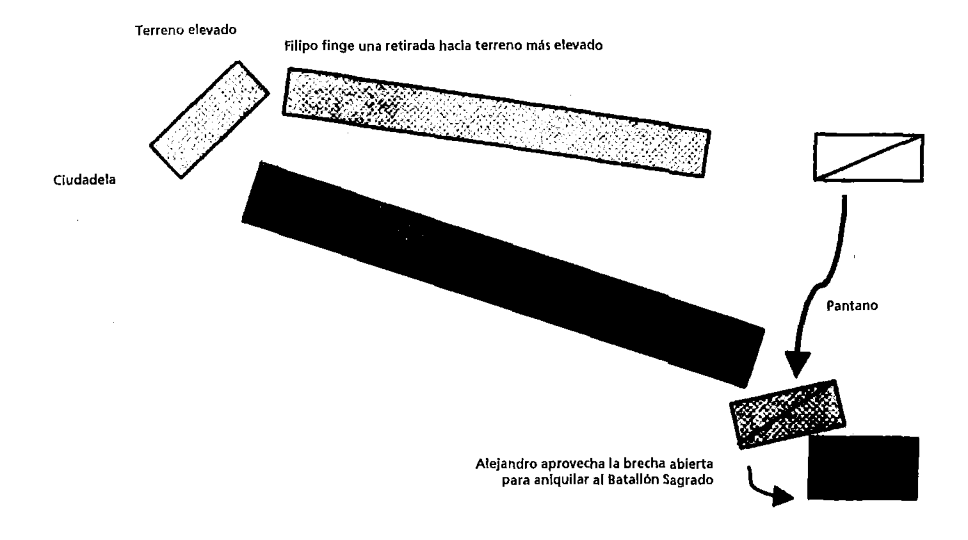


Figura 2. *Batalla de Queronea: fase II.*

tuvo nada que ver con la guerra o la política, sino con las disputas domésticas en las que se enzarzaron él mismo y su heredero, Alejandro.[13]

Los sucesos que llevaron a este último al trono están bien documentados en su mayor parte; la interpretación que se ha hecho de ellos, sin embargo, ha sido objeto de controversia desde tiempos antiguos. El genio militar y la destreza diplomática de Filipo II lo condujeron hasta el liderazgo del mundo griego. La fuerza de su personalidad estaba a la altura del poderío de sus ejércitos. Pese a tener el rostro desfigurado por haber perdido un ojo en el 354 y ser propenso a las borracheras, poseía un irresistible encanto que atraía incluso a sus más pertinaces detractores... a todos salvo a su cuarta esposa, Olimpíade. El escándalo que rodeó a las séptimas (y últimas) nupcias de Filipo, esta vez con una joven macedonia llamada Cleopatra, es comprensible en términos puramente humanos. El vencedor de Queronea, mediada ya su quinta década de vida, estaba pasando por lo que hoy calificaríamos de «crisis de los cuarenta» y quedó prendado de una muchacha que, por edad, podría haber sido su hija, aunque, para lo habitual en la antigüedad, era suficientemente mayor para ser su esposa. Los reyes macedonios eran (o, al menos, podían ser) polígamos y los matrimonios se celebraban generalmente con el propósito de obtener herederos

y alianzas políticas. Eso no elimina la posibilidad de un encaprichamiento del rey (o, incluso, de un auténtico sentimiento de amor), ni cabe deducir de ello que los motivos de Filipo pudieran ser únicamente políticos, como tantas veces se ha sugerido. En el siglo III d.C., Ateneo de Náucratis señaló que familias enteras habían dado un vuelco debido a las mujeres, y para confirmar su sentencia, llamaba la atención como ejemplo eminente sobre el caso de Filipo de Macedonia. Es posible que el propio Alejandro se sintiera avergonzado por el espectáculo de su padre en el papel de novio, ebrio de amor y de alcohol, pero la causa de todos los problemas inmediatamente posteriores fue el insulto implícito en un brindis propuesto por el tutor de la novia.

En el verano del 337, tras garantizarse la cooperación de los Estados griegos del sur, Filipo regresó a Macedonia a prepararse para su gran expedición contra Persia. Pero un asunto del corazón interfirió como él mismo jamás había imaginado o pretendido. Fue probablemente durante octubre —el mes favorito para los esponsales en Macedonia— cuando contrajo matrimonio con la joven Cleopatra, sobrina y pupila de un tal Átalo. En el banquete de boda, al que (es importante señalarlo) asistió Alejandro, Átalo expresó en voz alta sus propias ambiciones ofreciendo una plegaria para que aquella unión produjera herederos *legítimos* al trono. Aquéllas fueron palabras ciertamente carentes de tacto que, en última instancia, tendrían fatales consecuencias. Es muy posible que Filipo esperara engendrar a más hijos varones sin desear en ningún momento desheredar a Alejandro. Aun así, hay estudiosos que han asumido que la plegaria de Átalo y los deseos de Filipo eran la misma cosa, y que aquella referencia a la legitimidad daba a entender que tanto el monarca como otros contemporáneos suyos consideraban que Alejandro era un bastardo, debido, al parecer, al origen extranjero de su madre. En cualquier caso, y en respuesta a aquel insulto, Alejandro arrojó su copa con la bebida que ésta contenía a Átalo, quien le respondió del mismo modo. Cuando Filipo abandonó de pronto el sopor etílico en el que parecía sumido para desenvainar su espada y arremeter con ella contra su hijo, el episodio adquirió proporciones muy distintas. Alejandro huyó a Epiro, donde dejó a su madre a cargo de su hermano, Alejandro I, y luego prosiguió su marcha hacia el norte, al reino de los ilirios, con cuya ayuda esperaba afirmar sus pretensiones al trono.

Si la noche de bodas no fue feliz, el día siguiente debió de suponer un doloroso regreso a la sobriedad para Filipo. Justino, que resumió la historia de Pompeyo Trogo, explica que Filipo se había divorciado de Olimpíade bajo la acusación de adulterio (*stuprum*), algo evidentemente absurdo pero que, pese a ello, ha conseguido engañar a algún estudioso moderno. Difícilmente puede sorprendernos hallar una acusación como la de *stuprum* en la obra de un historiador que escribió en tiempos en los que la legislación moral de Augusto estaba en su máximo apogeo. Lo cierto es que Filipo no tenía ninguna necesidad de divorciarse para adquirir una nueva esposa y que, con casi total seguridad, fue el posterior rumor según el cual Alejandro había sido engendrado por Zeus-Amón el que dio pie a tal acusación de infidelidad.[14] Si el cargo hubiese sido cierto y el divorcio se hubiese producido en realidad, habría sido verdaderamente insólito que Alejandro (deshonrado y desheredado) participase en las celebraciones nupciales de su padre. Filipo debió de ser consciente de que no podía emprender una expedición en oriente con un mínimo de garantías si dejaba su casa dividida en Macedonia y se puede afirmar con casi total rotundidad que nunca tuvo intención de fomentar una fractura. Hasta aquel fatídico momento en el banquete nupcial, padre e hijo habían tenido desavenencias ocasionales, como ocurre hasta en las mejores relaciones paterno-filiales, pero ninguna prueba apunta a que Filipo sintiera otra cosa más que orgullo por Alejandro, de quien esperaba que lo sucediese en el trono. El comportamiento de éste en Queronea lo había convertido en el niño mimado de las tropas, como ya lo era de su padre. Según Plutarco:

> Como consecuencia, *como sería de esperar*, Filipo le tomó un inmenso cariño a su hijo, tanto que se regocijaba de oír que los macedonios se dirigían a Alejandro como rey y a Filipo como general [la cursiva es mía].[15]

El biógrafo compara esa armonía con la disensión creada por el matrimonio de Filipo con Cleopatra. Esta descripción es perfectamente congruente con todo lo que actualmente sabemos de Filipo y Alejandro. Sólo desde la inseguridad más desbordada puede negarse la veracidad histórica de un gesto de afecto paternal genuino como aquél. Entre los historiadores actuales existe, además, una cierta tendencia a tachar de ingenuos a aquellos colegas que

creen que los personajes históricos eran capaces de mostrar ternura y bondad. Con ello, dan a entender que los académicos serios son aquellos que retratan todos los actos de los hombres poderosos como engañosos y motivados por la envidia, el miedo o el odio. Y de ahí que hayamos convertido a nuestros tiranos contemporáneos (en los casos de Hitler y Stalin, en particular) en unos malvados monolíticos, y que hayamos hecho todo lo posible por mostrar a los Filipos, los Alejandros y los Césares de otras épocas como predecesores suyos que les sirvieron como auténticos modelos de conducta. Por otra parte, fue Alejandro, acompañado por Antípatro y, tal vez, por Alcímaco, quien trasladó tanto los términos de Filipo como los atenienses muertos a la propia Atenas. Si quedaba alguna duda sobre la posición de Alejandro, ésta quedó despejada por completo por el Filipeo, un grupo escultórico instalado en Olimpia en el 338 y en el que aparecían representados el propio Filipo, sus padres (Amintas y Eurídice), su esposa Olimpíade y Alejandro.[16]

Durante los meses que siguieron al fiasco nupcial, hubo toda clase de intentos para minimizar los posibles daños: Alejandro fue llamado a regresar de Iliria (de hecho, poco después se lanzó un ataque preventivo contra los ilirios)[17] y se pidió a Olimpíade que volviera a Macedonia para supervisar los esponsales de su hija (cuyo nombre también era Cleopatra) con su tío, Alejandro I de Epiro. Pero el insulto de Átalo y la reprensión de Filipo habían hecho mella en Alejandro y no iba a ser fácil recuperar su confianza. Su madre, quien probablemente tenía motivos sobrados para detestar a su marido, explotó esas inseguridades, pero eso difícilmente puede ser fundamento suficiente para asegurar (como ya hicieron algunos en la antigüedad) que Alejandro conspiró para asesinar a su padre. Quienes están convencidos de su culpabilidad son los mismos que recalcan su precaria posición en la corte. Con tantos oponentes políticos, ¿se habría arriesgado Alejandro a que se pusiera aún más en entredicho su derecho a la sucesión eliminando al rey? Eso es algo de lo que sin duda se habrían aprovechado sus enemigos. Hay quien ha sostenido que temía al hijo al que Cleopatra aún no había dado a luz, pero lo cierto es que ese bebé nació unos días antes de la muerte de Filipo y que, además, ¡fue una niña![18] Lo mejor para Alejandro habría sido que Filipo hubiera muerto en campaña, donde el ejército no habría abrigado duda alguna acerca de quién debía ser su nuevo rey y líder.

Los detalles de la conspiración contra Filipo son sencillos de explicar.

Pausanias de Eréstide, un joven que acababa de licenciarse del cuerpo de pajes y que había pasado a convertirse en uno de los hipaspistas reales, había sido sustituido en el puesto de favorito de Filipo por otro joven, también llamado Pausanias. La pederastia en la formación militar era bastante común en los Estados griegos, sobre todo en Esparta y Tebas. Filipo había pasado algún tiempo en esta última como rehén.[19] No deberíamos, pues, rechazar esa historia tildándola de habladuría difamatoria, por mucho que algunos de sus detalles hayan sido dramatizados en exceso. Al parecer, el Pausanias rechazado se desahogó en reproches contra su rival y homónimo, a quien llamó afeminado y promiscuo. Este otro Pausanias se confió a Átalo, a quien explicó que demostraría su valentía en el campo de batalla, y no tardó en caer en una heroica defensa del rey en un enfrentamiento militar con los ilirios (hacia el final del invierno del 336). Átalo invitó entonces al Pausanias que había lanzado aquellos insultos a una fiesta donde corrió abundante bebida y durante la que aprovechó para entregarlo a sus arrieros, quienes lo sometieron a una violación colectiva. El rey recibió cumplida cuenta de aquel asunto, que, por otra parte, lo colocaba en un dilema, ya que Átalo, el perpetrador del crimen, era su «suegro» y acababa de ser elegido para liderar la partida que haría de avanzadilla en Asia. Convencido de que podría apaciguar a Pausanias con otros honores (y confiando en que la ausencia de Átalo sirviera para poner fin a todo aquel embrollo), Filipo no hizo nada más para aplacarlo. Frustrado, Pausanias decidió vengarse no contra Átalo, sino contra quien veía como protector de éste.

En octubre del 336, Filipo acudió a la reconciliación familiar con su familia epirota a través de la celebración de la boda de su hija Cleopatra con Alejandro I de Epiro. Los festejos incluían un espectáculo en el teatro, adonde se habían llevado las estatuas de los doce dioses del Olimpo acompañadas de una decimotercera: la del propio Filipo. Entre los asistentes se encontraban no sólo los macedonios, sino también los representantes de los diversos Estados griegos que eran miembros de la Liga de Corinto y socios en la empresa persa de Filipo. Allí, en el teatro, en el que entró sin el acompañamiento de la guardia, se le acercó Pausanias, quien le clavó una daga celta en las costillas. El asesino fue perseguido y muerto (obviamente, hay quien ve con suspicacia el hecho de que no fuera apresado vivo), pero el rey falleció a los pocos minutos. Si alguna otra persona esperaba sacar partido de aquella

muerte, no parece que estuviera preparada para aquello o, cuando menos, debió de verse sorprendida por los acontecimientos, porque, al momento, Alejandro de Lincéstide —yerno del poderoso general Antípatro— fue el primero en jalear a Alejandro como rey. Otros hicieron lo mismo. O bien los rivales más peligrosos no estaban presentes en aquel encuentro celebrado en Egas (Vergina), o bien la ocasión los tomó desprevenidos. No así a Alejandro. Él procedió a arrestar a sus rivales —a los hijos de Aérope, Arrabeo y Herómeno, así como a su primo Amintas, hijo de Perdicas— y, en los días y semanas siguientes, los fue eliminando acusados de complicidad en el asesinato. Ante una multitud atónita proclamó (no sin razón) que lo único que había cambiado era el nombre del rey. En cuanto se hubieran celebrado los funerales, las cosas volverían a ser como siempre.

Para entonces, los oponentes políticos de Alejandro estaban en máxima alerta. No les quedaba otro remedio que hacer las paces con el nuevo monarca o huir del país. Amintas, hijo de Antíoco y amigo desde hacía mucho tiempo del depuesto heredero Amintas IV, se refugió en Asia con el Gran Rey, al igual que Neoptólemo, un hijo de Arrabeo, quien había sido ejecutado por regicidio. Parmenión, por su parte, fue obligado a declarar su lealtad a Alejandro sacrificando a su yerno Átalo.[20] Puede que su conciencia lo atribulara por aquello, pero tanto su carrera como la fortuna de su familia prosperaron (al menos, a corto plazo).

Los efectos del asesinato de Filipo se dejaron sentir en las distantes Grecia (al sur) y Asia Menor. Los sátrapas que esperaban beneficiarse con la invasión de Filipo empezaron a hacer las paces con Darío III; los gobiernos de las ciudades de Asia que se habrían librado de las guarniciones persas allí acuarteladas experimentaron revueltas contrarrevolucionarias, y entre los griegos de Europa existía el convencimiento de que aquél era un momento inmejorable para intentar zafarse del yugo macedonio.

EL EJÉRCITO MACEDONIO

Alejandro heredó de Filipo no sólo la tarea de conquistar el imperio persa, sino también (y lo que era más importante) el ejército con el que llevarla a cabo. Las tropas macedonias que cruzaron el Helesponto en el 334 eran

fundamentalmente las mismas que habían servido a Filipo en Queronea y en los años previos. Aunque la mitad de las fuerzas macedonias quedaron atrás bajo el mando de Antípatro, entre las que acompañaban al nuevo rey se contaban los veteranos más experimentados de Filipo. Y puede que también representaran la mayoría de las tropas que sofocaron el levantamiento griego del 335 y destruyeron Tebas. Las cifras que se dan de los efectivos de Alejandro en aquella ocasión hablan de 30.000, pero casi la mitad debieron de ser soldados de las fuerzas aliadas.

La principal arma ofensiva del ejército de Alejandro era la caballería de los Compañeros (o *hetairoi*). En el 334, ésta comprendía siete escuadrones (*ilai*) y un escuadrón real (*ile basilike*); en total, 1.800 jinetes. Suponiendo que todos los *ilai* fuesen del mismo tamaño, las fuerzas de cada *ile* estaban probablemente formadas por unos 225 hombres, pero también es posible que el *ile basilike* fuese más numeroso, con la correspondiente reducción de tamaño de cada uno de los *ilai* restantes.[21] Complementándolos y colaborando con ellos había cinco *ilai* adicionales de *prodromoi* (a veces llamados *sarissophoroi*) y peonios; concretamente, Plutarco (*Alej.*, 16.3) cuenta que Alejandro dirigió personalmente a trece *ilai* en el Gránico. Sabemos que los *ilai* de los Compañeros eran reclutados conforme al origen regional de sus componentes, pero desconocemos la procedencia de los *prodromoi* —tal vez fueran tracios o, quizás, macedonios— salvo por el detalle de que eran distintos de los peonios. Con el avance de la campaña, y a medida que los refuerzos fueron superando a las bajas, se fue incrementando la fuerza de cada *ile*, que fue luego dividido en dos *lochoi*. Al parecer, la unidad tipo acabó siendo la hiparquía, aunque éste es un término anacrónico cuando se utiliza para el período anterior a las reformas militares. En los años finales de la campaña, existían ya cinco grandes hiparquías (formadas, posiblemente, por unos mil hombres cada una), así como una guardia de caballería (*agema*). La principal arma de los Compañeros era una lanza (*xyston*), distinta de la arrojadiza jabalina que era la preferida de los persas, aunque, si los *prodromoi* eran, en realidad, *sarissophoroi*, es improbable (por razones prácticas) que la sarisa de la caballería tuviese una longitud superior a los 2,75 metros.[22]

La línea macedonia quedaba anclada en los soldados de infantería armados con sarisa a los que se conocía en tiempos de Alejandro como *pez-*

hetairoi (o *pezetairoi*), aunque los de algunas unidades eran denominados *asthetairoi*. Se trataba de 9.000 efectivos de infantería pesada divididos en seis unidades (*taxeis*), reclutados en su totalidad conforme a criterios étnicos (o sea, regionales) y dirigidos por generales de sus propias aristocracias o casas reales locales. Los efectivos de cada *taxis* ascendían aproximadamente a unos 1.500 hombres, repartidos en tres unidades de 512 o en seis de 256. El término *pezhetairoi* había sido reservado originalmente a las tropas de élite, las que en tiempos de Alejandro se conocían como hipaspistas (véase más abajo): Teopompo dice que «los hombres de mayor tamaño y fuerza de todas las tropas macedonias eran seleccionados para la guardia del rey y se les llamaba *pezhetairoi*».[23] Pero, ya al final del reinado de Filipo (o al principio del de Alejandro), el término se aplicaba a la infantería pesada en general. Los miembros de ésta iban armados con la sarisa, que podía medir hasta cerca de cinco metros de largo, y llevaban un escudo más pequeño (de unos 60 centímetros de diámetro) colgado del hombro y sujetado por medio de un *porpax*, por el que pasaba el antebrazo, dejando libre la mano izquierda para empuñar la pica.

Entre la falange y los Compañeros, Alejandro situó a los hipaspistas (portadores de escudo), que eran unos 3.000. Estos infantes de élite, armados de guisa parecida a la de los hoplitas griegos (aunque con coseletes de lino, más ligeros), actuaban como fuerza articuladora y como apoyo de infantería para la caballería, muy al estilo de los *hamippoi*. También eran utilizados (por lo general, de forma conjunta con la caballería y los agrianes) en campañas que exigían velocidad y flexibilidad; solían estar entre las primeras tropas en escalar las murallas de las ciudades enemigas.[24] A diferencia de los batallones de la falange, las quiliarquías y pentacosiarquías de los hipaspistas estaban comandadas por hombres seleccionados por sus méritos más que por su origen u ascendencia. No obstante, la responsabilidad del cuerpo de hipaspistas en su conjunto (el cargo de *archihypaspistes*) se hacía recaer en un noble nombrado por el propio Alejandro. Durante la campaña de la India (seguramente, cuando el ejército emprendió el camino de regreso desde el Hífasis hacia el Hidaspes), aquellos soldados empezaron a adornar sus escudos con plata y pasaron a ser conocidos como los *argyraspides* (Escudos de Plata). Desde ese momento, fueron probablemente reemplazados por un grupo más joven de hipaspistas.[25]

En el ala o flanco izquierdo, al que se asignaba un papel defensivo y que quedaba generalmente retenido (o «rechazado»), Alejandro podía desplegar a los 7.000 soldados de la infantería aliada (cuando no quedaban en posición de reserva por detrás de la falange macedonia) aportados por los Estados miembros de la Liga de Corinto, junto a 600 jinetes aliados. Estas fuerzas se completaban con 5.000 miembros de la infantería mercenaria. El flanco quedaba asegurado, además, por una fuerza de 1.800 jinetes de la caballería tesalia. Toda esta fuerza se hallaba normalmente bajo el mando de Parmenión, aunque Crátero no tardó en destacar como suplente de éste. Ambos flancos estaban cubiertos asimismo por lanzadores de jabalina (de los que los agrianes eran los más formidables), honderos y arqueros. Estos últimos se dividían entre los de origen cretense y los macedonios.

Disponer de semejante combinación de tropas especializadas constituía un auténtico lujo, sin duda, pero también podría decirse que el ejército persa no era menos diverso. Se necesitaba, sin embargo, un estratega de la calidad de Alejandro para coordinar los esfuerzos de aquel elenco de tropas y unos oficiales como los que tanta brillantez demostraron en el transcurso de la campaña (por mucho que los historiadores hayan tendido a centrarse en Alejandro y a excluir muchas de las actividades que tuvieron lugar en otras partes del campo de batalla) a la hora de poner en práctica los planes del rey. Eran también famosas la temeridad del monarca y su costumbre de liderar a sus tropas desde la primera línea de vanguardia. A propósito de esto último, el historiador Adrian Goldsworthy comenta lo siguiente:

> De este modo, inspiraba a sus soldados para alcanzar nuevas cimas de valor. Ahora bien, en cuanto comenzaban las hostilidades, era muy poca la influencia directa que desde allí podía ejercer en el desarrollo de la batalla. Para controlar a las tropas en otros sectores del escenario de combate confiaba en sus oficiales subordinados.[26]

Ello nos lleva a suponer que la muerte de Alejandro en combate habría tenido un impacto menor en el resultado de la batalla para los macedonios que la de Darío para los persas.

Aunque el ejército macedonio se acercaba a los 50.000 hombres al inicio de la campaña, fue menos numeroso que el de los persas en la mayoría

de ocasiones en las que se enfrentaron, y, en muchos casos era claramente superado en efectivos por este último. Alejandro no podía esperar que se produjera una destrucción de las fuerzas enemigas como la del ejército romano frente a Aníbal en Cannas. La suya estaba destinada a ser la estrategia de un jugador de ajedrez, dedicada a la captura del rey del oponente; su objetivo era ganar la batalla *antes* de que el enemigo pudiera usar su superioridad numérica con toda su efectividad. Por ello, atraía al ejército rival para que éste intentara un avance de flanqueo sobre su propia ala izquierda. El costado derecho de la falange sujetaba al enemigo hasta poco más allá de su centro y, entretanto, los Compañeros aprovechaban la brecha creciente que se iba abriendo en la izquierda enemiga y giraban súbitamente para acometer a la formación escindida por el flanco. Los hipaspistas actuaban como bisagra, manteniendo el contacto con la falange y la caballería al mismo tiempo, y en cuanto el ataque de flanqueo empezaba a sembrar la confusión en el enemigo, se entremezclaban con los jinetes y convertían la lucha en una matanza. Las tres grandes batallas de Alejandro contra los persas siguieron esa pauta general, incluso a pesar de las dificultades que planteaba el terreno en Isos.

ASEGURAR LAS FRONTERAS EUROPEAS

La repentina muerte de Filipo ponía en peligro sus conquistas militares y diplomáticas. Los atenienses (y, en especial, Demóstenes) vieron en aquél el momento oportuno para desafiar al «muchacho» que había ocupado el trono macedonio (el orador llegó incluso a menospreciar a Alejandro llamándolo Margites, el idiota homérico, y burlándose así de su proclamada pertenencia a la estirpe del mítico Aquiles).[27] Otros Estados se apresuraron a hacer lo posible para librarse del yugo macedonio en aquel momento en el que auguraban una supuesta debilidad de sus vecinos del norte. Pero la suya era una impresión equivocada y el error fue costoso: no tanto para los atenienses —más propensos a incitar a la rebelión que a llevarla a cabo por sí mismos— como para los tebanos. Espoleados por la retórica de Demóstenes, embaucados por las promesas de un apoyo que no llegó y engañados por falsos rumores sobre la muerte de Alejandro en el norte, estos últimos

estaban destinados a servir de cruel ejemplo para el mundo griego. La suerte que corrieron serviría de preludio a la guerra panhelénica contra Persia.

Los movimientos iniciales contra Macedonia fueron sofocados con rapidez: Alejandro hizo excavar «escalones» en la ladera del monte Oeta y obligó a la Liga Tesalia a proclamarlo sucesor de Filipo en el cargo de arconte de dicha confederación. La prontitud de aquella reacción acalló el descontento en la Grecia central y meridional y dejó las manos libres al rey macedonio para asegurar las fronteras septentrionales como preparación para su expedición persa. En una rápida sucesión de acontecimientos, se enfrentó a los tracios en el noreste y a los ilirios en el oeste. La primera de esas campañas sometió a los tracios llamados autónomos de la región del monte Hemo y dispersó la resistencia de los tribalos, cuyo líder, Sirmo, acabó refugiándose en una isla del Danubio. Los tribalos que optaron por volver sobre sus pasos desde el río para organizar un nuevo foco de oposición fueron derrotados en batalla. La subsiguiente demostración de fuerza que se efectuó al otro lado del Danubio reportó un botín nada desdeñable, además de suficientes garantías de la buena voluntad de los getas, habitantes de aquellas tierras.[28] También sirvió para forzar al líder tribalo a aceptar un acuerdo.

Alejandro envió a Lángaro, rey de los agrianes, más al oeste para hacer entrar en vereda a los autariatas (considerados en tono desdeñoso como la menos guerrera de las tribus vecinas), mientras que él mismo se enfrentaba a los jefes tribales ilirios, Glaucias y Clito, en Pelio. Esta campaña, que proporcionó ya los primeros indicios del estilo de generalato de Alejandro y de su capacidad para improvisar, también demostró la eficiencia de la infantería macedonia, perfeccionada en instrucción y combate bajo el mando de Filipo. Aquél habría sido el ensayo final para la expedición a Persia de no haber llegado a oídos de Alejandro la alarmante noticia de la deserción tebana.

Tras su victoria en Queronea, Filipo había asegurado la ciudadela de Tebas (conocida como la Cadmea) acuartelando en ella a una guarnición macedonia. En el 335, coincidiendo con la prolongada ausencia de Alejandro mientras combatía en el norte, empezaron a circular rumores de que el rey había muerto en Iliria, lo que alentó a los tebanos a rebelarse contra el dominio macedonio. Los sediciosos tomaron por sorpresa a dos miembros de la guarnición, Amintas y Timolao, y les dieron muerte. Los teba-

nos, reunidos en asamblea, votaron a instancias de los agitadores desprenderse del dominio macedonio y apoyar la liberación de su ciudad. Según Diodoro, propusieron aprovechar los subsidios ofrecidos por los persas para liberar a Grecia de su «verdadero enemigo». Alejandro se enteró del levantamiento cuando se hallaba en las fronteras occidentales. Desde allí, se abrió rápidamente paso a través de la Alta Macedonia, cruzó el río Haliacmón y llegó a Pelina, en Tesalia. Tardó sólo siete días en recorrer aquel trayecto; seis días más tarde se hallaba ya en Onquesto, al sur del lago Copaide, en Beocia.[29] Cuando hubo conducido a su ejército de más de 30.000 hombres hasta las puertas de Tebas, manteniendo sus tropas cerca de la asediada guarnición de la Cadmea, se dice que intentó un acuerdo negociado. Alejandro exigió la extradición de Fénix y Protites, presuntos instigadores de la rebelión; los de Tebas respondieron con muy poco sentido de la realidad reclamándole la entrega de Filotas y Antípatro. Puede que Filotas fuera en verdad el *phrourarchos* de la Cadmea, pero el Antípatro al que se referían los tebanos era sin duda el regente de Alejandro en Macedonia.[30] Pese a lo infructuoso de aquel intento, el rey contuvo a sus fuerzas (o, al menos, eso alegaron quienes trataron en su momento de minimizar la responsabilidad de Alejandro en la destrucción de Tebas) hasta que el batallón de Perdicas atacó prematuramente y puso en marcha la batalla que desembocaría en la toma de la ciudad.[31] Los defensores de Tebas pronto hicieron gala de un valor propio de la desesperación: al final, murieron 6.000 soldados de infantería y unos 30.000 tebanos fueron vendidos como esclavos.[32] La ciudad fue arrasada hasta los cimientos como castigo ejemplar para el resto de Grecia. Aunque los enemigos beocios de Tebas sin duda se inclinaban por no mostrar la más mínima piedad por la ciudad derrotada, la culpa del destino corrido por los tebanos debe atribuirse a Alejandro y, de hecho, son diversas las muestras que apuntan a que, durante el resto de la campaña, tal vez se lamentara de la excesiva severidad mostrada en aquel momento. Pero como preludio de la posterior misión panhelénica, no cabe duda de que cumplió su cometido. ¿Qué mejor lugar para empezar que con los colaboracionistas de Persia que había dentro del propio país?[33]

4

EL ENEMIGO PERSA

EL IMPERIO PERSA EN EL SIGLO IV

Al concluir el siglo v, el hermano rebelde de Artajerjes II, conocido como Ciro el Joven (para distinguirlo del gran fundador de la dinastía),[1] se puso al frente de una fuerza mixta de bárbaros y griegos que condujo hasta el corazón mismo del imperio persa. Entre aquellas tropas que se enfrentaron a los ejércitos del Gran Rey se contaban más de 10.000 mercenarios helenos salidos de muy diversos rincones de la Grecia europea. Cada contingente tenía su propio comandante. Aunque el líder que pagaba sus soldadas, Ciro, murió en el campo de batalla de Cunaxa, no muy lejos de Babilonia, los griegos (cuyos propios generales habían sido asesinados a traición por el sátrapa Tisafernes) lograron escapar a la furia del ejército victorioso y acabaron abriéndose paso a golpe de espada a través de las montañas de Armenia hasta alcanzar las colonias griegas del mar Negro. Su historia fue relatada vívidamente por Jenofonte, el hombre que afirmaba haber asumido el mando de aquellas fuerzas tras el asesinato de los generales. Su *Anábasis* («marcha tierra adentro») era bien conocida entre los griegos cultos y los jóvenes macedonios, y el propio Alejandro debió de haber quedado maravillado, de niño, por las aventuras de los Diez Mil y el exótico mundo de Persia.[2] Pero la *Anábasis* también contribuyó de un modo nada desdeñable a fomentar la impresión de que el imperio aqueménida se encontraba en franca decadencia y era ya «fruta madura» y a punto para ser «recogida». Esa imagen de una Persia en declive, aceptada durante mucho tiempo por los autores contemporáneos, ha sido recientemente revisada gracias a los esfuerzos de diversos estudiosos del mundo aqueménida.[3] Pero las observaciones apuntadas por Jenofonte acerca de la

debilidad inherente del imperio acabaron demostrándose ciertas y fueron brillantemente aprovechadas por Alejandro Magno.

Dos pasajes (uno en el que se recoge la estimación que hacía el propio Jenofonte de los puntos fuertes y débiles del imperio, y otro en el que supuestamente se reproducían las palabras de Ciro) merecen una atención más detenida. En el primero de ellos, Jenofonte señalaba que:

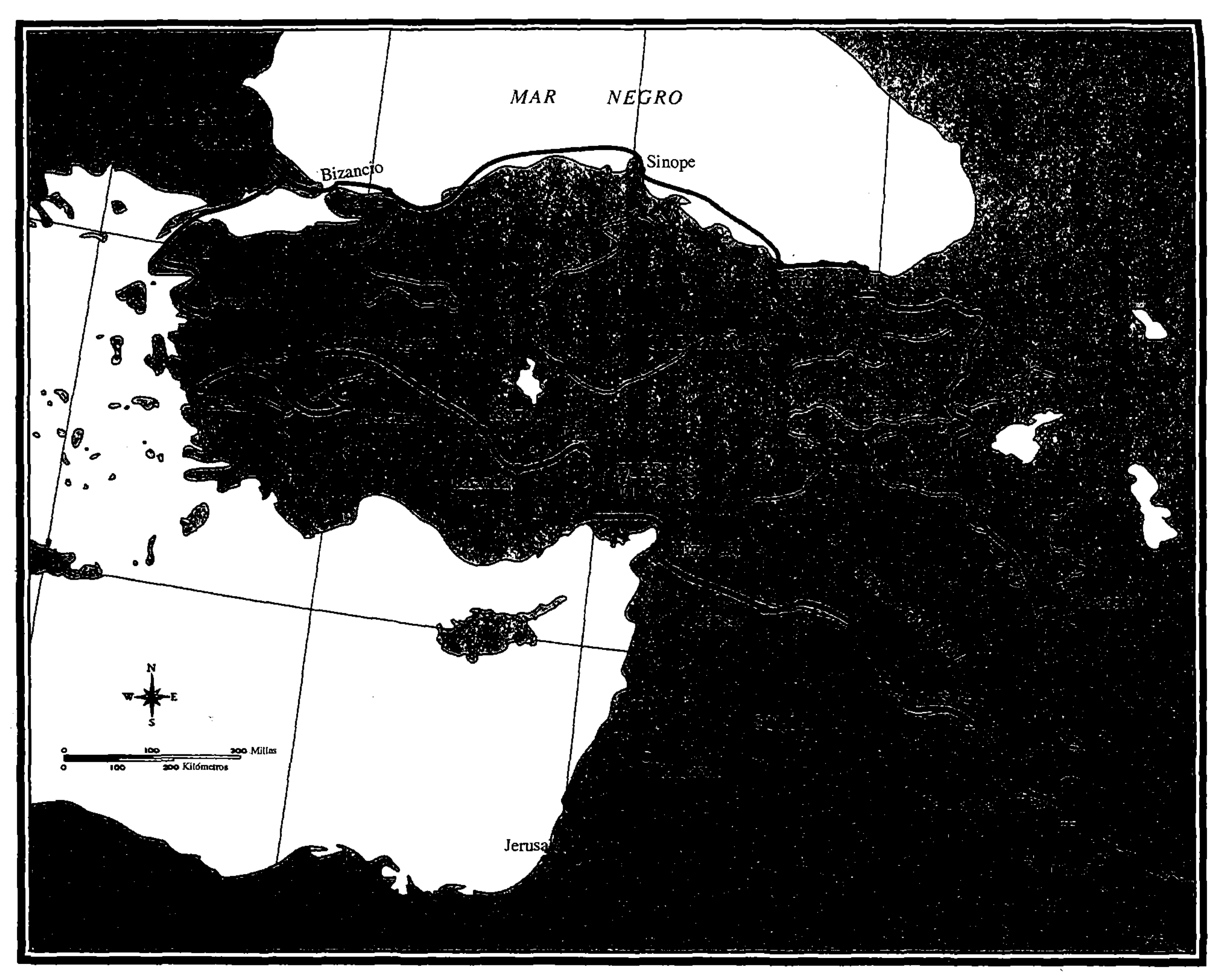
> Resultaba evidente para cualquiera que prestara suficiente atención a las dimensiones del imperio del rey que éste era fuerte en cuanto a tierras y hombres, pero débil en lo referido a las grandes distancias de los caminos y la dispersión de sus fuerzas, en el caso de que alguien emprendiera una rápida ofensiva militar en su contra.[4]

En el segundo, Ciro pronuncia el siguiente comentario ante los griegos, esperando así animarlos a soportar inminentes penurias en su nombre:

> Nuestro ancestral reino se extiende en dirección sur hasta allí donde los hombres ya no pueden vivir por culpa del calor, y en dirección norte, hasta aquellos lugares que el invierno hace inhabitables. Todo lo que se sitúa entre esos límites está gobernado por amigos (*philoi*) de mi hermano. Toda conquista de territorio tendrá que ser puesta bajo custodia de quienes sean amigos nuestros.[5]

El imperio persa era, pues, una estructura tan grande como pesada, que podía ser ocupada por un ejército eficiente y que ofrecía a los conquistadores buenas oportunidades de enriquecimiento; en definitiva, un imperio más digno de ser codiciado que temido.

En la realidad, la conquista de Persia, aunque posible (como el propio Alejandro demostró), no era tarea tan sencilla en las primeras décadas del siglo IV. Cuando Jenofonte escribió que Agesilao, que había conducido una campaña por aquella zona en el 395 y el 394 con una fuerza no superior a los 10.000 hombres, fue llamado a regresar a Europa en el momento en que estaba a punto de asestar un golpe decisivo al corazón mismo del imperio aqueménida, estaba confundiendo el deseo con la realidad. La impresión general que se tenía de Agesilao era la de un «emprendedor» autónomo y sin escrúpulos que simplemente se limitaba a complicarle la vida a Tisafernes en Jonia. Sólo cuando llegó el momento, y «el hombre y



Mapa 4. *Expedición de los Diez Mil.*

la hora coincidieron» (por emplear la famosa expresión con la que William Yancey se refirió en su momento a Jefferson Davis), salió a relucir la verdad que encerraban las apreciaciones de Jenofonte.

ENEMIGO COMÚN DE TODOS LOS GRIEGOS

Las campanas habían tocado a difuntos por el imperio persa con demasiada antelación. Artajerjes II repelió los ataques de su hermano y de los grandes sátrapas del oeste. Minusvalorado por su ineptitud militar y de una determinación que se fue resintiendo un tanto con la edad, el rey persa tenía sin embargo los recursos económicos necesarios para comprar mercenarios en el extranjero y a traidores en la propia Grecia. Colaborando primero con Esparta y, luego, con Tebas, dividió y debilitó a los Estados griegos sin dejar de actuar en ningún momento como presunto garante de las libertades locales de éstos. Cuando falleció en el 359-358, dejó el trono a Artajerjes III Oco, quien realizó una purga implacable en su familia y en la corte para depurarlas de sus rivales, y reprimió brutalmente la rebelión en sus territorios. Con ello, logró fortalecer Persia a corto plazo, pero creó una serie de condiciones (particularmente, en Fenicia y Egipto) que acabarían facilitando la conquista macedonia: cuando Alejandro llegó a aquellas tierras, sus habitantes estaban poco dispuestos a luchar hasta la muerte por sus amos persas.

Las campañas militares de las Guerras Médicas habían sido un estrepitoso fracaso. Pero, pese a la euforia griega, para los persas habían supuesto poco más que una guerra fronteriza fallida como las que habitualmente se suprimían de las crónicas de los imperios del Próximo Oriente. Además, habían aprendido una lección. El renombrado experto en Asiria y Persia, A. T. Olmstead, señaló acertadamente que:

> Desde el primer contacto con los griegos, los monarcas persas habían tomado clara conciencia de una notable debilidad de los estadistas helenos: su vulnerabilidad a los sobornos. Y tras las aplastantes derrotas militares sufridas por Jerjes, le llegó el turno a la diplomacia persa, respaldada por el oro del imperio.[6]

Los sobornos, pero también la financiación directa de los Estados griegos en sus guerras intestinas, se convirtieron en el método preferido de los persas para asegurar su frontera occidental. Las fases finales de la guerra del Peloponeso brindaron al Gran Rey Darío II la oportunidad de recobrar el control del litoral egeo. Los sátrapas de Jonia y de la Frigia Helespóntica habían encajado un golpe particularmente duro con la pérdida de las ciudades griegas costeras y, lógicamente, codiciaban los ingresos que éstas les generarían. La revuelta de los Estados tributarios de las islas egeas contra Atenas tras el desastre siciliano del 413 estaba condenada al fracaso si los espartanos no podían hacer llegar su ayuda: incluso en aquel momento de crisis, el Estado ateniense no estaba ni mucho menos derrotado y daba muestras tanto de su voluntad como de su capacidad de recuperación. Pero con la ayuda del oro persa, Esparta pudo cimentar una presencia naval en el este que no sólo garantizara la protección de los rebeldes, sino que también les abriera las puertas de la victoria en la guerra. Ahora bien, a cambio de aquel triunfo, los espartanos —que se habían sumado al conflicto como los autoproclamados liberadores de Grecia— tendrían que renunciar al control sobre los griegos de Jonia y cederlo a sus patrocinadores persas.[7] La decisión de aliarse con estos últimos —Tucídides describe con gran detalle las negociaciones del tratado— fue políticamente embarazosa para los espartanos, pero les garantizó el éxito. Los navarcas de Esparta (en especial, el extravagante Lisandro) dirigieron escuadras navales cada vez más grandes, tripuladas en parte por remeros arrebatados a los atenienses gracias a los mayores sueldos que les ofrecían sus nuevos patrones. El acuerdo entre Esparta y Persia fue logrado con la mediación del hijo de Darío II, Ciro, cuyo interés por cultivar la amistad de Lisandro estaba motivado en buena medida por sus aspiraciones al trono aqueménida. De ahí que los persas no siguieran el consejo de Alcibíades, quien les recomendaba no apoyar a un único bando por considerarlo contrario a los intereses de los amos del imperio.

> Los atenienses enviaron embajadores a Ciro usando a Tisafernes como intermediario. Ciro, sin embargo, se negó a recibirlos a pesar de los ruegos del propio Tisafernes, quien le instó a seguir su propia política (que había adoptado siguiendo el consejo de Alcibíades): guardarse de que surgiera un único

> Estado griego fuerte cuidando de que todos se mantuvieran débiles y constantemente ocupados en luchas internas.[8]

Llegado el momento, y como ya se ha señalado, sería en el campo de batalla de Cunaxa donde los planes de Ciro quedarían finalmente desbaratados. Precisamente, la participación de mercenarios peloponesos en aquella contienda acabaría volviendo a Artajerjes II contra sus antiguos aliados.

A partir de aquel momento, fueron los atenienses los que se beneficiaron del oro persa. Conón, el almirante que se había autoexiliado tras el desastre de Egospótamos (405), terminó con la efímera talasocracia espartana frente a las costas de Cnido en el 394. Más o menos por esa misma época, Agesilao regresó a Grecia para ocuparse de la Guerra Corintia tras haber llevado a cabo una campaña irregular en Jonia y haber sido expulsado de Asia «por 10.000 arqueros».[9] La guerra en Grecia se prolongó hasta el 387, momento en el que los espartanos volvieron a buscar la ayuda persa para apuntalar su poder y forzar así a sus oponentes a alcanzar un acuerdo. Éste llegó en forma de la llamada Paz de Antálcidas (que sería más apropiado denominar «Paz del Rey»), que sirvió para reactivar nuevamente la acusación de que Esparta estaba confederada con el «enemigo común de todos los griegos».

> Podríamos culpar a los lacedemonios porque, para empezar, fueron a la guerra para liberar a los griegos, pero, al final, entregaron a muchos de ellos [...] a los bárbaros.[10]

En ciertos aspectos, Esparta era un imperio «teflón», ya que, pese a sus políticas autocráticas e intolerantes, el oprobio del medismo no se le adhirió tanto como a Tebas.[11] ¿Cómo se podía culpar de nada a los defensores de las Termópilas y a los vencedores de Platea? Por su parte, los tebanos —tras la destrucción del ejército espartano en la batalla de Leuctra (371)— impusieron una nueva paz en el mundo griego, apoyada nuevamente por Persia. Los suyos no fueron los únicos embajadores que llegaron a Susa, pero las acciones de éstos fueron diligentemente recogidas y reproducidas por oradores e historiadores. Más reveladora aún fue, sin embargo, la respuesta tebana al llamamiento de Alejandro a que se unieran a la causa panheléni-

ca: en vez de hacerlo, llamaron a los griegos a ponerse de su lado (y del lado *del Gran Rey*) para liberar a Grecia de la tiranía de los macedonios.[12]

PANHELENISMO

El impacto que las Guerras Médicas (entiéndase las campañas de Datis, general de Darío, en el 490 y de Jerjes en el 480-479) tuvieron en los griegos resulta casi imposible de subestimar. Así sucedió, especialmente, en el caso de los atenienses, quienes habían encontrado en la victoriosa derrota de su fuerza expedicionaria en Maratón (que contribuyó a la posterior y decisiva victoria en Salamina) un trampolín para el crecimiento de su poder y la creación en última instancia del imperio ateniense. Este ascenso de Atenas acabaría por favorecer la visión distorsionada que el mundo moderno tiene de aquellas Guerras Médicas: lo que para Grecia fue una lucha a vida o muerte y un triunfo de su voluntad y de sus ejércitos sobre los de los bárbaros fue para Persia una guerra fronteriza infructuosa, un freno a su expansión hacia el oeste. Es dudoso que los persas volviesen a contemplar la posibilidad de anexarse el territorio griego, pero ésa fue una idea explotada por Atenas para retratar a Persia como un imperio malvado, una amenaza permanente y peligrosa a las puertas de Grecia. El desasosiego heleno ante los persas probablemente no difería en mucho del que sentían los occidentales durante la Guerra Fría con respecto a la Unión Soviética y al bloque del Este, pero no dejaba de ser igualmente artificioso. Estas preocupaciones tan esmeradamente alimentadas fueron terreno abonado para el desarrollo de las ideas del panhelenismo (la unidad griega). Los helenos no ignoraban que les unía un idioma, una cultura y una religión comunes. De ello, cuando menos, dan cumplido testimonio los Juegos Olímpicos, Pitios, Nemeos e Ístmicos. Pero las uniones o las coaliciones políticas de cualquier clase eran casi irrealizables si no se imponían por la fuerza de un Estado o de un estadista que las acaudillara, y sólo cuando éste declarara hacerlo con el propósito de organizar una defensa colectiva frente a un enemigo común o de emprender una guerra ofensiva de represalia.[13]

El concepto de panhelenismo está inextricablemente ligado al nombre de Isócrates, su más famoso defensor. Pero la idea fue sin duda desarrolla-

da durante el siglo v, probablemente en respuesta a la decisión de Esparta de buscar la ayuda de Persia en la guerra contra Atenas. Fue entonces cuando Gorgias de Leontino (maestro de Isócrates) pronunció una oración en Olimpia (quizás en el 408) en la que lamentaba que los griegos se desgastaran luchando entre sí cuando deberían dirigir su hostilidad hacia el verdadero enemigo: Persia. De manera similar, Jenofonte, que escribió después de que los tebanos hubieran puesto fin a la supremacía de Esparta, atribuye sentimientos panhelénicos no sólo a su héroe, Agesilao, sino también al navarca espartano Calicrátidas, quien, según él, comentó que

> los griegos eran los seres más desdichados porque adulaban a los bárbaros en busca de su plata, y también dijo que, si regresaba a casa sano y salvo, haría todo lo que estuviera en su poder para reconciliar a los atenienses con los espartanos.[14]

Para el propio Isócrates, la unificación de Grecia y la venganza contra Persia iban inseparablemente unidas. Ni que decir tiene que su intención original era que los atenienses lideraran aquella empresa unificadora, pero él también apreciaba los beneficios que para Grecia tendría cualquier esfuerzo en ese sentido, incluso aunque fuesen Esparta o Macedonia las que se lo impusieran a Atenas, ya que tal perspectiva sería preferible a la situación de aquel momento y a las debilitadoras guerras entre *poleis*. Si Filipo II se había sentido persuadido por aquellos llamamientos o había llegado a la idea de una cruzada panhelénica por su propia cuenta era algo que Isócrates no podía saber, pero lo cierto es que el rey macedonio apreciaba claramente el valor de esa propaganda y su verdadero deseo, más que gobernar sobre Grecia, era el de liderarla. Aquel motivo favorecía los intereses macedonios y, por consiguiente, fue adoptado por Alejandro a la muerte de Filipo. Pero, aunque muchos griegos aceptaron aquellos lemas —que servían para cubrir con un aura de respetabilidad su propia humillación política—, también hubo sin duda otros muchos que habrían asentido ante los comentarios de Plutarco en su *Vida de Agesilao*, 15.4:

> Pues yo no estoy de acuerdo con Demarato de Corinto, quien dijo que los griegos se habían visto privados de un gran placer al no ver a Alejandro sen-

tado en el trono de Darío. Más bien creo que tal vez tuvieran más motivos para llorar al darse cuenta de que los hombres que cedieron ese honor a Alejandro fueron los mismos que habían sacrificado a los comandantes griegos en Leuctra, Coronea, Corinto y la Arcadia.[15]

338-334 A.C.

A principios del 338, Artajerjes III Oco (hijo y sucesor de Artajerjes II) fue envenenado por su quiliarca Bagoas. Los autores griegos y romanos eran bastante aficionados a caracterizar a los eunucos como semihombres, maquinadores, fofos, imberbes y confinados a tramar confabulaciones en los aposentos femeninos de palacio. Puede que la descripción física se aproxime a la realidad: figuras de ese tipo aparecen en los relieves asirios y han sido identificadas como eunucos. Pero la influencia de algunos de ellos no se circunscribió únicamente al harén. Como el bizantino Narsés siglos después, Bagoas fue un individuo de gran poder en la corte y un militar competente.[16] Urdió la ascensión al trono de Arsés, hijo de Oco, quien reinó brevemente con el nombre de Artajerjes IV. En ese tiempo, eliminó a los hermanos del nuevo rey y, finalmente, al propio Arsés, pero acabó cometiendo un error de cálculo al asumir que podía instaurar a Artasata (Darío III, a quien los autores griegos llamaban Codomano) como monarca títere suyo. Darío, pese al retrato de hombre cobarde que de él hicieron los historiadores, era un guerrero experimentado que había derrotado a un adalid enemigo en la campaña de Artajerjes III en Cadusia; en el momento de su acceso al trono, tenía cuarenta o cuarenta y cinco años de edad y sabía de las maquinaciones del eunuco.[17] Sospechando una traición de éste, lo obligó a beber su propio veneno.

Las intrigas cortesanas —especialmente aquellas que se traducen en un cambio de gobernante— suelen ir acompañadas de levantamientos en las provincias; las regiones periféricas se sienten envalentonadas en esos momentos por la debilidad que perciben en el gobierno central. Los egipcios, recientemente reintegrados al imperio, fueron nuevamente inducidos a rebelarse, esta vez por un tal Jababash (cuyo nombre da a entender que no se trataba de un nativo del propio Egipto).[18] Las fechas del reinado de Jaba-

bash han sido objeto de intenso debate, pero lo que sabemos con seguridad a partir de una inscripción hallada en la cubierta de un sarcófago de un toro de Apis es que se prolongó, como mínimo, hasta un segundo año. Dado que Isócrates habla de la estabilidad interna que reinaba en el imperio persa en el 339 y que sabemos que, en Isos, a finales del 333, las tropas egipcias combatieron bajo el mando del sátrapa Sábaces, lo más probable es que el interludio de Jababash en Egipto fuera posterior a las intrigas de Bagoas, que situaron a Arsés (Artajerjes IV) en el trono de Persia. Ese período coincidió con la decisiva victoria de Filipo en Queronea, la formación de la Liga de Corinto y la organización de la guerra panhelénica contra los persas. Si la rebelión egipcia vino propiciada por la debilidad de Arsés, lo más seguro es que fuera sofocada por el nuevo rey Darío III en el 336.

En la primavera de ese mismo año 336, Filipo había enviado una avanzada de 10.000 macedonios al Asia Menor comandados por Parmenión, Átalo y un Amintas que, posiblemente, fuese el hijo de Arrabeo. Su presencia allí y el inicio de una guerra a gran escala contra Persia que tal maniobra parecía indicar impulsaron a Pixódaro, sátrapa de Caria, a buscar una alianza con Filipo II ante la expectativa de un éxito macedonio, al menos, en la costa de Asia Menor. Pero al llegar el otoño del 336, Filipo ya había sido asesinado, Persia había recuperado Egipto y Pixódaro tenía un nuevo yerno: Orontóbates. De hecho, el ascenso de este último como sátrapa de Caria sugiere que Darío no confiaba plenamente en Pixódaro. Para los macedonios, se había cerrado la oportunidad abierta poco antes. No está claro que Darío hubiese enviado oro a Macedonia para asegurarse el asesinato de Filipo, pero, en cualquier caso, Alejandro consideró oportuno presentar semejante acusación contra su oponente en el 332, a sabiendas de que muchos entre los de su bando (y en el mundo griego en general) la creían posible, cuando no real a ciencia cierta.

¿Debería haber tomado medidas Darío para prevenir la invasión de Alejandro? ¿Tenía capacidad para hacerlo? Éstas son preguntas de difícil respuesta. Por una parte, es posible que le hubiese resultado difícil reunir a una flota capaz de plantar cara a la pretendida travesía del Helesponto por parte de las fuerzas helenas. Por la otra, puede que no lo hubiera creído necesario. Tal vez estaba esperanzado por la pobre actuación de la anterior fuerza de avanzada, que Memnón había conseguido frenar, y por el

renovado afianzamiento de las facciones pro persas en ciudades como Éfeso tras conocerse la noticia de la muerte de Filipo. Las informaciones sobre rebeliones diversas en Europa también debieron de suscitar una base para el optimismo. Lo cierto es que Darío tenía pocos motivos para suponer que un neófito como Alejandro tendría mucho más éxito que Agesilao apenas sesenta años antes y, posiblemente, pensó que los ejércitos de una coalición de sátrapas del Asia Menor serían suficientes para repeler al invasor.

Nos equivocamos habitualmente al suponer, con la ventaja que nos da el ver las cosas en retrospectiva, que la conquista de Alejandro era inevitable o que los sátrapas y su rey debían de ver con especial aprensión la invasión macedonia. Los persas eran conocedores del valor de los hoplitas griegos y se habían aprovisionado de sobrados efectivos de los mismos (aun cuando, llegado el momento, fueron reacios a emplearlos al máximo). Sus diestros jinetes superaban considerablemente en número a los de la caballería del invasor. Pero cuando se dieron cuenta de que sus propias unidades montadas, armadas con jabalinas y arcos, no eran rival para las «tácticas de choque» de las formaciones en cuña de los macedonios y los tesalios, ya era demasiado tarde. En cualquier caso, todo aquello estaba aún por venir y ninguno de los dos bandos contaba con suficiente experiencia en las técnicas y el armamento de su rival.

5

CONQUISTA DE LOS AQUEMÉNIDAS

En el breve intervalo transcurrido entre su acceso al trono y el comienzo de la campaña asiática, Alejandro sofocó la rebelión en el sur y la agitación en sus fronteras septentrionales, y todo ello con aterradora facilidad. Con un rápido avance sobre Tesalia, silenció las primeras muestras de descontento y, al año siguiente (335 a. C.), llegó a las puertas de Tebas, desmintiendo así (con su propia presencia) los rumores sobre su supuesta muerte en el norte. Un único acto de terror —la destrucción de la ciudad y la esclavización de su población— sirvió para recalcar a los griegos la futilidad de toda oposición. Los espartanos declinaron sumarse a la Liga, como ya habían hecho después de Queronea, pero la suya fue una resistencia pasiva hasta el momento en que trataron finalmente de reafirmarse. Pero entonces, apenas hallaron aliados y no les acompañó el éxito militar.

PREPARANDO EL ESCENARIO

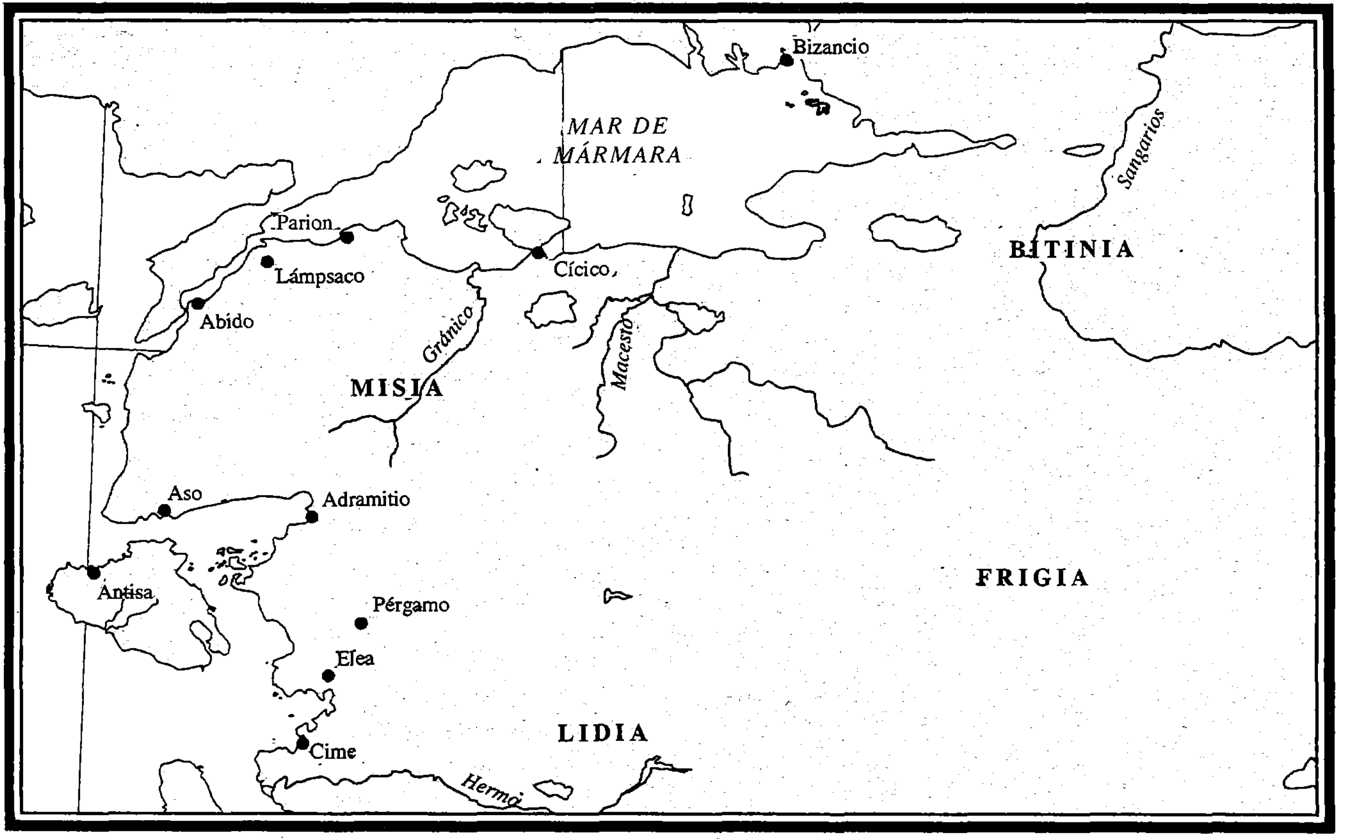
En el 334, el ejército de Alejandro cruzó el Helesponto entre Sesto y Abido a bordo de 160 buques de guerra y diversas embarcaciones de carga. Si el rey macedonio no construyó un puente sobre barcos para el paso de las tropas, fue probablemente por una cuestión de economía (sus finanzas fueron un continuo motivo de preocupación en los momentos iniciales de la expedición)[1] y por el recuerdo del «encadenamiento» del Helesponto ordenado en su día por Jerjes y que los griegos habían considerado un desmedido acto de arrogancia. En vez de eso, Alejandro optó por desenterrar todos los símbolos posibles del arsenal panhelénico. En Dío, en Macedonia, organizó juegos en honor de las Musas y de los dioses del Olimpo.

Todavía en suelo europeo, quiso propiciar a Zeus, dios de los desembarcos seguros, y dedicó un sacrificio apotropaico a Protesilao —el primer hombre que murió en tierras asiáticas en la gran expedición contra Troya— con la esperanza de evitar una suerte parecida a la corrida por aquél. En plena travesía, sacrificó un toro y vertió libaciones en el mar en honor de Poseidón y las Nereidas. Y, una vez alcanzada la orilla contraria, arrojó su lanza clavándola en el suelo y declarando Asia como «tierra conquistada por la lanza». Todos aquellos actos de teatralidad eran debidamente anotados para ser luego recitados en toda Grecia. Alejandro seguía los pasos de los líderes de la Guerra de Troya y retomaba así la interminable lucha entre Oriente y Occidente. De ese mismo modo había descrito Heródoto los orígenes de la Segunda Guerra Médica y en términos similares se había expresado el rey de Esparta, Agesilao, en su partida hacia Asia, realizando sacrificios en Áulide, como siglos antes había hecho Agamenón.[2]

Hasta los aspectos prácticos cedieron terreno ante la presión de la propaganda. Antes de pasar revista a sus tropas en el lado asiático, Alejandro efectuó un desvío deliberado para visitar el lugar de la antigua Troya, realizando sacrificios ante las tumbas de Aquiles y de Áyax, y depositando un traje de armadura en el templo de Atenea. De allí retiró el que sería luego conocido como «escudo sagrado» de la diosa para que lo llevaran por delante los hipaspistas. Hay quien dice que ese mismo escudo salvó posteriormente la vida del rey en la ciudad de los malios (próxima a la actual Multan), en plena travesía de descenso por el río Indo. Los relatos sobre las actividades de Alejandro en Troya se difundieron con rapidez y en ellos se aprovechó para subrayar el particular linaje del rey macedonio, a quien se suponía descendiente de Aquiles por parte de madre. En otros se refería que Hefestión había realizado un sacrificio ritual ante la tumba de Patroclo; pero la mayoría profetizaban la inminente grandeza del rey. Las demostraciones públicas realizadas en Ilión eran más un elemento de la propaganda panhelénica oficial que una declaración de unas determinadas creencias personales, y la historia de Hefestión caracterizándose a sí mismo como el Patroclo de un Alejandro transmutado en Aquiles es posterior casi con toda seguridad y fue creada después de que ambos murieran prematuramente en el 324 y el 323, respectivamente.[3] Alejandro seguramente no había olvidado que el orador ateniense Demóstenes lo había proclama-

do no como un nuevo (y más joven) Aquiles, sino como otro personaje de Homero: el estúpido e ignorante Margites. El rey macedonio ya no era un muchacho animado por sueños de héroes homéricos —por mucho que algunos reputados académicos hayan insistido en ello—, sino el líder de todos los griegos en una guerra de venganza. Y así fue retratado por su historiador «oficial», Calístenes.

Tampoco se limitaban los elementos de panhelenismo a la tradición homérica. Como posteriormente le ocurriera a Tebas, cuya destrucción en el 335 se justificó por el persistente medismo de los tebanos, Grineo —ciudad de la costa de Asia Menor— había pagado también el precio supremo por su colaboracionismo con Persia. En la Tróade, la estatua caída de Ariobarzanes, antiguo sátrapa de la Frigia Helespóntica, fue saludada como un augurio de victoria. Su postración simbólica tal vez había sido dispuesta ya con anterioridad por los propios hombres de Alejandro o puede que fuera la facción pro macedonia la que desfigurara la escultura en previsión de una próxima liberación del dominio persa. De haber sido este último el caso, representaría una de las escasas muestras de entusiasmo griego por aquella expedición. En realidad, los helenos del Asia Menor no abrieron sus puertas de par en par al ejército «liberador». La mayoría se hallaban bajo el control de oligarquías, apoyadas por la autoridad persa, seguras en el terreno político y prósperas en el económico. De hecho, los griegos habían experimentado la liberación en suficientes ocasiones como para saber que lo único que se les estaba pidiendo era cambiar un amo por otro.[4] La ciudad de Éfeso había colocado una estatua de Filipo II en su templo de Ártemis anticipando la campaña del rey macedonio, pero tras los éxitos de Memnón ante Parmenión y Calas, y la muerte del propio Filipo, la estatua fue derribada de nuevo. El apoyo de los jonios a la guerra panhelénica fue reactivo, siempre a la espera del resultado de las batallas y de la presencia coercitiva de las armas macedonias, pero no fue una de las claves del derrocamiento del poder persa. No se puede culpar a aquellos griegos. Para ellos, la liberación significaba deponer a un grupo gobernante y privar de derechos a muchos de sus partidarios: asesinatos, exilio y confiscación de propiedades eran fenómenos concomitantes con el cambio político. Y en el mundo griego, los recuerdos eran perdurables y toda ofensa, por ligera que fuera, era origen de un odio imperecedero. Tampoco era ése el único



Mapa 5. *Noroeste de Asia Menor.*

problema. Las guarniciones pro persas controlaban sus ciudades, miles de mercenarios helenos estaban al servicio de Memnón de Rodas y una parte sustancial de sus ciudadanos tripulaban los navíos de la flota persa. Quienes estaban realmente a favor de la revolución tenían mucho que perder si Alejandro fracasaba.

PRIMER ENCUENTRO

El ejército que cruzó el Helesponto estaba compuesto por apenas 40.000 hombres, pero incrementó su número con las tropas que ya se encontraban desplegadas en Asia. Para hacer frente a la amenaza macedonia, los ejércitos de los sátrapas de Asia Menor se concentraron en Zelea, en la Frigia Helespóntica. Habían tenido sobradas advertencias del avance de Alejandro, pero poco pudieron hacer para impedir que las fuerzas del macedonio cruzaran el estrecho: la avanzadilla comandada por Parmenión y Calas controlaba la costa de Asia, y la flota persa, ocupada en Egipto, no había llegado aún a aguas del Egeo. Los sátrapas se negaron a seguir la sugerencia de Memnón, quien proponía aplicar una política de «tierra quemada», y optaron por proteger y sostener la línea marcada por el río Gránico. Se ha atribuido la negativa a considerar la estrategia de Memnón a la desconfianza que los mercenarios griegos despertaban entre los persas. Pero lo cierto es que, muy posiblemente, Arsites, el sátrapa de la Frigia Helespóntica, desconfiaba de Memnón por las conexiones de éste con el anterior titular de la satrapía, Artabazo, quien, tras rebelarse contra Artajerjes, había huido a Macedonia en el 352. Artabazo era nieto de Artajerjes II. Se había casado con una hermana de Mentor y de Memnón, quienes, a su vez, habían contraído sucesivas nupcias con la hija del propio Artabazo, Barsine. Aunque Mentor logró que Artajerjes III Oco perdonara a Artabazo, ni Oco ni Darío III restablecieron a éste en su anterior cargo de sátrapa. Puede que Arsites fuera un miembro de la misma familia, pero eso no excluye la existencia de una rivalidad política.

¿Por qué avanzó Alejandro en dirección al Gránico y a la capital de la satrapía, Dascilio? La respuesta más sencilla tal vez sea que se había enterado de que las fuerzas persas se habían reunido en las cercanías de Zelea

y, con ese movimiento, pretendía provocar un combate rápido y decisivo. Pero también hay otros factores a considerar. Para entonces, su situación financiera estaba adquiriendo tintes críticos —había abandonado Macedonia veinte días antes con dinero suficiente para mantener a su ejército durante treinta días—[5] y resultaba políticamente más inteligente aprovisionar a sus fuerzas con los recursos del propio sátrapa persa que convertirse en una carga para las ciudades griegas de las que se proclamaba liberador. Por otra parte, no tenía garantía alguna de que fuera a conquistar las ciudades helenas sin unos costosos asedios previos, lo que no haría más que agravar las cosas. Y, además, pudo muy bien prever que, si avanzaba, contaría con el apoyo de la ciudad pro macedonia de Cícico, situada al este del río Gránico. Arriano asegura que los sátrapas persas reunieron una fuerza de 20.000 jinetes de caballería y un número equivalente de mercenarios griegos.[6] Dada su desconfianza con respecto a la infantería helena, colocaron a sus jinetes en el margen del río, confiados quizás en que podrían abrumar al enemigo con las jabalinas que arrojarían desde una posición elevada.[7] Pero aquélla era una decisión poco sensata desde el punto de vista táctico, ya que, de ese modo, la caballería se veía incapacitada para cargar (a menos que optase por combatir dentro del agua) o maniobrar, y se convertía en una unidad estacionaria con escasa fuerza ofensiva. Alejandro no tardó en aprovechar aquel error y atacó al enemigo pese a lo avanzado de la hora en la que lo hizo.

Como era práctica habitual en él, Alejandro emplazó a los *pezhetairoi* en el centro (seis batallones que sumaban 9.000 infantes) y desplegó a los 3.000 hipaspistas a su derecha, situando a la caballería macedonia justo al lado de éstos. En el flanco izquierdo, quedaban las caballerías tesalia y aliada, y (suponemos, aunque no se las menciona) las infanterías aliada y mercenaria. Los persas, aun dejando a los mercenarios griegos en posición de reserva, debieron de apostar infantería ligera junto a la orilla del río, dado que es difícilmente concebible que no hicieran uso de arqueros y de otros escaramuzadores contra el avance enemigo. Alejandro contrarrestó esa formación enviando a Amintas, hijo de Arrabeo,[8] al mando de un contingente de jinetes e hipaspistas sobre la izquierda de los persas. Atraídos estos últimos hacia el punto de ataque, debilitaron su centro, lo que dio a Alejandro la oportunidad que buscaba. La acometida inicial —que el

historiador militar A. M. Devine ha calificado de «sacrificio de peones»— fue seguida de un ataque más directo encabezado por el propio Alejandro y el resto de los Compañeros, y, a continuación, del resto del ejército, que se adentró en el río «en masa». Algunos han sugerido la posibilidad de que las sarisas dificultaran el avance de la infantería, cuyo equilibrio en esas condiciones debió de ser más precario. Pero, por otra parte, la sarisa era el arma ideal para desbancar al enemigo de la parte superior de la orilla, donde aguardaba, por lo que sus ventajas seguramente superaron a sus inconvenientes. Lo cierto es que, en la práctica, la batalla fue eminentemente una lucha de caballerías en la que se impusieron el armamento y las técnicas de combate cuerpo a cuerpo de los macedonios. Derrotados los jinetes persas, los mercenarios griegos, que se habían mantenido en posición de reserva, se volvieron vulnerables y quisieron inmediatamente acordar los términos de su rendición. Alejandro, sin embargo, estaba dispuesto a imponer un castigo ejemplar a aquellos «traidores» y se negó a negociar.[9] Lo que se produjo, acto seguido, fue una matanza de la que sólo unos dos mil mercenarios griegos acabaron conservando la vida, aunque sólo para ser luego enviados a campos de trabajos forzados en Macedonia.

LA BATALLA DEL RÍO GRÁNICO: LA HISTORIA COMO PROPAGANDA

Existe un desacuerdo considerable entre los historiadores de Alejandro sobre el número de tropas persas, así como sobre la estrategia de éstas y los detalles de la batalla en sí. Diodoro Sículo ofrece una versión que difiere significativamente de las que dan Arriano y Plutarco (y ni siquiera éstas concuerdan del todo entre sí). Arriano dice que las fuerzas persas estaban compuestas por 20.000 jinetes de caballería y otros 20.000 mercenarios griegos, y que, contra el criterio de Parmenión, Alejandro atacó al enemigo pese a lo tarde que se había hecho aquel día. Diodoro retrasa el ataque hasta la jornada siguiente y cuenta que Alejandro cruzó el río sin oposición al amanecer y que la batalla se libró en la orilla este, de manera que la corriente de agua protegía tanto el flanco derecho macedonio como el izquierdo de los persas. Asimismo, atribuye a éstos una fuerza de 10.000 ji-

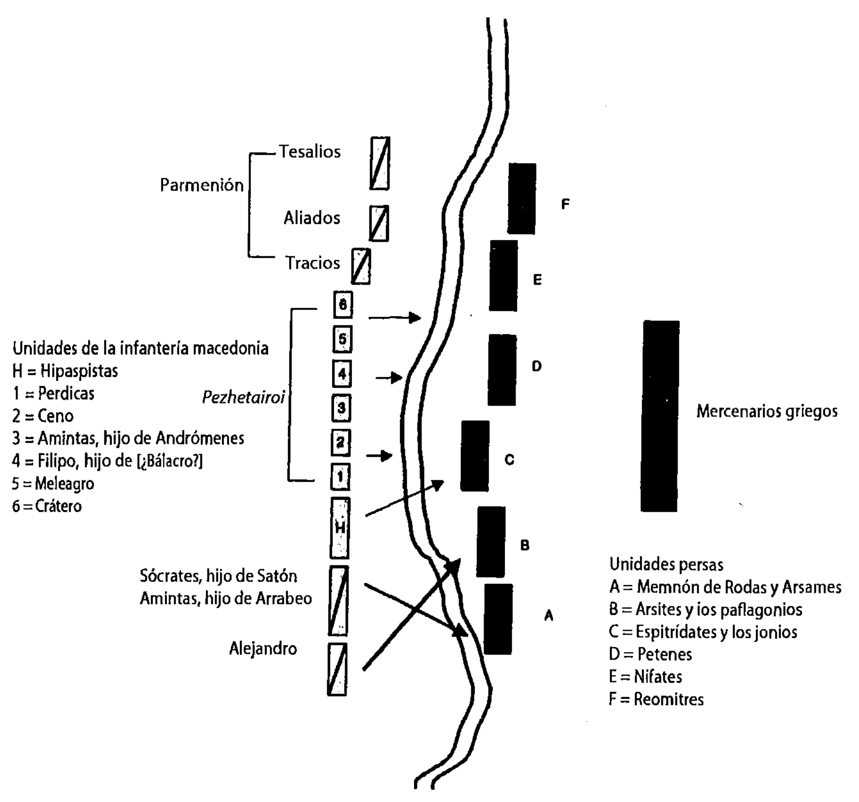


Figura 1. *Batalla del Gránico: fase I.*

netes de caballería y 100.000 soldados de infantería, incluidos algunos mercenarios helenos. Algunas partes de esas versiones contradictorias son sencillamente irreconciliables. Desde un punto de vista militar, el relato de Diodoro es harto inverosímil. Dos puntos en particular resultan especialmente problemáticos. En primer lugar, ¿cómo pudo un ejército de entre 40.000 y 50.000 hombres realizar una travesía inadvertida del río, ya fuese en plena noche o al amanecer?[10] En segundo lugar, incluso aunque aceptemos el argumento de que los persas confiaban más en su caballería que en su infantería y que su objetivo era matar al propio Alejandro, la descoordinación entre la infantería y la caballería macedonias (en la que, por cierto, caían casi continuamente) resulta inexplicable. Desde el punto de vista historiográfico, la narración de Diodoro contiene elementos de la versión «oficial» entremezclados con detalles de improbable autenticidad.[11]

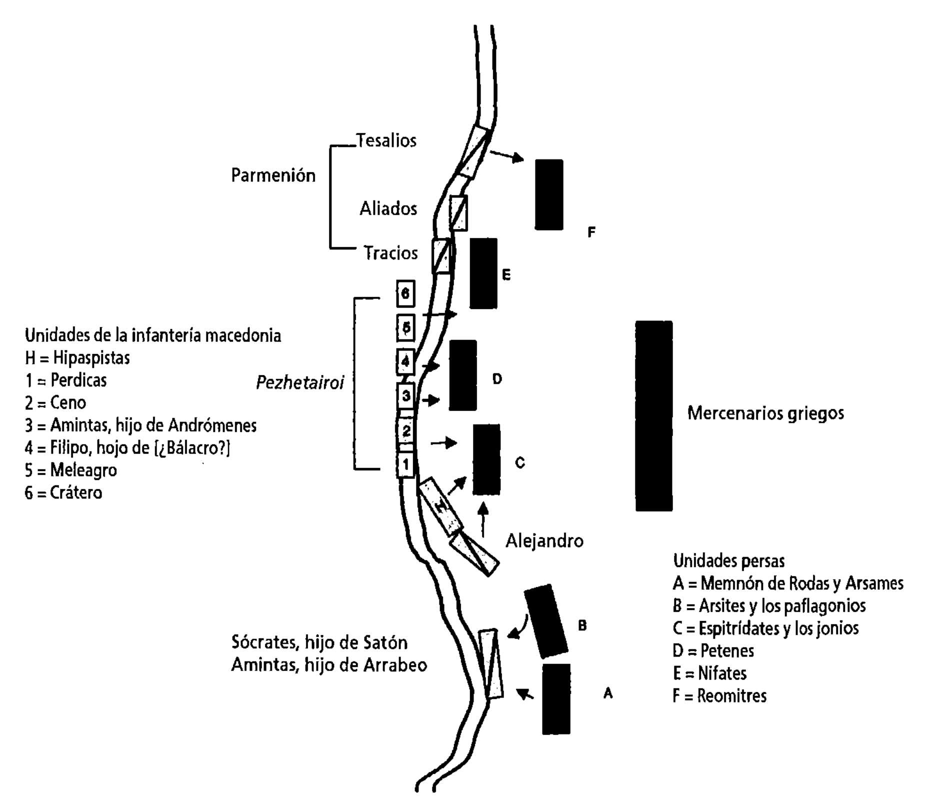


Figura 2. *Batalla del Gránico: fase II.*

Los relatos de la batalla del Gránico coinciden al unísono, sin embargo, en caracterizar a Alejandro como líder osado y carismático de la cruzada panhelénica. El rey macedonio encabeza personalmente el ataque sobre el enemigo persa. Impacientado ante la posibilidad de un mayor retraso, desoye el consejo de su experimentado general Parmenión (quien le proponía posponer el ataque hasta el día siguiente) y califica el Gránico de «pequeño riachuelo» comparado con el Helesponto, que ya había atravesado con gran ceremonial. Los detalles siguientes son sin duda obra de Calístenes de Olinto, quien demostró ser un propagandista consumado. Tras un rápido examen del terreno y del despliegue de las fuerzas oponentes, la narración pasa súbitamente a centrarse en el joven rey, quien carga como un poseso (*manikôs*) contra los jinetes enemigos que ocupan la margen del río. Al punto, el relato se desplaza de los ejércitos en colisión a un

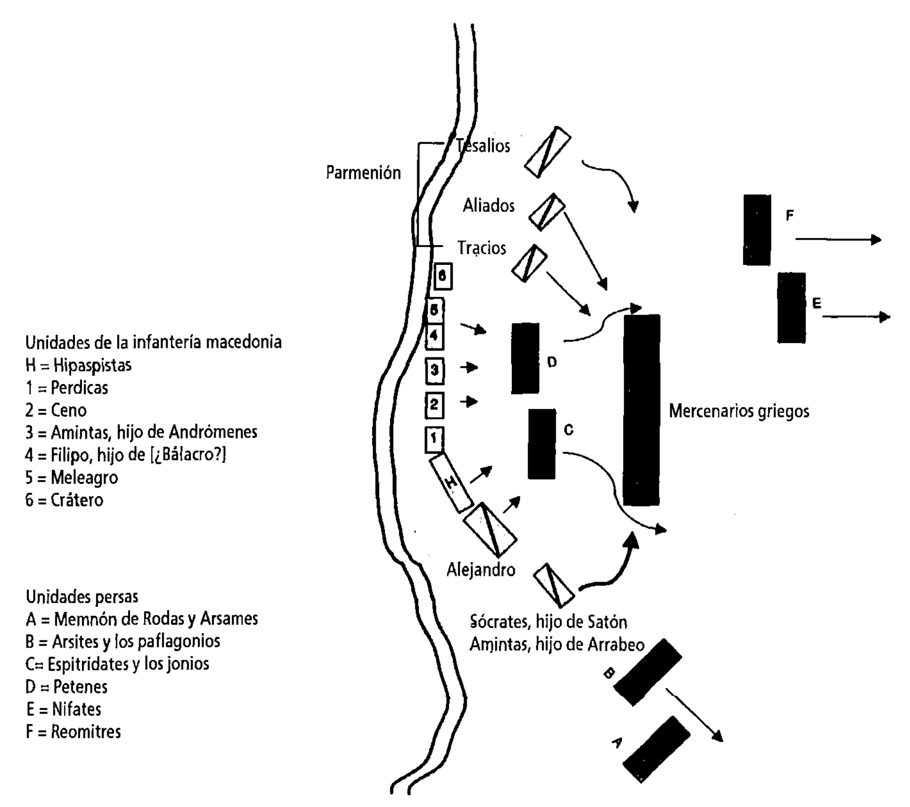


Figura 3. *Batalla del Gránico: fase III.*

combate individual: el de Alejandro, quien derriba con su larga lanza (*xyston*) a un yerno de Darío y luego se vuelve para ocuparse de otro de los líderes persas, Espitrídates. Éste muere también atravesado por las armas de Alejandro y, entonces, cuando su hermano Resaces está a punto de asestar un golpe mortal al rey, aparece Clito (apodado «el Negro»), que le secciona el brazo con un único tajo de su espada curvada (*kopis*).

Calístenes no sólo estaba promocionando aquella guerra entre los aliados griegos, sino que también fabricaba una imagen. Allí había un líder al que valía la pena seguir y unos botines militares que compartir. La impulsividad juvenil del monarca se convertía así en una virtud y su reiterado flirteo con la muerte lo hacía aparecer como el muchacho mimado de la fortuna (*tyche*). Los mismos griegos que habían aceptado su liderazgo por miedo y compulsión eran así invitados a admirar a un héroe que luchaba

por su causa[12] y que los convidaba a sumarse a él como compañeros de armas. Abundaba aún más en esa idea la posterior referencia en su relato a Demarato el Corintio, un destacado partidario heleno de Macedonia y de la Liga, que combate en las proximidades de Alejandro y ofrece su lanza (*xyston*) al rey cuando éste ha partido la suya. Demarato volverá a reaparecer en Susa, donde llora al ver a Alejandro sentado en el trono del Gran Rey.[13] El castigo a los mercenarios griegos que habían vendido sus servicios al rey persa pone aún más de relieve ese mismo mensaje: goza de la fama y la fortuna del vencedor o comparte las miserias de la derrota.[14]

Tal vez fuera también Calístenes quien señalara que la caballería tesalia combatió con distinción en el flanco izquierdo. Sus jinetes eran, con diferencia, los más prominentes de los aliados helenos de Alejandro. Vuelven a ser objeto de elogio en las narraciones de la batalla de Isos. El papel clave que desempeñaron en la victoria del Gránico parece confirmarse a la vista de la lista de bajas de los persas. Se nos cuenta que Memnón, Arsites y Arsames sobrevivieron a la batalla —estaban situados en el flanco izquierdo de los persas— y que Alejandro, en el centro, entró en combate directo con los lidios, Resaces y Espitrídates, así como con Mitrídates. Pero entre los muertos se menciona también a Reomitres, Nifates y Petenes, que estaban apostados en la derecha persa (véanse las figuras 1-3), y al parecer, los tesalios infligieron graves daños en ese flanco antes de obligar al enemigo a batirse en retirada. El hecho de que Arriano no mencione a los tesalios podría deberse simplemente a su esfuerzo por resumir lo acontecido, ya que no da una descripción completa de la batalla, sino que opta por centrarse en la *aristeia* de Alejandro.[15] Por otra parte, es posible que su fuente primigenia (el macedonio Tolomeo) no se prodigara tanto en elogios hacia los jinetes aliados.

Las acciones de Alejandro inmediatamente posteriores a la batalla del Gránico son tan importantes como las medidas que tomó para ganarla. Además del castigo que impuso a los mercenarios «traidores», prestó especial atención a los ritos funerarios de los caídos en combate y encargó a Lisipo la realización de un grupo de estatuas ecuestres en honor de los 25 *hetairoi* macedonios que allí murieron (todos ellos, según parece, en el ataque inicial liderado por Amintas, hijo de Arrabeo). A los atenienses remitió 300 panoplias con una dedicatoria: «Alejandro, hijo de Filipo, y

todos los griegos, *salvo los lacedemonios*, [dedican este trofeo de guerra obtenido] de los bárbaros que habitan en Asia». Como se ve, no pudo resistirse a lanzar aquella pulla a los espartanos que se habían negado a sumarse a la Liga de Corinto.

LOS PRIMEROS SIGNOS DE UNA POLÍTICA DE «INCLUSIÓN»

La victoria del Gránico no consiguió incitar a una deserción generalizada; el arranque en falso del 336 había acentuado la cautela de las *poleis* griegas de la zona, que prefirieron aguardar al desarrollo de los acontecimientos en lugar de anticiparse a ellos. Pese a todo, Sardes, la capital de la satrapía de Lidia, fue rendida por Mitrenes. Habría sido una ciudad difícil de asediar, ya que poseía poderosas defensas naturales y tenía más probabilidades de sucumbir a una traición que a un sitio o a un ataque directo. Agradecido, Alejandro retuvo a Mitrenes en su séquito y, posteriormente, lo nombró sátrapa de Armenia, algo que no debería pasarnos inadvertido, puesto que evidencia cómo, ya desde un principio, el rey fue consciente de la necesidad de confiar la administración del imperio a funcionarios persas. En la Eólida, instauró gobiernos democráticos —en sustitución de las oligarquías pro persas— con la intervención de Alcímaco (hermano, quizás, del guardia personal de Alejandro, Lisímaco). Sin embargo, las ciudades de Mileto y Halicarnaso fueron tomadas por asedio, aunque la segunda ofreció una resistencia muy superior a la primera. Tras ello, el rey volvió a recurrir a medidas políticas. La vieja reina Ada, que había sido apartada del poder por su hermano Pixódaro, fue restaurada como máxima mandataria de la Caria. Alejandro accedió a convertirse en hijo adoptivo suyo, con lo que se ganaba la disposición favorable de los carios y, al mismo tiempo, se reservaba para sí el derecho a gobernar la satrapía en el futuro. Pese a todo, Ada necesitó el poderío militar macedonio para hacerse con la ciudadela de Halicarnaso, que resistió hasta el invierno del 334-333.

Aunque no dejó de interpretar activamente el papel de vengador panhelénico, Alejandro optó por una política de acomodación o «inclusión» en la que sus acciones fueron siguiendo claramente el modelo de las de su padre en Grecia. Filipo II había adoptado un enfoque progresivo con res-

pecto a los derrotados. Había otorgado a algunos extranjeros el rango de *hetairoi* (Compañeros) para que no sólo ejercieran funciones similares a las de los *proxenoi* de los Estados griegos, sino que también sirvieran en su ejército. Demarato de Corinto, que aparece como uno de los miembros de la caballería de los Compañeros en el Gránico, no fue una excepción. A otros *hetairoi* se les concedieron tierras en Macedonia y sus hijos fueron ascendidos a altos cargos del reino, como también lo fueron los hijos del tesalio Agatocles o del mitileno Larico. Filipo también había sellado alianzas políticas mediante matrimonios o adopciones. Alejandro no era, pues, ningún innovador revolucionario: simplemente aplicó las prácticas de Filipo a su nuevo imperio. En lugar de integrar a europeos, él integró a bárbaros, si bien, en los primeros años, lo hizo con precaución. Mitrenes no recibió cargo político alguno hasta el 331 y, después de todo, Ada era tía de otra Ada más joven a la que ya Filipo tenía previsto casar con Arrideo, aquejado de una deficiencia mental. Alejandro era consciente de que eran muchos los frentes en los que se podía librar aquella guerra. No sería hasta más tarde cuando también aprendió que sus políticas contradictorias podían confundir y distanciar a sus propios partidarios.

No deja de ser interesante que coincidieran en un mismo momento los primeros signos de orientalismo exhibidos por Alejandro con la utilización de una imagen de cariz persa en su propaganda oficial. En el invierno del 334-333, el ejército macedonio logró rodear el monte Clímaco por la costa gracias únicamente a que el mar se había retirado. Calístenes describió aquel fenómeno como la tributación de un homenaje: el mar había tributado un saludo reverencial (o *proskinesis*) a quien estaba llamado a convertirse en el Gran Rey de Asia. Aquél fue un episodio que el autor había tomado deliberadamente prestado de la *Anábasis* de Jenofonte, donde se relataba que las aguas del Éufrates a la altura de Tápsaco habían retrocedido para permitir el paso de los hombres de Ciro, como si la corriente fluvial se postrara en *proskinesis* ante el futuro rey.[16] Los lectores seguramente advertían y aprobaban el paralelismo al momento. A fin de cuentas, aquél era un augurio de la inminente sumisión bárbara. Más tarde, sin embargo, cuando se pidió también a griegos y a macedonios que rindieran esa misma clase de *proskinesis* a su rey, convertido en gran monarca de Asia, la idea ya no les resultó tan atractiva.

Como gesto final, pensado para promover la buena disposición de los hombres y para promocionar la campaña panhelénica, Alejandro envió de vuelta a su país a los macedonios que se habían casado hacía poco —entre ellos, los oficiales Ceno, Meleagro y Tolomeo, hijo de Seleuco— para que pasaran allí el invierno. Más tarde, en la primavera siguiente, éstos se reincorporarían al ejército en Gordio trayendo consigo a nuevos reclutas de refresco. También Cleandro, hermano de Ceno, había sido enviado al Peloponeso ese mismo invierno y regresó acompañado de refuerzos aliados. Es evidente que el éxito es una potente herramienta de reclutamiento. Cuando la campaña se reanudó en el 333, la mayor parte de Asia Menor se encontraba ya en manos macedonias, administrada por los sátrapas de Alejandro y guarnecida por sus tropas. Se habían alcanzado ya los modestos objetivos de las anteriores expediciones griegas y el ejército todavía no se había enfrentado a Darío en persona.

PRIMER INVIERNO EN ASIA (334-333 A. C.)

Durante el invierno del 334-333, los macedonios que habían quedado rezagados en Frigia con Parmenión arrestaron a un agente persa llamado Sisines, que había sido enviado por el quiliarca Nabarzanes al sátrapa frigio Aticies cuando aún no sabía que éste había tenido que huir de su satrapía. En el momento de su apresamiento, Sisines llevaba consigo una carta dirigida a Alejandro el Lincesta, en la que se ofrecían a éste cuantiosas recompensas si asesinaba al rey macedonio. El agente y su carta fueron llevados ante el monarca, quien por entonces se encontraba en Fasélide. Tras interrogar a Sisines —quien, casi con total seguridad, tenía nociones de griego, pues había pasado un período de exilio en Macedonia durante el reinado de Filipo—, Alejandro envió oculto por un disfraz a Anfótero, hermano del fiable Crátero, hasta el campamento de Parmenión con órdenes de que el viejo general arrestase al Lincesta.

Alejandro el Lincesta, recordemos, no había corrido la misma suerte que sus hermanos, Arrabeo y Herómeno, que habían sido ejecutados acusados de complicidad en el asesinato de Filipo II. Las fuentes no nos hablan de las pruebas que se presentaron contra ellos y es posible que fueran

escasas. Sus vínculos con una facción rival y, tal vez, su apoyo a las pretensiones de Amintas, hijo de Perdicas (III), bastaron para hacer perentoria su eliminación. Pero Alejandro el Lincesta era yerno de Antípatro y había sido el primero en proclamar rey a su tocayo, sin duda, siguiendo el consejo de su propio suegro. Con aquello no sólo salvó la vida, sino que también se ganó el generalato (*strategia*) de Tracia en el 336. Tan importante autoridad habría estado subordinada al regente de Macedonia durante la ausencia de Alejandro Magno y, por lo que parece, el rey debió de dudar de la sensatez de dejar demasiado poder en manos de Antípatro. Así que relevó al Lincesta por un tal Memnón y llevó a aquél consigo a la expedición a Asia como uno de los Amigos (*hetairoi*) del rey. Pero cuando la satrapía de la Frigia Helespóntica fue entregada a Calas, hijo de Hárpalo, el rey nombró a Alejandro el Lincesta para el puesto de hiparco de la caballería tesalia, que había quedado vacante. Desde esa posición, podía ser un elemento muy perturbador —tal vez hasta el punto de inclinar de un lado distinto la marcha de la batalla— si decidía desertar en un momento crítico de una confrontación directa con Darío.[17] De ahí que cualquier contacto suyo con el enemigo (ya hubiera sido iniciado por él o no) fuese considerado alta traición. Las conexiones del Lincesta con Antípatro, muchos de cuyos partidarios eran figuras destacadas en el ejército y en la nueva administración de Asia Menor, lo salvaron de una ejecución inmediata, pero no de quedar recluido y encadenado a discreción del rey.

Para éste, aquello sirvió de oportuno recordatorio de que los enraizados problemas que habían acompañado a (o, incluso, causado) la muerte de su padre aún perduraban. La nobleza macedonia, que controlaba los puestos vitales del ejército, constituía una red de personas emparentadas por sangre y por matrimonio, y suponía un caldo de cultivo para futuras conspiraciones. Si un rey macedonio ignoraba los deseos o los agravios de los nobles, corría un riesgo cierto, y cada arresto comportaba realineaciones dentro de la propia aristocracia, nuevos aliados y nuevos enemigos políticos. Amintas, hijo de Arrabeo, era motivo de especial preocupación. Su padre fue sin duda el regicida convicto, su tío era el encarcelado Alejandro y uno de sus hermanos había desertado y se había unido a la causa persa. Su última acción militar atestiguada fue en Sagaleso (Pisidia), poco después del arresto de su tío.[18] Lo que fue de él tras aquello no lo conocemos,

pero bien podríamos atribuir su desaparición a algo más que una mera casualidad.

EL SEGUNDO AÑO DE CAMPAÑA

Gordio, en la Anatolia central, ofrecía un escaparate propicio para lo que hoy sería una concurrida sesión con los fotógrafos de la prensa. El famoso Nudo Gordiano, prácticamente desconocido antes de la invasión de Alejandro, prometía un ardid publicitario demasiado apetitoso como para ignorarlo. Según la profecía, quien deshiciera la compleja atadura que ligaba la yunta al carro de Midas (o de su padre, Gordias) estaba destinado a convertirse en «gobernante de Asia». Conforme al uso antiguo, por ese término debía entenderse únicamente Asia Menor, pero pronto se le asignó un significado más amplio. Lo intrincado del nudo confundía incluso al propio rey y un intento fallido habría sido interpretado como un mal presagio. Pero Alejandro, haciendo gala de un cierto grado de cinismo, desenvainó su espada y cortó las correas sin más. A fin de cuentas, no había exigencia alguna de que tuviera que ser «desatado». Quienes optaron por verlo así, consideraron cumplida la profecía. Otros, como el historiador Aristobulo, desmintieron la historia y afirmaron que Alejandro sólo había extraído un clavo que sujetaba las lazadas del nudo.[19] Para el rey macedonio, en cualquier caso, aquello fue suficiente para conjurar la amenaza de desastre. El mismo hombre de quien, en otras ocasiones, se había dicho que actuaba inspirado por el juego limpio no tuvo reparos en hacer lo que más le convenía en aquel momento.

Con Celenas y Frigia a buen recaudo en manos de Antígono Monoftalmos (quien se convertiría luego en uno de los protagonistas de las Guerras de los Diádocos), el ejército macedonio avanzó hacia Capadocia para, justo a continuación, girar hacia el sur, en dirección a las Puertas Cilicias. Para entonces, Darío había empezado ya a desplazar a sus fuerzas desde Babilonia con la idea de enfrentarse al enemigo en las llanuras del norte de Mesopotamia. Pero la marcha de Alejandro se vio demorada por una enfermedad que lo tuvo aquejado cerca de Tarso y, más tarde, por la necesidad de asegurarse el control de la costa de Cilicia. Cuando por fin se en-

contraron los dos ejércitos, en las angostas costas del golfo de Isos, no fue como producto de un plan preestablecido, sino de una apresurada improvisación.

EXILIADOS Y CAUDILLOS

A pesar de las campañas de Darío I y Jerjes, y de la propaganda panhelénica (buena parte de la cual se había desarrollado en tiempos del imperio ateniense),[20] la brecha entre griegos y persas no era tan honda como podría imaginarse. El líder de la alianza helena contra Persia, Temístocles, acabó buscando refugio en tierras del Gran Rey, donde le fueron concedidas las rentas de tres ciudades para su propio sostenimiento. Pausanias, el vencedor de Platea, también había compartido intrigas con Jerjes. Y en pleno siglo IV a. C., eran varios los exiliados persas presentes en la corte de Filipo II[21] y los aventureros mercenarios griegos al servicio tanto de sátrapas rebeldes como del propio Gran Rey. Las potencias helenas y sus sucesores macedonios habían adquirido conciencia del valor de apoyar a los rebeldes frente al rey persa, y los mercenarios y sus cabecillas estaban dispuestos a luchar en cualquiera de los bandos, siempre que se les garantizaran sus sueldos. Pese a la traición de Tisafernes y a los peligros corridos por los Diez Mil, continuó habiendo mercenarios griegos dispuestos a prestar sus servicios en el este, donde luchaban a menudo contra ejércitos que incluían contingentes sustanciales de paisanos suyos.[22] Entre el 366 y el 360, una coalición de rebeldes desató la llamada Gran Revuelta de los Sátrapas, para la que recurrieron profusamente a mercenarios y líderes militares procedentes de la Grecia peninsular. Pero aquellos sátrapas eran tan venales como los soldados que habían contratado y no tardaron en traicionarse entre sí hasta acabar sometidos de nuevo a la autoridad del Gran Rey.

Uno de los más destacados personajes que se vio envuelto en la confusión de aquella revuelta fue Artabazo, hijo de Farnabazo y Apama (hija de Artajerjes II), cuya familia administraba desde hacía tiempo la Frigia Helespóntica. Artabazo había contraído matrimonio con una hermana de los caudillos rodios Mentor y Memnón, y tuvo nueve hijos y once hijas, muchos de los cuales acabarían desempeñando papeles notorios en la historia

de Alejandro. Hacia el 352, tanto él como su familia buscaron refugio en Pela junto a Filipo II. Fue quizás durante aquella prolongada estancia cuando Alejandro conoció por primera vez a Barsine, quien se convertiría en su amante en el 333-332. Artabazo y su familia obtuvieron el perdón de Artajerjes por mediación de Mentor, comandante del rey persa en la región costera. Cuando Mentor murió algo después del 340, las fuerzas mercenarias de éste (y, posiblemente, algunas unidades adicionales) fueron confiadas a su hermano Memnón. De ahí que, en el 336, cuando la fuerza de avanzada comandada por Parmenión y Átalo penetró en la Frigia Helespóntica, fuese Memnón quien encabezara las tropas enviadas para expulsarla. Y aunque sus oponentes le superaban en número (tal vez por una proporción de dos a uno), el hermano de Mentor fue capaz de frenar al invasor macedonio. De todos modos, para cuando el propio Alejandro invadió Asia en el 334, Memnón era ya, según parece, un simple capitán mercenario griego.

La derrota en el Gránico dejó la defensa del Asia Menor occidental en manos de este Memnón el Rodio y de sus parientes persas. Los más prominentes sátrapas y familiares del Gran Rey perecieron en el combate o se suicidaron poco después. Cuando los esfuerzos por retener Mileto y Halicarnaso se demostraron inútiles, Memnón y Farnabazo pasaron a centrar su atención en las islas del Egeo con la intención de propagar la contrarrevolución y de generar un levantamiento en Grecia a espaldas de Alejandro. Esa maniobra de distracción contó con la ayuda inicial de la orden de desmovilización de la flota de la Liga al mando de Nicanor. Pese a ello, una pequeña flota comandada por Próteas derrotó a una escuadra de diez navíos fenicios capitaneados por Datames en las Cícladas. Como garantía de su propio cargo, Memnón envió a su esposa y a sus hijos a Darío como rehenes,[23] aunque posteriormente serían apresados en Damasco junto a otros persas destacados. Es difícil decir cuán eficaz fue Memnón en su nuevo cometido: recuperó para Persia algunas ciudades griegas (aunque sólo fuera temporalmente), pero murió de enfermedad a principios del 333.[24] Puede que haya algo de verdad en la afirmación de que Darío cifró todas sus esperanzas en los esfuerzos de Memnón, pero también hay que mirar con reservas el sesgo de los historiadores griegos.

Otros miembros del clan de Artabazo siguieron oponiendo resistencia

a Alejandro, sobre todo Timondas (hijo de Mentor) y el propio hijo de Artabazo, Farnabazo. El primero no tardaría en proporcionar a Darío mercenarios que se unieron a las fuerzas del rey persa en Socos (desde donde las acompañarían hasta Isos) y el segundo estaba llamado a convertirse en el sucesor de Memnón en el teatro egeo de operaciones. También se les sumaron exiliados procedentes de Macedonia: Neoptólemo (hijo de Arrabeo), que murió en los combates de Halicarnaso, y Amintas (hijo de Antíoco), quienes probablemente acudieron primero a Memnón antes de unirse a Darío en Socos para combatir en Isos. Podemos añadir a éstos, también, otros capitanes mercenarios griegos. Caridemo de Oreo, por ejemplo, que había luchado contra Filipo II y había obtenido la ciudadanía ateniense, se refugió en los dominios del Gran Rey tras el saqueo de Tebas ordenado por Alejandro. Fue un implacable enemigo de Macedonia con el que el Magno jamás pudo lograr una reconciliación.[25] En aquel tiempo, Cares y Efialtes también se unieron a la resistencia contra Macedonia en Asia Menor. Otros dos notables cabecillas mercenarios, Bianor y Aristomedes, sirvieron al parecer en Asia durante un tiempo antes de la invasión del 334.[26] Patrón el Focense y Glauco el Etolio aparecen como destacados capitanes mercenarios durante la retirada final de Darío, pero sabemos poco de sus orígenes o de si eligieron combatir en el bando persa por otra causa que no fuera su beneficio económico.

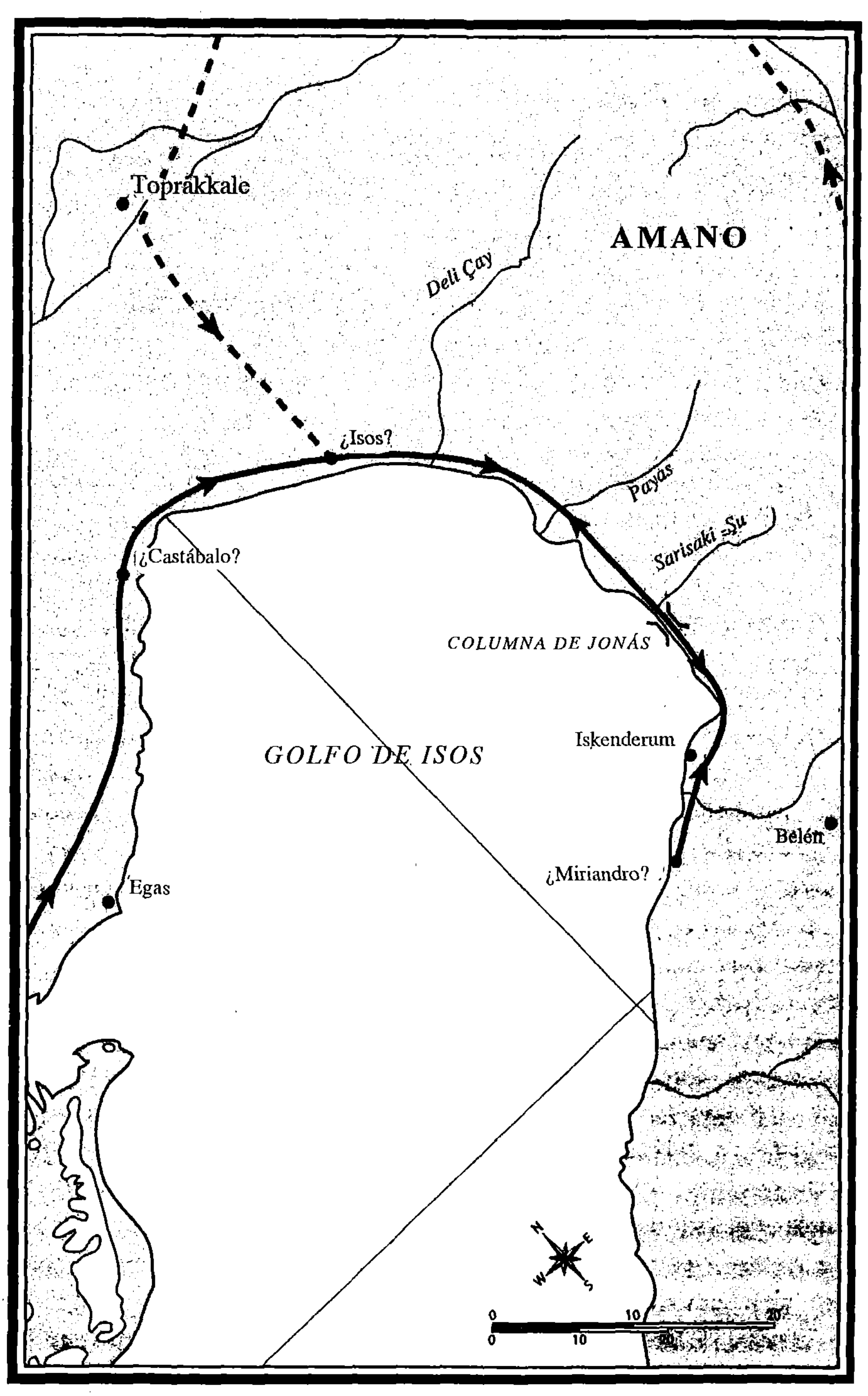
BATALLA DE ISOS (333)

La decisión de Darío de entrar en Cilicia y disponer sus fuerzas a horcajadas de las líneas de comunicación macedonias, aun cuando despertó una momentánea inquietud en Alejandro, resultó ser tácticamente precaria. Sus consejeros griegos (fue Caridemo —o, quizás, Amintas, hijo de Antíoco— quien incluso le advirtió que debía quedarse en Mesopotamia) le habían pedido con acertado criterio que combatiera en un terreno que le permitiera desplegar su mayor activo, que no era otro que su fuerza numérica (en especial, sus nutridos contingentes de caballería). En vez de eso, los persas se hallaron encerrados en un terreno limitado por las montañas, por un lado, y por el mar (el golfo de Isos), por el otro. Darío tomó equivo-

cadamente como un síntoma de cobardía (o, cuando menos, de inseguridad) la prolongada inactividad de Alejandro (que, en gran parte, era atribuible en realidad a la enfermedad). En cualquier caso, nuestro conocimiento *a posteriori* del desarrollo de los acontecimientos no debe llamarnos a engaño: el del macedonio no era ni mucho menos un triunfo cantado de antemano. De hecho, los persas tenían expectativas realistas de victoria e, incluso en las filas macedonias, había quien dudaba de las posibilidades de Alejandro.

Cuentan las crónicas que permanecía Alejandro aún en Malo cuando le llegaron noticias de que Darío y su ejército se encontraban en las llanuras de Socos. Al oír esto, se aprestó a dirigirse hacia el sur. En su marcha, pasó por Castábalo e Isos, y llegó incluso a ir más allá de la llamada Columna de Jonás.[27] Era evidente que tenía prisa por alcanzar Siria y enfrentarse a los persas. Entretanto, Darío, convencido de que Alejandro estaba eludiendo el combate, cruzó la sierra de Amano (por el paso de Bahçe) y tomó posesión de Isos. En esta ciudad, según los propagandistas de Alejandro, mataron y mutilaron a sus prisioneros macedonios. En aquel momento, pues, se hallaban firmemente apostados en la retaguardia macedonia. Al llegar a Miriandro fue cuando Alejandro descubrió la verdadera posición del ejército de Darío. De hecho, fue gracias a que había visto demorada su marcha por el mal tiempo, ya que, de no haber sido así, podría haberse dado la ridícula situación de que Alejandro y sus hombres llegasen a Socos y descubrieran allí que su enemigo estaba entonces en Cilicia. La noticia del desplazamiento de los persas obligó a los macedonios a girar en redondo y cruzar de nuevo los estrechos pasos que conducían de vuelta a costas cilicias. A la mañana siguiente, procedieron a marchar sobre el enemigo, que había ocupado posiciones en el río Pínaro. Alejandro hizo marchar en línea recta a su ejército en forma de columna de avance hasta que el terreno le permitió desplegar a sus diversas unidades en una línea de batalla. Ninguno de los bandos tenía opción alguna de rodear uno u otro de los costados del enemigo: la única posibilidad de tomarlo por un flanco era destruyendo sus alas.

La identificación actual del histórico río Pínaro ha sido un problema ampliamente debatido y sin aparente solución. El Deli Çay parece discurrir demasiado al norte de Miriandro como para que Alejandro hubiese



Mapa 6. *Golfo de Isos.*

llegado hasta allí a tiempo para entablar batalla antes de la puesta de sol;[28] sus riberas no presentan obstáculos significativos y el campo de batalla (medido desde las colinas hasta el mar) ocupa unos seis kilómetros, más del doble de los 14 estadios (unos 2,5 kilómetros) estimados por el historiador y testigo presencial Calístenes.[29] Por otro lado, el Payas (opción favorita de muchos expertos)[30] ofrece unos cuatro kilómetros de frente de batalla y obstáculos que harían imposible un ataque como el descrito por los historiadores de Alejandro. Tal vez la ubicación más probable sea el Kuru Çay. Merece la pena, en ese sentido, citar las observaciones de la intrépida viajera Freya Stark:

> El Deli Chay ha sido identificado como el Pínaro, escenario donde se libró la batalla, pero yo me pregunto por qué el elegido no ha sido el Kuru Chay, que fluye más al sur, dado que, de ser este último, la marcha desde el amanecer hasta el inicio de la batalla habría sido de diez millas y no de quince, y el ejército habría atravesado la llanura por un lugar ligeramente más estrecho, más aproximado a los 1.400 [*sic*] estadios de Polibio. Esta medida, según entiendo yo, se refiere al sector más angosto del llano, que se ensancha con cada torrente que se va vaciando en él desde el desfiladero de las montañas. La sucesiva apertura y cierre del terreno explica la maniobra de Darío. Él emplazó a unos 20.000 hombres en las colinas, «que se abrían aquí y allá hasta cierta hondura y formaban así bahías como las del mar, con brazos elevados que, al prolongarse de nuevo hacia la costa, permitían a quienes estaban apostados en ellos quedar situados en la retaguardia del flanco de Alejandro».[31]

La principal desventaja del Kuru Çay es que hoy es poco más que un hilo de agua (lo que no significa necesariamente que ésas fueran sus condiciones en la antigüedad) y difícilmente se le puede aplicar el término *potamos* («río»). Por otra parte, sin embargo, está a una distancia adecuada de la Columna de Jonás y de Isos como para que hubiera un día de marcha a buen paso hasta allí desde cualquiera de esas dos direcciones, se aproxima mucho a la estimación de 14 estadios de ancho entre las colinas y el mar que hiciera Calístenes en su momento, y se ajusta bastante al escenario normal del tipo de batalla descrito por las fuentes.

A pesar de las limitaciones del terreno, Darío desplegó sus fuerzas del modo más adecuado a la topografía. Estaba preparado para aguardar

el ataque de la infantería macedonia en el lado norte del río, que hoy (como en la antigüedad) forma un lecho rocoso y un terreno desigual que perturbaría mucho el avance de los soldados en formación, especialmente cuando éstos tenían que empuñar sarisas de casi cinco metros de longitud.[32] Allí donde el terreno era más liso, construyó una empalizada, presumiblemente un abatis. En su flanco derecho, junto al mar, Darío concentró a sus jinetes, un movimiento que obligó a Alejandro a desplazar a la caballería tesalia por detrás de las líneas de infantería, a su propia izquierda. Y en ese flanco se libró ciertamente una lucha muy dura antes de que el avance decisivo por la derecha decidiera la confrontación. En el centro, los *pezhetairoi* se enfrentaron a los mercenarios griegos, flanqueados a cada lado por tropas bárbaras conocidas como *ḳardaḳes*,[33] mientras que, a la derecha de Alejandro, algunas unidades persas se encontraban infiltradas en las colinas con la intención de atacar el flanco macedonio. Sin embargo, aisladas por unos cuantos agrianes y por la caballería ligera, tuvieron que conformarse con ser poco más que meras espectadoras.

El plan de batalla siguió lo que acabaría convirtiéndose en una tónica habitual: la infantería fijó (con su impenetrable muro de sarisas) el centro del enemigo, mientras que la caballería desempeñó una función defensiva por el flanco derecho. Con los Compañeros a la derecha, Alejandro intentó inmovilizar el flanco opuesto y penetrar por el centro, donde estaba situado el propio Darío. Pero, en esta batalla, la topografía tenía reservado un papel protagonista. Los hipaspistas y las primeras dos unidades de la falange tuvieron problemas para mantener el contacto con la caballería cuando ésta se adelantó y acabó abriéndose una brecha a la derecha de la *taxis* tinfea comandada por Tolomeo, hijo de Seleuco, justamente en el punto en el que el terreno era más complicado. Fue allí donde los macedonios sufrieron sus mayores pérdidas: unos 120 notables, además del propio Tolomeo, cayeron en esa parte del combate, donde hubo un choque particularmente violento entre griegos y macedonios.[34] Aunque los *ḳardaḳes* de la izquierda persa fueron arrollados con facilidad por la carga de los Compañeros y los hipaspistas, los mercenarios griegos aprovecharon el hueco abierto y causaron cuantiosas bajas entre los falangitas. Pero, para entonces, Alejandro había puesto en fuga a la izquierda persa y había empezado a presionar con fuerza sobre los griegos por el centro. Viendo que su línea

Ejército persa

Los arqueros se retiran tras descargar sus flechas

Ataque de la caballería persa
sobre la izquierda macedonia

Kardakes
Mercenarios
Rey
Mercenarios
Kardakes

Obstáculo

La derecha macedonia ataca la izquierda persa

Fuerzas
persas en
las colinas

Río Pínaro

6
5
4
3
2
1
H

Caballería
aliada

Tesalios

Batallones de los *pezhetairoi*

Alejandro

Parmenión

Agrianes

Golfo de Isos

Infantería griega

Caballería adicional enviada en
apoyo del flanco izquierdo

Caballería ligera

Macedonios

Figura 4. *Batalla de Isos: fase I.*

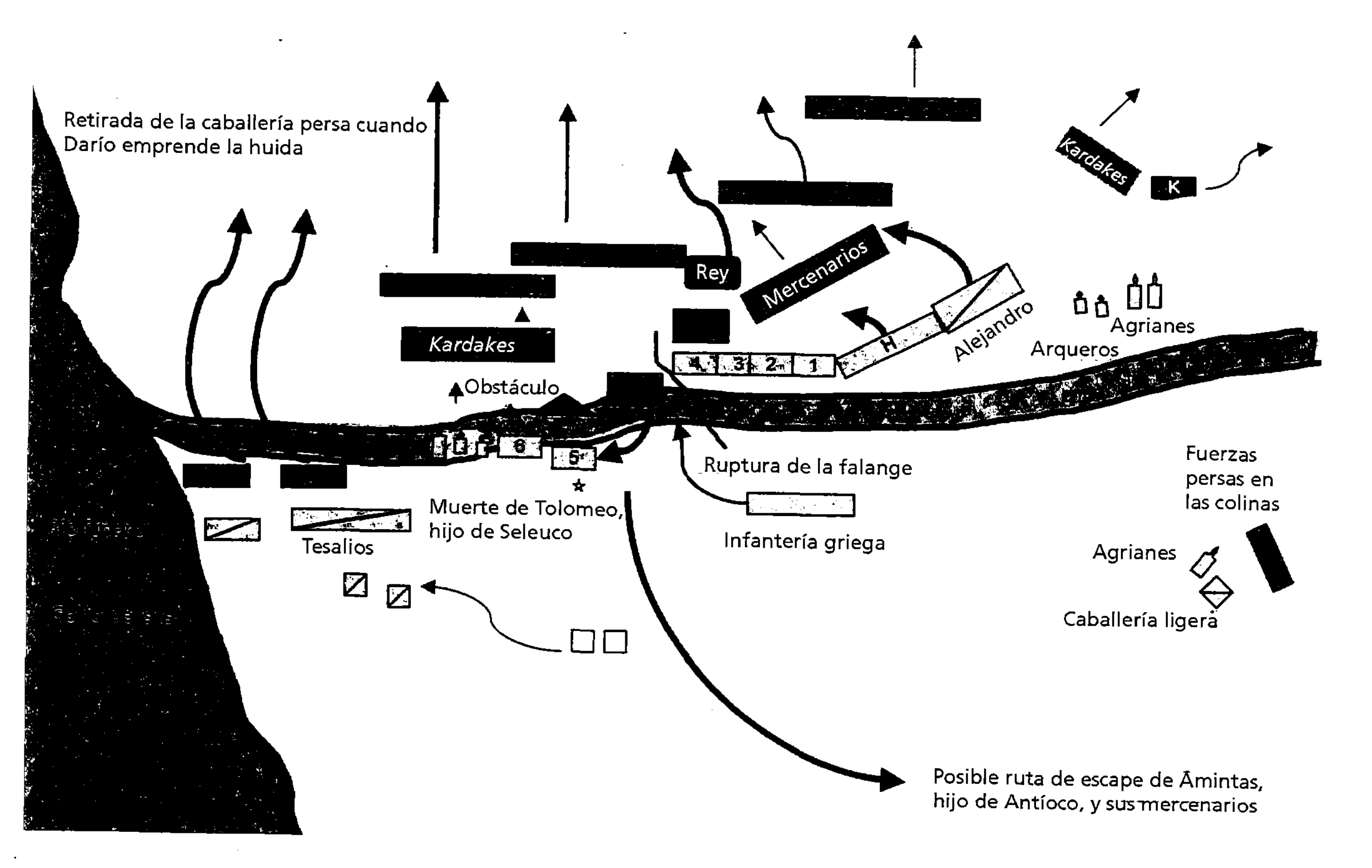


Figura 5. *Batalla de Isos: fase II.*

se había roto, Darío dio media vuelta y emprendió la huida. Con ello envió una señal de pánico a todo su ejército, incluida la caballería situada a su derecha, que, hasta ese momento, había estado aguantando su posición en una fiera lucha con los jinetes tesalios y aliados. De Oxatres, hermano del Gran Rey, se dice que combatió con valentía y que su valor sirvió involuntariamente para resaltar la impresión de cobardía causada por Darío. En el fondo, el rey persa no tenía mucha más elección: su captura en el campo de batalla habría significado el brusco final de la guerra. Pero con su huida (y el consiguiente abandono de su propia familia en el campamento de campaña en el que se había alojado hasta unas horas antes), proporcionó un buen material combustible con el que alimentar los hornos de la propaganda.[35]

Por norma, los emperadores persas no morían en el campo de batalla (el fundador de la dinastía, Ciro el Grande, muerto en combate con los maságetas en el 530, fue la gran excepción),[36] pero su presencia era al parecer necesaria para servir de inspiración a las tropas. Según los detalles facilitados por Jenofonte, se situaban en el centro porque creían que aquélla era la posición más segura y la idónea para enviar instrucciones a ambos flancos.[37] Sin embargo, la presencia del Gran Rey podía ser también un lastre para los suyos, ya que se convertía en el foco de atención de la batalla. Ya en su momento, Ciro el Joven había optado por avanzar directamente sobre su hermano en Cunaxa en un intento de ganar la batalla acabando con la vida del rey. Aunque fue Ciro el que allí murió, aquélla fue una estrategia que el propio Alejandro repitió en Isos y Gaugamela.[38] Poniendo en peligro la seguridad de Darío y forzándolo a huir, Alejandro pudo obtener una rápida victoria y provocó el desmoronamiento de la resistencia persa. Muchas tropas que estaban aguantando bien su posición o, incluso, superando a sus oponentes, abandonaron el terreno de combate en cuanto se enteraron de la huida de su monarca. De ahí que Alejandro pretendiera acabar con Darío antes de que sus fuerzas se vieran envueltas por la superioridad numérica de los persas.

Pese a la pérdida de hombres y territorio, la derrota militar de Isos no fue catastrófica para el bando persa (argumento por el que varios estudiosos han sostenido que Alejandro debería haber dado continuidad a su victoria persiguiendo al Gran Rey hacia el interior del imperio), pero el apre-

samiento de la familia de Darío en el campamento que los persas habían abandonado tras de sí fue un duro golpe para éste en lo personal y un oprobio en el terreno político. Los gobernantes orientales llevaban normalmente consigo a sus mujeres durante sus campañas militares.[39] Los orígenes de tal práctica eran posiblemente de diversa índole (tal vez el temor a que los usurpadores pudiesen legitimar sus pretensiones mediante un matrimonio levirático les hacía tener a sus mujeres siempre consigo),[40] pero parece que, en el siglo IV, el motivo principal era la proyección de la imagen del monarca. Incluso en el campo de batalla (o, mejor dicho, especialmente entonces), el rey necesitaba ser visto en todo su esplendor. Del mismo modo que su carro real le hacía destacar entre todos los guerreros, el pabellón que se instalaba en el campamento de campaña era la representación de su palacio y en él estaban presentes toda la corte y toda la ceremonia habitual de la realeza. Para los escritores helenos, que los reyes y sátrapas persas no pudieran prescindir de los lujos asociados a la riqueza y el poder era una señal de decadencia. Pero es evidente que no supieron entender el papel vital que desempeñaban aquellos símbolos y aquel protocolo. Aunque las mujeres y las pertenencias de otros notables fueron enviadas a Damasco para que estuvieran en lugar seguro, la presencia de la familia de Darío a su lado, junto al campo de batalla, expresaba una confianza (auténtica o fingida) que el rey deseaba transmitir a su ejército. Puede que hoy nos sintamos tentados a imaginarnos a Darío como un líder jactancioso e iluso, y que lo juzguemos como un presuntuoso cuyas acciones en el campo de batalla no estuvieron a la altura de sus bravatas. También Darío debía de estar al tanto de lo acontecido en Cunaxa, pero del resultado de aquella batalla no pudo haber sacado más que conclusiones alentadoras para su causa.

La derrota y la huida convirtieron en cautivas a la madre, la esposa y las hijas del rey, así como a su joven hijo, Oco. El conquistador los trató a todos con amabilidad y respeto (aunque la relación entre Alejandro y la esposa de Darío, Estatira, seguramente no fue ni mucho menos como los propagandistas quisieron hacer creer). Los familiares del Gran Rey permanecieron en el campamento macedonio en calidad de rehenes. El hecho de que no fueran liberados a cambio de un rescate a las primeras de cambio no es más que una prueba del valor y la importancia que se les atribuía. Además, tras

la batalla, Parmenión fue enviado en avanzada para capturar un tesoro de más de 3.000 talentos y apresar a las familiares de varios notables persas a las que Darío había dejado (creía él que a buen recaudo) en Damasco: entre ellas, tres hijas del anterior rey, Artajerjes III, y la viuda de Memnón, Barsine, quien acabaría convirtiéndose en amante de Alejandro.[41]

PODER NAVAL PERSA

Recientemente, varios académicos han argumentado que el hecho de que Alejandro no siguiera en aquel momento a Darío hacia el este fue un error estratégico: el macedonio debería haber dado caza al aqueménida antes de que éste pudiera reunir un nuevo ejército. Pero esa estrategia no habría tenido en cuenta la amenaza de la flota persa ni el peligro de prolongar las líneas de comunicación y suministros hasta tensarlas en exceso. La decisión de virar hacia el sur y asegurar la costa fenicia tomada por Alejandro en aquel momento fue perfectamente congruente con su estrategia encaminada a derrotar a la armada persa por tierra. Desde el momento mismo en que desmovilizó a la flota aliada en Mileto, el plan de Alejandro fue destruir el poder naval persa tomando los puertos del Egeo y del Mediterráneo oriental. Los barcos de la antigüedad no podían operar lejos de la costa ni podían hacerse a la mar por largos períodos de tiempo, ya que a bordo sólo transportaban provisiones limitadas de comida y agua. Las travesías prolongadas también acababan anegando sus bodegas, lo que disminuía su velocidad y su maniobrabilidad. Pero la verdadera debilidad de la flota persa era su composición. Estaba íntegramente formada por navíos y remeros de Estados sometidos, y a menudo (por ejemplo, en el caso de los fenicios), comandada por los reyes locales de éstos o por miembros de esas familias reales. Por ello, si lograba asegurarse las ciudades costeras, Alejandro animaría a los aliados persas a la deserción, lo que debilitaría la flota del Gran Rey y sumaría sus efectivos a los de la fuerza militar macedonia. Era posible que algunas de las tripulaciones de Asia Menor decidieran continuar la lucha, ya que existía aún un gran número de griegos que se oponían a Alejandro, pero la deserción de los reyes fenicios y chipriotas sería decisiva. Además, la destrucción de la flota persa prácticamente pon-

dría fin a la comunicación entre la resistencia en Asia Menor y los desafectos en la Grecia peninsular (sobre todo, los espartanos). Y limitaría la transferencia de mercenarios griegos a Asia para combatir en el bando de Darío. La conquista de la costa —de Cilicia a Egipto— era, pues, de vital importancia para la seguridad de las fuerzas macedonias y para una pronta conclusión de la guerra.

Las primeras etapas de aquel plan fueron relativamente fáciles. Las ciudades del norte se aprestaron a reconocer a Alejandro como su nuevo señor llevando coronas de oro al conquistador. En Sidón, Estratón, hijo de Tenes,[42] fue depuesto por Alejandro por sus inclinaciones pro persas y reemplazado por un descendiente de la casa real llamado Abdalónimo. Pero los tirios, confiando en su propicia ubicación geográfica, denegaron a Alejandro el acceso a su ciudad. El rey macedonio aseguraba que sólo pretendía realizar un sacrificio en honor a Melkart (a quien los griegos consideraban el igual de Heracles), pero aquélla era una treta demasiado evidente y se parecía, además, a una ya utilizada por Filipo II en su campaña contra Ateas el Escita. Los tirios le indicaron que podía hacerlo igualmente en el templo de Melkart en Paleotiro (Vieja Tiro), situado en el continente. Los sacrificios a Melkart en la ciudad nueva eran una prerrogativa reservada al rey tirio y, con su solicitud, Alejandro estaba pidiendo en realidad que lo reconocieran como tal. Eso sólo podría significar que Acemilco (o quien fuera nombrado para su puesto) se vería obligado a aceptar a Alejandro como señor. Que el rey macedonio desconociera las implicaciones de su petición (tal como sugiere Ulrich Wilcken) es una hipótesis que considero harto inverosímil. De no haberlo hecho otros, habrían sido sus nuevos amigos sidonios, como mínimo, quienes le habrían alertado sobre aquella costumbre y sus implicaciones.[43]

Los tirios esperaban ganar la independencia tanto de Persia como de Macedonia convirtiéndose en una ciudad neutral y abierta. Ésa era una posibilidad inaceptable para Alejandro. Pero el sitio de Tiro fue algo más que un modo de poner a prueba las respectivas voluntades o una demostración de que Alejandro no iba a dejar que nadie le hiciera frente: se trataba lisa y llanamente de una necesidad estratégica. La historia nos ofrece un espléndido ejemplo paralelo extraído de la era de las cruzadas. La capacidad de los latinos para conservar Tiro bajo su control, justo cuando

Saladino acababa de arrollar a las fuerzas cruzadas y de demoler sus castillos tras el desastre de los Cuernos de Hattin (1187), fue la que hizo posible la supervivencia de los Estados cruzados durante otro siglo más. No en vano se llamó a Conrado de Montferrato —responsable de conservar la ciudad en manos cristianas— el salvador del Reino Latino de Oriente.[44] Aquél era el mejor puerto del Mediterráneo oriental y un enlace fundamental con el oeste. En tiempos de Alejandro, los tirios fueron también capaces de pedir ayuda en un momento de necesidad como aquél: concretamente, la de los cartagineses. Pero, irónicamente, el asedio de Tiro ilustra mejor que ninguna otra operación la eficacia y la importancia de la política marítima del rey macedonio.

EL SITIO DE TIRO (ENERO-JULIO/AGOSTO DEL 332)[45]

La ciudad nueva se hallaba ubicada en una isla que distaba media milla de la costa y su perímetro amurallado (de unos 4,4 kilómetros de longitud) se erguía hasta una altura de 45 metros. Aquellas paredes eran las que pretendía alcanzar y asaltar una fuerza (la de Alejandro) que, por aquel entonces, era deficiente en poder naval. El rey macedonio había puesto en servicio una nueva flota, pero ésta estaba combatiendo en el Egeo bajo la dirección de Anfótero y Hegéloco. Los tirios, por su parte, aun después de haber realizado su aportación correspondiente a la flota persa, conservaban unos ochenta trirremes en sus dos puertos insulares: el puerto sidonio, orientado hacia el norte, y el egipcio, situado más bien hacia el sureste. De ahí que la primera opción de Alejandro fuese construir un terraplén a modo de dique en dirección oeste, en línea recta hacia la ciudad, empleando las piedras del Viejo Tiro, así como madera de los bosques vecinos. Como obreros utilizó la mano de obra forzada de los habitantes nativos de la región costera, aunque también es evidente que muchos de los soldados se vieron obligados a ayudar en aquellos trabajos. Pero parte de la construcción tendría que llevarse a cabo a plena vista del enemigo y dentro del radio de alcance de sus catapultas y sus proyectiles. La artillería instalada sobre las murallas de la ciudad se complementaba con la situada a bordo de los barcos tirios, por lo que los macedonios tuvieron que erigir torres de

asedio para defender a los obreros y responder a las descargas enviadas por arriba (desde las murallas) y por abajo (desde los navíos que se les acercaban). Los defensores eran incansables e imaginativos: para responder a aquello, procedieron a hostigar a los obreros con embarcaciones más pequeñas, enviaron buceadores para socavar la estabilidad del paso elevado en construcción y precipitaron incluso un brulote contra las torres macedonias para destruirlas.

El factor determinante en el asedio al que Tiro fue sometida por Alejandro —más aún que la brillante labor de sus ingenieros y los hercúleos trabajos invertidos en el dique (que fue ensanchado hasta los sesenta metros de amplitud y pronto lució nuevas torres de asedio con una altura pareja a la de las murallas tirias)— fue la adquisición de una sustancial fuerza naval. A consecuencia de lo acaecido en Isos, la rendición de las ciudades fenicias había desembocado en una deserción en bloque de los fenicios y los chipriotas de la flota persa. En Sidón, Alejandro consiguió reunir 224 barcos,[46] con los que pudo llevar a cabo no sólo un bloqueo de Tiro y sus puertos, sino también un ataque contra las secciones más vulnerables de las murallas de la ciudad. Y es que, si bien el dique progresaba a un ritmo constante en dirección a la isla —pese a la profundidad de tres brazas que alcanzaban las aguas—, las murallas hacia las que avanzaba la construcción eran en aquel momento impenetrables para los arietes, ya que habían sido reforzadas con un segundo muro. Además, los defensores estaban capacitados para concentrar toda su atención y su artillería sobre cualquier fuerza de asalto que intentara desplazarse por encima del dique. Por lo tanto, la adición de una fuerza naval incrementó las probabilidades de éxito de los macedonios y la consternación de los tirios. Mediante la utilización de arietes instalados en los barcos (por lo general, amarrando dos navíos entre sí y colocando por encima una superestructura para proteger tanto los arietes como a sus operarios), Alejandro pudo abrir una brecha en otro sector. Llegado el momento, se bajaron unas rampas de desembarco (similares a los «cuervos» empleados tiempo después por los romanos contra los barcos cartagineses) por las que los hipaspistas y los componentes del batallón de Ceno pudieron entrar en la ciudad. Y así concluyó el sitio, que, para entonces, había entrado ya en su séptimo mes.[47]

Lo único que logró mitigar la matanza posterior fue la intervención de los sidonios, que rescataron en secreto a muchos de los tirios y los sacaron de allí guarecidos en sus barcos. Con aquella represalia, Alejandro no sólo se propuso lanzar una advertencia a cualquier otra ciudad que quisiera plantearle resistencia (unos 2.000 de los hombres apresados fueron crucificados), sino recompensar a sus hombres, que tanto habían trabajado y sufrido durante los meses de asedio. Entre 6.000 y 8.000 tirios murieron durante los combates; se dice que otros 30.000 acabaron siendo vendidos como esclavos y que hasta un total de 15.000 pudieron ser salvados por sus compatriotas fenicios.[48] El rey Acemilco y los notables de la ciudad se refugiaron en el templo de Heracles (Melkart) y fueron perdonados por Alejandro.

El castigo infligido a los tirios no pareció tener especial efecto sobre la población de Gaza (o, al menos, sobre la guarnición que decidió resistir en aquel lugar). Gaza era una ciudad rica, situada en el extremo final de la ruta comercial meridional (a unos 250 kilómetros al sur de Tiro) y habitada por una población étnicamente distinta de los fenicios.[49] Construida sobre un *tel* (o montículo) de unos 75 metros de altura, sus fortificaciones eran difíciles de asaltar o de minar. En realidad, el simple hecho de llegar hasta allí era en sí toda una gesta, puesto que el ejército disponía de poca agua —y de *escasos ríos, ya fueran grandes o pequeños*— y ésta debía ser aprovisionada por la flota. Lo cierto es que resultó más fácil suministrar agua al ejército mientras éste estuvo en marcha que cuando ya se hubo establecido y dispuesto para el asedio.[50] Allí fue donde el mejor amigo de Alejandro, Hefestión, hijo de Amintor, realizó la primera de sus contribuciones a la campaña de las que nos ha quedado constancia: no sólo trasladó las armas de asedio empleadas en Tiro a bordo de veinte barcos atenienses (que se habían conservado tras la disolución de la flota aliada), sino que también ejerció seguramente como general de intendencia del rey (tal vez, el único cargo militar para el que llegó a estar verdaderamente preparado).[51]

No está claro qué indujo a los gazatíes a resistir cuando otros centros palestinos habían capitulado. Tal vez pequen de simplismo quienes explican la tenaz firmeza de la ciudad aduciendo la lealtad inquebrantable de su comandante, el eunuco Batis, y suponiendo que éste confió excesivamente en las defensas naturales y artificiales de la población. Según se nos

cuenta, en el lugar estaba acuartelada una nutrida fuerza persa, complementada por mercenarios árabes, y Batis había acumulado provisiones con la intención de resistir a un asedio. Seguramente, todo esto formaba parte de una estrategia defensiva más amplia puesta en marcha por Darío tras el desastre de Isos. Históricamente, se ha tendido a caracterizar a Darío como un hombre roto tras aquella derrota, sin más opción que la de negociar un acuerdo con Alejandro para recuperar a su familia y dispuesto a ceder grandes extensiones del imperio al invasor. Lo cierto, sin embargo, es que, aunque Darío ardía en deseos de rescatar a su familia, no estaba dispuesto a ofrecer más de lo que ya había perdido y estaba decidido a no perder más territorio antes de que las negociaciones llegaran a su fin. Eso era algo que su oponente también tenía muy claro. El rey persa confiaba, pues, en aplicar tácticas dilatorias y lanzar contraofensivas en el oeste que le hicieran ganar algo de tiempo para reunir otro ejército.[52]

Después de lo de Isos, algunas fuerzas persas penetraron en Anatolia con la intención de recuperar el territorio allí perdido, al tiempo que Farnabazo y los comandantes de la flota hacían todo lo que podían para ayudar al desafiante rey espartano, Agis III. Un mínimo de 4.000 mercenarios griegos que habían logrado escapar de Isos se unieron a Agis y una cifra similar de ellos se encaminaron hacia el sur, a Egipto. Esta última fuerza, liderada por Amintas, hijo de Antíoco, fue primero a Trípoli para adquirir barcos para el transporte y, tras destruir los que no pudieron llevarse consigo, navegaron hasta Chipre para recabar nuevos refuerzos y (es de suponer) fondos para la continuación de la campaña. Posteriormente, navegaron hasta Pelusio, en Egipto, y no es descabellado pensar que hicieron escala en Gaza para informar de sus progresos y, al mismo tiempo, ponerse al día sobre los asuntos del rey persa. El paradero de éste se mantenía en estricto secreto, pero es probable que sus sátrapas, sus generales y los comandantes de sus guarniciones hubieran recibido instrucciones para resistir frente al invasor. En las crónicas antiguas se nos describe a Amintas como un soldado de fortuna cuya única motivación para ir a Egipto fue la de aprovecharse del infortunio de Darío para enriquecerse él mismo. Sin embargo, también es muy posible que dijera la verdad cuando declaró que había sido enviado al país del Nilo para encargarse de su resistencia en lugar del sátrapa Sábaces, muerto en Isos.

Nuestra interpretación de las actividades de Amintas depende, hasta cierto punto, de cómo escapó del campo de batalla en Isos. Está claro que Amintas y sus mercenarios no se retiraron con Darío —lo cual, teniendo en cuenta la posición de aquéllos en la línea de batalla, habría sido prácticamente imposible—, sino que huyeron hacia las colinas y, de allí, a Trípoli.[53] Podría deducirse de ello que, a partir de aquel momento, actuaron sin consultar a Darío. Aunque generalmente se cree lo contrario, lo cierto es que el contingente de Amintas huyó a través del hueco abierto en la falange, donde se produjo el mayor número de bajas macedonias, y siguió la carretera costera que pasaba por Miriandro (véase la figura 5).[54] Por consiguiente, debió de moverse con rapidez (o, cuando menos, con sumo sigilo) a través de las colinas para evitar la fuerza de Parmenión, que incluía la caballería tesalia y que fue enviada probablemente al día siguiente para tomar Damasco. Arriano cuenta que Alejandro no persiguió a Darío hasta que sus hombres hubieron hecho retroceder a los mercenarios más allá del río.[55] Por tanto, si el grupo de Amintas se hubiera encontrado entre éstos, difícilmente podría haber escapado hacia los cerros, ya que la zona que les habría quedado a su izquierda se encontraría bloqueada por dos batallones de *pezhetairoi* e hipaspistas. En cualquier caso, es posible que Darío hubiese transmitido nuevas instrucciones a los mercenarios al enterarse de la huida de éstos a Trípoli o Chipre. Muchos fugitivos de los macedonios debieron de pensar que se ayudarían más a sí mismos contribuyendo a la victoria persa que actuando por su propia cuenta y riesgo.

En Gaza, Alejandro ordenó la construcción de una rampa que ascendiera hasta la ciudad, una empresa cuya envergadura no iba muy a la zaga de la del dique en Tiro. La dificultad de levantar una rampa que alcanzara una altura máxima de 75 metros se veía agrandada por el profundo cordón de arenas sueltas que circundaba la localidad y en el que se empantanaban las torres y demás armas rodadas de asedio. Curiosamente, sería precisamente la naturaleza de ese terreno la que, cuando los macedonios lograron por fin llegar a las murallas, les ayudaría a zapar las paredes fortificadas. Entretanto, sin embargo, y del mismo modo que el dique erigido en Tiro había permitido a los defensores de la ciudad concentrarse en un único y limitado frente, la rampa de Gaza demostró ser insuficiente para empezar y Alejandro se vio obligado a construir rampas que rodearan la fortaleza.

Es prácticamente imposible que se hubiera podido preparar por completo el terreno alrededor de la ciudad en los dos meses que duró el asedio; más probable parece, sin embargo, que Alejandro construyera un número más reducido de rampas que le permitieran atacar simultáneamente desde direcciones distintas. Tres veces se abrió brecha en las murallas antes de tomar la ciudad. En aquel asalto, se distinguió Neoptólemo, pariente de Alejandro por parte de madre. Su actuación no quedó sin recompensa: en el 330, cuando Nicanor, hijo de Parmenión, falleció de enfermedad, Neoptólemo asumió el mando de los hipaspistas, la guardia de infantería.

EGIPTO

Alejandro no encontró resistencia en Egipto. Parece, incluso, que en Menfis llegó a ser reconocido como sucesor legítimo de los faraones. La facilidad con la que obtuvo el control del país se explica tanto por la larga historia de oposición egipcia al dominio persa como por las caóticas condiciones que reinaban en tierras del bajo Nilo en el 332. Conquistado originalmente en el 525 por Cambises, hijo de Ciro el Grande,[56] Egipto fue una satrapía del imperio persa hasta la rebelión del príncipe libio Inaro en el 461. Aquel levantamiento no tardó en ser aplastado por las fuerzas persas, pese al apoyo que la flota ateniense que actuaba en el Mediterráneo oriental prestó a los rebeldes. Inaro fue hecho prisionero y crucificado, y la dominación persa quedó así reafirmada. Pero tras la muerte de Darío II, los egipcios se rebelaron de nuevo y, esta vez, mantuvieron su independencia hasta que cayeron derrotados frente a Artajerjes III en el 343. El último faraón de la Dinastía XXX, Nectanebo, huyó a Nubia, aunque cierta tradición —que halló expresión en el llamado *Roman d'Alexandre* («Novela de Alejandro»)— afirmaba que, en realidad, se refugió en la corte macedonia, sedujo a Olimpíade (esposa de Filipo) tras tomar la apariencia del dios con cabeza de carnero Amón, y engendró a Alejandro. Según ese argumento, Alejandro regresó a Egipto en el 332 no como conquistador, sino como legítimo gobernante del país.[57]

Cuando el sátrapa persa Sábaces murió en Isos y la fortuna de Darío inició su declive definitivo, Mazaces (a quien se había dejado en el lugar de

aquél para administrar la satrapía) optó seguramente por reconocer la supremacía de Alejandro. Tanto la revuelta liderada por Jababash en el momento de la ascensión al trono de Darío[58] como el rechazo a Amintas, hijo de Antíoco, y a sus mercenarios (quienes posiblemente aspiraban a conservar Egipto en poder de Darío) habían dejado bien claro que los egipcios no podían ser obligados a permanecer leales a Persia. La toma de Gaza por parte de Alejandro y la marcha de éste hacia Pelusio sellaron la cuestión de una vez por todas. Algunos estudiosos modernos han apuntado la posibilidad de que Alejandro no fuera coronado en Menfis, pero lo cierto es que figura retratado como faraón en los monumentos egipcios y que su nombre aparece en un cartucho acompañado de los títulos de «hijo de Ra», «amado de Amón» y «Señor de los Dos Países».[59]

Desde Menfis, Alejandro navegó hasta la desembocadura del Nilo en Canope, donde puso en marcha los planes para la fundación de la ciudad de Alejandría, que se convertiría en la segunda en importancia de todo el Mediterráneo después de Roma. De allí partió por tierra con algunas de sus fuerzas hasta el oasis de Siwa, en las proximidades de la depresión de Qattara, donde se ubicaba el oráculo de Amón-Ra. Los griegos estaban familiarizados desde hacía tiempo tanto con aquel lugar de culto como con el dios allí honrado, que equiparaban con Zeus. La visita de Alejandro al oráculo fue objeto de controversia desde el primer momento y continúa siéndolo hoy en día. ¿Qué fin perseguía con aquello? ¿Pretendía simplemente confirmar su legitimidad como faraón ganándose la bendición de los sacerdotes de Siwa? ¿O la intención de Alejandro era más bien la de ser reconocido como un dios? De ser cierto esto último, cabría preguntarse por qué tardó tanto en aprovechar aquella proclamación del oráculo y por qué, según parece desprenderse de diversas anécdotas, se burlaba de la idea de la supuesta divinidad de su persona.[60] La anterior expedición de Cambises a Siwa (que presuntamente terminó en desastre) nos muestra que también el persa creyó necesario ganarse el reconocimiento de hijo de Amón.[61] Además, Alejandro tuvo claro enseguida que sus macedonios considerarían censurable la pretendida divinidad de su rey. Por todo ello, podemos asumir que aquel gesto iba exclusivamente dirigido a los egipcios.

Más interés tiene que el propio Alejandro interpelara al sumo sacerdote a propósito del castigo de los asesinos de su padre. Puede que aquella

pregunta no fuera más que una astuta maniobra: aparentando preocupación por sus deberes filiales con Filipo, el rey recibió la (aparentemente) inesperada noticia de que su verdadero padre era Amón. Pero también es posible que Alejandro estuviera buscando una oportunidad para cerrar las heridas dejadas por la purga de sus enemigos macedonios que él mismo decretó y, con ello, reducir tensiones en el seno del ejército. El último de los regicidas tal vez fuera Amintas, hijo de Antíoco, quien ya había perecido poco antes. A éste se le había relacionado con Amintas (IV), hijo de Perdicas III y a quien Alejandro había dado muerte antes de la campaña tebana. Alejandro el Lincesta, hermano de los regicidas convictos Arrabeo y Herómeno, también llevaba dos años preso (a menos que Diodoro tenga razón al fechar su arresto poco antes de la batalla de Isos).[62] Aun así, aún quedaban hombres como Hegéloco (hijo de Hipóstrato y familiar de Átalo, enemigo acérrimo de Alejandro) ocupando cargos de importancia en el ejército macedonio y que despertaban abundantes suspicacias y, al mismo tiempo, temían ser objeto de represalias.[63]

FRACASO DE LAS NEGOCIACIONES

Desde que su familia fuera hecha prisionera en el campo de batalla de Isos, Darío había tratado de arreglar las cosas por medio de la diplomacia. Si bien las fuentes discrepan en cuanto al número de mensajes intercambiados entre ambos monarcas, la versión aportada por Curcio parece ser la más lógica, dentro de sus limitaciones. La oferta inicial, en la que se proponía el pago de un rescate por la familia de Darío sin concesión territorial alguna, se recibió en el campamento macedonio cuando éste se hallaba instalado en Marato. La propuesta fue rechazada de forma grosera, si bien los argumentos expuestos en la carta de Alejandro estaban claramente pensados para un público destinatario greco-macedonio, ya que en aquella misiva se reafirmaban los principios fundamentales de la expedición.

> El rey Alejandro a Darío: Darío, antiguo rey de Persia cuyo nombre tomasteis, derrotó en su tiempo a los griegos que habitaban las riberas del Helesponto y arruinó con todo género de hostilidades a los jonios, antiguas colo-

> nias nuestras, y habiendo pasado el mar con un poderoso ejército, llevó la guerra al corazón mismo de Macedonia y de Grecia. Su ejemplo siguió después de él Jerjes, quien nos combatió con una inimaginable multitud de bárbaros. Y habiendo sido vencido en una batalla naval y precisando retirarse (cosa que hizo), dejó a Mardonio en Grecia para que saquease nuestras ciudades y desolase nuestras campañas. Y ¿quién ignora que Filipo, mi padre, fue asesinado por aquellos a los que los vuestros sobornaron con largas promesas? Porque los persas emprenden guerras impías y, hallándose con las armas en la mano, en vez de esgrimir éstas con generoso espíritu contra los enemigos y vencerlos con ellas, procuran comprar sus vidas al precio que por ellas imponen, como se ha visto en vos mismo, quien, a pesar de hallaros con tan poderoso ejército, habéis ofrecido a un asesino mil talentos por mi muerte. Pero, siendo que los dioses miran por la mejor causa, ellos han favorecido mis armas, concediéndome el que haya reducido gran parte de Asia a mi obediencia y que os haya roto y vencido enteramente en tan cumplida batalla. Y si bien no debería concederos nada de cuanto me pedís, por haber faltado a todas las razones de una buena guerra, os doy palabra de que, si venís de la manera a que está obligado quien pide, os entregaré sin rescate alguno a vuestra madre, a vuestra mujer y a vuestros hijos.[64]

Esta réplica, hecha pública por los propagandistas de Alejandro, constituía nada más y nada menos que una reiteración de los agravios originales con los que justificó la guerra, a los que se añadía el cargo de que Darío había recurrido a asesinos a sueldo.[65] En su segunda petición, el rey persa sí ofreció concesiones territoriales al macedonio —estaba dispuesto a ceder toda el Asia Menor al oeste del río Halis y a una de sus hijas en matrimonio—, pero como, sumadas, no igualaban ni siquiera lo que el conquistador ya tenía en su posesión, éste desestimó la nueva propuesta. No deja de ser significativo, sin embargo, que esta segunda oferta llegara tras la caída de Tiro. Alejandro podría haber reaccionado de manera distinta si la ciudad hubiera resultado inexpugnable. Perdidas las esperanzas de alcanzar un acuerdo negociado, Darío se dispuso de nuevo para la guerra. Sus preparativos militares se vieron ayudados por la decisión de Alejandro de asegurarse Egipto. Aun así, Darío hizo un intento final por alcanzar la paz: en esta ocasión, en la primavera del 331, cuando Alejandro regresaba de Egipto. Pero volvió a ofrecer a su oponente lo que éste ya se había procu-

rado por conquista —los territorios al sur y al oeste del Éufrates, a los que el Gran Rey añadía la mano de una hija en matrimonio y 10.000 talentos por los rehenes— y la diplomacia fracasó una vez más. Según se cuenta, Parmenión dijo que él se inclinaría por aceptar la oferta. «Yo también lo haría —comentó Alejandro—, si yo fuera Parmenión».[66]

Desde Egipto, los macedonios se dirigieron por tierra hacia el norte de nuevo, hicieron una breve parada en Tiro y, luego, prosiguieron su camino hasta Tápsaco, donde cruzaron el Éufrates, sobre el que una fuerza de avanzada había construido un puente pese al intento poco entusiasta de Maceo por impedirlo. Puede que la verdadera misión de este último fuera la de atraer al ejército macedonio hacia las llanuras situadas al otro lado del Tigris (río que la avanzadilla de Alejandro cruzó sin que Maceo se aprestara tampoco a evitarlo, pese a los obstáculos naturales que aquel entorno planteaba a las tropas que intentaban vadearlo). Lo que a veces ha sido descrito como negligencia persa podría haber formado parte de un plan más amplio con el que el Gran Rey pretendía plantear una batalla decisiva en un terreno idóneo para sus tácticas y su fuerza numérica. Fuese cual fuese la verdad con respecto a las cifras de los efectivos persas, no hay duda de que el ejército de Darío superaba ampliamente en número al de su enemigo, especialmente en caballería, su cuerpo militar más formidable. Y es que durante el intervalo que Alejandro se tomó para asegurar la costa mediterránea, el Gran Rey tuvo tiempo de reunir a los mejores jinetes de Bactria, Sogdiana, Aracosia e India, por no hablar de los escitas (los dahos, los sacas y los maságetas), quienes, como los mongoles de épocas posteriores, prácticamente nacían sobre la silla de montar (o, para ser más exactos, sobre la manta sudadera de su montura). El encuentro acabaría por demostrarse decisivo, pero no como Darío había imaginado.

GAUGAMELA

El choque final de los grandes ejércitos se produjo en el verano del 331 en condiciones en principio favorables a los persas. Ante sí tenían el campo de batalla que debieron haber buscado en el 333 y su fuerza numérica era mayor que antes, gracias a los nutridos contingentes que se les habían sumado

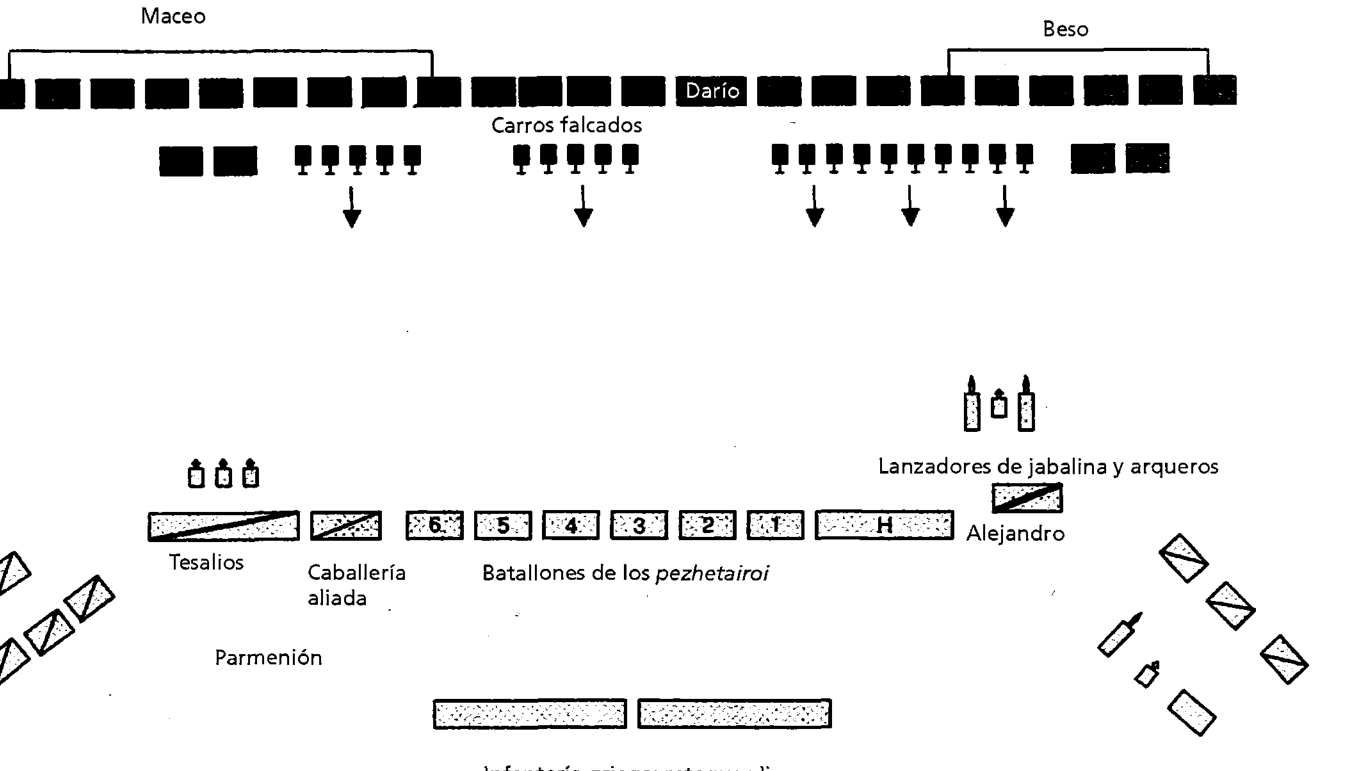


Figura 6. *Batalla de Gaugamela: fase I.*

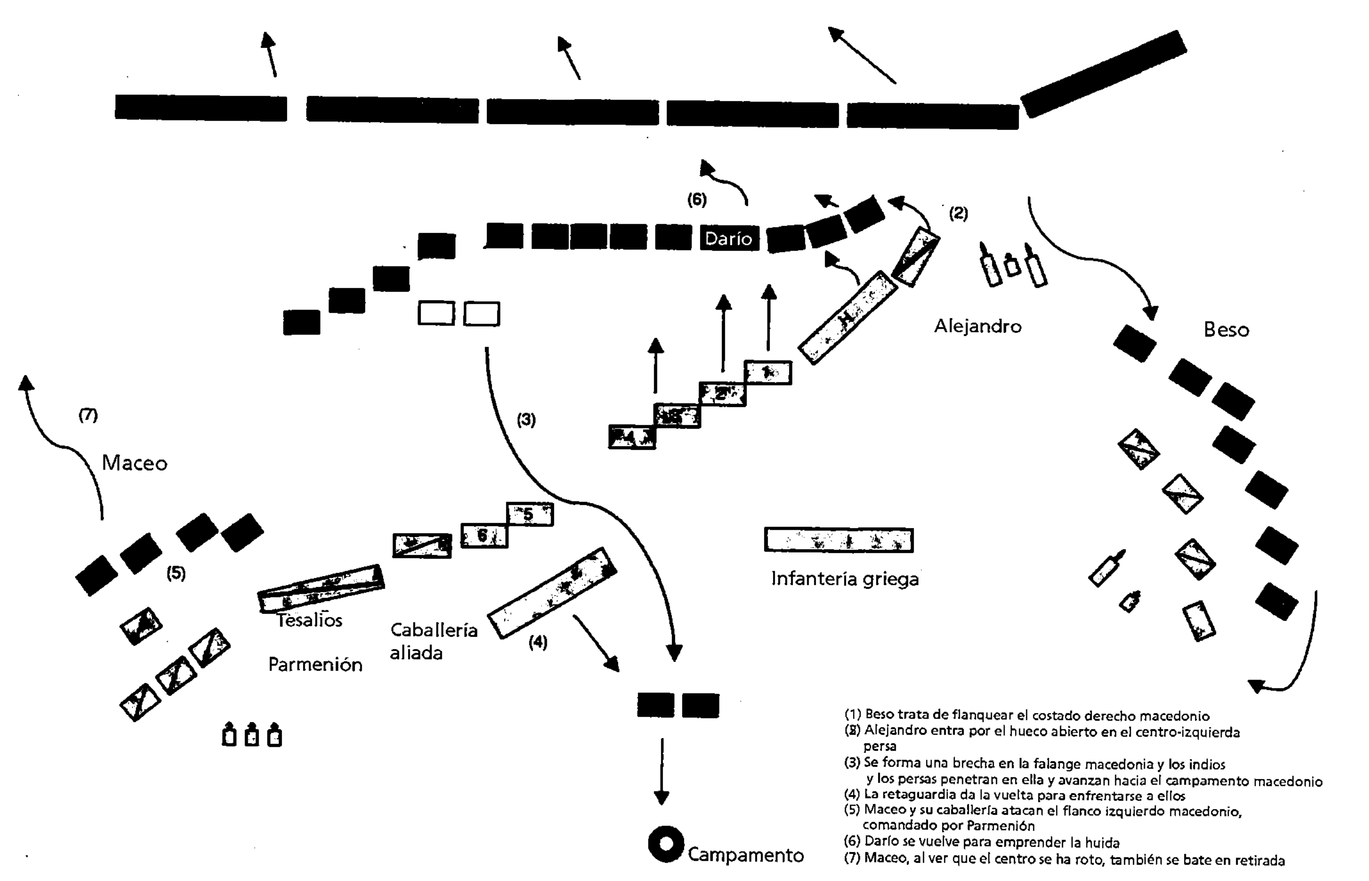
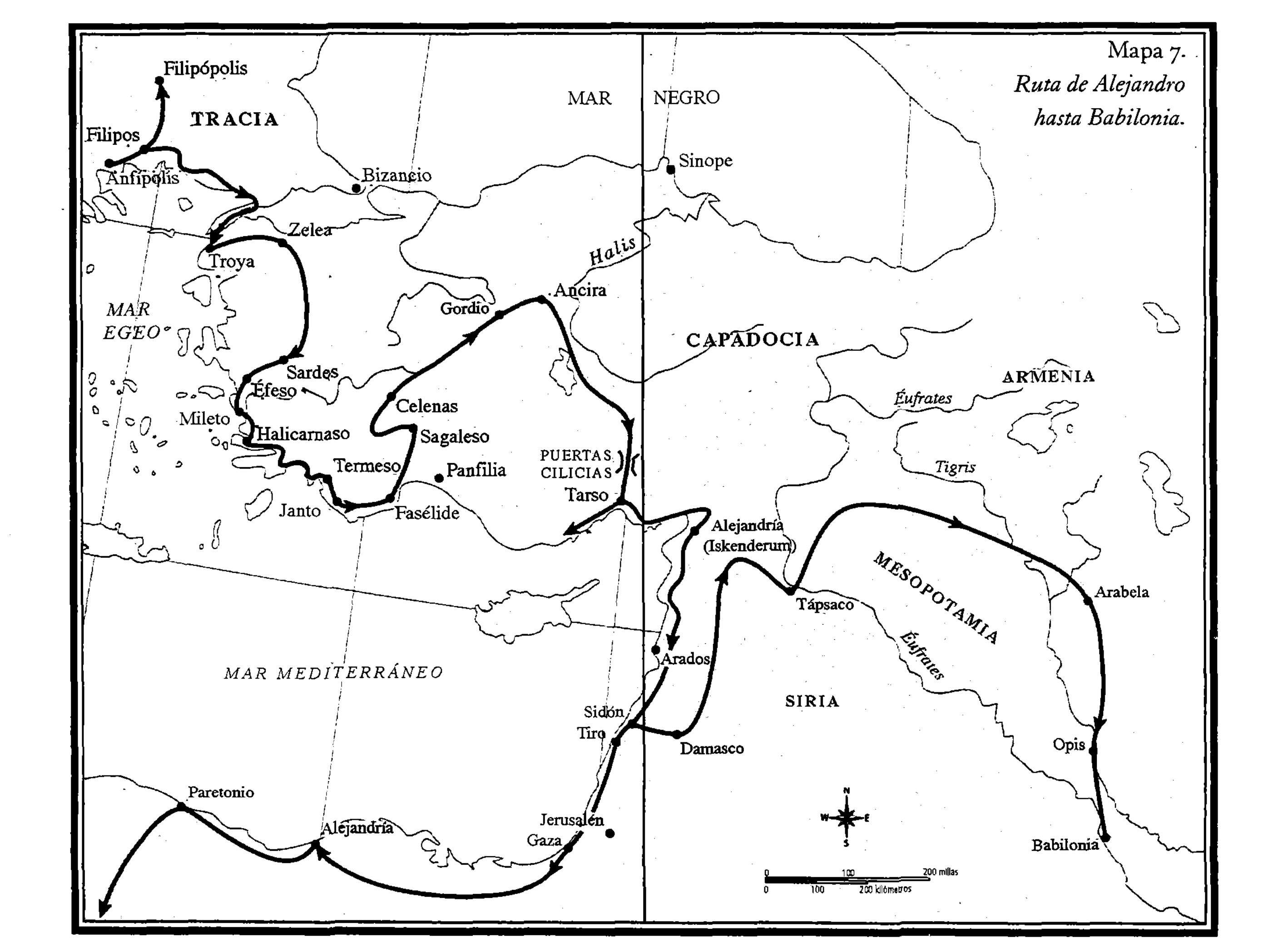


Figura 7. *Batalla de Gaugamela: fase II.*

procedentes de las satrapías orientales. Darío había desplazado su ejército desde Babilonia hasta el Tigris y había ordenado seguir el curso del río por tierra hasta vadearlo al sur de Arabela. Desde allí prosiguió la marcha hasta llegar al río Bumelo. A continuación, ocupó la llanura que se extendía al otro lado de éste, cuidándose de despejar el terreno de cualquier obstáculo que pudiera dificultar el movimiento de su caballería.[67] Era en la fortaleza de sus unidades montadas, pues, en la que Darío confiaba para la victoria. Concretamente, pretendía aprovechar su superioridad numérica en ese aspecto para conseguir una doble maniobra envolvente. Llegado el momento, sin embargo, el intento de flanquear el costado derecho de los macedonios acabaría resultando fatal, ya que, al alejar de la izquierda persa a sus propias fuerzas de caballería, Beso y sus jinetes abrieron un hueco que aprovechó Alejandro: penetrando en las líneas enemigas y presionando directamente al propio Darío, Alejandro consiguió aplastar el centro de los persas mientras la caballería de éstos se esforzaba en vano por rodearlo.

Alejandro alineó sus fuerzas de un modo muy similar a como ya lo hiciera en Isos. Las *taxeis* de *pezhetairoi* con las que contaba ocupaban el centro; a la derecha de éstas se encontraban los hipaspistas (unos 3.000), que formaban una especie de enlace entre la infantería pesada y la caballería de los Compañeros, la cual constituiría la principal fuerza de ataque. A la izquierda, contiguos al batallón de Crátero (a quien correspondía la supervisión de la infantería situada en el flanco izquierdo), Alejandro emplazó a los jinetes aliados, bajo el mando de Erigio, y a la caballería tesalia. En ese flanco era Parmenión quien ostentaba el mando supremo, protegido por el escuadrón farsalio. Había unidades adicionales de caballería situadas en cada una de las alas: sus líneas formaban un ángulo cerrado hacia atrás en previsión de una posible maniobra de flanqueo de los persas. De ese modo, no sólo fue la caballería de éstos rechazada por ambos flancos, sino que Alejandro (liderando desde la derecha y avanzando en escalón) consiguió forzar un movimiento de avance en la derecha del enemigo (controlada por Maceo) dirigido a entrar allí en combate directo con sus oponentes. En el extremo izquierdo de los macedonios se hallaban los tracios (bajo el mando de Sitalces), la caballería aliada (liderada por un tal Cerano, aunque quizás se tratase en realidad de Cárano), los odrisios (comandados por Agatón) y la fuerza de jinetes mercenarios de Andrómaco.



Mapa 7.
Ruta de Alejandro hasta Babilonia.

Aquí, como en los relatos de otras batallas, los contingentes aliados fueron merecedores de muy escasa atención por parte de los cronistas antiguos.

El plan era bueno, aunque su ejecución fue un tanto irregular. Al repeler los flancos, los macedonios alejaron a la caballería persa del centro, desde donde Darío dirigía las operaciones protegido por una guardia de *melophoroi* (guardas que llevaban manzanas de oro en las puntas de sus lanzas en lugar de una punta de hierro) y de sus mejores fuerzas.[68] Cuando los jinetes de Beso giraron en redondo para entrar en combate con Aretas y Menidas en el extremo derecho de los macedonios y arrastraron a los bactrianos tras ellos, se creó un hueco (o, cuando menos, una merma en el grueso de las filas) a la izquierda del centro persa. Alejandro no tardó en sacar partido de aquello conduciendo a los Compañeros hacia el punto en el que se había debilitado el enemigo para que penetraran por allí como una cuña y llevaran consigo a los hipaspistas y a los batallones de *pezhetairoi* más próximos. Las sarisas empuñadas por la falange inmovilizaron la línea enemiga, y los jinetes —seguidos de los hipaspistas— viraron de derecha a izquierda arrollando aquel maltrecho flanco del ejército de Darío. Pero la velocidad con la que la caballería de Alejandro perforó el creciente hueco allí abierto hizo que el flanco derecho de la infantería macedonia se adelantara con demasiada rapidez, lo que creó una grieta en la formación entre las falanges de Simnias y Poliperconte (los batallones segundo y tercero desde la izquierda). Darío podría haber contraatacado por ahí con efectos devastadores, pero la caballería india y persa cabalgó abriéndose paso a través de la abertura y siguió adelante con el propósito de asaltar el campamento macedonio.[69] Pronto quedó cortada y fue masacrada por las fuerzas de reserva que Alejandro mantenía en la retaguardia, que no tardaron en dar media vuelta para proteger la base donde se hallaba el resto de su impedimenta.

Repitiendo lo acontecido en Isos, Darío volvió a batirse en retirada cuando vio que sus fuerzas cedían al empuje de la carga de Alejandro. Si hubiera conseguido mantener su posición, el resultado podría haber sido muy distinto, pero la fuerza de su ejército había sido desplazada hacia los flancos, donde se concentraban sus mayores esfuerzos, y el centro acabó desmoronándose. Su propia seguridad —y la vana perspectiva de volver a combatir en otro momento— exigía que no se dejase capturar. Su huida

significaría sin duda la derrota en aquella batalla, pero de ser apresado, la guerra estaría perdida. Así que huyó una vez más. Y lo hizo de forma ignominiosa según las fuentes helenas, porque, con su marcha, acabarían hundiéndose su ejército y su imperio. Aun así, debemos evitar sacar una conclusión —tan simplista como injusta— como la del experto en temas militares Bill Fawcett, para quien Darío, además de sucumbir en aquella batalla por ser «incapaz de afrontar el más mínimo peligro para su persona», perdió «dos batallas y el imperio más extenso del mundo porque era un cobarde» (2006: 10). Debemos pensar, más bien, que su huida tuvo mucho en común, por ejemplo, con la evacuación del general Douglas MacArthur de Filipinas en 1942 (y que, en el fondo, era más perentoria incluso que ésta). No podemos olvidar que Darío, a diferencia de los jefes de Estado contemporáneos, se hallaba personalmente presente en el campo de batalla, inmerso en el fragor del combate.

La persecución emprendida en un primer momento por Alejandro fue interrumpida, según las crónicas, por un mensaje urgente de Parmenión, quien se hallaba enzarzado en una lucha sin cuartel con la caballería de Maceo. El rey macedonio acudió entonces en ayuda de su flanco izquierdo, pero cuando llegó allí, sus fuerzas habían conseguido frenar el avance de Maceo, quien se había retirado junto a sus tropas al tener noticias de la huida de Darío. Aquella maniobra daría pie a la acusación (cuyo origen parece atribuible a Calístenes) de que Parmenión combatió pésimamente en Gaugamela, pero esta apreciación de la actuación del viejo general fue sin duda ideada y formulada tras el estallido y el desenlace del caso Filotas, que se resolvió con el asesinato del propio Parmenión.[70] En cualquier caso, la ruta de escape del derrotado rey persa lo condujo en primer lugar a Arabela, donde recabó parte de su fracturado ejército, y luego, a través de los montes Zagros y siguiendo el valle del Gran Zab, hasta la orilla sur del lago Urmía.

LA CAMPAÑA DE PERSÉPOLIS Y LA CRUZADA PANHELÉNICA

El desplome del poder militar persa en Gaugamela decidió la suerte del imperio: desde las llanuras del norte de Mesopotamia, las ciudades regias de los

aqueménidas, repletas de riquezas acumuladas durante 230 años, estaban a una distancia asequible para el asalto. Decir que Darío se consoló al pensar que Alejandro se distraería recogiendo el botín de la victoria y se vería lastrado por éste es imaginar que el rey persa puso buena cara a un tiempo no ya malo, sino desastroso.[71] Darío, que huyó a Ecbatana, en la Media, sabía que apenas contaba con esperanza alguna de reunir un nuevo ejército y, aún menos, de derrotar a los macedonios en el campo de batalla. Pero la esperanza y las soledades del Asia central eran ya lo único que le quedaba.

Maceo, el antiguo sátrapa de Cilicia y Siria que con tanta distinción había luchado en Gaugamela, se apuró a llegar a Babilonia para preparar la rendición oficial de la ciudad a Alejandro. La entrada del conquistador en la inmemorial capital fue descrita con gran lujo de detalles por Curcio y celebrada en un cuadro de Charles le Brun, además de recreada en todo su imaginado esplendor en la (por otra parte, poco lucida) película de Oliver Stone, *Alejandro*. Aquél fue ciertamente un momento definitorio y constituyó el primer encuentro significativo del rey macedonio con los gobernantes del imperio. En el cargo de sátrapa situó a su noble adversario, Maceo, aunque los poderes de éste fueron moderados por la imposición de una guarnición acantonada en la ciudad y de diversos supervisores macedonios. Arreglos similares se dispusieron para Susa (el antiguo centro de Elam), donde Abulites conservó su satrapía bajo el ojo vigilante del *phrourarchos* (o comandante) Jenófilo.[72] La fase de «conquista» de la campaña de Alejandro iba tocando así a su fin. Para entonces, las defensas de Persépolis no pasaban de ser escasas, ya que Darío había esperado en vano reclutar tropas de refresco en Ecbatana. Madates, *hyparchos* de los uxios y pariente político de Darío III, resistió el avance macedonio, pero los propios uxios estaban más concentrados en su habitual recaudación de tributos (parecida al *hongo* que cobraban algunas tribus africanas a cambio de garantizar el libre tránsito por su territorio)[73] que en salvar el imperio de Darío. De ahí que, en la práctica, su oposición no fuera sólo inútil, sino también costosa: Alejandro dispuso que Crátero, junto a Taurón y los arqueros, ocupara los altos a los que se creía que los uxios se retirarían antes de dirigir sus fuerzas contra ellos. Bloqueada así su ruta de escape, muchos de ellos murieron en el enfrentamiento inicial o al intentar la huida por aquel terreno montañoso.

Mucho más seria era la amenaza que aguardaba a los invasores en las Puertas Persas (o Susianas), donde el sátrapa de Pérside, Ariobarzanes, había bloqueado el paso con unos 25.000 hombres.[74] Una primera carga directa fue repelida con elevado número de bajas. La similitud de la situación con la defensa griega de las Termópilas en el 480 no pasó inadvertida a los historiadores de Alejandro y así lo plasmaron en sus crónicas (si no en la de Calístenes, sí ciertamente en la de Clitarco). Y la maniobra de rodeo de las Puertas por parte de una fuerza guiada por pastores evoca igualmente la traición de Efialtes en Grecia. No hay motivo para suponer que el incidente no tuviera lugar en realidad, pero la idea de la repetición del pasado fue seguramente muy del agrado de los historiadores apologistas. Tras superar el paso, derrotar y matar a Ariobarzanes, y cruzar el río Araxes tendiendo un puente sobre él, cuentan también algunas crónicas que Alejandro se encontró con una multitud de griegos mutilados que salieron a su paso. Pero en este punto es casi seguro que la historia cedió el protagonismo a la ficción. La intención dramática del episodio resulta inconfundible, por lo que debemos negar la existencia real de semejante banda de desventurados.

Los únicos autores que relatan la anécdota de esas víctimas patéticas de atrocidades pasadas son aquellos que basaron sus historias en la de Clitarco, de cuya propensión a la exageración más vulgar es digno ejemplo dicho episodio. Además de tratarse de mala historia (y rechazable como tal), no deja de ser también un ejemplo de pésima narración. Pero, como siempre ocurre, ha habido quien ha aceptado el relato como auténtico. Cabría preguntarse, entonces, ¿de dónde habrían salido aquellos desventurados? ¿De la crueldad de qué rey fueron víctimas? ¿Se trataba de mercenarios cautivos desde los tiempos de la llamada Gran Revuelta de los Sátrapas, quizás? Si así fuera, en un momento como aquél, en el que el valor de los mercenarios helenos no podía haber pasado desapercibido al Gran Rey, cuesta creer que éste hubiera desperdiciado el talento de aquellos hombres y hubiera maltratado así sus cuerpos.[75] Es evidente que no son más que un recurso narrativo: actuando como recuerdos vivos del fin por el que Alejandro había dirigido las tropas de los aliados griegos contra Persia, representaban las víctimas de las atrocidades mismas que la cruzada panhelénica pretendía vengar. Al igual que los abusos de que es nuevamente objeto

el desdichado Odiseo homérico por parte de los pretendientes de Penélope al presentarse ante ellos bajo la apariencia de un mendigo (y de los que se venga cumplidamente dándoles muerte), aquellos hombres dotaban de sentido y de urgencia temporal la toma de Persépolis y el incendio de su palacio. Nosotros mismos, que en nuestros días hemos sido testigos de las mentiras relatadas por varios «testigos presenciales» a un comité del Congreso de los Estados Unidos, ante el que llegaron a afirmar que los iraquíes habían asesinado a bebés prematuros sacándolos de sus incubadoras en los hospitales kuwaitíes, podemos dar fe del poder persuasivo de los crímenes inventados.[76] Nada fomenta el odio como el miedo y la ira, y nada inspira más a los hombres para tomar las armas con la intención de infligir un castigo que el odio. Pero por eficaz que pudiese resultar la afligida situación de Euctemón, Teeteto y sus desfigurados compañeros, aquel episodio pretendía animar más al lector que a las tropas en el campo de batalla.

Fue al parecer en el campamento de campaña que Alejandro había establecido apenas a dos estadios (unos 350 metros) de la ciudad donde el rey macedonio proclamó ante sus comandantes que

> cuánto más infausta que ninguna otra ciudad había sido para los griegos la de Persépolis, la capital de los antiguos reyes de Persia, la ciudad de la que había partido un diluvio de tropas sin fin y desde la que primero Darío y después Jerjes habían librado una guerra infame contra Europa. Estaban, pues, obligados a erradicarla de la faz de la tierra para, con ello, aplacar los espíritus de sus antecesores.[77]

Resulta significativo que el rey permitiera que sus soldados asolaran la ciudad, pero eximiera los palacios, símbolos más evidentes del poder persa. Pero incluso en aquellas casas y calles había botín suficiente para las tropas, a las que se había negado la oportunidad de saquear Babilonia y Susa.[78] La cuestión pendiente en cuanto a los palacios era saber cómo extraer los tesoros allí amasados y adónde se transportarían éstos; Alejandro pospuso su decisión al respecto hasta la víspera de su partida. Entretanto, y como el deterioro de la situación en Grecia —donde el rey espartano, Agis III, estaba organizando la resistencia frente al liderazgo macedonio— lo demorara, aprovechó la ocasión para mantener a sus hombres ocupados con una

campaña en Pérside.[79] Durante la ausencia de éstos, las ingentes cantidades requisadas de plata y oro (acuñado y sin acuñar) fueron embaladas y transportadas hasta Ecbatana con destino a financiar la parte restante de la expedición.

No es de extrañar que, en un toque final de dramatismo, Clitarco atribuyera el incendio del palacio de Jerjes a las acciones de la cortesana ateniense Tais (mujer que se convertiría en amante de Tolomeo —hijo de Lago y fundador de la dinastía tolemaica— y en madre de una reina chipriota).[80] El escenario fue una supuesta bacanal, seguida del *komos* característicamente griego, en el que los participantes desfilaron por las calles a la luz de sus antorchas. Comportándose como Filipo (quien bajo los efectos del alcohol actuaba de un modo que, luego, en sus momentos más sobrios, lamentaba), Alejandro se dejó inducir por aquella mujer a prender fuego al palacio que Parmenión le había aconsejado perdonar alegando que no era sensato que un hombre destruyera lo que ya era de su propiedad.[81] Tanto si el incendio real del palacio fue consecuencia de una decisión política consciente como si respondió en realidad a un capricho, la anécdota de Tais y su pandilla de borrachos suponía un digno desenlace para la prolongada ficción de la empresa panhelénica.

Pese a todo, las acciones de Alejandro en Persépolis fueron ciertamente trascendentes, ya que acabaron incidiendo directamente en su relación tanto con los aliados griegos como con los persas conquistados. ¿Fue su destrucción del palacio un acto irracional o una decisión política? Mientras Darío siguiera con vida, la guerra continuaría. De hecho, hasta que llegara el momento en que Alejandro pudiera ser reconocido como Gran Rey de Asia (o un título apropiado equivalente), la guerra estaba condenada a prolongarse. El conquistador se hallaba atrapado entre los dos polos de un dilema: ¿cómo podía ser él el vengador de los griegos y, al mismo tiempo, el sucesor legítimo del Gran Rey? Este último era un cargo que aún tenía que procurarse, pese a que ya se había sentado en el trono imperial en Susa. Pero su papel de vengador exigía de él que hiciera un gesto significativo de represalia que sirviera, al mismo tiempo, para señalar el punto final de la guerra panhelénica.[82] En realidad, Alejandro no accedió a desmovilizar a los aliados hasta después de la muerte de Darío, cuando el ejército macedonio ya había alcanzado Hecatómpilo. Pero Persépolis,

que era percibida como punto de origen del poderío persa y la fuente de la que había manado el aluvión de hordas bárbaras, pedía a gritos un castigo. La acción de Alejandro fue, por tanto, simbólica. De todos modos, representó seguramente un paso atrás en su política destinada a ganarse los corazones de la nobleza persa. Puede que, para otros Estados sometidos, Persépolis fuera simplemente un símbolo de la opresión y que no derramaran lágrima alguna por ella, pero lo cierto es que Alejandro había decidido ya tiempo atrás convertir a algunos de los nobles persas en socios —algunos dirían que más bien títeres— dentro de su nuevo régimen.[83]

IMPERIO EN TRANSICIÓN

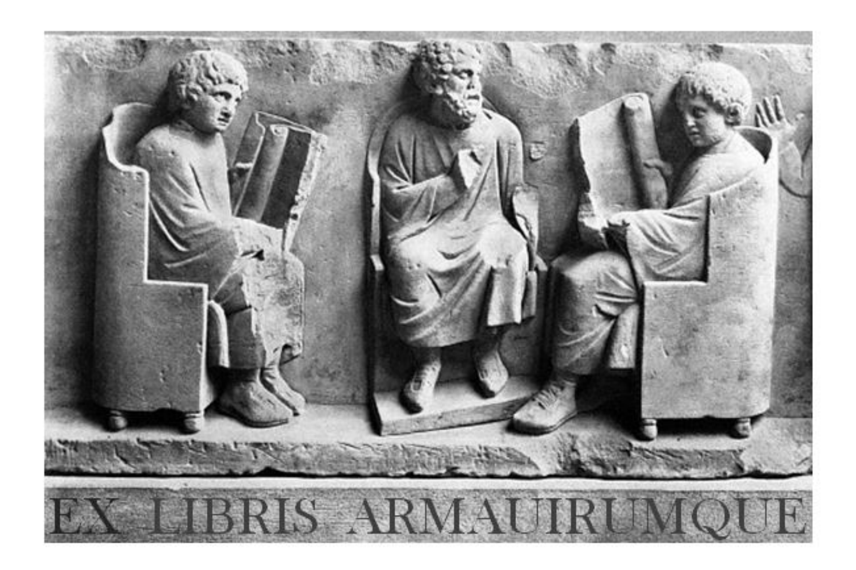
Nada más saber del fallecimiento de su esposa, Estatira, y de los honores que le había dispensado Alejandro, Darío supuso (como era lógico) que el rey macedonio había mantenido relaciones íntimas con aquélla y que el tratamiento que le había reservado a su muerte no era más que un reflejo del deseo que había sentido por ella mientras vivía. Sin embargo, el mismo eunuco fiel huido del campamento macedonio que le había llevado la noticia de aquella muerte en persona aseguró a su señor que Alejandro no se había aprovechado de su cautiva y que sólo le había reservado los honores dignos de una reina. Al darse cuenta de esto, Darío (cuentan las crónicas) rezó para que, si los dioses no le concedían la victoria y el imperio tenía que cambiar de manos, el trono pasara a Alejandro, quien conquistaba a sus enemigos no sólo en el campo de batalla, sino también con su generosidad. Esta última historia, sin embargo, es pura ficción. Estatira murió dando a luz a una criatura o como consecuencia de un aborto espontáneo al menos 18 meses después de su apresamiento en Isos. Por consiguiente, si llevaba a un hijo en su seno, éste no era de Darío, y cuesta imaginar quién podría haber mantenido una relación íntima con ella sin que Alejandro lo supiera. Que el rey afirmara que sólo la había visto una vez, en el momento de su captura en Isos, pero nunca más tras aquella ocasión suena a desmentido «demasiado rotundo». Desde luego, no tuvo reparo alguno en convertir a la viuda cautiva de Memnón en su amante; también se decía que había comentado que ver a las reinas persas era un «tormento para los

ojos», lo que para nada significaba que le parecieran poco atractivas. Según los rumores, Estatira era la mujer más bella de Asia, del mismo modo que Darío era el más apuesto de los hombres, aunque en esas afirmaciones hay un importante componente de culto al mandatario. Nunca sabremos la verdad acerca de la muerte de la reina ni si visitó el lecho de Alejandro (o si Alejandro visitó el suyo). En cualquier caso, la plegaria de Darío era superflua, ya que, por la propia naturaleza del imperio persa, la conquista del cargo de Gran Rey era el paso más importante de cara a gobernar sobre sus dominios.

Fue la unidad del imperio persa la que brindó a Alejandro las mayores ventajas. Su sistema de caminos y carreteras facilitaba el movimiento de tropas tanto para el invasor como para el defensor; su estructura financiera permitía que los recursos empleados en fines defensivos pudieran ser utilizados a continuación por el vencedor contra las fuerzas imperiales. Además, la estabilidad de las estructuras del imperio y la tolerancia de los mandatarios aqueménidas para con los derrotados contribuyó más que ninguna otra cosa al éxito de Alejandro. Manteniendo esas estructuras e interfiriendo sólo al mínimo en las pautas de la administración y de la vida cotidiana, el monarca macedonio se facilitó mucho a sí mismo la transición de poder. Eran las élites, no las poblaciones nativas, las que importaban y, reteniendo en los puestos de autoridad a tantos miembros de aquéllas como le fue posible, Alejandro se ganó su predisposición a aceptar a un nuevo gobernante. Como bien señala Pierre Briant, principal autoridad en el tema de la Persia aqueménida, «una vez conquistado el ejército del rey, los dirigentes no tuvieron mucha más alternativa que una que sus antepasados conocían ya bien desde los tiempos de las conquistas de Ciro: la de negociar con el vencedor una forma de mantener su posición dominante dentro de su propia sociedad».[84] Era la canción de siempre: «El rey ha muerto, larga vida al rey». Y mientras el cambio de liderazgo afectase en poco o en nada al sistema, aquél era un estribillo fácil de aceptar para aquellos cuya aprobación resultaba más precisa. Al hombre común le importaba poco a quién tenía que pagar sus impuestos, siempre que su vida no experimentase un cambio a peor. Las políticas de multiculturalismo y tolerancia religiosa aplicadas por los aqueménidas contribuyeron muy poco a promover la lealtad a los gobernantes o al imperio. Sí sirvieron, sin

embargo, para que se «diera al César lo que era del César» sin especial preocupación por cuál fuera la identidad de ese César o sus orígenes.[85]

Alejandro venció a Darío derrotando a los ejércitos de éste en el Gránico, en Isos y en Gaugamela, pero se aseguró el dominio sobre su imperio conservando las estructuras de gobierno y, en la medida de lo posible, a los propios gobernantes. Dado que los cargos políticos de más alto nivel habían estado ocupados por iranios (la mayoría de los cuales podían alegar parentesco de uno u otro tipo con el Gran Rey o con las familias de quienes conspiraron contra Esmerdis),[86] el reemplazo de esos dirigentes tuvo escasa repercusión para los pueblos sometidos. Pero los puestos del nivel inmediatamente inferior al de sátrapa eran cruciales y en ellos resultaba particularmente importante dar una sensación de respeto por las tradiciones y la religión locales. Alejandro se había dado cuenta de ello desde el primer momento, aunque siguiera jugando abiertamente la carta del vengador panhelénico. Cuando por fin cubrió el cadáver de Darío con su capa, Alejandro llevaba ya tiempo siendo *de facto* el Gran Rey de Asia. Las pugnas que mantendría a partir de aquel momento serían con otros posibles aspirantes rivales al trono.



6

RESISTENCIA EN DOS FRENTES

La derrota y la muerte de Darío pusieron fin a la fase de conquista de la campaña de Alejandro. Las cuatro capitales aqueménidas se hallaban ya en su poder, además de los tesoros de éstas. Los aliados griegos habían sido desmovilizados y licenciados con una paga extra. Se había nombrado a los correspondientes sátrapas, *strategoi*, *phrourarchoi* y *gazophylakes*. Y Alejandro podía ya reclamar para sí las satrapías orientales por derecho de conquista. La que prosiguió, sin embargo, fue una lucha por la legitimidad y, para imponerse en ella, era necesario vencer a todos los pretendientes rivales. Alejandro dedicó el período transcurrido entre el 330 y el 328 a pelear por consolidar su legitimidad y su autoridad.[1]

BESO USURPA EL TÍTULO DE REY

Si Alejandro había esperado que la muerte de Darío pusiera término a la guerra contra Persia, los acontecimientos no tardaron en desengañarle. Los traidores que asesinaron al rey huyeron a Bactria a través de la Margiana (por el oasis del Merv) e intentaron conseguir la ayuda de los espléndidos jinetes del Asia central y de sus barones locales. Beso, un pariente de Darío (aunque no sabemos cuál era la proximidad de su parentesco), se enfundó la tiara real hacia arriba —como era propio de los reyes— y adoptó el nombre de Artajerjes (V).[2] En el plano político, aquél fue un importante revés para Alejandro, que se estaba postulando en aquel momento como sucesor «legítimo» de Darío y había adoptado los símbolos y el ceremonial de la realeza persa. Por ese mismo motivo, y en un acto de compasión, había ordenado dispensar un fune-

ral de Estado al difunto monarca.[3] Beso no podía esperar ya piedad alguna por su condición de regicida y usurpador. Eso era algo que sabía muy bien, pero, aun así, es inevitable que sintiera una gran decepción al comprobar la ausencia de apoyo en su propia satrapía. Lo que siguió no fue una simple lucha por la independencia, sino una contienda centrada en torno a cuestiones de legitimidad y de aceptación de la autoridad. Y es que, en última instancia, la nobleza debía sus cargos y su patrimonio al Gran Rey.

Satibarzanes (quien tal vez fuera cómplice de Beso)[4] había sido perdonado en su momento por Alejandro, que le permitió regresar a su satrapía de Aria, aunque acompañado de Anaxipo y de cuatro lanzadores de jabalina montados (*hippakontistai*) que se encargarían de supervisarlo. Envalentonado por la usurpación de Beso, Satibarzanes asesinó a esa escolta macedonia y se rebeló abiertamente. Aquella traición de su confianza apartó a Alejandro de una persecución directa de Beso y lo empujó hacia el sur. Derrotó entonces a los rebeldes en las inmediaciones de Artacoana (probablemente, cerca de la actual Herat), donde fundó Alejandría de Aria.[5] Pero Satibarzanes y sus partidarios huyeron con la intención de resistir en una tierra cuyo nombre es hoy sinónimo de la guerra de guerrillas por excelencia.

El propio Alejandro hizo una pausa en Frada (la actual Farah, al norte del lago Sistán), donde se enfrentó a la segunda conspiración grave de su reinado. La primera, en el 334, fue descubierta cuando el conspirador se hallaba ya ausente del campamento de Alejandro y su arresto se llevó a cabo de forma rápida y secreta. Alejandro el Lincesta pasó los siguientes tres años recluido y encadenado. Evitando la publicidad negativa que podría haberle reportado el juicio y la ejecución de un aristócrata destacado y bien relacionado, el rey consiguió que el asunto no derivara en una crisis abierta hasta que la situación no lo aconsejara. Alejandro el Lincesta no tenía ningún vínculo especial con Filotas (de hecho, es muy posible que los familiares y demás afectos a Parmenión hubiesen tenido un importante papel a la hora de actuar como contrapeso al poder de Antípatro y sus partidarios), pero, llegado el momento, el arresto de Filotas en el 330 brindó al rey la oportunidad de reavivar viejas acusaciones y, finalmente, librarse de un enemigo político.

EL CASO FILOTAS Y EL ASESINATO DE PARMENIÓN

Cuando Alejandro partió camino de Asia, dejó a Antípatro a cargo de sus asuntos en Europa para que ejerciera una especie de bailiaje en nombre del rey y durante la ausencia de éste. El ejército macedonio se había ido convirtiendo paralelamente en poco menos que un Estado itinerante, en el que los *hetairoi* ejercían de cortesanos y consejeros, y los altos oficiales constituían el gabinete ejecutivo. Esporádicamente también se celebraban asambleas del ejército, aunque sólo para dar pública aprobación a alguna acción del rey que pudiera ser vista como autocrática o arbitraria. Los siete miembros del grupo de los Somatophylakes constituían, entre otras cosas, un remedo de lo que se podía considerar un «servicio secreto», mientras que los hipaspistas suministraban la fuerza policial. La llamada elevación política (es decir, los ascensos en la escala militar) solía producirse a expensas de otro candidato potencial, que se veía así relegado a un puesto administrativo o quedaba apartado de su cargo por sospechas de mala conducta en el ejercicio de sus funciones o de traición. El castigo para esta última era indefectiblemente la ejecución. El mundo político del campamento de Alejandro estaba lleno de peligros, sobre todo para los líderes. La historiadora Elizabeth Carney señala con razón que «los reyes macedonios tenían tendencia a morir con las botas puestas».[6] De ahí que no hubiera amenaza demasiado ligera como para ser ignorada ni negligencia que no pudiese ser interpretada como una forma de complicidad. Ésa fue la trampa en la que cayó Filotas llevado por su falta de juicio.

En el otoño del 330, Dimno, un (por lo demás desconocido) *hetairos* de Calestra, tramó (o participó en) una conspiración para matar a Alejandro, cuyos detalles confió a su amante, Nicómaco. Éste, sin embargo, reveló el plan y los nombres de los conspiradores a su hermano, Cebalino, quien se aprestó a llevar el asunto a oídos del rey. Se encontró entonces con Filotas, a quien pidió que informara a Alejandro. Pero Filotas hizo caso omiso de la denuncia y volvió a hacer oídos sordos cuando Cebalino acudió de nuevo a él al día siguiente. Se dice de Filotas que con posterioridad comentaría en su propia defensa que no se había tomado aquellas acusaciones en serio, viniendo como venían del hermano de un prostituto. Pero cuando Cebali-

no informó finalmente al rey por mediación de Metrón (uno de los pajes), el monarca ordenó el arresto tanto de Dimno como de Filotas.

Se ha tendido erróneamente a juzgar la gravedad del complot y su grado de peligrosidad en función del estatus de los propios conspiradores. Tal vez ése sea un error atribuible en origen al propio Filotas, pero los historiadores contemporáneos no deberían hacerse eco del mismo. Muchos grandes hombres han encontrado su fin a manos de agentes insignificantes o, incluso, por causas relativamente menores, y nada ofende con tanta facilidad como el insulto personal. Probablemente jamás sabremos qué movió a Dimno y a sus colaboradores de conjura. Los conspiradores eran figuras poco destacadas en su mayor parte,[7] con la única y notable excepción de Demetrio el *Somatophylax* (o «Guardia Personal»). Según Curcio, un tal Calis (aunque su verdadero nombre probablemente fuese «Calas») confesó que él y Demetrio lo habían planeado todo. Si así fue y Filotas fue informado de cuál iba a ser el supuesto papel de Demetrio, su negativa a transmitir aquella información resulta más difícil de explicar. Tanto si los conspiradores eran figuras de un peso menor como si se trataba de hombres más destacados, lo cierto es que la inacción de Filotas equivalía a una negligencia dolosa. ¿Estaba tratando de proteger a Demetrio? No hay constancia de que existiera una conexión personal entre ambos y el nombre de este último no salió a relucir en ningún momento durante el interrogatorio de Filotas, aunque sí se alegaron en su contra otras amistades (como la que le unía a Amintas, hijo de Perdicas, y a los hijos de Andrómenes). No es de descartar que sus enemigos políticos estuvieran en lo cierto y que Filotas no destapara a los conspiradores porque tenía la secreta esperanza de que su conjura triunfara.

Nada pudo sonsacársele a Dimno, quien o bien se suicidó, o bien murió resistiéndose a su arresto. El historiador Ernst Badian ve en ello la prueba de una conspiración para incriminar injustamente a Filotas y muchos han aceptado su fascinante (aunque inverosímil) dibujo de aquellos hechos: el complot de Dimno era una invención y, revelando sus detalles a Filotas, lo único que se pretendía era hacerle caer en la trampa; Filotas mordió el anzuelo como sus enemigos querían que hiciera y fue acusado por ello de cómplice de la conjura. La muerte de Dimno fue, pues, una

tapadera: «los muertos no cuentan historias».[8] Sin embargo, las objeciones que se pueden plantear a esta teoría son múltiples. ¿Cómo podía prever Alejandro que Filotas no pasaría la información?[9] ¿Y el supuesto papel de Demetrio el Guardia Personal: también él fue objeto del intento de falsa incriminación promovido por el rey? ¿Y cómo se explica entonces que Cebalino no buscara intencionadamente a Filotas, sino que se encontrara con él por pura casualidad?[10] Diez hombres inocentes, además de Filotas y Parmenión, habrían perdido así la vida —como también habrían peligrado las carreras (cuando no las vidas) de los hijos de Andrómenes— con el único propósito de eliminar a un rival político, y sin que nadie en la antigüedad tuviera el más mínimo pálpito de ello, ni siquiera cuando ya no se corría riesgo alguno diciendo la verdad.

Parece prácticamente seguro que existió una conspiración contra Alejandro y que uno de sus instigadores fue Demetrio el Guardia Personal. Ese hombre no podría haber sido ajusticiado sin una buena causa y, desde luego, ninguno de los inquilinos del campamento ni de los historiadores hizo pronunciamiento alguno en su defensa. Ni siquiera Dimno, en su calidad de miembro de los *hetairoi*, pudo haber sido tan intrascendente como muchos nos quieren hacer creer. Aun si el único delito cometido por Filotas hubiera sido el de negligencia, éste habría sido suficiente para provocar el arresto y la ejecución de un hombre de menor relevancia. Pero es más probable que sus acciones no fuesen meramente displicentes o irreflexivas, y que sus motivos fuesen hostiles. Su resentimiento con Alejandro había salido ya a relucir con anterioridad, en Egipto, después de que el rey hubiese sido reconocido como hijo de Amón. También había atribuido el éxito de Alejandro en la guerra a la destreza de Parmenión (su padre) e, incluso, a la suya propia. Aun así, el rey había perdonado sus actos y había seguido depositando su confianza en el viejo general y en su hijo. Dos años después ya no estaba tan dispuesto a excusarlos; además, recibió presiones de sus amigos más próximos y de sus oficiales de mayor confianza para someter a Filotas a juicio por traición. Alejandro estaba claramente preparado para abandonar a Filotas a sus enemigos, pero aquélla era una decisión difícil de tomar por culpa de Parmenión, que continuaba contando con una amplia base de seguidores en el ejército y estaba aún al mando de un número sustancial de fuerzas acantonadas en Ecbatana, a un lado y a

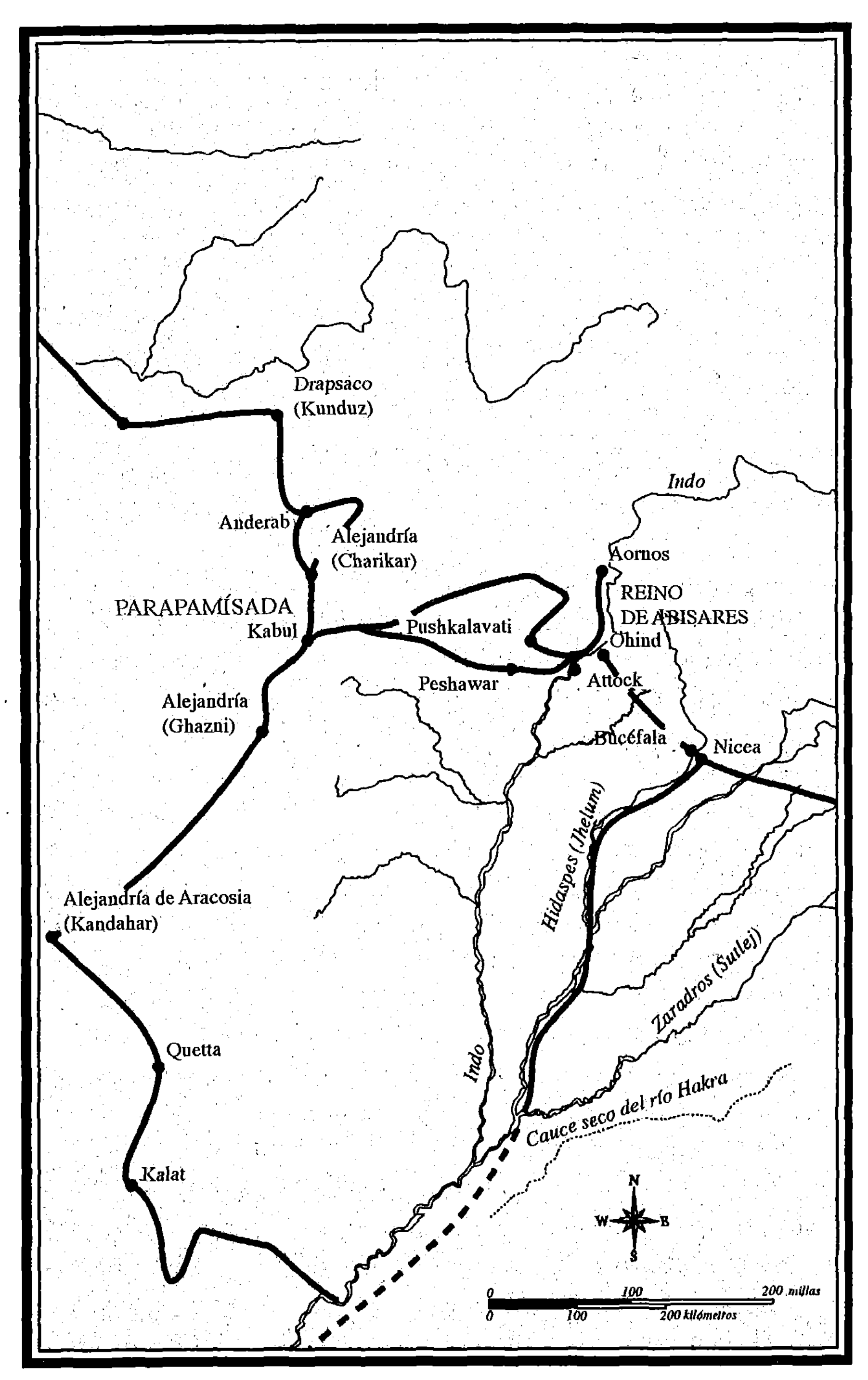
otro de las líneas de comunicación del rey. Si Filotas no podía ser perdonado, Parmenión también tendría que morir.

Condenados a muerte por las tropas macedonias reunidas en asamblea,[11] Filotas y los miembros de la conspiración de Dimno fueron ajusticiados por el ejército junto con Alejandro el Lincesta, para quien terminaban así tres años de encarcelamiento: aquel hombre destrozado ya no era capaz siquiera de articular argumentos en su propia defensa. Polidamante el Tesalio, hombre de confianza de Parmenión, fue rápidamente despachado para llevar la orden de ejecución del viejo general hasta Ecbatana. El asesinato fue encargado a Cleandro, Sitalces y Menidas. Parmenión fue abatido en el momento mismo en que leía la carta con la noticia de la ejecución de Filotas y los cargos presentados contra él mismo. Es dudoso que sus propios verdugos creyeran en la culpabilidad del general, pero cumplieron igualmente con lo que se les había ordenado.[12] Parmenión murió no por lo que había hecho, sino por lo que podría hacer.

De haber aún *hetairoi* que apoyaban a Filotas y se apiadaban de Parmenión, éstos guardaron un prudente silencio. Quienes habían participado activamente en la caída de Filotas fueron recompensados con ascensos militares (objetivo éste que, a fin de cuentas, buscaron desde un principio con aquel modo de proceder). Los soldados rasos que cometieron la insensatez de hacer públicas sus objeciones fueron integrados en una unidad disciplinaria (los *ataktoi*); la mayoría, sin embargo, tenían ya experiencia en el funcionamiento de la política macedonia y supieron resignarse y admitir que aquellos cambios eran habituales cuando se producían bajas como aquéllas. De todos modos, las condiciones del servicio militar no tardaron en volverse más gravosas para todos y la tensión de las campañas en los distantes parajes del Asia central desembocó en nuevas confrontaciones entre Alejandro y sus hombres. La euforia de los primeros años de la guerra empezaba a desvanecerse y las exigencias aumentaban sin que las recompensas crecieran en paralelo.

RESISTENCIA EN BACTRIA Y SOGDIANA

Desde Frada (conocida posteriormente como Proftasía o «Anticipación», ya que había sido allí donde se había desvelado la conspiración), Alejandro se dirigió al sur, a tierras de los ariaspas. Estas gentes vivían cerca del lago Sistán y, como habían aprovisionado al ejército de Ciro el Grande en un momento de necesidad, se habían ganado el sobrenombre de «benefactores» (*euergetai*). Según algunas fuentes, fue durante su estancia de dos meses entre los ariaspas cuando el rey se enteró de que Satibarzanes continuaba con su rebelión. Más probable, sin embargo, es la versión de Arriano, quien relata que Alejandro se había desplazado curso arriba por el valle del río Helmand, donde fundó Alejandría de Aracosia (actual Kandahar), para luego proseguir hacia el Parapamiso, en la región del Hindukush. Los griegos confundieron ese macizo con el Cáucaso, del mismo modo que creían que el río Jaxartes (el Sir Daria) era el Tanais (que hoy identificamos generalmente con el Dniéper o el Don) y lo consideraban la línea divisoria entre Europa y Asia. De ahí que Arriano se refiera a los «escitas europeos» que vivían al otro lado del Sir Daria. Tanto el Amu Daria (el Oxo) como el Sir Daria desembocan en el mar de Aral, pero los griegos desconocían la existencia de éste y pensaban que el Oxo desembocaba en el Caspio, que, a su vez, creían un golfo del Océano exterior.[13] Como se sabía que Beso estaba asolando las tierras que se extendían más allá del Hindukush (concretamente, las situadas al otro lado del paso de Shibar, por donde él esperaba que pasasen los macedonios), Alejandro avanzó en dirección noreste, más allá de Kabul, y fundó otra ciudad en las inmediaciones de las actuales Bagram y Charikar: Alejandría del Cáucaso. Allí dejó a Nilóxeno, hijo de Sátiro, como supervisor militar, y a Proexes como sátrapa de la Parapamísada. Fue más o menos por entonces, según Arriano, cuando Alejandro tuvo noticia del retorno de Satibarzanes a Aria con unos 2.000 jinetes facilitados por Beso. El rey decidió, pues, dejar atrás a Artabazo, junto a Erigio y Cárano, para que se ocuparan del rebelde, mientras él cruzaba las montañas por el paso de Jawak. Las condiciones invernales no se habían disipado aún por completo y la travesía hizo mella en sus caballos, mal preparados para resistir la dureza del Asia central. Ese paso alcanza los 3.550 metros en su punto más elevado y el ejército tardó



Mapa 8. *Bactria y las tierras del Indo.*

16 o 17 días en cruzarlo por culpa de las condiciones y de lo angosto del terreno.[14] Al final, Alejandro llegó a Drapsaco (Kunduz) y la Aornos bactriana, donde instaló una guarnición bajo el mando de Arquelao, hijo de Androcles. Cuando alcanzó por fin Bactra (Balh), Beso y su grupo habían presionado hacia el norte del río Oxo (Amu Daria), en dirección a Nautaca (la actual Shahrisabz).

Sería probablemente entonces cuando Alejandro tuvo noticias del sofocamiento de la rebelión aria y de la muerte de Satibarzanes, quien había desafiado a Erigio a un combate individual en el que perdió la vida. Los combates entre adalides, como aquellos de los que prácticamente todos los niños del mundo han oído hablar alguna vez desde la historia de David y Goliat, eran aún un elemento habitual más de las contiendas militares. Aunque no servían de sustituto de la confrontación colectiva —como bien muestran el famoso caso de los curiacios y los horacios, o el combate entre los adalides espartanos y los argivos—, constituían un importante preludio a las batallas en sí y tendían a desmoralizar al ejército del perdedor.[15] Poco más de un año después, Erigio moriría de una enfermedad. Ese hecho (unido a su larga amistad con Alejandro) podría explicar el énfasis dado por los historiadores a su *aristeia*.

Beso, en su retirada al norte del Oxo, destruyó los navíos con los que había cruzado el río a fin de impedir o, cuando menos, retrasar la travesía de Alejandro. Los macedonios tuvieron entonces que improvisar: rellenando de paja las cubiertas de cuero de sus tiendas y usando vejigas infladas, fabricaron balsas sobre las que lograron alcanzar el margen opuesto del turbulento río.[16] Los británicos del siglo XIX (en plena era del «Gran Juego») hicieron más o menos lo mismo para cruzar tanto el Oxo como otros ríos similares. Ante aquella implacable persecución, Beso ya no pudo seguir aumentando sus fuerzas y pronto comenzó a perderlas: sus propios partidarios (concretamente, la mayoría de los 7.000-8.000 bactrianos que le acompañaban) no tardaron en abandonarlo. Aun así, consiguió que se le unieran los dahos, que vivían al sur del Jaxartes (Sir Daria), y probablemente esperaba atraerse a los escitas que habitaban al otro lado del río. Pero los nobles sogdianos, envidiosos del poder de Beso,[17] lo arrestaron después de que lo abandonara su contingente bactriano. No cabe duda de que los captores esperaban obtener clemencia (cuando no una recompen-

sa) de Alejandro por sus acciones. Su aprensión y su desconfianza aumentaron, sin embargo, al tener noticia de la matanza de los bránchidas ordenada por Alejandro.

Y es que antes incluso de enterarse de que Beso había sido arrestado por sus propios subordinados, Alejandro había auspiciado un nuevo acto de terror en una ciudad que se le había rendido voluntariamente, pero que el monarca macedonio entregó a sus hombres para que la saquearan y violaran a su población; los habitantes fueron masacrados y la localidad arrasada. El ejército había sufrido serias penurias en los meses anteriores y el rey dio libertad a sus tropas para que satisficieran sus ansias y su sed de sangre. Además, pensó él, aquello enviaría a los rebeldes el mensaje de que iba muy en serio. Pero la medida, por mucho que le atrajera el favor de la soldadesca, se demostró contraproducente, ya que transmitió la señal equivocada a los dirigentes locales que estaban en aquel momento esperando obtener clemencia entregando a Beso. Espitámenes, Datafernes, Catanes y otros destacados barones locales habían arrestado a Beso y, en aquel mismo momento, se ofrecían a extraditarlo. La noticia fue del agrado de Alejandro, quien envió una fuerza, encabezada por Tolomeo, para aceptar la entrega del usurpador. Pero el daño estaba hecho: quienes habían traicionado a Beso no acudieron a un encuentro cara a cara con los macedonios, sino que lo dejaron allí para que éstos lo recogieran.

El encuentro de Alejandro con Beso es especialmente instructivo y muestra una vez más la importancia que el rey daba a los símbolos y la propaganda. Beso fue abandonado en un margen del camino, desnudo, encadenado y preso por un collar de madera,[18] conforme a las instrucciones de Alejandro. Poca atención se ha prestado al hecho de que Alejandro acudiera hasta donde se encontraba el cautivo montado en un carro,[19] lo que simbolizaba su papel de Gran Rey. Estaba así listo para juzgar al rebelde, regicida y usurpador, y Beso no podía esperar piedad alguna. Todos aquellos que se rebelaran contra la autoridad del Gran Rey (especialmente los regicidas) merecían las más severas penas de mutilación y ejecución. Los detalles exactos de la muerte de Beso son objeto de controversia. Es posible que fuera crucificado, o desmembrado atando sus extremidades a dos árboles doblados en tensión y luego liberados súbitamente, o (lo que es más probable) mutilado antes de ser enviado a Ecbatana para su ajusticia-

miento definitivo, dado que era costumbre cortar lás orejas y la nariz a los rebeldes.[20] En cualquier caso, el salvajismo de aquellos dos actos del verano del 329 causaron una honda impresión en los cabecillas de Bactria y Sogdiana.

La masacre anteriormente comentada —perpetrada, por cierto, en esta última región— merece también especial atención. Arriano ni siquiera la menciona,[21] pero Curcio afirma que los pobladores de aquella ciudad eran descendientes de los bránchidas: milesios que se habían reasentado en el imperio persa gracias a Jerjes en el 479. Su delito había sido entregar a los persas el templo de Apolo en Dídima para que éstos lo saquearan. Es dudoso que los bránchidas fuesen trasplantados a la Sogdiana y no hay mención alguna de ello en Heródoto que lo corrobore. Pero, aun así, es posible que los historiadores de Alejandro (en particular, Calístenes) conociesen alguna tradición en ese sentido. Al parecer, Calístenes podría haber intentado de nuevo dar un cariz favorable a las acciones de Alejandro relatando que las víctimas eran, en realidad, descendientes de aquellos que habían traicionado a Grecia y a sus dioses.[22] Tales motivos panhelénicos resultan difíciles de explicar en un momento como aquél y podrían haber sido simplemente una justificación oportuna de semejante exhibición de terror. De todos modos, no deja de ser interesante que, justo antes del incidente, Alejandro hubiera licenciado a parte de sus tropas alegando la edad avanzada o el mal estado de salud de dichos soldados y hubiera retenido a otros muchos que habían servido posiblemente desde el principio en los contingentes aliados.[23]

En definitiva, los temores de los bactrianos y los sogdianos se vieron confirmados y desembocaron en una prolongada guerra de guerrillas en la que los nativos confiaron en la velocidad y la eficiencia de sus jinetes (y de sus aliados escitas) y en la protección que les conferían sus fortalezas de montaña. Alejandro había perdido el control sobre la guerra propagandística, no había conseguido ganarse la confianza de las élites dirigentes y había acabado enfrentado a un enemigo que luchaba conforme a sus propias reglas y golpeaba a los macedonios donde más débiles eran éstos. Compararlos con terroristas o con los talibanes, como hacen algunos hoy en día, es desmerecerlos. Su lucha no estaba motivada por un fanatismo religioso y tampoco formaban parte de un movimiento más amplio dedica-

do a la destrucción del poder macedonio desde su raíz misma. Ni siquiera podría argumentarse que su objetivo fuera salvar el imperio aqueménida. Luchaban por miedo, por la conservación de sus familias y su modo de vida, que, según creían, los macedonios habían venido a destruir. Tampoco se ponía fin a aquella resistencia capturando a sus cabecillas: enseguida había nuevos líderes dispuestos a tomar el relevo; quienes caían muertos o prisioneros eran mártires, no unos fracasados. El miedo a la aniquilación o a la esclavización los había convertido en una clase de enemigo con el que Alejandro no había dado hasta aquel momento: el que está desesperado y dotado de un propósito colectivo.[24] Podía ser debilitado por medios militares, pero nunca conquistado. Las represalias y la intimidación violentas (o, lo que es lo mismo, el uso reiterado del terror) no eran la respuesta: Oriente se resistía desde hacía mucho tiempo a la imposición de la libertad occidental. Ésa fue una lección que Napoleón —gran admirador, por otra parte, del conquistador macedonio— tardó mucho en aprender tras aplicar principios similares en su conquista de Egipto. Y es un hecho que los estrategas militares y los dirigentes de Occidente aún no han asumido. Alejandro se dio cuenta pronto de que tendría que encontrar una solución política.

Resuelta ya la cuestión de Beso, Alejandro hizo acopio de un gran número de caballos en la Sogdiana para reemplazar a las monturas de su caballería que habían perecido en la travesía del Hindukush.[25] Luego, tras desplazarse en dirección al sureste hasta llegar a Maracanda (donde emplazó una guarnición), avanzó de nuevo hacia el río Jaxartes (Sir Daria). Allí había una cadena de asentamientos —de los que al menos uno había sido fundado por Ciro el Grande en el 530— que delimitaba las líneas fronterizas de la satrapía. Parece que el rey macedonio ya había instalado en ellos varias guarniciones antes de concebir la idea de establecer un puesto de avanzada en el margen del río, dado que Arriano (4.1.4) escribió que «los bárbaros de la orilla del río tomaron por sorpresa y dieron muerte a los soldados macedonios de la guarnición de algunas de sus ciudades». Alejandría Escate fue así fundada con la intención de que constituyera tanto una defensa frente a los bárbaros que vivían al norte del río como una base para un posible ataque sobre los escitas. Algunos estudiosos han visto en esos objetivos un intento de trastocar y deteriorar las pautas de la vida económica de la región y una amenaza para los escitas, pero parece

que hubo otras razones para el levantamiento que se produjo a continuación. El miedo y la desconfianza hacia Alejandro fueron sin duda factores importantes, sobre todo tras la masacre previa en la Sogdiana. Puede que algunos reaccionaran simplemente ante la perspectiva de ser desplazados de sus hogares y reasentados en la nueva metrópoli de Alejandro. Los siete asentamientos de avanzada que se rebelaron fueron atacados de inmediato por el rey macedonio, quien confió las labores de asedio a varios generales. La resistencia fue encarnizada, pero ni las defensas ni los defensores estaban a la altura del rival al que se enfrentaban. Aun así, tanto Alejandro como Crátero cayeron heridos en aquellas escaramuzas. Después de que aquellas plazas fortificadas hubieron sucumbido finalmente, el rey decidió hacer una demostración de fuerza militar contra los escitas que vivían al norte del río y, para ello, fundó una ciudad fortificada más grande. Ésta sería la que se conocería con el nombre de Alejandría Escate (Alejandría «Última», en las cercanías de la posterior Kokand).

El ataque de Alejandro contra la margen opuesta del Jaxartes evoca diversos elementos de su ofensiva contra los getas del Danubio en el 335. Nunca hubo intención alguna de conquista. La campaña era estrictamente preventiva: una demostración de fuerza macedonia pensada para convencer a los escitas de que reconocieran las fronteras de la provincia. La travesía del río a bordo de balsas construidas con cuero y vejigas —lo suficientemente grandes como para transportar caballos hasta la otra orilla— fue ciertamente audaz, sobre todo por la exposición a los proyectiles enemigos que comportó. Pero los intentos de dominio y encauzamiento de las energías de un conjunto de fuerzas móviles y de todo un pueblo nómada por parte de los escitas se revelaron inútiles. Bastó con que los macedonios demostraran que, cuando se lo proponían, contaban con la capacidad necesaria para combatir con éxito a un enemigo tan esquivo. Pese a lo que algunos académicos afirman sobre los puestos fronterizos instalados por Alejandro (que describen como amenazas para las pautas normales de la vida económica de la región), es difícil que ésa fuera la intención con la que los estableció. En aquel momento, el rey deseaba impedir nuevas incursiones militares y, hasta cierto punto, lo consiguió: Alejandría Escate servía de refugio en caso de invasión, pero jamás constituyó realmente una barrera para los movimientos de un lado a otro del Jaxartes.

Algunos escitas —los maságetas y los dahos— continuaron apoyando a Espitámenes, quien, en ausencia de Alejandro, atacó Maracanda. Se envió entonces hacia allí una fuerza de refresco al mando de Andrómaco, Cárano y Menedemo, junto a un guía licio llamado Farnuces.[26] Su misión se malogró, sin embargo, por culpa de la incompetencia, ya que, al parecer, no había una cadena de mando clara. Víctimas de una emboscada junto al río Politimeto, los macedonios fueron pasados por las armas de las fuerzas de Espitámenes, mucho más familiarizadas con el terreno.[27] Se cuenta que la principal cualificación de Farnuces era su destreza lingüística, pero se hace difícil imaginar que Alejandro hubiese subordinado a todos aquellos oficiales macedonios al mando de un bárbaro con limitada experiencia militar. Puede, sin embargo, que estemos hablando del padre de Bagoas (el único trierarca persa del que se tiene constancia en la flota del Hidaspes) y, en ese caso, Farnuces habría sido un hombre de elevada posición en el séquito de Alejandro. El suyo era un nombre claramente persa: tal vez desertara en su momento y se uniera a Alejandro en el 334-333, cuando el ejército macedonio se aseguró el control de Asia Menor.[28] En cualquier caso, es tentador considerarlo el padre del famoso eunuco (y trierarca, de ser cierta la hipótesis aquí apuntada). Farnuces debería así su posición a la influencia de su hijo, y la versión que lo responsabiliza del desastre del Politimeto reflejaría cierta desaprobación del papel de Bagoas en la corte. Toda esta interpretación nos obligaría a aceptar algo obvio en otras sociedades imperiales: que los eunucos eran algo más que guardianes del harén y viles intrigantes. De hecho, no hay nada que nos indique que este Bagoas no ejerciera un poder político similar al que un homónimo suyo había ejercido en la corte persa unos años antes.

Alejandro conoció la noticia del desastre del Politimeto cuando se hallaba a la altura del río Jaxartes. Se apresuró entonces hacia el sur con parte del ejército y dejó el resto a cargo de Crátero para que prosiguiera ruta a un paso más lento. Más tarde, cuando volvieron a reunirse las dos secciones, Alejandro reanudó las operaciones militares de represalia contra la población rebelde. Tras dejar una guarnición de 3.000 hombres a cargo del *phrourarchos* Peucolao (posiblemente en Maracanda), dirigió su ejército hacia el sur del Oxo y hasta Bactra para pasar el invierno (329-328).

ESPITÁMENES

Después de la captura de Beso, Alejandro convocó a los barones locales y los líderes regionales (*hyparchoi*) para un encuentro en Bactra con la esperanza de llevar la paz a la zona. Era evidente que buscaba el reconocimiento de su autoridad como sucesor legítimo de Darío III. Pero la conferencia nunca llegó a materializarse: los sogdianos y los bactrianos fueron convencidos por sus propios líderes políticos de que, si negociaban con el conquistador, tenían todas las de perder.[29] El más poderoso de dichos líderes era Espitámenes, quien seguramente era un persa que, al igual que Beso, tenía lazos con la casa real aqueménida. Aunque fue el máximo responsable de la extradición del usurpador, no llegó a un acuerdo con Alejandro en aquel momento. No es descabellado suponer que había codiciado alcanzar el poder supremo desde el arresto de Darío en el 330. Pero, por otra parte, las tácticas brutales del rey macedonio contra los rebeldes no habían contribuido en absoluto a que Alejandro se hiciera más querido entre los nativos rebelados, que se sumaron a los nómadas dahos y maságetas y dieron su apoyo a Espitámenes. La destrucción de la fuerza de refresco en el Politimeto debió de aumentar el prestigio del persa y el número de sus seguidores.

Los rebeldes invernaron entre los maságetas y, en espera del regreso de Alejandro a la Sogdiana, lanzaron incursiones contra Bactria, donde emplearon tácticas similares a las que ya habían probado con éxito en Maracanda el año anterior. Tras atraer al comandante de la guarnición, Atinas, a una emboscada, lo aplastaron junto a su fuerza de 3.000 hombres. En la propia Bactra, donde Alejandro había dejado una pequeña fuerza (en la que se incluían algunos Compañeros enfermos y pajes reales), causaron bajas en la fuerza que salió a su encuentro y apresaron a su líder, Pitón, hijo de Sosicles. Cuando supo de aquellos éxitos rebeldes, Alejandro envió a Crátero contra Espitámenes, quien, junto a los maságetas, tuvo que huir hasta el desierto perseguido por el general macedonio.

Al iniciarse la temporada de campañas del 328, Alejandro, junto a los refuerzos que le habían llegado durante el invierno,[30] retomó el camino del norte y sitió la llamada Roca Sogdiana, donde se había refugiado

Ariamaces junto a una nutrida banda de seguidores. Alejandro intentó al principio negociar la rendición del enemigo y, para ello, envió en su nombre a Cofes, hijo de Artabazo (a quien el rey macedonio había nombrado sátrapa titular de Bactria-Sogdiana). Ariamaces, confiado en la protección que le procuraba su fortaleza de montaña, declaró que él se sometería a los macedonios cuando éstos le enseñaran «hombres con alas». Aquél era un reto que Alejandro no podía dejar pasar por alto, así que envió a varios hombres con cuerdas y clavijas para que escalaran los riscos hasta alcanzar una posición más elevada que la de Ariamaces y ordenó a Cofes que, cuando se presentara ante el rebelde, le señalara los «hombres alados» que le habían superado en habilidad. Ariamaces accedió a una rendición incondicional, pero el rey no mostró piedad alguna con él; la creciente frustración de Alejandro lo impulsó a realizar una nueva demostración de violencia: Ariamaces y sus seguidores fueron azotados y crucificados, y la mayoría de cautivos fueron vendidos como esclavos.[31]

La toma de la roca fue seguida de una campaña de barrido para la que Alejandro dividió sus fuerzas en cinco contingentes con la esperanza de eliminar toda bolsa de resistencia. Estas unidades se reunieron de nuevo en Maracanda, donde compareció ante Alejandro el rey de los corasmios, Farásmenes, así como una delegación de los escitas que habitaban las tierras al norte del Jaxartes. Fue por entonces cuando le ofrecieron una novia escita, oferta que el rey macedonio declinó. Por emplear las palabras de un especialista en el tema, «las princesas escitas eran afamadas por su virtud, pero, dentro de la simpleza pastoril en la que vivían, comían mantequilla rancia, desecaban carne de caballo y no eran muy aficionadas a la higiene personal».[32] Por deliciosa que nos pueda parecer esta imagen, lo cierto es que los macedonios no eran particularmente escrupulosos sobre esos aspectos a la hora de juzgar a sus potenciales candidatas al matrimonio, por lo que las razones de Alejandro para rechazar la oferta fueron, sin duda, políticas.[33] Aun así, es probable que, desde aquel momento, Alejandro comenzase a meditar seriamente la posibilidad de un matrimonio como solución política a la situación en el Asia central.

EL INCIDENTE DE CLITO

En el verano del 328, el desgaste de aquella campaña aparentemente interminable en la Sogdiana se dejaba sentir con especial intensidad. Fue entonces cuando, en un festín a modo de bacanal celebrado en Maracanda, Alejandro dio muerte a Clito, el hombre que le había salvado la vida en el río Gránico. Los catalizadores inmediatos de la tragedia son evidentes —alcohol, fatiga causada por el combate, conflicto de personalidades—, pero también entraron en juego problemas de mayor alcance y un malestar largo tiempo reprimido. Desde la muerte de Darío III, Alejandro se había presentado abiertamente a sí mismo como el legítimo sucesor del Gran Rey. Había adoptado el atuendo persa —prescindiendo únicamente de aquellos elementos que más ofendían a sus macedonios, como la tiara cónica y los pantalones— y otros símbolos de aquella casa imperial. Había organizado espléndidos funerales en honor de Darío y su esposa Estatira, y había castigado con una brutal mutilación al usurpador Beso. Arriano comenta que a Clito le molestaban tanto los orientalismos de Alejandro como la adulación de la que era objeto por parte de sus cortesanos, que exageraban sus logros e ignoraban las aportaciones del resto de macedonios. Fue precisamente este último tema el que encendió a Clito. Aquel desgraciado incidente fue un choque de generaciones e ideologías. Ponía Clito más reparos a la elevación de la figura de Alejandro a un estatus heroico —casi divino— que a su orientalismo. El rey había dejado de ser un *primus inter pares* y había empezado no sólo a interpretar el papel de gobernante absoluto, sino también a aceptar todo el mérito por el éxito del ejército macedonio (como si no merecieran reconocimiento los esfuerzos de Filipo, Parmenión o el propio Clito). La vanidad del rey abría heridas, pero las lisonjas de sus aduladores, animadas por el propio Alejandro, se hacían insoportables.

A esto podría añadirse el rumor —sobre cuya verosimilitud no tenemos motivos de duda— de que Alejandro tenía pensado dejar a Clito a cargo de la satrapía de Bactria y Sogdiana, reemplazando al sátrapa aún vigente por entonces, Artabazo, quien había pedido el relevo por su avanzada edad. Desde el punto de vista estratégico, aquélla era una de las áreas más importantes de todo el imperio, pero para Clito, aquel nombramiento equivalía a quedar abandonado en la más recóndita periferia de los nuevos

dominios de Alejandro. Tan sólo dos años antes había sido ascendido a comandante de la mitad de la caballería de los Compañeros. Su elección en aquella ocasión anterior, sin embargo, había obedecido probablemente a una especie de concesión destinada a compensar el nombramiento de Hefestión como hiparco (un evidente caso de nepotismo que no engañó a nadie). En el 328, el propio Alejandro reconoció no haber empleado un criterio acertado en su momento y decidió instaurar reformas en la caballería. Convirtiendo a Hefestión en comandante de la que, a partir de aquel momento, pasaría a conocerse como «Primera Hiparquía», el rey pudo degradar a su favorito sin ocasionarle un deshonor. En el caso de Clito, resultaba más sencillo buscarle un cargo administrativo. Tampoco en esta ocasión pudo nadie llamarse a engaño, si bien es muy posible que Hefestión —que probablemente era consciente de sus propias limitaciones— se contentase mucho más fácilmente con su nuevo título (que disimulaba mejor su incompetencia) que Clito con su inminente destino.

Así pues, aunque las políticas orientalizantes del rey constituían una fuente de tensión, no supusieron la principal causa del desagrado de Clito. Deberíamos recordar que Alejandro no había tomado aún como esposa a la sogdiana Roxana, ni había intentado introducir el protocolo característico de la corte persa y conocido como *proskinesis*. Esto aún estaba por venir. Por tanto, es justo afirmar que la discusión en la que se enzarzaron ambos hombres en aquel momento tuvo que ver más con sus mutuos agravios personales y con la desaprobación con la que Clito veía la creciente arrogancia y la conducta autocrática de Alejandro. Las medidas emprendidas contra Filotas, Parmenión y Alejandro el Lincesta tal vez fueran aceptables si eran en aras del bien general del ejército y de la campaña, pero no si servían para la magnificación personal de un rey que prestaba mayor atención a sus cortesanos y aduladores que a sus *hetairoi* macedonios.

La «gota que colmó el vaso» tal vez fuera el poema recitado en el banquete por un poeta griego de nombre Pierion (o Pranico), cuyos versos, según Clito, habían hecho escarnio de una derrota macedonia en presencia de los bárbaros. En realidad, fue una cuestión de tono e interpretación. Aunque muchos historiadores creen que el poema relataba la derrota de Andrómaco, Cárano y Menedemo en el río Politimeto frente a Espitáme-

nes, eso es harto improbable. Más verosimilitud tiene la brillante deducción hecha por Frank Holt, para quien el tema del poema fue el heroísmo del arpista Aristónico, a quien se había dejado al cargo de una pequeña guarnición, junto con los soldados enfermos y una banda de pajes reales (*paides basilikoi*) en Bactra.[34] Pese a no tener formación como guerrero, Aristónico se batió valerosamente contra los bárbaros y murió de forma heroica. Posteriormente, sería incluso honrado en Delfos con una estatua, en la que figuraba con una lanza en una mano y un arpa en la otra. Aquella resistencia final de Aristónico debió de ser el tema de la canción del poeta y las objeciones de Clito no harían más que mostrar lo susceptibles que se habían vuelto los macedonios conservadores: amenazados por el cambio y muy sensibles en lo tocante a su propio honor.

A pesar de las connotaciones políticas del episodio de Clito (que, ciertamente, tuvo muchas), el choque entre Alejandro y su general de caballería fue una clásica muestra de lo que hoy denominamos trastorno por estrés postraumático (TEPT), como bien ha apuntado el historiador Lawrence Tritle.[35] Tanto Clito como Alejandro evidenciaron los síntomas típicos del estrés inducido por una prolongada experiencia de combate, la insensibilización ante la violencia y el consumo crónico de alcohol. Estos factores, agravados por las nociones antiguas del honor, contribuyeron con casi toda seguridad a la tragedia. En el calor de la discusión (un conflicto de egos masculinos, de afrenta respondiendo a afrenta y de pronunciamiento de opiniones que nunca debieron haberse dicho en público), Alejandro mató a Clito presa de un ataque de ira. Importa poco si fue en el propio banquete o cuando Clito regresaba allí tras haberse ido inicialmente, o si pudo estar justificado por las incesantes provocaciones de la víctima. El estrés de la campaña era considerable, pero aún mayor era la carga inherente al ejercicio del mando.

Tampoco deberíamos tratar la conducta de Alejandro en Maracanda como algo insólito en los anales de la historia. Podemos encontrar escenas similares no sólo en el ejemplo (afortunadamente menos trágico) del comportamiento de Filipo II durante su noche de bodas, sino también en otras sociedades donde el elevado consumo de alcohol y el machismo forman una mezcla funesta. En un relato de un banquete organizado por el zar y escrito por un extranjero, se recoge un enfrentamiento entre Pedro el

Grande y su comandante militar Alexis Shein. Pedro había abandonado el salón tras una acalorada disputa:

> Cuando regresó poco después, su rabia se había acrecentado hasta tal punto que desenvainó su espada y, delante mismo del general en jefe, golpeó con ella la mesa y le espetó la siguiente amenaza: «Así mismo pondré yo fin a su mando, de un sablazo». Encolerizado por el sentimiento de una indignación que él creía justificada, se aproximó al príncipe Romadanovski y a Mikitin Moseivich. Tuvo entonces la sensación de que éstos trataban de excusar al general y le invadió tal rabia cegadora que, dando reiteradas estocadas al aire y sin dirección aparente, indujo en todos los invitados un estado de verdadero pánico. Romadanovski recibió una leve herida en un dedo y otro corte en la cabeza, y, al retirar su propia espada, hirió en la mano a Mikitin Moseivich.
>
> Dirigió después una estocada mucho más mortífera contra el general en jefe, a quien sin duda habría dejado malherido y ensangrentado en el suelo si el general Lefort (probablemente, la única persona que podía atreverse a ello) no hubiera sujetado la mano del monarca y no hubiera tirado de ella hacia atrás, lo que evitó que provocara alguna herida. Sin embargo, irritado por que alguien le hubiera impedido dar rienda suelta a su «justa» ira, el zar se volvió y asestó a aquel inesperado entrometido un fuerte golpe en la espalda.[36]

Pese a todo, aquella intervención impidió que Pedro asesinara a Shein como Alejandro había asesinado a Clito.

La corte de Alejandro no se había rebajado a la bufonería de los «vividores inimitables» de Marco Antonio.[37] Pero el caos que se apoderaba de las fiestas y los banquetes de Pedro el Grande acababa por diluir las fronteras entre rey y súbditos. Como bien señaló Robert K. Massie, estos últimos «olvidaban quién era realmente aquel hombre alto con quien tan encendidamente discutían».[38] En el caso de Pedro, llegaban incluso a desdibujarse los límites formales entre zar y súbdito (al menos, temporalmente); en la corte de Alejandro, la franqueza de los *hetairoi* casaba mal con la naturaleza cambiante y el distanciamiento creciente del rey macedonio. De ahí que Curcio Rufo pusiera en boca de Alejandro las siguientes palabras: «Yo toleré sus comentarios mordaces, sus insultos hacia vosotros y hacia mi persona, más de lo que él los habría tolerado si hubieran venido de mí. La clemencia de los reyes y los dirigentes depende no sólo de su

propio carácter, sino también del de sus súbditos. La obediencia dulcifica la autoridad; pero cuando el respeto abandona la mente de los hombres y mezclamos lo más elevado y lo más vil sin distinción, acaba siendo precisa la fuerza para repeler la fuerza».[39] Ningún rey macedonio había contemplado su relación con los *hetairoi* desde esa perspectiva antes de la conquista de Asia.

LA POLÍTICA ENTENDIDA COMO UNA PROLONGACIÓN DE LA GUERRA POR OTROS MEDIOS

Hacia el otoño del 328, era ya evidente que Alejandro se estaba adentrando en territorio de la Transoxiana, pero la paz final continuaba siéndole esquiva, ya que Espitámenes, apoyado por los maságetas, libraba contra él una verdadera guerra de guerrillas. En lugar de Artabazo, el rey instaló como sátrapa a Amintas, hijo de Nicolao, y lo dejó en Maracanda junto a Ceno y las fuerzas a cargo de éste. Hefestión fue enviado al otro lado del Oxo a recabar provisiones y los cuarteles de invierno se establecieron en Nautaca. El propio Alejandro lideró una expedición de castigo a Jenipa, donde forzó la huida de unos 2.500 rebeldes que allí se habían refugiado.[40] Para entonces, Alejandro ya se había dado cuenta de que el terror (del estilo del que había empleado contra los bránchidas, los puestos de avanzada del Jaxartes o Ariamaces) resultaba ineficaz,[41] así que perdonó a la población de aquella localidad. Su clemencia no tardó en reportarle dividendos.[42] Sisimetres, que gobernaba la región situada en torno a Nautaca, se había retirado con las familias de los más destacados nobles a una fortaleza cercana y se preparaba para resistir un asedio. Sin embargo, Alejandro logró negociar su rendición con la intermediación de Oxiartes.[43] Entretanto, Espitámenes, presionado al límite por los contingentes de Crátero y Ceno, huyó con los maságetas adentrándose en el desierto para ser pronto traicionado por sus aliados, quienes enviaron su cabeza a sus perseguidores macedonios. Al igual que quienes habían traicionado a Darío en el 330 y a Beso al año siguiente, los antiguos camaradas de Espitámenes esperaban ganarse así, al menos, un respiro entre tanta guerra, cuando no una paz verdadera.

En la región de Gazaba, Alejandro aceptó la rendición de Corienes, quien organizó un festín en honor del rey cuando éste regresó de una expedición de castigo contra los escitas. Entre las muchachas que bailaron en aquel banquete se encontraban las hijas de destacados nobles locales, entre ellas Roxana (nombre que significa «Pequeña Estrella»), hija de Oxiartes. Cuentan que Alejandro se entusiasmó con ella y pidió al padre la mano de su hija en matrimonio. Es posible que fuera tan hermosa como aducen las fuentes antiguas, pero al lector no dejará de sorprenderle como algo más que una mera coincidencia el hecho de que el mismo hombre que anteriormente se había rendido a Alejandro y había convencido a Sisimetres para que alcanzara un acuerdo con los macedonios acabara siendo el padre de la muchacha de la que Alejandro se había encaprichado. Los matrimonios políticos son justamente eso: uniones acordadas para obtener un beneficio político. Y si el novio (o, en ocasiones, la novia) está encantado con su prometida (o prometido), no cabría considerarlo más que como una ventaja adicional.[44]

Lo que cuenta Arriano (que ella había sido hecha prisionera en la Roca Sogdiana, defendida por Ariamaces) es improbable por varios motivos. En primer lugar, Ariamaces acabó crucificado y quienes se habían refugiado con él fueron vendidos como esclavos. En segundo lugar, la toma de esa fortaleza se produjo con anterioridad al episodio de Clito y no deja de ser significativo que, en sus críticas a Alejandro, aquél no mencionara ni una sola vez el matrimonio de su rey con Roxana. De hecho, Curcio comenta que, recordando la suerte corrida por Clito, incluso aquellos que se sentían inclinados a desaprobar el matrimonio de Alejandro con Roxana tuvieron miedo que decir lo que pensaban.[45] Por último, no hay ninguna vinculación estrecha entre la Roca Sogdiana y Oxiartes, si bien sí que existió relación entre este último y Sisimetres y Corienes (quienes, en realidad, podrían haber sido la misma persona).[46]

ORIENTALISMO Y CONFRONTACIÓN

Hacia el final del invierno del 328-327, aconteció uno de los episodios más controvertidos en la carrera de Alejandro.[47] El rey tenía cada vez mayor

constancia de que sus políticas orientalizantes se estaban demostrando decisivas en sus tratos con los bárbaros. La confirmación en sus puestos de las autoridades locales ya existentes, el respeto mostrado hacia sus prácticas y los matrimonios mixtos habían comenzado a dar sus frutos. La decisión de experimentar con el protocolo de la corte persa conocido como *proskinesis* formaba parte de esa misma política. Pero el ceremonial cortesano se estaba convirtiendo rápidamente en un tema de fuerte potencial divisivo. Para el bárbaro resultaba inconcebible aproximarse a su rey sin el debido gesto de obediencia; los macedonios se burlaban de aquella práctica tachándola de servil y degradante, pero su mofa indisimulada (como la que Leónato hizo de un anciano persa) era una afrenta tanto para el súbdito como para el monarca.[48] Al mismo tiempo, como era lógico, la manera macedonia de interactuar con Alejandro distaba mucho de lo que los persas consideraban como mínimo indispensable para la dignidad de un gobernante.

Para los persas, la *proskinesis* era un sencillo gesto de respeto que reflejaba las jerarquías sociopolíticas existentes. Heródoto señalaba al respecto:

> Por el modo en que se saludan cuando se encuentran uno a otro por la calle, podemos saber si son de rango similar o no, ya que, cuando lo son, en lugar de hablarse, se dan un beso en los labios. Pero si uno es algo inferior al otro, se besan en las mejillas. Y si uno es de un origen familiar considerablemente más bajo, se postra ante el otro y le rinde pleitesía.[49]

En su forma más ceremonial, la *proskinesis* subrayaba la relación entre gobernante y gobernado. Pero incluso en ese caso, estaba claro que la humillación física ante el rey estaba restringida a personas de posición social muy baja. De hecho, según los comentarios antiguos, el gesto de respeto de las autoridades persas de la corte para con su monarca consistía únicamente en enviarle un beso al aire haciendo una ligera inclinación de cabeza. En cualquier caso, son numerosas las anécdotas que ponen de manifiesto lo reacios que eran los embajadores o los exiliados griegos a rendirle *proskinesis* al monarca,[50] lo que recuerda bastante al rechazo expresado muchos siglos después por los europeos occidentales al gesto de inclinarse hasta tocar el suelo con la frente en señal de respeto ante el emperador chino (*kou-tou*). El argumento de unos y otros era que tal comportamiento no

sólo era impropio de hombres libres, sino que únicamente los dioses eran dignos de semejante veneración. Los griegos sabían sobradamente bien, sin embargo, que el Gran Rey no se tenía a sí mismo por divinidad alguna (algo oportunamente olvidado por numerosos autores, antiguos y modernos). Por consiguiente, es sin duda un error considerar el experimento de Alejandro con la *proskinesis* como un preludio a un inminente culto al líder. Se trató, más bien, de un intento infructuoso de fundir las prácticas cortesanas macedonias y persas.

Pero los macedonios estaban escandalizados. Los pensadores más progresistas (que eran probablemente poco numerosos) aceptaban la necesidad de una dualidad en la interacción del rey con griegos y macedonios, por un lado, y con los bárbaros, por el otro, pero siempre que esos dos papeles se mantuvieran separados. La aplicación de un ceremonial mixto (usado por igual con conquistadores y conquistados) era ya harina de otro costal. La ascensión de varios funcionarios persas a cargos políticos y militares relevantes, la imagen del rey macedonio ataviado con el atuendo persa, y (lo que era más grave, al menos, hasta entonces) la posibilidad de que el heredero al trono fuese de sangre mestiza eran elementos vistos como una traición y una degradación del estatus de los conquistadores. Pero lo que para ellos resultaba del todo intolerable era rendir pleitesía al uso persa al hombre que había sido tradicionalmente su *primus inter pares* (por mucho que la respuesta que diera Alejandro a las quejas de Clito hubiese proclamado *de facto* la suspensión de esa tradicional posición del gobernante macedonio). Los intelectuales griegos clasificaban desde hacía tiempo a los súbditos del Gran Rey como «esclavos» (*douloi*) de éste, y ése era un nivel al que los macedonios se negaban a rebajarse. Peor aún, despreciaban a los aduladores del rey, que legitimaban todo aquel proceso ensalzando la figura de Alejandro como la de alguien que había sobrepasado los logros de los héroes para rivalizar con las excelencias de los dioses. No sería de extrañar que el rey recibiera de buen grado aquellas comparaciones —cuesta imaginar que un joven deslumbrado por su propio éxito no lo hubiera hecho—, pero eso no significa que las palabras de aquellos panegiristas tuvieran alguna influencia real en los motivos de Alejandro para experimentar con la *proskinesis*.

Sostener que los macedonios rechazaban la *proskinesis* porque ésta co-

locaba a Alejandro en la posición de un dios supone dar demasiada importancia a la incomprensión que dicha práctica cosechaba entre los griegos. Cuando, tiempo después, se acusó a Hermolao de conspirar contra el rey, el acusado enumeró abundantes agravios, el primero de los cuales era que Alejandro había «comenzado a actuar no como un rey ante súbditos que eran hombres libres de nacimiento, sino como un amo con sus esclavos»,[51] en una evidente alusión a la supuesta condición de esclavos (*douloi*) de los súbditos del rey persa. A continuación, Hermolao criticaba a Alejandro por adoptar el modo de vestir bárbaro y por intentar introducir prácticas típicas de la corte persa. Sólo al final comentó: «Querías que los macedonios se arrodillaran ante ti y te adoraran como a un dios».[52] Curcio nos desvela así la lógica del pensamiento de los macedonios: un gobernante persa trata a sus súbditos como esclavos y exige que se postren ante él, pero sólo los dioses son merecedores de tal dignidad. El mismo historiador expresa con igual elocuencia la interpretación que tenía el propio Alejandro de aquellos hechos al poner en boca del rey un discurso que responde a Hermolao punto por punto. Concretamente, a propósito de la adopción del ceremonial persa, comenta:

> Pero Hermolao afirma que yo estoy imponiendo hábitos persas a los macedonios. Cierto, porque veo en muchas razas elementos que no debería sonrojarnos imitar y el único modo de gobernar satisfactoriamente este gran imperio es trasmitiendo algunas de nuestras cosas a los nativos y aprendiendo otras nosotros de ellos.[53]

Cuando aborda la cuestión de su reconocimiento como hijo de Júpiter (o sea, Amón), Alejandro no lo relaciona en modo alguno con la *proskinesis*, sino que señala que:

> Júpiter me otorgó el título de hijo suyo; aceptarlo *no nos ha desfavorecido en absoluto en las operaciones que hemos emprendido*. ¡Ojalá los indios me creyeran también un dios! Y es que la reputación condiciona el éxito militar y no es extraño que *una falsa creencia* haya conseguido tanto como la verdad [la cursiva es mía].[54]

Podría decirse que la de Curcio es una invención retórica premeditada. Pero, entonces, si Alejandro aparece de todos modos como el malo de este episodio,[55] ¿por qué opta el historiador romano por hacer que el rey macedonio describa su «divinidad» como una herramienta política, tan útil si es cierta como si es falsa? Por otra parte, Curcio tampoco es un testigo infalible, puesto que incurre también en contradicciones: en un pasaje previo, en el que relata la introducción de la *proskinesis*, afirma explícitamente que Alejandro deseaba que, a partir de aquel momento, fuese adorado como un dios:

> Alejandro creyó entonces que había llegado la hora de poner en práctica la depravada idea que llevaba concibiendo desde hacía algún tiempo y empezó a considerar cómo reservarse honores divinos para sí. Deseaba no sólo que se le llamara hijo de Júpiter, sino que se le creyera tal, como si le fuera posible tener tanto control sobre las mentes de los hombres como sobre sus lenguas, y dio órdenes a los macedonios para que siguieran la costumbre persa de rendirle pleitesía postrándose en el suelo.[56]

Pero ésa no es la única ocasión en la que Curcio se contradice a sí mismo: de hecho, son numerosos los casos en los que el historiador toma íntegramente la información de su fuente primaria (Clitarco) y le añade luego otros datos contradictorios (aunque, a menudo, sea a modo de rectificación) extraídos de otros autores. Esta otra información suele proceder de Tolomeo, quien seguramente entendió como nadie la utilidad de la imagen y la propaganda.[57]

El escenario específico en el que se llevó a cabo el experimento de la *proskinesis* fue una bacanal celebrada en Bactra y de acceso aparentemente restringido a un grupo escogido de *hetairoi* y de miembros del séquito del rey. Éstos habían recibido instrucciones del chambelán e historiador de Alejandro, Cares de Mitilene (quien se cree que organizó la ceremonia, quizás en colaboración con Hefestión), para que hicieran un brindis, efectuaran un gesto de *proskinesis* y recibieran un beso del monarca. Es harto improbable que la forma de *proskinesis* elegida consistiera en algo más que una ligera inclinación de cabeza; si no, sería difícil imaginar cómo se le podría haber pasado por alto a Alejandro que Calístenes se negara a efec-

tuarla. La descripción que Plutarco hace de la ceremonia resulta especialmente instructiva:

> Cares de Mitilene explica que, en un banquete, Alejandro, tras haber bebido, pasó la copa a uno de sus amigos, y éste, al recibirla, la alzó en dirección al altar doméstico. Cuando hubo bebido, hizo un gesto de pleitesía (*proskinesis*) a Alejandro y, luego, lo besó y volvió a ocupar su lugar en el sofá. Todos los invitados fueron repitiendo aquel ritual por turnos, pero Calístenes tomó la copa en un momento en que el rey no le estaba prestando atención porque conversaba con Hefestión, y, tras haber bebido de ella, se dirigió hacia el rey para besarlo. Pero entonces Demetrio (apellidado Feidón) exclamó: «¡Oh, majestad! No aceptéis su beso, pues él ha sido el único que no os ha rendido pleitesía».[58]

Cuenta también esta historia Arriano, pero la diferencia más significativa que se aprecia en la versión de Plutarco es la presencia del altar. Puede que el rey permitiera a quienes recelaban de aquel acto salvaguardar sus conciencias asegurándoles que el gesto iba dirigido hacia el ara en lugar del trono. Así, según todas las apariencias (y, en particular, de cara a los súbditos persas), los macedonios habrían cumplido con sus obligaciones para con el rey.[59]

CALÍSTENES Y LA CONSPIRACIÓN DE HERMOLAO

La verdadera medida de la insatisfacción macedonia pudo apreciarse en los sucesos que siguieron: la conjura de los pajes y el juicio al que éstos fueron sometidos. Había sido costumbre en la corte macedonia desde los tiempos de Filipo (si no antes) que los hijos de los aristócratas se criasen en el palacio real. Allí se educaban en compañía de los hijos del rey, aprendían a montar a caballo y acompañaban al monarca en las cacerías. Se entrenaban así en las artes militares y en las costumbres cortesanas. Puede que tal práctica tuviera su origen el Próximo Oriente: no cabe duda de que los hijos de la nobleza persa eran educados conforme a ese patrón, como bien sabemos por Jenofonte.[60] La costumbre pervivió en los reinos helenís-

ticos y fue también adoptada por los romanos. Carlomagno importó al parecer la práctica de los propios romanos, y los preceptos de autores como Isidoro de Sevilla (quien dividía en seis etapas la vida de un hombre) ejercieron gran influencia en las cortes de los reyes y de otros grandes potentados, e incidieron en el desarrollo de los ideales de caballería. De ahí que no sea del todo anacrónico emplear un vocabulario propio de la Edad Media y referirnos a esos jóvenes con el nombre de pajes.[61]

En el 327, cuando aún no había transcurrido mucho desde el abortado intento de introducción de la *proskinesis*, un incidente en apariencia insignificante acabó dando pie a una peligrosa conspiración contra el rey. Durante una cacería del jabalí, un paje llamado Hermolao se precipitó y abatió él mismo la presa en vez de ceder el honor a Alejandro. Por semejante acto de «lesa majestad», Alejandro hizo uso de su prerrogativa en esos casos y castigó a Hermolao con unos latigazos. Que Hermolao se sintiera dolido por aquella humillación ante los demás pajes y tramara venganza es comprensible, como, por otra parte, podría haber conspirado contra el rey cualquier otro paje que hubiera sido víctima de un castigo similar con anterioridad. Sin embargo, los antecedentes de la conjura final son mucho más complejos. Es posible, según se nos cuenta, que varios de los pajes hubiesen estado influidos por las opiniones de sus padres.[62] Además, el tutor de Hermolao, Calístenes, era sospechoso de haberlo incitado a asesinar al rey.

Hasta la campaña bactriana, Calístenes había sido un partidario acérrimo del rey y de su programa panhelénico (o, al menos, así lo había exteriorizado). Desconocemos qué hizo que se volviera contra Alejandro. Tal vez fuera su distanciamiento del monarca, debido en parte al ascendente que sobre éste había alcanzado Anaxarco, un filósofo rival (aun cuando, en sentido estricto, Calístenes era más bien historiador), en quien, según las crónicas, Alejandro había hallado consuelo tras su incidente con Clito y ánimo para su emulación de los héroes y los dioses. Es posible que, en comparación con Anaxarco, Calístenes fuera considerado un hombre de principios (según se deduce de la tradición posterior sobre la figura y la época de Alejandro), y tal vez exagerara su oposición a la *proskinesis* precisamente para resaltar ese aspecto suyo. Ciertamente, en su conducta con respecto al rey hizo gala de una excesiva independencia de espíritu, cuando no de

una descarada falta de respeto. Podría esperarse que un hombre así incubara una inquina creciente hacia el rey e incitara a otros a la traición. De ahí que el descubrimiento del complot de Hermolao sirviera de oportuna excusa para que los macedonios se deshicieran de un cortesano impopular inculpándolo en aquel proceso.

La conjura en sí era bastante simple, aunque nada fácil de llevar a cabo: una noche, en la que todos los conspiradores iban a tener turno de guardia ante el pabellón del rey, se introducirían en éste y asesinarían a Alejandro cuando estuviera dormido. Dificultaba aún más esta acción el hecho de que al menos dos de los Somatophylakes dormían en el interior del aposento real, por lo que también tendrían que ser reducidos por los conjurados. Los pajes debían de tener en torno a los dieciocho años (o casi), pues sólo así se sentirían físicamente capaces de llevar a cabo un plan tan audaz. Pero el complot fue desvelado por Caricles a Euríloco, quien informó al rey con la esperanza de salvar así la vida de su hermano, Epímenes, uno de los conjurados. Tras su arresto, Hermolao y sus compañeros adoptaron una actitud desafiante y de denuncia abierta de la tiranía de Alejandro. Aunque no involucraron a Calístenes en el crimen, ni siquiera tras ser sometidos a tortura, los lazos entre los traidores y el recriminador cortesano bastaron para buscar la ruina de éste. Los pajes fueron juzgados y sentenciados por el ejército, y luego ajusticiados por lapidación a manos de sus propios compañeros pajes. Sobre la forma de morir de Calístenes hay mayores discrepancias, aunque la versión de Cares, según la cual aquél fue encarcelado y murió más adelante de obesidad y de una infestación de piojos, suena sospechosamente a *apologia*.[63] Aplastada la resistencia que se le había planteado en dos frentes, Alejandro estaba ya en disposición de avanzar hacia la India.

7

CONQUISTA DEL PUNJAB

Cuando Alejandro emprendió el camino de la India en la primavera del 327, su intención era asegurar los márgenes orientales del imperio (las tierras de Gandara[1] y el Indo habían estado bajo dominio aqueménida desde tiempos de Darío I, aunque la autoridad persa se había debilitado un tanto en aquella zona), no buscar los confines de la tierra ni acrecentar aún más su gloria. Como en otras partes, también allí hubo dinastas que se conformaron con reconocer a Alejandro como su señor y que, incluso, estuvieron dispuestos a aceptar tropas de guarniciones macedonias si con ello podían ganar por la mano a sus rivales. Es un error, pues, hablar de una conquista macedonia de la India, aun cuando es evidente que hubo que invadir y someter a algunos enemigos. Se trató más bien de un restablecimiento de la autoridad del imperio sobre las satrapías orientales y de la implantación de territorios tapón en esas fronteras. De todos modos, la India era una tierra de misterio y encanto para los griegos y los romanos, por lo que no es de extrañar que éstos olvidaran que, en realidad, Alejandro nunca había llegado a aventurarse más allá de los límites del imperio persa.

El debilitamiento de la autoridad de Persia en las satrapías indias explica sin lugar a dudas por qué fue allí donde los macedonios toparon con la resistencia más enconada. En Bactria y Sogdiana, la oposición había provenido de los nobles que tenían una vinculación más estrecha con Darío y de los dinastas locales que se sentían seguros en sus fortalezas de montaña. Pero era una oposición motivada fundamentalmente por la desconfianza que les inspiraba Alejandro y que fue fácilmente vencida mediante el recurso al matrimonio político. Por el contrario, los aspasios y los asacenos habían gozado de una mayor independencia en la periferia de un imperio debilitado y luchaban por conservarla.[2] En el noroeste, las tribus

más recalcitrantes eran las de las regiones de Swat, Bajaur y Buner, confiadas en la protección que les proporcionaban las montañas y aliadas con Abisares, enemigo de los gobernantes de Taxila. Las tierras de Peshawar y el propio reino de Taxila ofrecían, sin embargo, menor amparo frente a una invasión. Pero, a su vez, controlaban importantes rutas comerciales, por lo que seguramente tampoco veían con malos ojos la promesa de mejores oportunidades económicas que les deparaba la superior autoridad de un imperio.

La debilidad relativa del control persa sobre las satrapías indias puede medirse también por el grado de participación india en la contienda final de Darío contra Alejandro. Aunque Arriano (3.8.3) dice que las fuerzas del rey persa se vieron incrementadas por «los indios vecinos de los bactrianos», éstos formaban parte en realidad del contingente bactriano dirigido por Beso; había igualmente «indios de las montañas» asignados a las fuerzas de los aracosios que luchaban bajo el mando de Barsaentes. A éstos hay que añadir los escasos quince elefantes de los indios «de acá del río Indo» (o sea, Gandara). Por otra parte, cuando Alejandro instauró a sus administradores en las provincias de la «India», los cronistas no hicieron mención alguna de los sátrapas que allí gobernaban hasta ese momento: sólo referencias a dinastas y reyezuelos. Parece ser, pues, que, si bien los persas aún ejercían cierta autoridad sobre los indios a través de la presencia de los sátrapas vecinos, el poder aqueménida en estas regiones había disminuido de forma considerable desde la época de Darío I.[3]

LAS CAMPAÑAS DE BAJAUR Y SWAT

Cuando Alejandro volvió a cruzar el Hindukush (hacia el final de la primavera del 327), el primer lugar al que regresó fue a Alejandría del Cáucaso, donde depuso a Nilóxeno, a quien había dejado anteriormente allí como *hyparchos*. No se nos dice cuáles habían sido las faltas de éste, pero sí se nos sugiere que tal vez no hubiera organizado preparativos suficientes para la campaña india.[4] Arriano, sin embargo, comenta que había demostrado ser un mal dirigente y es posible que Alejandro lo destituyera en respuesta a las quejas recibidas de los pobladores autóctonos o de los ma-

cedonios inválidos que el rey había licenciado y dejado en aquel lugar.[5] De aquí se desplazó a Nicea, la segunda ciudad por él fundada en la Parapamísada, y envió a Perdicas y a Hefestión por delante hacia el Indo con una fuerza de quizás unos 7.000-8.000 hombres.[6] Su misión había venido precedida de contactos diplomáticos, por lo que se esperaba escasa oposición, con la única excepción posible de Peucelótide (que, al final, se acabaría confirmando). Alejandro y el resto del ejército emprendieron rumbo a donde se refugiaban las tribus recalcitrantes de las regiones montañosas, que resistían confiadas en la ubicación remota de sus asentamientos. Pero los macedonios se habían tornado ya unos expertos en esta clase de empresas bélicas. Despacharon con prontitud a los aspasios del valle del Kunar (o del Chitral), una campaña de la que Tolomeo, hijo de Lago, emergió por fin convertido en comandante de primera categoría. A pesar de su fama como uno de los generales más destacados de Alejandro, descolló en realidad bastante tarde y, ni siquiera después de que empezara a tener un papel habitual en el aspecto militar, podemos estar seguros de qué parte de su reputación se debe a la *Historia* que él mismo escribió.[7] Avanzando al frente de las fuerzas móviles, Alejandro tomó por asalto las posiciones enemigas y dejó posteriormente las tareas de consolidación a Crátero, cuyas fuerzas seguían la misma ruta, aunque a la zaga.

Más seria era la amenaza de los asacenos, quienes inicialmente se dispusieron a resistir con un nutrido ejército, aunque, tras la muerte de su líder, se refugiaron en la ciudad de Masaga, en el paso de Katgala. Allí fue la madre (o tal vez fuera la viuda) del dinasta Asaceno la que se hizo fuerte frente a las fuerzas macedonias. Finalmente, alcanzó un acuerdo con el invasor. Según los rumores, se le dispensó entonces un trato favorable por la relación íntima que mantenía con Alejandro. Aunque esa historia se recoge también en otras fuentes, sólo Curcio, Justino y el llamado *Epítome de Metz* —cuya información podría haber tenido su origen primigenio en Timágenes de Alejandría— mencionan el nombre de esa mujer: Cleófide. Su *affaire* con Alejandro, su fama de «puta del rey» (*scortum regium*), su propio nombre y el nacimiento de un hijo llamado como su padre (Alejandro) son factores que evocan la figura de Cleopatra VII de Egipto.[8] Pese a todo, la resistencia se prolongó en aquella zona y, tras tomar Ora (Ude Gram) y Bazira (Barikot), el ejército macedonio tuvo que enfrentarse a

Africes (quien, al parecer, era también pariente de Asaceno) en la región de Buner. Éste murió asesinado por sus propios hombres, pero muchos de los resistentes nativos ya habían logrado huir al reino de Abisares o se habían parapetado en la fortaleza conocida como Roca de Aornos (Pir Sar), a orillas del Indo.[9] Alejandro la tomó empleando de nuevo una combinación de audacia e ingeniería: taló árboles y movió rocas hasta formar una rampa que facilitara la aproximación del ejército a la posición elevada del enemigo. Aislados y superados por la fuerza de los atacantes, muchos de los defensores murieron despeñados tratando de descender los precipicios en los que habían depositado sus esperanzas de salvación.

Alejandro se reunió con Hefestión y Perdicas en Peucelótide (o Pushkalavati: la actual Charsada). Aquí murió derrotado el dinasta local Astis; su sustituto fue Sangeo, quien contaba con el apoyo de Taxiles, gobernante de un país situado al otro lado del Indo, que había decidido unirse a Alejandro. Tras dejar una guarnición en la ciudad, el rey macedonio cruzó el Indo a través del puente sobre barcos preparado por Perdicas y Hefestión, y prosiguió hasta Taxila, en las inmediaciones de la actual Islamabad. Por el camino salió a su encuentro el hijo de Taxiles, Onfis, quien hizo gesto de sumisión formal ante él. Padre e hijo aceptaron de buen grado el apoyo macedonio frente a sus poderosos vecinos: Abisares, al norte, y Poro, al este. A ambos mandatarios envió emisarios Alejandro requiriendo su sumisión, aunque él sabía muy bien que con esto no hacía más que sentar un pretexto para la campaña que se avecinaba. Abisares declinó acudir al encuentro de Alejandro excusándose en su mala salud, pero es evidente que se preparaba para ayudar a Poro. Al parecer, Abisares ya tenía pensado sumarse a su mandatario vecino en una campaña contra los sudracas (que habitaban las tierras de un poco más al sur), pero el embajador de Alejandro, Nicocles (presumiblemente, el *hetairos* chipriota), consiguió, al menos, impedir la unificación de las fuerzas de esos dos enemigos. Es posible, no obstante, que la enfermedad de Abisares no fuera una invención: Alejandro fue informado de la muerte de Abisares cuando abandonaba la India y él mismo dio la aprobación al hijo de éste como sucesor.[10] Poro, por su parte, se mostró menos evasivo y marchó al frente de sus tropas para plantar cara a los macedonios en la ribera del río Hidaspes (Jhelum).

LA BATALLA DEL HIDASPES

La batalla librada junto al Hidaspes tal vez sea una de las más famosas de Alejandro, sobre todo porque es un buen ejemplo de la que los historiadores militares denominan táctica de «convergencia» o, en términos más sencillos, de «engaño».[11] La estrategia era relativamente sencilla, pues se trataba fundamentalmente de que Alejandro flanqueara al enemigo a fin de consumar con éxito la travesía del río. Pero lo que merece especial atención es la utilización que hizo el rey macedonio del terreno y de los elementos para materializar su meta. Poro sabía de la aproximación de Alejandro y sus hombres —de hecho, había rechazado toda exigencia de sometimiento y esperaba ayuda militar procedente de Abisares—, así que ocupó la orilla derecha del Hidaspes a la altura del principal punto de cruce del río, cerca de Haranpur (a unos 175 kilómetros de Taxila).

Aquel lugar era generalmente el preferido para vadear la corriente del río, pero el nivel de ésta había crecido considerablemente por la llegada de las lluvias monzónicas, y los elefantes emplazados en la ribera aumentaban la dificultad de un ataque frontal, sobre todo para los caballos, que no estaban acostumbrados a aquellos animales y se asustaban con facilidad.[12] Así que Alejandro puso a Crátero al frente del grueso del ejército, en el que se encontraban también los batallones de la falange de Alcetas y Poliperconte, y lo situó directamente enfrente de Poro. En la misma orilla, un poco más arriba, desplegó otro destacamento del ejército comandado por Meleagro, Átalo y Gorgias; su fuerza comprendía tres batallones de la falange y un elevado número de mercenarios griegos.[13] El propio rey amagó en varias ocasiones simulacros corriente arriba y abajo por la ribera, seguido de cerca en todo momento por un contingente de indios desde el margen opuesto del río. Cuando supo de la existencia de un islote en un recodo del río, unos 27 kilómetros corriente arriba (en las inmediaciones de la actual Jalalpur), decidió llevar en secreto un elevado contingente de tropas hasta allí para tratar de vadear el río y dejó mientras tanto las fuerzas de Crátero donde estaban para que inmovilizasen al enemigo y fijasen la posición de éste cerca de Haranpur. Ayudaron al rey macedonio en su engaño las fuertes lluvias y tormentas de la estación monzónica, ya que éstas nublaron la visión y acallaron el sonido de su movimiento de pinza. La isla

sirvió para tapar aquella operación de vadeo, pero también llamó a engaño a los propios macedonios: muchos de sus hombres, al llegar a aquélla, creyeron erróneamente haber alcanzado la orilla opuesta del río. Pese a todo, consiguieron finalizar la travesía con suficiente rapidez y factor sorpresa como para que las fuerzas allí enviadas por Poro para vigilar una posible maniobra de distracción fueran tomadas desprevenidas y se retiraran, tras una breve escaramuza, hacia la posición del propio Poro. El dirigente indio se vio obligado de pronto a reorientar sus fuerzas para combatir con Alejandro. Ese giro de Poro era precisamente la señal que Crátero aguardaba desde el otro lado del río para ordenar a sus hombres que lo cruzaran.

Se cree que Poro tenía bajo su mando en la batalla del Hidaspes a unos 30.000 infantes, pero sólo a unos 4.000 jinetes, frente a un posible total de 15.000-20.000 soldados de infantería y más de 5.000 jinetes en las fuerzas de Alejandro,[14] que se habían reforzado con los contingentes dirigidos por Meleagro, Átalo y Gorgias. Poro esperaba compensar el déficit de efectivos de caballería distribuyendo sus 200 elefantes a intervalos regulares a lo largo de la línea de vanguardia de su infantería. Alejandro, adivinando las intenciones del gobernante indio, retuvo por detrás a su propia falange y cargó con su caballería contra las fuerzas de Poro por los flancos. Aunque las descripciones antiguas de la batalla no son ni mucho menos claras, parece ser que Alejandro acumuló efectivos de su caballería en su ala derecha y mantuvo la hiparquía de Ceno en la izquierda, oculta a la vista. Cuando Poro trasladó la caballería de su derecha a su izquierda, donde sus oponentes le superaban ampliamente en número, los jinetes de Ceno cabalgaron hasta situarse por detrás de las filas indias y atacaron a la caballería enemiga desde la retaguardia. El hecho de que Ceno no arremetiera contra el flanco derecho de Poro cuando éste acababa de quedar al descubierto indica que el propósito de Alejandro era la aniquilación de la caballería india, convencido de que, a partir de ahí, tendría la infantería totalmente a su merced.

La reconstrucción del desarrollo de los acontecimientos en el centro de la batalla debe basarse en gran parte en conjeturas. Era imposible que la infantería de Poro, anclada por la posición de los elefantes, formase un grupo de combate particularmente móvil, y aún menos sobre aquella llanura fangosa, que tantas penurias había causado ya a los aurigas. La deci-

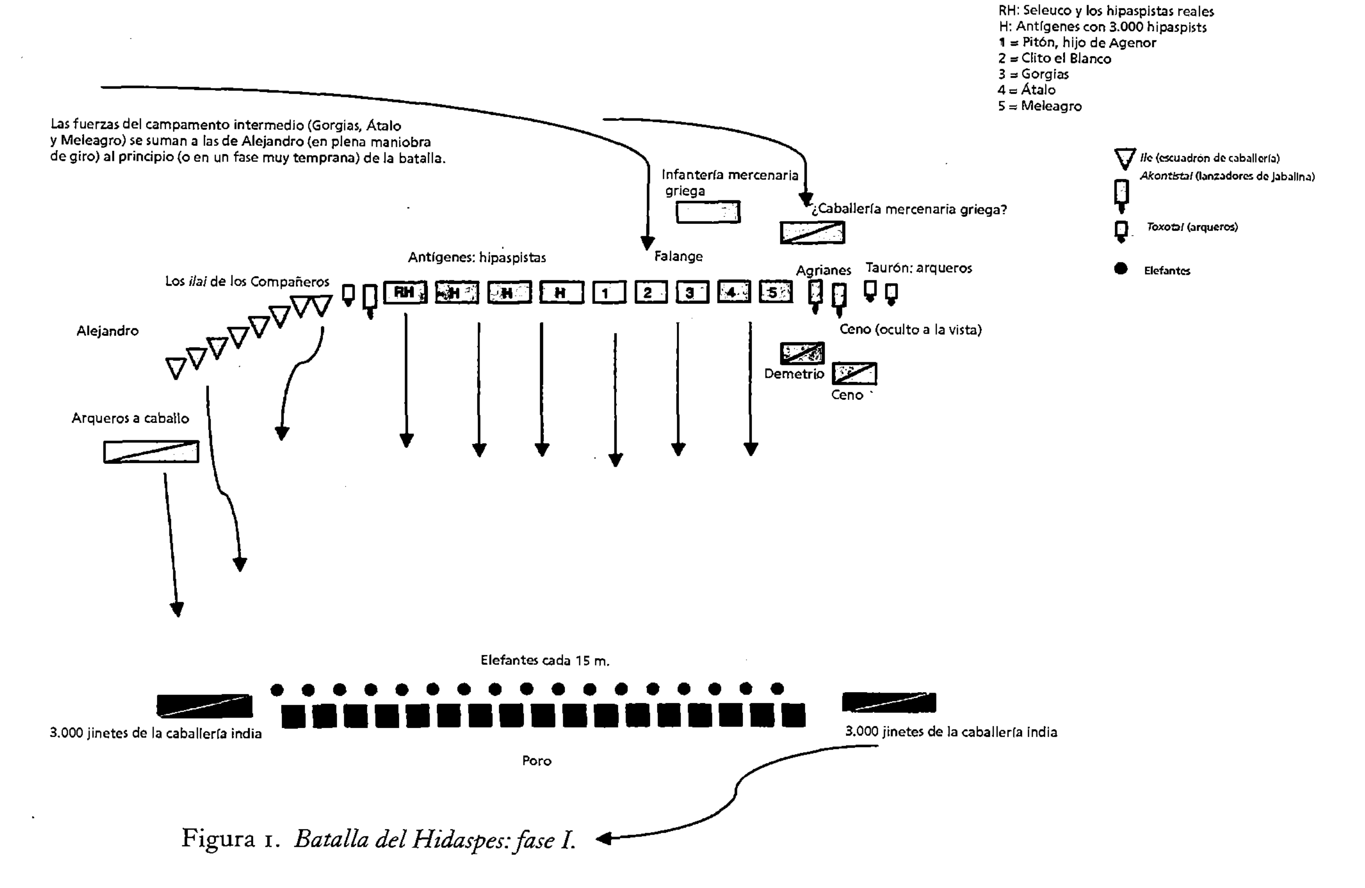


Figura 1. *Batalla del Hidaspes: fase I.*

Figura 2. *Batalla del Hidaspes: fase II.*

sión de Alejandro de encerrar a la infantería oponente y retrasar así el contacto de ésta con la suya propia podría deberse a que el grueso de los infantes, los falangitas y los mercenarios, estaban aún de camino desde su posición inicial al otro lado del río liderados por Meleagro y sus colegas. Las fuentes antiguas no comentan nada sobre la llegada de ese contingente, pero tampoco es de extrañar, ya que, por lo general, los historiadores centraban su atención en las propias acciones de Alejandro. Pero la victoria macedonia resulta difícilmente creíble sin la participación de esas fuerzas de a pie. Dado que Poro situó a sus elefantes por delante de la línea de la infantería, separados por intervalos de unos 15 metros, la línea india debía de prolongarse bastante más allá del extremo final de la izquierda macedonia, incluso contando con el posible despliegue en profundidad de las fuerzas del rey indio (véase el apéndice 2). Es más probable que las barcazas utilizadas para transportar a la fuerza envolvente de Alejandro navegaran entonces río abajo y recogieran allí al segundo contingente macedonio. Cuando por fin pudieron cruzar al otro lado, seguramente desembarcaron sin oposición, ya que la guardia de Poro comandada por Espitaces había sido vencida de forma aplastante con anterioridad. Tal vez ampliaran y consolidaran el centro de los macedonios en el momento en que los jinetes lanzaban su ataque sobre la izquierda india. Si la caballería mercenaria griega llegó en esos instantes, es posible que ocupara una posición en la izquierda macedonia, que, desde la partida de Ceno y Demetrio, estaba desprovista de caballería y se hallaba protegida solamente por arqueros y agrianes.

En el enfrentamiento entre las dos líneas de infantería, la eficacia de las jabalinas y las sarisas sembró la confusión entre los elefantes y anuló el temido poder de los paquidermos. Las bestias, enloquecidas por sus heridas, no tardaron en mostrarse tan peligrosas para sus propias fuerzas como para las del enemigo. Inmovilizadas por la infantería macedonia y presionadas desde todos los costados por la caballería victoriosa, las tropas de Poro cayeron derrotadas antes incluso de que Crátero y sus divisiones pudieran sumarse a la batalla.

Se cuenta en uno de los más famosos relatos destinados a ensalzar la magnanimidad de Alejandro que éste preguntó a un Poro malherido y derrotado cómo querría que lo trataran. El indio respondió que «como a

un rey». Y Alejandro, se nos dice, consintió de buen grado en que así fuera y no sólo le permitió retener su reino, sino también ampliarlo. Pese a la intención con la que se nos legó ese episodio, lo cierto es que a Alejandro lo movían factores muy distintos de la mera grandeza de espíritu. El rey macedonio no destacaba precisamente por el respeto que mostraba hacia sus adversarios nobles: los tirios no sufrieron en su momento mejor suerte que los tebanos; Batis, el defensor de Gaza, fue brutalmente ejecutado y mutilado, y Ariamaces, que confió en las defensas naturales de la Roca Sogdiana, fue crucificado y sus seguidores vendidos como esclavos. Bien podemos asumir que Poro habría sufrido vejaciones parecidas si Alejandro no hubiera necesitado un reino fuerte en las fronteras de su imperio. El trato dispensado a Poro y el acrecentamiento de su reino son signos claros de las intenciones de Alejandro.[15]

EL «MOTÍN» DEL HÍFASIS

> Vivía para la guerra, adoraba sus penalidades y sus aventuras más incluso que la victoria en sí, y cuanto más adversas eran las probabilidades en su contra, con más entusiasmo las aceptaba. Envuelto en una reserva impenetrable, tenía una ilimitada fe en sí mismo y su capacidad de autoengaño era interminable: nada le parecía fuera de su alcance. La superioridad numérica o la fortaleza de la posición de su enemigo, la fatiga de sus propias tropas, las insuficiencias de armamento y suministros, los caminos intransitables, el barro, la lluvia, las heladas y el sol abrasador no le parecían más que obstáculos que le enviaba la Providencia para poner a prueba su genio. Nada lo perturbaba; todo peligro, todo riesgo, era atractivo para él.

Estas palabras podrían ser fácilmente tomadas por los oídos habituados al culto al héroe que le han rendido los historiadores de nuestros días como una descripción de Alejandro Magno. Se trata, sin embargo, de los comentarios iniciales de la caracterización de Carlos XII de Suecia (1682-1718) que hiciera el general de división J. F. C. Fuller.[16] Buena parte de lo dicho por este autor es aplicable a ambos hombres, pero Alejandro logró evitar el desastre, precisamente, porque puso límites a sus propias ambiciones.

Las acciones de Alejandro tras la derrota de Poro y la fundación de las ciudades de Bucéfala y Nicea han sido objeto de un considerable debate. Para la visión tradicional, la que asume que Alejandro era un hombre obsesionado con la idea de alcanzar los confines de la tierra y el océano de oriente, lo natural hubiera sido que el rey macedonio prosiguiera su marcha hacia el este a través del Punjab tras su victoria sobre Poro. Por eso continuó avanzando hasta llegar al río Hífasis (Beas). Pero una vez allí, se vio obligado a dar la vuelta por sus propias tropas (que se negaron a escuchar sus ruegos de proseguir adelante, en dirección al Ganges). Esta perspectiva, sin embargo, tiene poco sobre lo que sostenerse: de hecho, las pruebas que nos han llegado de la antigüedad apuntan justamente en su contra. Es importante recordar aquí algo que se ha venido recalcando desde el comienzo del libro, y es que los historiadores de Alejandro recogieron tres tipos de contenidos: lo que Alejandro hizo (aunque no siempre se explique de forma exacta), lo que Alejandro quería que el mundo creyese que hizo (es decir, propaganda procedente del rey y su corte) y otra propaganda posterior (lo que podríamos llamar la leyenda de Alejandro). Esos tres elementos están presentes en los relatos históricos y son fácilmente separables.

El historiador militar David Lonsdale ha comentado: «Es en la etapa india donde más difícil resulta detectar el arte operativo característico de Alejandro. Esto se debe principalmente a que el rey macedonio había perdido parte de su anterior mira estratégica. Más allá de la búsqueda de una frontera oceánica, la campaña no parecía contar con unos objetivos claros y definibles. Sin objetivos estratégicos claros, el arte en el terreno de las operaciones no tenía punto alguno del que asirse».[17] En el fondo, nada podía estar más lejos de la realidad y sólo las ideas preconcebidas de los estudiosos contemporáneos a propósito del deseo de Alejandro de adentrarse en lo desconocido les han impedido apreciar la que era una estrategia sumamente sensata y bien ejecutada. La consolidación del reino de Poro tenía claramente como objetivo la formación de una zona de tapón en la periferia del imperio. Los aqueménidas habían ejercido siempre un control limitado sobre Tatagus, por lo que Alejandro no tuvo reparo alguno en reconocer a Poro como vasallo suyo, esperando así proteger la estabilidad de Taxila y Gandara. Al mismo tiempo, el reino de Poro enlazaba

en la ribera oriental del Indo con la satrapía de Hindush (Sind), que el rey macedonio aún tenía pendiente asegurar.

Alejandro había permitido que Poro conservara su reino —no deja de ser significativo que no haya mención alguna de que dejara allí a un sátrapa, un *strategos* o, siquiera, una guarnición— y había intentado que Poro y Taxiles establecieran relaciones amistosas. La fundación de dos ciudades, una a cada lado del Hidaspes, fue también un gesto típico de la política fronteriza de Alejandro: no cabe duda de que Bucéfala y Nicea fueron concebidas para controlar los límites de su imperio. Además, como la zona al norte del reino de Poro contenía una elevada espesura arbórea, el rey macedonio dejó allí a parte de sus tropas y a unos cuantos operarios para que construyeran una gran flota con la que pensaba descender por el sistema fluvial del Indo. También ofreció sacrificios al dios sol, Helios (acciones de gracias por el éxito que ya había conseguido en la India). Pero como se encontraba en plena estación monzónica y no podía mantener inactivos a sus hombres en aquellas condiciones (particularmente deprimentes y debilitadoras), llevó a cabo más campañas en el Punjab en busca de los suministros que necesitaba para el mantenimiento del ejército (y es de suponer que también para la expedición del Indo) y con la intención de someter a las tribus vecinas. Resulta significativo que estas últimas fueran anexionadas al reino de Poro y que las guarniciones allí establecidas estuvieran formadas por tropas del propio rey indio. En la práctica, pues, Alejandro había renunciado a toda pretensión de conquista al este del Hidaspes.

La conducta del rey en el Hífasis fue tramposa de principio a fin:[18] no sólo la instalación de un campamento de proporciones sobrehumanas, pensado para engañar a la posteridad, sino también el drama protagonizado allí por Alejandro y su ejército. Los historiadores coinciden de forma unánime en afirmar que el rey macedonio anunció su intención de avanzar más allá del Hífasis y someter el reino gangético de los nandas, pero que el ejército se negó a seguirle y le infligió así su única derrota. Bosworth sugiere que Alejandro se sorprendió al conocer la verdadera extensión de la India, pero que aquella información no lo disuadió. Anteriormente, «había creído tener el Océano del este al alcance de la mano».[19] De ahí que pensara proseguir su marcha hasta el Océano y, luego, regresar al Hidaspes. Pero, cuando se enteró de la amplitud de las tierras de la llanura del

Ganges, lo inflamó el deseo de nuevas conquistas: «Para él, aquél era un desafío inspirador, pero para sus tropas, fue la gota que colmó el vaso, la promesa de un sufrimiento sin fin, por lo que su rechazo fue total y absoluto».[20] El atractivo de esta teoría reside en que se corresponde bien con la capacidad de improvisación demostrada con anterioridad por Alejandro ante el descubrimiento de nuevos factores. Ésa es una habilidad esencial en el campo de batalla, pero no tanto cuando se trata de formular estrategias a gran escala. De hecho, desviarse de un plan bien elaborado atendiendo a un simple capricho es una insensatez. Tampoco cuadra con otras acciones previas del propio Alejandro en momentos en los que también había alcanzado los márgenes del imperio persa. En ningún otro lugar había decidido avanzar inconscientemente hacia lo desconocido y no tenemos motivo alguno para suponer que quisiera hacerlo en este otro momento. ¿Eran su anhelo por desvelar los misterios de la India y su obsesión por el mar Oriental mayores de lo que había sido su interés por otras regiones? Sólo en las mentes de los autores modernos.

Asimismo, hay que considerar la cuestión del liderazgo. Para empezar, está el curioso dato de que un comandante experimentado expusiera con gran lujo de detalles la fuerza y la superioridad numérica del enemigo ante un grupo de hombres desmoralizados. Lo que vino a hacer, pues, fue confirmar los mismos rumores que los angustiaban y mediante un discurso que difícilmente se puede considerar motivador o una fuente de inspiración. En segundo lugar, aunque uno de los grandes argumentos presentados por el portavoz de los soldados, Ceno, fue el de las malas condiciones en las que se encontraba el material militar de aquellos hombres, Alejandro nunca señaló que ya estaban de camino 25.000 nuevas armaduras, amén de otros refuerzos sustanciales.[21] Tampoco les mencionó ni les hizo entender que él estuviera dispuesto a aguardar la llegada de esos suministros. Fueron éstos los que tuvieron que esperar en el Hidaspes a que Alejandro condujera al ejército de vuelta hasta allí para iniciar el viaje río abajo. Así pues, en el Hífasis, más que en ningún otro momento en su carrera, fue donde Alejandro hizo gala de sus peores dotes de liderazgo, pidiendo a sus hombres que hicieran algo que resultaba extremadamente peligroso y de un valor cuestionable para el éxito de su campaña. Ni siquiera se esforzó por hacer que su propuesta fuera apetecible para sus

hombres, por cuya seguridad personal mostró una absoluta desconsideración. De hecho, su forma de abordar la situación fue tal que la única conclusión razonable es que quería incitar a sus hombres a amotinarse. Y eso sólo puede significar que no tenía intención real alguna de proseguir, pero quería que la culpa de dar la vuelta recayera sobre sus hombres.[22]

Esto hace que nos replanteemos las palabras de Lonsdale (mencionadas un poco más arriba), cuando comentaba que Alejandro no tenía «objetivos estratégicos claros». El rey hizo más que patentes tales metas cuando ordenó la construcción de la flota del Hidaspes. Había avanzado sistemáticamente hasta las fronteras exteriores del imperio persa y las había ido consolidando mediante el fortalecimiento de sus defensas y la realización de sacrificios simbólicos a los dioses —especialmente, a su antepasado viajero, Heracles, y a Atenea, diosa de la victoria (Minerva Victoria)—. Había evitado mantener conflictos prolongados con los getas del norte del Danubio y los escitas del otro lado del Jaxartes; tampoco se sintió tentado a aventurarse en las tierras de los etíopes ni a emprender una expedición contra las amazonas. En realidad, rechazó incluso la oferta del rey corasmio para sumarse a una campaña contra aquéllas alegando que tenía que dedicar toda su atención a la tarea más inmediata. Avanzar más allá del Hífasis habría constituido una distracción igualmente contraproducente. Tampoco habría tenido sentido alguno para Alejandro reforzar la posición de Poro para luego dejarlo tras de sí, libre de trabas y situado a un lado y a otro de las líneas de comunicación del rey macedonio. Los altares instalados en el Hífasis, sumados a la grandiosidad del campamento (diseñado para acentuar la impresión de gran *Übermensch* del macedonio), sirvieron también para señalar los límites del Estado tapón de Poro. Lo que preocupaba a Alejandro era lo que aún le restaba por controlar del antiguo imperio persa: las tierras del Indo situadas más al sur.

Tanto si el viraje en el rumbo de la expedición había sido decidido de antemano por Alejandro como si éste se vio obligado a darlo por la contumacia de sus hombres, el «abandono» del avance hacia oriente debió de dejar una impresión perdurable de fracaso. Aun si las tropas fueron inducidas a oponerse a las que creían que eran las verdaderas intenciones del monarca, lo cierto es que fueron los soldados los que se llevaron la principal parte de culpa. De manera egoísta, sólo habían considerado su propio

bienestar y, con ello, habían privado al rey de una gloria eterna. Este revés (o, mejor dicho, esta apariencia de contratiempo) fue contradicho posteriormente por la acuñación de monedas conmemorativas (las llamadas «decadracmas» de Poro) en las que aparecía Alejandro a caballo atacando a Poro, erguido y desafiante a lomos de su elefante. En ellas se mostraba un duelo (*monomachia*) que, en realidad, jamás tuvo lugar; lo que simbolizaban, en el fondo, era la gran lucha por asegurar el este. El mensaje parece bastante claro, por mucho que la fecha exacta de emisión de las monedas sea motivo de discordia.[23]

8

EL OCÉANO Y EL OCCIDENTE

La marcha desde el Hífasis (Beas) hasta el Hidaspes (Jhelum) señaló el inicio de la larga vuelta a casa. Eso no quiere decir que no hubiera más batallas que librar ni penalidades que soportar, pero quedó muy claro para todos que Alejandro había establecido la frontera oriental de su imperio en la línea delimitada por el sistema fluvial del Indo. Se arrogó así los derechos territoriales de los reyes aqueménidas, aunque fuera por poco tiempo. Difícilmente podía saber que la caída de la dinastía nanda era inminente y que el reino mauria de Chandragupta (Sandrocoto) estaba destinado a convertirse en subyugador del Punjab y de las tierras del Indo situadas más al sur. En aquel momento, lo que parecía más prudente era asegurar el reinado de Poro frente a la amenaza de vecinos hostiles como los sudracas y los malios. Pero, a más largo plazo, es muy posible que las acciones de Alejandro debilitaran el Punjab frente a nuevos enemigos arribados del este.

Todos los territorios recién adquiridos al este del Hidaspes fueron cedidos a Poro. Alejandro recibió a Abisares como aliado y le asignó el control sobre Hazara, donde Arsaces continuó ejerciendo de sátrapa; además, había logrado doblegar la resistencia de otros oponentes de Poro (como el llamado Poro el Cobarde y los cateanos) y pudo así dirigir sus energías contra las tribus del sur. Poro conservó el rango de rey y disfrutó de unos territorios ampliados y de menores restricciones a su poder que Taxiles, quien permaneció bajo el ojo avizor de Filipo, hijo de Mácata. La «amistad» entre ambos mandatarios quedó sellada con un matrimonio político, pero la solución impuesta por Alejandro debió de defraudar las expectativas de Taxiles.

DESCENSO POR EL INDO

En septiembre del 326, las fuerzas macedonias regresaron de su campaña en el Punjab oriental a Nicea y Bucéfala, a orillas del Hidaspes. Los nuevos asentamientos habían quedado arrasados por el monzón, pero el programa de construcción de la nueva flota iniciado al mes siguiente de la victoria de Alejandro sobre Poro estaba en plena marcha. Además de los barcos preparados durante su ausencia, Alejandro hizo construir otros hasta hacer llegar el número total de navíos (tanto los de guerra como los de transporte de tropas y caballos, suministros y embarcaciones autóctonas) a casi los 2.000.[1] Los refuerzos, el equipo y los suministros médicos llegados del oeste elevaron la moral de los soldados, y la expedición fue emprendida rodeada de grandes celebraciones y súplicas a los dioses. Dio inicio así la conquista sistemática de la región del Indo, que procedió al tiempo que aquella imponente armada se desplazaba río abajo, flanqueada a ambos márgenes por la infantería pesada y los elefantes. El camino hasta el Océano los llevaría más allá de las confluencias de los grandes afluentes del Indo y a través de las tierras de los enemigos tradicionales de Poro: los sudracas. Estos pueblos habían pagado tributo a los reyes aqueménidas por medio del sátrapa de Aracosia.[2] Al sur se hallaban los sibios, los agalasios y los adrasteos, a los que los griegos también vinculaban (aunque fuera de forma remota) con Heracles. Más lejos aún se encontraba el país de Sind (Hindush) y la región de Patalene, en el delta. El ejército marchaba así —dividido por el río— por motivos logísticos, para maximizar el efecto militar y para mantener separados a varios comandantes militares que se habían vuelto propensos a las peleas internas.

Los dos oficiales y amigos de mayor confianza de Alejandro, Hefestión y Crátero, habían llegado a las manos en los días siguientes a la batalla del Hidaspes y su rivalidad personal se había extendido a sus respectivas tropas. Las fricciones entre oficiales son algo bastante habitual en los ejércitos, pero Hefestión tenía un talento especial para ganarse enemigos. Era áspero y pendenciero, sin duda porque su amistad con Alejandro le permitía ofender impunemente. Pero muchos de los *hetairoi* atribuían su ascenso hasta cargos superiores al favor personal de Alejandro más que a sus méritos. El rey no ayudó a disipar tales ideas diciendo públicamente de He-

festión que era «un tonto y un loco por no darse cuenta de que, sin Alejandro, no era nada».[3] Pese a ello, en cualquier disputa, Hefestión tenía las de ganar porque contaba con la posibilidad de defender sus argumentos ante Alejandro en privado, y aunque Crátero disfrutaba del respeto de los soldados y los oficiales por igual, su oponente gozaba de la confianza y la atención del monarca. Fue a partir de aquel momento cuando se hizo visible el declive de la autoridad de Crátero. Las fuerzas fueron repartidas del modo siguiente: Alejandro, junto a los hipaspistas, los agrianes, los arqueros y la *agema* de la caballería, navegaba con la flota; Crátero, junto a una parte de la infantería y la caballería, marchaba por el margen occidental del río; Hefestión, junto a un contingente más grande y poderoso (y unos 200 elefantes), descendía por el margen oriental. Poco después, antes incluso de que el ejército alcanzara el delta del Indo, Crátero fue enviado hacia el oeste a través de Drangiana junto a una parte de la infantería —la pesada—, muchos de cuyos soldados iban camino de ser desmovilizados en breve por su edad o su estado de salud.

LA CAMPAÑA MALIA

Los sudracas (también llamados por error «oxídracos») y los malios eran enemigos acérrimos de Poro. Una expedición previa, organizada en colaboración con Abisares, apenas había obtenido fruto alguno. El imponente ejército de Alejandro —que sumaba, como poco, el doble de efectivos que aquel con el que en su momento había entrado en Asia— debió de darles que pensar, pero, aun así, consiguieron movilizar un número sustancial de fuerzas propias.[4] Además, pusieron fin a sus riñas políticas internas para presentar un frente unido ante el enemigo. En el ataque a la ciudad de los malios,[5] Alejandro volvió a exponerse temerariamente al peligro. Lo había hecho en un sinfín de ocasiones durante su carrera, pero esa vez casi le costó la vida. Yendo al frente de las tropas que escalaban las murallas, acabó entrando en el baluarte malio acompañado de apenas unos pocos guardas personales. Los otros infantes, que habían avanzado con mayor lentitud, se aprestaron en aquel mismo instante a acudir en su ayuda. Con las prisas, sin embargo, sobrecargaron las escaleras y éstas cedieron a su peso.

Alejandro quedó aislado y, antes de que pudieran llegar refuerzos suficientes, fue herido en el pecho por una flecha india, mientras algunos de sus defensores yacían muertos a su lado, y Peucestas —igualmente herido— lo protegía con su escudo de hoplita. Hay quien dice que se trataba del escudo sagrado de Atenea, tomado del templo de la diosa en Troya al inicio de la campaña.[6]

El rey fue llevado a un lugar seguro, pero las fuentes discrepan sobre quién trató su herida: algunas mencionan a Critobulo (el médico que había extraído la flecha del ojo de Filipo II en Metone); otras afirman que la tarea fue encargada a Perdicas, quien habría de desempeñar un papel importante, aunque efímero, en la era de los Diádocos. Como en casi todos los casos en que Alejandro fue herido por el enemigo, los conquistados pagaron su precio en sangre, pues los macedonios se consolaron entregándose a una matanza descontrolada.

Hay quien ha sugerido que los soldados estaban cansados de guerrear y se mostraban reacios a entrar en nuevos combates, y que expusieron a su propio rey a aquel peligro por culpa de su aletargamiento. Pero lo cierto es que el intervalo de tiempo transcurrido hasta que acudieron en auxilio de Alejandro fue muy breve y nunca se les hizo recriminación alguna (salvo en los libros y artículos de algunos historiadores modernos). Es cierto que, posteriormente, cuando la flota prosiguió su descenso corriente abajo, el rumor de que Alejandro había muerto y la sospecha de que los oficiales no les estaban diciendo la verdad casi provocaron un tumulto generalizado de las tropas. El rey fue colocado en la cubierta del barco, donde pudo ser visto por sus hombres, ansiosos por obtener de él algún saludo con la mano o la cabeza que les sirviera como señal de vida y de aprobación.[7] El hipaspista real, Peucestas, recibió posteriormente un ascenso excepcional al rango de *somatophylax*. Este grupo de élite estaba limitado a un máximo de siete hombres, pero Peucestas ingresó en él siendo durante un tiempo (y de manera excepcional) su octavo miembro.[8]

Durante el período de recuperación de Alejandro, se produjo un incidente que arroja una interesante luz sobre las tensiones que se vivían entre griegos y macedonios, así como entre guerreros y atletas profesionales.[9] En el campamento se produjo una pelea porque un infante macedonio llamado Córago acusó al boxeador (o pancratiasta) Dioxipo de pasar todo el día

guarecido en el campamento, aceitándose el cuerpo, mientras los «hombres de verdad» arriesgaban la vida en combate. La discusión se volvió más acalorada y terminó en un reto a un combate individual. Córago, armado al estilo macedonio, se enfrentó a Dioxipo, desnudo y provisto de un palo de madera. El parecido con Heracles debió de resultar evidente a todos los que lo vieron. Dioxipo, con su fortaleza y su agilidad, esquivó al macedonio, rompió la sarisa de éste con su palo y lo arrojó al suelo. Alejandro le ordenó que dejara marchar a Córago, pero sintió tanto aquella humillación como el propio infante y sus compañeros. El incidente hizo aflorar las hostilidades latentes entre los griegos y sus señores macedonios,[10] y es significativo que no fuese relatado por Arriano (lo que significa que seguramente tampoco aparecía en la obra de Tolomeo). Es posible que Clitarco, quien sin duda fue el responsable de la preservación de esta anécdota, la oyera de boca de soldados griegos licenciados que estuvieron en el campamento en aquella ocasión.

El incidente de Dioxipo fue un ejemplo más de las muchas fricciones vividas en el seno del ejército greco-macedonio. Nearco (un macedonio naturalizado, aunque de origen cretense) y Éumenes de Cardia fueron objeto de numerosas suspicacias durante los días inmediatamente posteriores a la muerte de Alejandro, e indudablemente también en vida del rey (si bien Nearco, al menos, contaba con la ventaja de ser buen amigo personal del monarca). Plutarco sostiene que, en época del incidente de Clito, Alejandro comentó a algunos griegos que lo visitaron por entonces que allí, en medio de los combatientes macedonios, debían de sentirse como semidioses entre bestias salvajes.[11] Aun suponiendo que hubiera algo de cierto en esta historia, el comentario de Alejandro no contribuyó en absoluto a calmar la tensión entre ambos colectivos. También se cuenta que Calístenes habló favorablemente de los griegos y peyorativamente de los macedonios.[12] Pero, aunque con esas palabras pretendiera algo más que un mero ejercicio retórico, lo cierto es que no le sirvieron para ganarse amigos. La cruzada panhelénica era ya para entonces un vestigio de un pasado remoto.

Comparada con la conquista del Punjab y de los malios, el resto de la campaña del Indo pareció poco más que una formalidad. Los dinastas locales se iban rindiendo al tener noticias de la inminente llegada de Alejan-

dro a sus territorios, aun cuando algunos, como Musícano, mostraran una lealtad oscilante hacia el conquistador y acabasen pagando por ello la máxima pena: los brahmanes que incitaron a este último a la defección fueron luego masacrados en un elevado número.[13] También se rebelaron Oxicano y Porticano (suponiendo que fuesen, en realidad, dos personas distintas) para ser pronto arrestados por contingentes enviados por Alejandro. Otro dinasta, Sambo (vecino y rival de Musícano), huyó primero y se rindió después. Desde el reino de Musícano, Alejandro controlaba la ruta que llevaba de Alor a Kandahar (Alejandría de Aracosia), y por ella envió a Crátero y al grueso de la infantería pesada —junto a los que ya no eran aptos para el servicio y a los elefantes— hacia el oeste, a sofocar la resistencia en la Drangiana.[14] El propio rey avanzó hasta Pátala y, desde allí, navegó corriente abajo por los dos brazos del Indo hasta el Océano. Detrás dejó a Pitón, hijo de Agenor, como sátrapa de Sind, pero el rey debió de tener bastante claro ya en aquel momento que la administración de la satrapía resultaría, cuando menos, bastante difícil.[15]

LA «VIA DOLOROSA»: EL DESASTRE DE GADROSIA

Pátala y el delta del Indo estaban bien aprovisionados de mercancías transportadas hasta allí por barco y de servicios e instalaciones para la flota. Ésta tenía previsto zarpar, en cuanto los vientos lo permitieran, desde la desembocadura del río con rumbo al golfo Pérsico. Aunque la misión naval se anunciaba como de exploración, la ruta entre la India y Ormuz venía siendo utilizada desde mucho antes de la llegada de los macedonios, por lo que la travesía de aquella flota constituía un medio más con el que llevar de vuelta a casa a un contingente de la fuerza expedicionaria junto a su botín de conquista.[16] La seguridad y los suministros eran, de todos modos, temas de profunda preocupación, y la marcha de Alejandro a través de las tierras baldías e inhóspitas de Makran —territorio conocido en la antigüedad como Gadrosia— tuvo como propósito principal el de apoyar a la flota. Algunos autores (antiguos y modernos) han calificado esa marcha de pura locura y la han atribuido al ansia (*pothos*) del rey por emular a sus predecesores: la legendaria reina asiria Semíramis y Ciro el Grande.[17] Otros han

sugerido que Alejandro sometió a sus hombres a las penalidades de Gadrosia como castigo por no haberle seguido hasta los confines de la tierra (es decir, como represalia por el motín del Hífasis).[18] En realidad, el éxito de la expedición por mar de Nearco dependía de que las actividades de una parte del ejército estuvieran bien coordinadas, de que no se perdiera el contacto con la costa, de que se garantizaran el agua y los suministros, y del sometimiento de las tribus hostiles. Incluso Arriano, que asegura que lo que inspiró al rey fue su deseo de emulación, reconoce la importancia de aprovisionar bien la flota.[19]

Es fácil encontrar *a posteriori* defectos al aparente «error de criterio» o a la soberbia aventurera de Alejandro, suponiendo que fueran realmente eso. Muchos ejércitos han hallado su ruina al emprender el camino de retorno, cuando ninguna ruta les ofrecía protección ni auxilio, y sólo el instinto de supervivencia ayudó a preservar a los más decididos. Así ocurrió con la malhadada campaña parta de Marco Antonio o con la penosa retirada de las tropas napoleónicas de Rusia. Otras expediciones también sucumbieron en propósitos extravagantes por desconocimiento de la geografía o de la naturaleza del enemigo. Pero también ha habido expediciones espectaculares que han logrado lo inesperado y han generado victorias por pura audacia, como el rápido avance de T. E. Lawrence sobre Aqaba o la travesía de los Andes emprendida por Bolívar en 1819. Esta última costó al Libertador dos tercios de sus fuerzas y ha sido interpretada como un hito de incomparable intrepidez, pero también como la acción de un lunático.[20] Ninguno de esos factores guiaba a Alejandro en aquel momento y, por mucho que hubiese calculado erróneamente las dificultades o que hubiese sido llamado a engaño por sus informadores, de lo que no se le puede culpar es de imprudencia. No tiene sentido alguno aislar las necesidades de la flota (y, de hecho, el sentido mismo de aquella campaña naval) de la marcha simultánea que se desarrollaba por tierra. Tampoco eludió personalmente el rey macedonio las penurias personales de tan crucial campaña.

Lewis V. Cummings, cuya familiaridad con buena parte del terreno que se encontró Alejandro en su momento explica en parte la reedición de su biografía del conquistador durante la «alejandromanía» de 2004, comenta:

> Teniendo en cuenta que ya por entonces existía una ruta de las caravanas consolidada y de la que es imposible que Alejandro no tuviera conocimiento, no nos queda más remedio que acusarlo de haberse despreocupado deliberadamente por la suerte de su ejército o de haber sido tan insensato como para no dar crédito a las dificultades de la ruta costera que eligió. Evidentemente, deseaba mantener el contacto con la flota, pero había otros planes más lógicos para conseguir ese mismo objetivo y, de haberlos seguido, aquella desastrosa marcha habría sido innecesaria.

Cummings no dice cuáles podrían haber sido esos «planes más lógicos» y da a entender que Alejandro, como tantos otros comandantes, dejó todo al albur de la fortuna.

Lo cierto, sin embargo, es que había enviado el grueso de la infantería pesada junto a las tropas ya no aptas para el servicio militar (*apomachoi*) —es decir, las mismas tropas que lo habían desafiado en el Hífasis (y a las que, según sugieren algunos autores, pretendía castigar de ese modo)— por la ruta menos rigurosa hacia Carmania. Eso habría llevado a Crátero a cruzar el paso de Mulla y no el de Bolán, que no se utilizaba en aquel momento. Además, el primero está abierto todo el año.[21] Pero ni siquiera esa ruta puede considerarse *fácil* (al menos, no la porción de la misma que se encamina al norte desde Kalat). El aventurero del siglo XIX Josiah Harlan señaló en su momento que el área en torno a Quetta «está formada por montañas divididas por pequeños valles improductivos, sin apenas vegetación suficiente para el sustento de la población de pastores, escasa y salvaje. La cantidad de agua existente sólo alcanza a mantener a grupos reducidos de hombres y animales».[22] Las condiciones allí reinantes en la antigüedad no debían de diferir mucho de las de la época decimonónica.

En su paso por las tierras de los oritas y por el desierto que se extendía a continuación de aquéllas, Alejandro asignó las labores de suministro y fortificación a Hefestión, y las más estrictamente militares a Leónato y Tolomeo. Las columnas más móviles bloqueaban las posibilidades que pudiera tener la población local de poner en peligro la flota —si bien, de hecho, la mayoría de habitantes de aquellas localidades huían ante la llegada de los macedonios— y aseguraban los suministros y el botín. Pero las mayores penalidades se vivieron en la región situada entre Rambacia (en la

tierra de los oritas) y los límites de Gadrosia: una extenuante marcha que se prolongó durante unos sesenta días.[23] Aunque la pérdida en vidas humanas fue elevada, quienes más sufrieron fueron las mujeres y los niños que acompañaban al campamento.[24] La realidad pura y simple es que el ejército macedonio tuvo que seguir la ruta meridional con efectivos suficientes para ser útil a la flota y asegurarla frente a posibles enemigos. Los preparativos que se realizaron y las precauciones que se tomaron (como, por ejemplo, avanzar de noche) se basaron en las mejores informaciones y estimaciones disponibles. Ni siquiera el «milagroso» descubrimiento de agua que hizo el rey en las regiones esquistosas podía atribuirse a la divina providencia, sino a la información recabada entre la propia población nativa.[25] Algunas de aquellas condiciones pudieron haberse mitigado de haberse tomado medidas apropiadas. Pero Alejandro, como cualquier otro comandante, no podía prever los desastres naturales. El que asoló el campamento por culpa de una lluvia torrencial recuerda en mucho a la riada —tan gráficamente descrita por Otón de Frisinga— que casi destruyó el campamento alemán durante la marcha de aquel ejército hacia Tierra Santa en 1148.[26] Una comparación similar puede establecerse con la campaña rusa de Carlos XII de Suecia en 1708-1709, que terminó en desastre en Poltava: la especial atención dedicada allí a los suministros del ejército no sirvió de nada ante las malas comunicaciones y el más crudo invierno registrado hasta entonces.[27] Podrían aportarse innumerables ejemplos paralelos, pero baste decir que la experiencia de Alejandro en los yermos parajes de Gadrosia no fue única ni atribuible al capricho o a la megalomanía.

Parte de la culpa de aquella catástrofe puede atribuirse a los sátrapas vecinos, que ignoraron (o no reaccionaron con la suficiente rapidez ante) las peticiones de provisiones formuladas por Alejandro. El rey ordenó más tarde el ajusticiamiento de algunos de ellos (infligiéndoles lo que ha sido considerado como un castigo excesivo), pero lo más probable es que fueran hallados culpables de desobediencia o de negligencia en algún otro aspecto del ejercicio de sus cargos, y que no sirvieran de simples chivos expiatorios.[28] La remodelación administrativa había comenzado mucho antes de que Alejandro abandonara el Indo y proseguiría en las semanas posteriores, pero, entretanto, tuvo como contrapeso una relajación de la disciplina

en el ejército en atención a las penurias vividas por los soldados. Se nos cuenta que el ejército siguió avanzando por Carmania, despreocupado de todo interés militar («no se veía ni un escudo, ni un casco, ni una sarisa»: Plut., *Alej.*, 67.4) y entregado a la bebida y a la disipación. Alejandro y sus compañeros más cercanos lideraban la marcha en un carro especialmente construido para la ocasión y tirado por ocho caballos. La mayoría de historiadores han rechazado la famosa tesis del supuesto «delirio báquico» vivido en Carmania. Muchos estudiosos consideran que esa teoría exagera la supuesta afición de Alejandro por la bebida y representa aquel episodio como el punto más bajo de su carrera militar. La han descartado, pues, acusada de ser una ficción, un producto de fuentes hostiles (muchas de ellas influidas por la suerte corrida por Calístenes). Los detalles de aquella bacanal y el grado de libertinaje alcanzado han sido sin duda exagerados por las fuentes, pero no hay ningún buen motivo para rechazar ese relato de los hechos acaecidos durante aquella expedición como un ejemplo de mala historia ni para criticar las pobres dotes de general supuestamente demostradas entonces por Alejandro. Simplemente, habiendo regresado a territorios que se hallaban seguros bajo control macedonio, el rey dio a sus tropas un necesario y merecido momento de descanso y diversión. La crisis había quedado atrás.[29] Los ejércitos grandes solían moverse a paso de tortuga y es dudoso que las tropas implicadas en los festejos se extendieran por una franja muy extensa de lo que esencialmente era un territorio amistoso; pero es cierto que tampoco habría ido mal que se hubiera apreciado algo de movimiento en aquellos hombres, aunque sólo fuera por motivos de higiene. No obstante, que las fuentes antiguas conservadas no mencionen la existencia de tropas de reserva en labores regulares de guardia no significa necesariamente que no hubiera ningunas de servicio. En Salmos, fue el ejército quien avistó la llegada a puerto de la flota india, lo que dio pie a una nueva ronda de festejos y celebraciones.

A medida que el ejército se iba desplazando hacia el oeste, Alejandro fue teniendo mayor constancia de las conductas irregulares de sus administradores: algunas autoridades fueron castigadas por no haber aprovisionado al ejército, pero la mayoría de los arrestados habían sido hallados culpables de delitos diversos que llegaban incluso a la rebelión. En algunos casos, lo que les había movido a rebelarse había sido su conciencia de cul-

pabilidad y la presencia de ejércitos mercenarios en los que apoyarse para su causa. El rey respondió exigiendo la dispersión de las milicias mercenarias al servicio de las satrapías. Pero suponer que las actividades de los sátrapas formaban parte de un esfuerzo coordinado es llamarse a engaño. Se había producido un problema de desgobierno a gran escala —aunque no todas las autoridades que desaparecieron de los registros históricos o se vieron obligadas a abandonar sus cargos fueron víctimas de una purga— y el alcance del castigo fue proporcionado.[30] Habría sido injusto situar las acciones de los altos cargos locales de Alejandro en la misma categoría que las atrocidades cometidas por los conquistadores españoles en el Nuevo Mundo, pero la intervención personal de Alejandro fue sin duda más efectiva que la de la corona española en sus intentos de frenar los abusos en Perú. El venerable historiador de la conquista de América, William H. Prescott, ha comentado con razón que, «si el soberano [es decir, Carlos V] hubiera estado allí para supervisar en persona sus conquistas, jamás habría podido soportar que una proporción tan grande de sus vasallos fuera sacrificada gratuitamente por la codicia y la crueldad de aquel puñado de aventureros que los sometieron». Llamar al castigo que aplicó Alejandro a un grupo de matones, estafadores y extorsionistas un «reinado del terror» es pervertir todas las nociones de la justicia y la moral.[31]

Fue probablemente en aquel punto de su viaje en el que Alejandro recibió la noticia de la deserción de su amigo, el tesorero imperial, Hárpalo. Las primeras informaciones al respecto, traídas por los actores Ciso y Efialtes, fueron tratadas con incredulidad (hasta el punto de que Alejandro se dispuso incluso a arrestarlos y encadenarlos bajo la acusación de difundir falsos rumores), pero Cleandro, Sitalces, Agatón y Heracón confirmaron a su regreso aquel parte inicial y dieron cumplida descripción del alcance completo de los abusos cometidos. Por su condición de *strategoi* asociados con el tesorero díscolo, Cleandro y los otros también fueron hallados culpables de incumplimiento de sus obligaciones y de crímenes contra los habitantes nativos. Alejandro ordenó su ejecución y la de otros 600 soldados que les habían ayudado a realizar aquellos abusos. Heracón fue perdonado en aquel momento, pero, al poco, fue acusado de nuevos cargos presentados contra él por más víctimas y sentenciado definitivamente a muerte. Dichas acusaciones (entre las que se incluían violaciones, asesina-

tos, sacrilegio e intimidación) equivalían a auténticos crímenes de guerra, por lo que las medidas tomadas por Alejandro deberían ser dignas de elogio. Demasiados han sido los países que han hecho la vista gorda ante actividades similares (pensemos, si no, en las atrocidades de la Fuerza Tigre en Vietnam, que han sido luego oportunamente barridas bajo la alfombra). Las decisiones de Alejandro en aquel momento, sin embargo, son consideradas hoy por muchos estudiosos del tema una prueba adicional de su brutalidad.[32]

En realidad, las «víctimas» de la supuesta purga llevada a cabo por Alejandro formaban un variopinto elenco de sátrapas, personal militar y rebeldes persas. Los generales (Cleandro, Heracón, Agatón y Sitalces) pertenecían todos a la misma área administrativa que Hárpalo, cuya mala conducta resulta innegable y no puede ser atribuida a una simple acusación fabricada. En cuanto a los sátrapas, la supuesta destitución de Apolófanes parece un error de Arriano: aquél murió en combate antes de que Alejandro llegase a Pura, donde el historiador asegura que emitió la orden de deposición. Por su parte, la destitución de Tiriaspes en el 326 se produjo demasiado pronto como para ser considerada parte de ese otro proceso. Orxines (descendiente de uno de los Siete), Astaspes, Abulites y su hijo Oxatres eran todos miembros de la nobleza persa, que acumulaba una larga historia de resistencia a la autoridad central. Es posible que Alejandro simplemente se hubiera mostrado menos tolerante y menos indulgente que sus predecesores aqueménidas.

La posición de Alejandro con respecto a la aristocracia persa evoca comparaciones con la de Guillermo el Conquistador entre 1066 y 1086 (fecha del *Domesday Book*), si bien hay que reconocer que Guillermo tenía más legítimo derecho al trono de los conquistados.[33] El historiador R. Allen Brown señala al respecto:

> Que, en un primer momento, el rey Guillermo tuviera intención de instaurar un Estado anglonormando genuino queda demostrado por su patrocinio de (y su paciencia con) figuras como el príncipe Edgar, los condes Edwin y Morcar, Waltheof y Copsi, y los demás miembros de la nobleza de Inglaterra anterior a la conquista que se sometieron a él e hicieron las paces tras Hastings.[34]

Al final, la rebelión se originó tanto entre la vieja aristocracia angloescandinava como entre algunos de los nuevos señores normandos; transcurridos veinte años desde la conquista, las propiedades territoriales de la aristocracia nativa ascendían a sólo un 5 % aproximado del total. Incapaces de generar una situación en la que tuvieran cabida vencedores y vencidos por igual, el ejército normando (como antes el macedonio) pasó a ser visto como una fuerza de ocupación, y sus castillos cumplieron la misma función que las guarniciones fortificadas de Alejandro.[35]

El argumento del «reinado del terror» tampoco se sostiene en otros aspectos. La presencia de Estasanor, Atropates, Peucestas, Filóxeno y Menandro en Babilonia en el 323 no significa que también ellos estuvieran condenados a la eliminación y que sólo la prematura muerte de Alejandro los salvara. Tampoco hay que dar por supuesto que a Antípatro le fuera a suceder algo, si bien es cierto que se mostró reacio a obedecer las instrucciones del rey.[36] A fin de cuentas, tenía ya setenta y seis años cuando Alejandro lo llamó para que se trasladara a Asia.

Lo que más indignó a Alejandro, sin embargo, fue un delito cometido contra la dignidad de la realeza: se supo por entonces que unos ladrones habían saqueado la tumba de Ciro el Grande en Pasargada, que el propio rey había visitado personalmente en el 330. El monarca ordenó el ajusticiamiento de uno de los culpables, Polímaco, aun cuando se trataba de un distinguido macedonio de Pela. Allí mismo, en Persia, Alejandro estaba ansioso por poner de relieve su papel como gobernante legítimo y, por ejemplo, seguía la costumbre aqueménida de repartir monedas de oro entre las mujeres; pero, por otra parte, tampoco tuvo reparos en ordenar la ejecución de Orxines —quien se proclamaba descendiente de uno de los miembros de los Siete— acusado de traición. Según las versiones hostiles, Orxines fue víctima de las intrigas del eunuco Bagoas, quien ejercía una influencia indebida sobre Alejandro. Ni que decir tiene que no hay motivo para cuestionar la existencia de Bagoas, pero el hecho de que el relato de su ofensiva personal contra Orxines aparezca únicamente en la obra de Q. Curcio Rufo podría ser un ejemplo de *color romanus* y un intento de comparación de Alejandro con algún emperador corrupto de los primeros tiempos de la Roma imperial.[37]

BODAS EN MASA EN SUSA (324)

En Susa, Alejandro llevó adelante otro experimento polémico. Ordenó que más de noventa de sus *hetairoi* tomaran como esposas a hijas de distinguidos nobles persas. Él mismo se casó con Estatira, hija de Darío que otrora fuera prisionera suya, y con Parisátide, hija de Artajerjes III Oco, con lo que estableció lazos con dos ramas de la casa real persa; a Hefestión le dio en matrimonio a la hermana de Estatira, Dripetis. El plan —porque eso es lo que era— ha venido a ser presentado en tiempos modernos (aunque de forma poco convincente) como un intento de creación de armonía interracial: una especie de política de fusión.[38] Pero seguramente fue algo más que un gesto simbólico. Parece más bien que Alejandro pretendía dar al nuevo imperio un núcleo aristocrático macedonio que, al mismo tiempo, mantuviera lazos con la nobleza persa. Al igual que los matrimonios de los conquistadores españoles con mujeres indias en Nueva España y Perú, los enlaces solemnemente celebrados en Susa tal vez tuvieran que ver especialmente con la adquisición de derechos relacionados con tierras, rentas y mano de obra.[39] Recordemos que, cuando Alejandro partió desde Macedonia con graves apuros económicos, animó a sus *hetairoi* a que se hicieran partícipes de sus propias expectativas:

> Pues con todo de haber empezado con tan pequeños y escasos medios, no se embarcó sin antes informarse de la situación por la que estaban pasando sus compañeros (*hetairoi*), y distribuyó entre ellos a uno un campo, a otro una aldea y a otro la renta de un caserío o de un puerto.
>
> Cuando ya hubo gastado o asignado casi todos los bienes y rentas de la corona, le preguntó Perdicas: «Y para ti, oh, Rey, ¿qué es lo que dejas?». Como le contestase éste que las esperanzas, repuso aquél: «Pues y nosotros, ¿no participaremos también de ellas los que hemos de acompañarte a la guerra?». Y renunciando Perdicas a la parte que le había asignado, algunos de los demás compañeros hicieron otro tanto.[40]

Muchos de los *hetairoi* de Alejandro estuvieron, pues, encantados de sacrficar las propiedades que dejaban en sus lugares de origen a cambio de las expectativas de riqueza y tierras que les prometía la conquista.

De hecho, si no nos detenemos simplemente en el sistema de encomiendas y vamos un poco más allá, es muy interesante comprobar que los españoles aceptaban a las mujeres indias de los totonacas (siempre, claro, que se convirtieran al cristianismo y adoptaran los nuevos nombres concedidos en el bautismo) para adquirir ventajas de tipo político o militar. Bernal Díaz comentó en aquel entonces que sus compatriotas consideraban bastante atractivas a aquellas mujeres (con la notable excepción de una, descrita como «muy fea») «para ser indias».[41] Las ventajas que se obtenían con aquellos matrimonios eran obvias, pero el comportamiento de los novios varones no siempre obedecía a cínicos intereses económicos. Después de todo, las sensibilidades raciales de los españoles eran distintas de las de la mayoría de los demás europeos como consecuencia de la prolongada experiencia de *convivencia*,* y, en cierto sentido, los macedonios (que habían formado frecuentes matrimonios mixtos con cónyuges de origen tracio e ilirio) estaban más abiertos a tales enlaces interraciales que sus vecinos griegos de más al sur. Algo que facilitaba especialmente, además, que los macedonios aceptaran aquellas bodas era el hecho de que no tuvieran convenciones sociales o religiosas que blindaran la monogamia (al menos, no entre la aristocracia).[42] Aun así, en cualquier caso, no deberíamos descartar tampoco las implicaciones socioeconómicas de estos matrimonios aristocráticos en masa.

Hace tiempo que se ha vuelto axiomático pensar que los nobles macedonios repudiaron a sus novias persas inmediatamente después del fallecimiento de Alejandro. Lo cierto, sin embargo, es que sólo tenemos constancia de un caso de ese tipo e, incluso entonces, el novio —Crátero— tuvo mucho cuidado de buscar un esposo de valía que le sustituyera —Dionisio de la Heraclea Póntica— para Amastrines, sobrina de Darío III.[43] Y si obró así cuando accedió a casarse con Fila, hija de Antípatro, fue posiblemente porque le preocupaba que Amastrines cayera en manos de un rival político que sacara partido de las conexiones familiares de ésta. Seleuco, quien más tarde se convertiría en sátrapa de Babilonia, obtuvo una gran ventaja política gracias a su esposa, la hija de Espitámenes.[44] Podemos asumir, por tanto, que con aquellas uniones mixtas se pretendía crear una re-

* En español en el original.

serva futura de comandantes y administradores que fueran aceptables a ojos de los pueblos conquistados (sin que éstos los consideraran opresores extranjeros). Arriano, al mencionar las posteriores quejas de los soldados macedonios en Opis, explica que éstos pusieron objeciones a la adopción del atuendo persa por parte de Alejandro «y a la celebración de las bodas según el ceremonial persa, que no había sido del agrado de muchos de ellos, *incluidos algunos de los novios*, que no estaban satisfechos» [la cursiva es mía].[45] Arriano se refiere claramente a los esponsales de los *hetairoi* con distinguidas mujeres persas, pero también se puede dar la vuelta a ese argumento señalando que la mayoría de esos *hetairoi* no pusieron reparos. Más importante aún es el detalle de que la ceremonia de Susa no hacía más que dar mayor extensión a una práctica que el propio Alejandro había iniciado en la Sogdiana (y que continuó en esta otra ocasión posterior casando a las hijas de Darío III y Artajerjes Oco con miembros de la nobleza macedonia).

Si Alejandro y sus herederos hubiesen vivido para regir el nuevo imperio, la composición de la aristocracia y la distribución de sus tierras habrían sido sumamente reveladoras del propósito de aquellos matrimonios susianos. Una destacada historiadora de la Persia antigua, Maria Brosius, señala a este respecto que «las actitudes ambiguas por las que se caracterizó la política de Alejandro hacia Persia y los persas tal vez nos ayuden a entender por qué fracasó en su aspiración de ser reconocido como rey de un nuevo imperio persa-macedonio».[46] De todos modos, las actitudes de Alejandro sólo parecen ambiguas porque no vivió lo suficiente para que se dejara sentir el impacto de su política. Y aunque dichas políticas quedaron en nada a raíz de la muerte del rey macedonio y del caos que siguió a continuación, lo cierto es que podemos establecer una analogía entre éstas y las adoptadas por Napoleón. El historiador Frank McLynn sostiene que el emperador francés «trató de emular al gran conquistador macedonio creando una nueva nobleza, formada en parte a partir de la fusión con los notables locales y con los exiliados que habían regresado, y en parte también a partir de matrimonios entre miembros de su familia y otras figuras potentadas europeas».[47]

Más difícil resulta comprender el fin que perseguía Alejandro cuando legalizó las uniones de unos 10.000 soldados macedonios con sus concubi-

nas, muchas de las cuales eran cautivas de guerra o prostitutas que acompañaban al campamento. Es fácil sentirse tentado de ver en esa medida una forma de incentivo para que los soldados se quedaran en Asia,[48] ya fuera formando parte de tropas regulares, como milicianos o como miembros de las diversas guarniciones. Pero el número de veteranos licenciados en Opis poco después fue también de unos 10.000 y entre ellos se encontraban los aproximadamente 3.000 Escudos de Plata (*argyraspides*), la mayoría de los cuales se marcharon acompañados de sus mujeres bárbaras y de sus hijos mestizos. Esto, por supuesto, no significa que los 10.000 soldados desmovilizados fueran los mismos a cuyos concubinatos se les dio rango legal de matrimonio, pero muchos de ellos debieron de coincidir, como muestra el caso de los Escudos de Plata.

En Susa, en la primavera del 324, se añadieron tropas extranjeras al ejército macedonio en un número sin precedentes. Las primeras fueron las de los llamados Descendientes (*epigonoi*): 30.000 jóvenes bárbaros entrenados y armados al estilo macedonio. Alejandro había ordenado ya la creación de aquella unidad en el 330. Con mil hombres persas se formó una guardia especial de infantería de la corte. También se reclutó para la caballería a jinetes de los pueblos más reputados en ese arte de todo Asia (bactrianos, aracosios, arios y drangianos, entre otros). Un grupo de élite en concreto, conocido como los Evacos, fue integrado en la caballería de los Compañeros, como también lo fueron los hijos de destacados sátrapas y generales persas. Éstos formaron (junto a algunos de los jinetes ya existentes —presumiblemente macedonios—) una nueva hiparquía (Arr., 7.6.3), que podría ser aquella que dirigieron, sucesivamente, Hefestión, Perdicas y Seleuco, y que constituyó la base sobre la que se cimentó el ascenso de Hefestión al rango de quiliarca. No está claro cuándo se produjo exactamente esta «persización» de la caballería. En Bactria y en India habían sido varias las unidades bárbaras que habían servido en el ejército de Alejandro. Sin embargo, es probable que hasta ese año 324 no se hubiera producido una integración a gran escala. Fue precisamente esa «integración» la que más resentimiento causó: Arriano señala que los hombres protestaron por el hecho de que a los persas «se les equipara con lanzas macedonias (*dorata*) y no con las jabalinas con correa propias de los bárbaros».[49]

Se creía (y puede que con cierta base de verdad) que Alejandro había reunido a los *epigonoi* para crear un contrapeso (*antitagma*) a los macedonios, en los que al rey le resultaba cada vez más difícil confiar. Pero no fueron las únicas tropas foráneas añadidas a las filas de su ejército: Peucestas, sátrapa de Pérside y admirador de las costumbres y el atuendo bárbaros, incorporó a unos 20.000 honderos y arqueros de su provincia. Tampoco hay que olvidar que, si bien Crátero regresó a Macedonia con la misión de comunicar a Antípatro el relevo en sus funciones, éste viajó a Asia con nuevas levas traídas de la patria de Alejandro. Al final, todos esos planes se vieron trastocados por la muerte del rey y el estallido de la Guerra Lamíaca. Durante los desesperados años de los Diádocos y, más tarde, en los reinos helenísticos orientales, se hizo un uso forzosamente más extendido de tropas nativas armadas y entrenadas al estilo macedonio (a las que incluso se llamaba así, «macedonias»). En cualquier caso, es evidente que los planes de Alejandro no pasaban por un reemplazo total y sistemático de soldados macedonios por tropas bárbaras.

El año 324 fue, pues, un año de transición para Alejandro y su imperio. Las consecuencias de sus medidas son apreciables, en cierta medida, en la historia de los Diádocos, pero lo que no es tan seguro es en qué habrían dado finalmente las cosas si el rey hubiese vivido más tiempo, ni, más concretamente, si la crisis provocada por los cambios y las nuevas políticas habría sido inevitable.

9

EL LARGO CAMINO DE SUSA A BABILONIA

En el 331-330, eufórico tras la victoria en Gaugamela y lanzado a la caza del premio definitivo, Alejandro había marchado directamente con sus tropas de Babilonia a Susa. Más de seis años después, optó por deshacer el camino no por la vía más directa, sino haciendo escala primero en Opis, para luego ir de allí a Ecbatana, por la que había pasado sin detenerse cuando se hallaba en plena persecución de Darío III. Pero el trayecto de Susa a Babilonia del año 324-323 acabaría resultando largo y penoso. Como los gobernantes aqueménidas que lo habían precedido, Alejandro iba entonces en una especie de procesión, tratando, por una parte, de huir del calor sofocante de Susa en busca del clima más fresco de Ecbatana y, por otra, buscando repartir la responsabilidad y los gastos del mantenimiento de la corte real entre las capitales del imperio. A tal fin, por ejemplo, se había privado a sí mismo de los placeres de Persépolis, aun cuando el funcionamiento de la corte de Alejandro representaba ya de por sí un abaratamiento de costes con respecto a los de la época de los aqueménidas.

El propio rey regresó al golfo Pérsico y navegó con Nearco hasta la desembocadura del Tigris para luego remontar corriente arriba ese río hasta la localidad de Opis. Allí se le unió el resto del ejército, conducido hasta aquel lugar por Hefestión. También en Opis anunció Alejandro la desmovilización de los veteranos (sobre todo, la de los que ya no estaban físicamente capacitados para el servicio), aunque ofreció igualmente incentivos para aquellos hombres aptos que optaran por quedarse. El licenciamiento era un duro trago para aquellos soldados, por mucho que añoraran sus hogares. Y más difícil se les hacía en circunstancias como aquéllas, que no podían por menos que inducirlos a cuestionarse el sentido global de sus esfuerzos. ¿Qué se había conseguido exactamente en los campos de

batalla del Gránico, Isos y Gaugamela, si los vencedores tenían ahora que ver a su rey ataviado al estilo persa, dando la espalda a su herencia macedonia, dejando tras de sí a herederos de sangre mestiza, e integrando a los conquistados en el ejército y la administración? ¿Para esto habían emprendido una marcha de ida y vuelta hasta los confines de la tierra? Los eslóganes panhelenísticos tal vez hallaron mayor eco entre los aliados y los mercenarios griegos, pero los macedonios se habían tomado muy en serio los mensajes de venganza y conquista, y para ellos esto último significaba la subyugación de los vencidos y la acumulación de beneficios tangibles para los vencedores.[1] De ahí que manifestaran vehementemente su oposición a Alejandro: aquélla no era la obstinada secesión que frenó en el Hífasis (al menos, según la versión oficial) el avance hacia el este, sino que se trataba de un motín en toda regla, en el que los hombres arrojaron todo su desprecio sobre la misma persona a la que anteriormente habían venerado como a un dios. Esa persona —se quejaban los soldados macedonios— se engañaba ahora a sí mismo proclamando a Amón como su verdadero padre y renegando de Filipo.

Alejandro desafió a los amotinados, ordenó a sus hipaspistas el apresamiento de los cabecillas —trece en total— y se quejó amargamente de la ingratitud de la soldadesca. Los amenazó con emprender nuevas campañas sin ellos (y, de hecho, nuevos refuerzos de refresco estaban al caer en forma de 30.000 *epigonoi* —o Descendientes—, entrenados y armados al estilo macedonio). Los principales sembradores de la discordia fueron encadenados y arrojados al Tigris, un castigo característico de las prácticas habituales en el Próximo Oriente.[2] En última instancia, fue el rechazo o (más significativamente) el reemplazo lo que indujo a los soldados macedonios a suplicar el perdón del rey. Su resentimiento inicial había mudado en abatimiento. Se quejaban de que Alejandro había abandonado a sus Compañeros macedonios (*hetairoi*) y había convertido a los persas en parientes suyos (*syngeneis*). Pero Alejandro demostró nuevamente ser un maestro en el arte de la psicología de masas y aceptó la sumisión de las tropas. A cambio, celebró un banquete en honor de la concordia (*homonoia*), en el que hizo hincapié en la armonía entre ambos colectivos sin dejar de subrayar la prioridad de los macedonios, a quienes sentó en torno al rey, concediendo a los persas un papel secundario. Lejos de tratarse de

una especie de canto a la «unión de la humanidad», aquello fue una manera de exhibir una fórmula de adaptación entre los conquistadores y los conquistados, cuyo estatus diferenciado se hizo así visible para todos.[3]

Las tropas licenciadas en Opis sumaban unos 10.000 soldados de infantería y 1.500 jinetes de caballería. Entre los primeros se incluían los ya mencionados 3.000 Escudos de Plata. La mayoría sufrían los efectos negativos de su avanzada edad y de años de dura campaña, iniciados ya en tiempos del reinado de Filipo II. Su propio líder, Crátero, quien posiblemente no había alcanzado siquiera la cincuentena, estaba tan enfermo que Alejandro consideró necesario nombrar a Poliperconte como segundo y sucesor de aquél en el mando por si Crátero moría durante la marcha. De hecho, el lento avance de los veteranos en su camino de regreso debe explicarse por la situación tanto de las tropas (y de su pesada caravana de bagaje, que debía de ser de proporciones considerables) como del imperio occidental en sí.

Aunque la desmovilización de los veteranos de Alejandro es comprensible por sí misma, es importante ver la partida de las fuerzas de Crátero —que no dejaban de constituir aún una entidad militar apreciable— dentro del contexto de los acontecimientos del año 324. El amigo de la infancia de Alejandro y tesorero imperial, Hárpalo, había sido hallado culpable de deficiencias graves en su gestión administrativa (cuando no de actividades abiertamente delictivas)[4] durante la ausencia del rey, de campaña por la India. El suyo tampoco era un historial inmaculado, puesto que ya había huido del campamento macedonio antes de la batalla de Isos, llevándose consigo —al parecer— parte del dinero que tenía a su cargo.[5] Posteriormente, fue perdonado y rehabilitado en sus funciones en atención a sus servicios previos y a los lazos que mantenía con la casa real elimiota. Pero las responsabilidades que se le confiaron fueron demasiado pesadas para un hombre de una fibra moral tan débil. En los años posteriores a su designación como tesorero (primero en Ecbatana y, luego, en Babilonia), empleó cuantiosas sumas de dinero público para sus propios proyectos personales, frívolos algunos de ellos, grandiosos otros. No es necesario que nos ocupemos aquí de los detalles, por entretenidos que puedan resultar. De la mayoría dieron sobrada cuenta ya en su momento chismosos y escritores con un marcado regusto por lo retórico y un escaso respeto por la verdad

estricta. Pero el hecho de que los tejemanejes de Hárpalo fuesen luego satirizados en las obras de los autores de la Comedia Nueva y entre las propias filas macedonias sugiere que muchos de aquellos relatos respondían hasta cierto punto a la realidad.[6] Desde luego, la conciencia de Hárpalo no podía estar muy limpia cuando él mismo decidió huir de Babilonia a Atenas, donde esperaba comprar protección frente al rey al que había ofendido. Tanto si su arribada a las costas del Ática contribuyó a precipitar una rebelión en Grecia como si, más bien, la dejó en un breve suspenso, lo que está claro es que Alejandro hizo de aquel asunto su mayor preocupación y envió a Filóxeno desde Jonia para exigir la extradición del huido. Al final, tras repartir algunos fondos entre los políticos atenienses y desencadenar uno de los escándalos políticos más sensacionales jamás vividos en Atenas, Hárpalo huyó a Creta, donde acabó siendo asesinado por uno de sus propios hombres.[7]

Hárpalo había llegado a Grecia al poco tiempo de conocerse los términos del Decreto de Exiliados de Alejandro. De ahí que los atenienses, en concreto, estuvieran ya en estado de alerta. Dicho decreto (del que se dan más detalles un poco más abajo) estaba estrechamente ligado al realineamiento de poder que el rey macedonio se proponía efectuar en su propio país. Provocado por las quejas y los rumores recibidos de su madre, Olimpíade, Alejandro había decidido instaurar a Crátero como virrey suyo en Macedonia y conferirle también la responsabilidad de la imposición de los términos del Decreto de Exiliados a los Estados griegos. La nueva política —se decía eufemísticamente— iba destinada a proteger la libertad griega, pero, al mismo tiempo, Antípatro tenía el encargo de llevar refuerzos para Alejandro en Babilonia. Esta especie de «cambio de la guardia» no podía por menos que inquietar al propio Antípatro, a quien no debió de pasar inadvertida la suerte corrida en su momento por Filotas, Parmenión y su propio yerno, Alejandro el Lincesta. Tal vez no tuviera ninguna necesidad de temer por su integridad personal. Tal vez. Pero lo que estaba claro era que su carrera política (y con ella, las aspiraciones de los miembros y los seguidores de su familia) estaba a punto de terminar. La presencia de su hijo, Casandro, en Babilonia en el 323 nos da a entender que su padre se proponía retrasar todo lo posible su salida de Macedonia; por otra parte, el duro trato dispensado al propio Casandro —suponiendo que esa historia

sea cierta—[8] es buena muestra de que el rey no tenía ánimo alguno de negociar.

No obstante, Antípatro había conseguido ganar algo de tiempo gracias a la situación en Cilicia, pese a que, con ello, indudablemente sometió las lealtades políticas de Crátero a una fuerte tensión. La satrapía llevaba meses sin gobernante, ya que Bálacro, hijo de Nicanor, antiguo *somatophylax* del rey y esposo de la hija de Antípatro, Fila, había perecido en campaña contra sus vecinos pisidios. Hárpalo había llegado a Tarso poco después huyendo del rey y de su ejército, y muy probablemente se llevó parte de la caja de la tesorería local.[9] Lógicamente, la primera tarea de Crátero había sido restablecer el orden en la satrapía y, para ello, es posible que instalara a los Escudos de Plata como tropas de guarnición, al menos, temporalmente. Los acontecimientos acabaron confabulándose para llevar a aquellos hombres del que prácticamente era su umbral de entrada en Macedonia a la ignominia y la destrucción. Pero ésa es ya otra historia.[10]

EL DECRETO DE EXILIADOS Y LA «LIBERTAD GRIEGA»

En el verano del 324, Nicanor de Estagira, yerno e hijo adoptivo de Aristóteles, proclamó en los Juegos Olímpicos el llamado Decreto de Exiliados, del que se ha conservado una versión breve en la obra de Diodoro:

> El rey Alejandro a los exiliados de las ciudades griegas. Aunque nos no hemos sido el responsable de vuestro exilio, asumiremos la responsabilidad de vuestro regreso a vuestras diversas patrias de origen, salvo en el caso de aquellos sobre cuyas cabezas pese algún mal. Hemos dado a Antípatro órdenes escritas en este sentido y él empleará la fuerza contra aquellas ciudades que se nieguen a aceptar el retorno (Diod., 18.8.4).[11]

La proclamación del edicto —de cuya idea central debían de tener los griegos algún conocimiento de antemano—[12] no podía más que actuar como un elemento convulsivo en las ciudades helenas, ya que aquellas personas a las que se permitía ahora regresar se habían exiliado anteriormente por razones políticas. A su vuelta, los antiguos exiliados desestabiliza-

rían sus Estados respectivos y renovarían el debate sobre la legalidad de su destierro y la confiscación de sus propiedades. Además, Alejandro no estaba legitimado (ni siquiera como *hegemon* de la Liga de Corinto) a emitir tal declaración, que vulneraba la autonomía local. ¿Por qué, entonces, rebasó los límites de su autoridad e introdujo medidas que no harían más que agudizar el estado de revuelta?

Hay varias explicaciones, aunque ninguna resulta plenamente satisfactoria. Para empezar, debemos considerar quiénes eran los individuos clave de ese problema: Alejandro y los propios exiliados. Muchos exiliados políticos habían encontrado trabajo como mercenarios, especialmente en las campañas del rey macedonio. Los que no se habían quedado en alguna de las múltiples guarniciones repartidas por el imperio fueron desmovilizados y enviados de vuelta a la península griega, y su número se vio incrementado además por aquellos que habían servido en los ejércitos de los sátrapas y que habían sido licenciados por orden de Alejandro.[13] Si bien algunos de los desmovilizados se habían dado al bandolerismo en Asia, al final, la mayoría acabaron regresando a sus patrias de origen en Grecia. En éstas, el número de exiliados retornados se había inflado hasta alcanzar las decenas de miles, una multitud peligrosa que podía ser movilizada contra Macedonia si se daba la ocasión. Así pues, la reinstauración equivalía a una especie de pago por los servicios prestados y garantizaba la lealtad de aquellos hombres a la causa de Alejandro.[14] Pero también es posible que la preocupación fundamental del rey fuese simplemente la de librarse de alborotadores potenciales y que hubiese calculado mal la repercusión de aquella política en los Estados griegos.[15] La reinstauración política no garantizaba ingresos y muchos de los exiliados no conocían más oficio que el del servicio militar. De ahí que sus lealtades variasen según quien pagara sus soldadas.

En segundo lugar, existía otro grupo directamente afectado por el decreto: los dirigentes de los Estados receptores y sus seguidores políticos. Aunque las fuentes antiguas sólo mencionan explícitamente a Atenas y Etolia, las ciudades donde el peligro era mayor debieron de ser aquellas en las que se había impuesto un gobierno oligárquico. Y si eso era así, es muy posible que Alejandro deseara expulsar a aquellas oligarquías instauradas por Antípatro durante su ausencia. Dado que el rey macedonio se prepa-

raba para afrontar una lucha contra su virrey en Europa, tal vez quisiera eliminar a algunos de los puntales del poder de éste.

En tercer lugar, debemos considerar la posibilidad de que, una vez finalizada su campaña persa, Alejandro estuviese tratando deliberadamente de fomentar la rebelión en Grecia y generar así un pretexto para una intervención militar.[16] Cuando abandonó Europa en el 334, sus relaciones con los griegos eran un tanto precarias. Años después, sin embargo, estaba ya en situación de hacer frente a esos Estados (y, en especial, a Atenas y Etolia), cuyas travesuras había tenido que pasar por alto en los primeros años de su reinado. La promoción de la libertad griega se convirtió así en el pretexto para doblegar el escaso espíritu independiente que aún pudiera quedar allí tras Queronea y la guerra de Agis. El regreso de Crátero junto a 10.000 veteranos fue, pues, planeado para que coincidiera en el tiempo con ese plan: aquel oficial de confianza sustituiría a Antípatro como supervisor de Europa y garante de la «libertad de los griegos». Si Antípatro no cooperaba, se estaría alineando con los enemigos de la libertad.[17]

Es quizás en el contexto del Decreto de Exiliados donde mejor se puede entender la solicitud de recibir honores divinos que hiciera Alejandro. Evidentemente, no hubo petición formal ni *orden* alguna que saliera de boca del rey, como bien han señalado muchos historiadores, pero difícilmente podemos dudar de que algunos Estados griegos (si no casi todos) fueron alentados a reconocer el carácter divino de Alejandro. Tampoco deberíamos creer, como hacen algunos, que el rey macedonio era presa de algún autoengaño acerca de su propia «divinidad». Eliano, un griego de los siglos II y III d.C., rechazó y ridiculizó las pretensiones de divinidad de Alejandro en, al menos, tres pasajes de su *Varia historia*.[18] Puede que esto nos parezca extraño tratándose de un autor pagano que escribió en una época en la que los emperadores eran sistemáticamente deificados, pero tal vez se explique por el hecho de que Eliano vivió personalmente los años del reinado de Caracalla (211-217), un conocido imitador de Alejandro, y los excesos de Heliogábalo (218-222). Pero hasta los coetáneos del rey macedonio estaban divididos en lo referente a su divinidad. Muchos de sus oficiales se ofendieron cuando aceptó la proclamación como «hijo de Amón»[19] que de él hizo el sumo sacerdote. Amón era un dios egipcio que

los griegos equiparaban a Zeus y la soldadesca estaba molesta por el acto paralelo de repudio de la paternidad de Filipo que aquella aceptación implicaba. Algunos aduladores se desvivieron por demostrar que Alejandro había sobrepasado los logros de Heracles y Dioniso, y que, por consiguiente, ya era digno de ocupar el lugar que le correspondía en el panteón; otros escritores, sin embargo, publicaron anécdotas que demostraban el cinismo con el que el monarca trataba todas aquellas lisonjas: se dijo, por ejemplo, que Alejandro había encontrado absurdo que Dioxipo (según algunos, o Anaxarco, según otros) proclamara que de una de las heridas del rey había manado el icor característico de los dioses.

La realidad pura y dura es que la deificación tenía una serie de ventajas políticas que el rey anhelaba explotar. Ya había ido preparando el camino hacia los honores divinos instaurando —con la aprobación de Amón— el culto al héroe de Hefestión. Su propia divinidad, pues, era el siguiente paso lógico. Y del mismo modo que no tiene sentido hablar de «autoengaño» y, a renglón seguido, de «pasos lógicos», el paso que dio Alejandro al solicitar que se reconociera su divinidad debe entenderse como una jugada política y como una especie de ardid negociador. Tal vez creyera que podía ejercer mayor poder como dios que como *hegemon* de la Liga. Por otra parte, también es posible que los Estados que reconocieran su divinidad esperaran favores suyos a cambio.

Al parecer, en su ruta a través de los montes Zagros, el rey pasó junto a un despeñadero situado al otro lado de Bisutun (Behistún), en una de cuyas laderas estaba grabada la conocida inscripción trilingüe de Darío I,[20] y, prosiguiendo viaje, llegó aún más allá, hasta la llanura nisea de la Media, famosa en la antigüedad por sus caballos. Se dice que Alejandro halló la población equina gravemente diezmada: sólo 50.000 animales quedaban de un total que, según algunas fuentes, se había aproximado a los 150.000. También en la Media, el sátrapa Atrópates —quien, para entonces, ya era suegro del general Perdicas— salió presuntamente al encuentro del ejército del rey con cien guerreras a caballo, aunque esta historia parece ser más bien la racionalización de un mito sobre un encuentro previo en Hircania entre Alejandro y la reina amazona.[21]

En Ecbatana, en el otoño del 324, Alejandro organizó una serie de competiciones deportivas y artísticas. Fue mientras asistía a uno de esos

acontecimientos cuando murió su amigo más querido, Hefestión, aquejado de unas fiebres. El rey estaba desconsolado. Muchos de los relatos en los que se alega que Alejandro emuló a Aquiles son invenciones posteriores, pero no hay motivo para dudar de la sinceridad de los arrebatos emocionales del monarca. Es difícil determinar si la relación estaba marcada por un elemento homoerótico, aunque las interpretaciones contemporáneas de aquella amistad están influidas por las actitudes de las generaciones actuales y por una manera de entender basada en las convenciones contemporáneas. En cuanto a su posible incidencia en las políticas del rey, importa poco si aquella intensa amistad tenía algún tipo de componente sexual. Lo cierto es que la muerte de su amigo dejó a Alejandro mental y físicamente devastado, y que algunas de las reacciones extravagantes ante aquel hecho sí tuvieron cierto impacto político.[22] Tras un prolongado período de duelo, el rey confió el cadáver de Hefestión a Perdicas, con órdenes expresas de trasladarlo a Babilonia, donde estaba previsto construir para él un ostentoso monumento funerario. Alejandro, por su parte, ocupó su tiempo con una campaña de cuarenta días contra los coseos —citada en muchos estudios como ejemplo de la forma en que el rey desahogaba sus sentimientos hostiles a través de la acción militar—[23] antes de regresar a Babilonia a paso pausado.

ALEJANDRO EN BABILONIA

Alejandro regresó a Babilonia en el 323 convertido en un hombre atribulado. La tarea de consolidación del imperio estaba resultando más difícil y menos gratificante que la de su conquista. Aunque es imposible de demostrar, parece probable que Alejandro se propusiera hacer de Babilonia el centro administrativo de su imperio.[24] Aquí recibió a embajadores de otras naciones, aunque es discutible que éstos vinieran de tan lejos como Cartago e Italia.[25] Había exigido a los griegos que le dispensaran honores divinos, como ya había presagiado con el culto al héroe de Hefestión, pero los embajadores llegados a Babilonia le llevaron coronas de oro con las que lo reconocían como mandatario máximo de Asia, pero no como a un dios. Esto último aún era materia de debate en Grecia, donde debió de tener

especial aceptación la idea propuesta por Esparta: «Si Alejandro quiere ser un dios, dejemos que lo sea».

Aunque había pasado a tener tiempo para dedicarse al ejercicio de gobernar, Alejandro no dejó de poner sus miras en nuevas conquistas. Se enviaron misiones de reconocimiento al mar Caspio y a la costa de Arabia, esta última como preparativo para una propuesta de campaña contra los árabes. También se estaban construyendo navíos en Fenicia.[26] Por último, se decía asimismo que Alejandro planeaba una expedición contra el norte de África. Algunos de esos supuestos objetivos a gran escala del rey han sido puestos en duda, pero lo que sí sabemos es que estaba encantado con la idea de volver a los terrenos de combate aun en un momento como aquél, en el que aún quedaban asuntos administrativos por resolver. Teniendo en cuenta que Alejandro había desmovilizado el año anterior a los numerosos mercenarios que tenía a su servicio, podemos suponer que la de la reanudación de las campañas bélicas fue una idea posterior. Es posible que le aburriesen las complejidades del gobierno del imperio; no cabe duda de que le interesaba más la adquisición que la consolidación. Pero ni siquiera en este caso sería necesariamente correcto ahondar en los motivos personales: las circunstancias en las que se encontraba Alejandro en el 324-323 no eran muy distintas de aquellas a las que tuvo que hacer frente Filipo tras Queronea (338). Las uniones políticas, forjadas a través de la conquista militar, precisaban de un enemigo sobre el que «exteriorizar» esa misma fuerza antes de que se volviera en contra de quienes acababan de adquirirla. De hecho, no mucho tiempo después, los ejércitos de los sucesores de Alejandro, carentes de un liderazgo efectivo y de un enemigo exterior, se entregaron a una sangrienta guerra intestina. También los sucesores de Mahoma y los mongoles de Gengis Khan se vieron obligados a elegir entre las luchas internas y las externas, y sólo mantuvieron su poder mientras optaron por la expansión. La conquista engendraba nuevas agresiones y, con el mito del «enemigo común», se enmascaraban las diferencias internas y se aplazaba la solución de éstas. Evidentemente, el imperio romano demostró que esa política también tenía sus límites, pero para los Diádocos, la decisión de cancelar los llamados Planes Finales de Alejandro resultó ser un error fatal, por mucho que la consiguiente muerte del imperio fuese lenta y dilatada en el tiempo.

MUERTE DE ALEJANDRO

El 11 de junio del 323,[27] Alejandro moría de una dolencia cuya naturaleza exacta nunca ha podido establecerse a satisfacción de todos (aunque no por falta de teorías académicas al respecto). El *Diario real* refiere la evolución de la enfermedad, que ha sido identificada por algunos expertos con —entre otras— la malaria, el tifus e, incluso, la fiebre del Nilo occidental.[28] Su aparición fue repentina y el hecho de que se produjese tras una fiesta con abundante bebida y que se caracterizara por una fiebre elevada y un rápido deterioro del estado general del monarca, agravado por una creciente parálisis, dio cierto crédito a la conjetura de que hubiera sido víctima de un envenenamiento. Esta explicación, muy difundida tras el fallecimiento de Alejandro, ha convencido también a algunos académicos contemporáneos, aunque es atribuible originalmente a un panfleto político bastante complejo fraguado en el entorno de uno de los Diádocos con la intención de desacreditar a Antígono Monoftalmos y a la familia de Antípatro. Tildado a menudo de mero ejercicio literario —aunque demasiado sofisticado y centrado en un tema de rabiosa actualidad en aquel momento como para que no fuera escrito con una finalidad política—, no se conoce a ciencia cierta la fecha exacta de su elaboración.[29]

Tanto si falleció por causas naturales como si fue víctima de un complot tramado por sus propios generales, la muerte de Alejandro evidenció su mayor fallo como líder: su negativa a abordar la cuestión de la sucesión. No sólo no había prestado atención alguna a la producción de un heredero antes de abandonar Macedonia (aunque Parmenión y Antípatro le instaran a hacerlo), sino que incluso hacia el fin de sus días continuaba eludiendo el tema.[30] Que legara el imperio «a los más fuertes» puede servir para escribir una buena historia y ejemplifica también la temeridad con la que enfocó el conjunto de su campaña, pero no deja de justificar también las acciones de aquellos generales que contribuyeron activamente al desmantelamiento del reino o que hicieron muy poco por defender la integridad de éste y los derechos por nacimiento de los miembros vivos de la casa argéada. Los mariscales de Babilonia tuvieron que enfrentarse a una ingrata elección entre un hijo ilegítimo (medio bárbaro) que residía en Pérgamo, un hermanastro del difunto rey aquejado de una deficiencia mental y el

aún nonato hijo de Roxana. Aunque fuera posible una elección aceptable entre esas opciones, el nuevo gobernante necesitaría de un regente, y tampoco en ese punto supo evitar Alejandro la agitación política resultante. En los años posteriores a la eliminación de Filotas y Parmenión, el rey había tenido mucho cuidado de equilibrar los poderes de sus generales más jóvenes, con lo que impidió que se estableciera una clara jerarquía de mando.[31] Quienes, como Perdicas, trataban de seguir los pasos de Alejandro se veían frustrados por las maquinaciones de los otros mariscales y de sus seguidores respectivos, que contemplaban a los primeros con suspicacia y codiciaban mayor poder para sí mismos. Otros, como Crátero, contaban con el apoyo de las tropas, pero carecían de la visión requerida para ser un verdadero estadista. Y también había algunos, como Leónato, que compartían en mayor grado la brillantez de su fallecido rey, pero poseían mucha menor fortuna.[32] El mundo, a juzgar por todos esos factores, parecía no estar preparado para soportar a un nuevo Alejandro. Al final, su legado fue repartido no entre aquellos jóvenes generales brillantes, sino entre hombres de menor talla, muchos de los cuales acabarían disfrutando de una riqueza y un poder con los que ni por asomo habían soñado.[33] Pero la lucha por el dominio manchó de sangre macedonia las espadas de los conquistadores y acabó por fragmentar el imperio que tanto había costado ganar. Debilitadas y degradadas, sus partes constituyentes fueron lentamente arrastradas hacia el abrazo rival de Roma, en el oeste, y de la «Persia» resurgente de los jinetes partos.

APÉNDICE I

OFICIALES DE ALEJANDRO

Los números [entre corchetes] que siguen a algunos nombres son los utilizados en Heckel 2006a.

COMANDANTES GENERALES

Parmenión, hijo de Filotas
Átalo [1] (Justino, 9.5.8; Diod., 16.91.2)
¿Amintas, hijo de Arrabeo? (Justino, 9.5.8)

SOMATOPHYLAKES (MIEMBROS DE LA GUARDIA PERSONAL DE SIETE HOMBRES

Lisímaco, hijo de Agatocles (Arr., 6.28.4)
Arístono, hijo de Piseo (Arr., 6.28.4)
Pitón, hijo de Crateas (Arr., 6.28.4)
Arribas [2] [muerto en el 332-331] (Arr., 3.5.5)
Leónato, hijo de Anteas (Arr., 6.28.4)
Bálacro, hijo de Nicanor [sustituido en el 333-332]
Menes, hijo de Dionisio [sustituido en el 331]
Perdicas, hijo de Orontas (Arr., 6.28.4)
Hefestión, hijo de Amintor [muerto en el 324] (Arr., 6.28.4)
Tolomeo, hijo de Lago (Arr., 6.28.4)
Peucestas, hijo de Alejandro [nombramiento honorario, 324] (Arr., 6.28.4)

COMANDANTES DE LA CABALLERÍA

1) *Hiparcos de los Compañeros*
Filotas, hijo de Parmenión
Clito «el Negro» [2], hijo de Drópides (Arr., 3.27.4)
Hefestión, hijo de Amintor (Arr., 3.27.4)
Demetrio, hijo de Altamenes (Arr., 4.27.5)
Ceno, hijo de Polemócrates
Perdicas, hijo de Orontas
Crátero, hijo de Alejandro
Clito «el Blanco» [3] (Arr., 5.22.6; 6.6.4)
Éumenes, hijo de Jerónimo (Plut., *Éum.*, 1.5)

2) *Ilarcas*
Clito «el Negro» (*ile basilike*)
Amintas, hijo de Arrabeo (*prodromoi*)
Protómaco (*prodromoi*)
Aristón [3] (peonios) (Arr., 1.14.1; 2.9.2)
Aristón [1] (Arr., 3.11.8)
Demetrio, hijo de Altamenes (Arr., 3.11.8)
Glaucias (Arr., 3.11.8)
Hegéloco, hijo de Hipóstrato (Arr., 3.11.8)
Heraclides, hijo de Antíoco (Arr., 3.11.8)
Meleagro (Arr., 3.11.8; Curc., 4.13.27)
Pantórdano, hijo de Cleandro (Arr., 2.9.3; 3.11.8)
Peroidas, hijo de Menesteo (Arr., 2.9.3; 3.11.8)
Sócrates, hijo de Satón (Arr., 1.14.1)
Sópolis, hijo de Hermodoro (Arr., 3.11.8)
¿Lisanias?

3) *Caballería tesalia*
Calas, hijo de Hárpalo (Diod. 17.17.4)
Alejandro [4], hijo de Aérope (Arr. 1.25.2)
Filipo, hijo de Menelao (Arr., 3.11.10)
Polidamante (caballería farsalia: Arr., 3.11.10)

4) *Caballería aliada y mercenaria*
Erigio, hijo de Larico
Cárano (Cerano) (Arr., 3.12.4)
Menidas (Arr., 3.12.2-4)
Agatón, hijo de Tirimnas (Arr., 1.14.3; 3.12.4)
Anaxipo (Arr., 3.25.2, 5)
Andrómaco, hijo de Hierón (Arr., 3.12.5)
Epocilo, hijo de Poliides (Arr., 3.19.6)

COMANDANTES DE INFANTERÍA

1) *Comandantes de los hipaspistas (*archihypaspistai*)*
Nicanor, hijo de Parmenión (Arr., 3.25.4)
Neoptólemo (Plut., *Éum.*, 1.6)

2) *Comandantes de los hipaspistas reales*
Admeto (Arr., 2.23.2, 23.4-5)
¿Hefestión, hijo de Amintor? (Diod., 17.61.3)
Seleuco, hijo de Antíoco (Arr., 5.13.4)

3) *Quiliarcas y pentacosiarcas de los hipaspistas*
Adeo (Arr., 1.21.4)
Timandro (Arr., 1.21.4)
Atarrias (Curc., 5.2.5)
Antígenes (Curc., 5.2.5)
Helánico (Curc., 5.2.5)
Amintas [6] (Curc., 5.2.5)
Amintas [7] el Lincesta (Curc., 5.2.5)
Antígono [3] (Curc., 5.2.5)
Teodoto (Curc., 5.2.5)
Filotas (Curc., 5.2.5)
Antíoco [2] (Arr., 4.30.5-6)

4) *Comandantes de los* pezhetairoi *(*asthetairoi*)*
Filipo, hijo de Bálacro
Tolomeo, hijo de Seleuco (muerto en el 333)

Poliperconte, hijo de Simnias
Amintas, hijo de Andrómenes (muerto en el 330)
Simias, hijo de Andrómenes (temporalmente en Gaugamela, 331)
Átalo, hijo de Andrómenes
Perdicas, hijo de Orontas
Alcetas, hijo de Orontas
Meleagro, hijo de Neoptólemo
Ceno, hijo de Polemócrates
Pitón [¿hijo de Agenor?, ¿hijo de Antígenes?]
Crátero, hijo de Alejandro
Gorgias (Arr., 4.22.7)
Clito «el Blanco» [3] (Arr., 4.22.7)

5) *Comandantes de los arqueros (*toxarchai*)*
Ombrión [¿Brison?] (Arr., 3.5.6, 12.2)
Euribotas (Arr., 1.8.4)
Antíoco [1] (Arr., 3.5.6)
Clearco (Arr., 1.22.7)
Taurón, hijo de Mácata (Arr., 5.14.1)

6) *Comandantes de los mercenarios griegos*
Menandro (Arr., 3.6.7-8)
Cleandro, hijo de Polemócrates (Arr., 3.6.7-8)
Heracón
Andrónico, hijo de Aguerro (Arr., 3.24.5)
Menedemo (Arr., 4.3.7)

7) *Comandantes de los tracios y de otros aliados*
Átalo [2] (Arr., 2.9.2), agrianes
Tolomeo (Arr., 4.7.2; Curc., 7.10.11), tracios
Eudemón (Curc., 10.1.21), tracios
Sitalces (Arr., 1.28.4), lanzadores de jabalina odrisios
Bálacro, hijo de Amintas (Arr., 1.29.3)
Cárano (Arr., 3.5.5-6)

8) *Comandantes de otras secciones de infantería*
Filipo, hijo de Mácata (Arr., 4.24.10)
Bálacro (Arr., 4.4.6)
Nearco, hijo de Andrótimo
Filotas (Arr., 3.29.7)

COMANDANTES DE LA FLOTA Y TIMONELES

Meneceo (Arr., 1.12.1)
Nearco, hijo de Andrótimo (Arr., *Ind.*)
Onesícrito (Arr., 4.5.6; Estrabón, 15.1.28)
Hegéloco, hijo de Hipóstrato (Curc., 3.1.19; Arr., 3.2.6)
Anfótero, hijo de Alejandro (Curc., 3.1.19; Arr., 2.2.3)
Nicanor [2] (Arr., 1.18.4-5)
Próteas (Arr., 2.2.4-5)
Heraclidas, hijo de Argeo (Arr., 7.16.1)
Arquias (Arr., 7.20.7)
Andróstenes (Arr., 7.20.7)
Hierón de Solos (Arr., 7.20.7)

PHROURARCHOI

Arquelao [1], Aornos de Bactria (Arr., 3.29.1)
Arquelao [2], Tiro (Diod., 18.37.4)
Atinas, Bactria-Sogdiana (Arr., 4.16.4-5)
[Eu]dramenes, ciudad agriana
¿Nicanor [6]?, Parapamísada (Arr., 4.22.4)
Nicárquides [1], Persépolis (Curc., 5.6.11)
Pantaleón, Menfis (Arr., 3.5.3)
Pausanias [1], Sardes (Arr., 1.17.7)
Peucolao [1], Bactria-Sogdiana (Curc., 7.10.10)
Filipo [13], Peucelótide (Arr., 4.28.6)
Filotas [1], Tebas (Diod., 17.8.7)
Filotas [8], Tiro (Curc., 4.5.9)
Polemón [1], Pelusio (Arr., 3.5.3)
Jenófilo, Susa (Curc., 5.2.16)

APÉNDICE 2

LAS TROPAS EN NÚMEROS

EJÉRCITO DE ALEJANDRO AL COMIENZO DE LA EXPEDICIÓN (334)

Ni siquiera entre los historiadores primarios existía acuerdo acerca del número exacto de efectivos que componían el ejército de Alejandro. Según Anaxímenes de Lámpsaco (*FGrH* 72 F29), estaba formado por 43.000 soldados de infantería y 5.500 jinetes de caballería; Tolomeo, hijo de Lago (*FGrH* 138 F4), da la cifra de 30.000 infantes y 5.000 jinetes, y Aristobulo de Casandrea (*FGrH* 139 F4) reduce la caballería a 4.000 efectivos. El único autor que desglosa esos totales por contingentes es Diodoro (17.17.3-4), cuyas cifras podrían provenir directamente de Clitarco. Los 32.000 efectivos de infantería que éste menciona se repartirían del modo siguiente: 12.000 macedonios, 7.000 aliados, 5.000 mercenarios, 7.000 odrisios, tribalos e ilirios, y 1.000 agrianes y arqueros; en la caballería, había 1.800 macedonios, un número equivalente de tesalios, 600 aliados y 900 tracios y peonios (es decir, 5.100 en total, pese a que Diodoro da una cifra conjunta inexacta de 4.500 jinetes). Plut., *Alej.*, 15.1, hace referencia a 43.000 infantes y 5.000 miembros de la caballería; Front., *Strat.*, 4.2.4, se limita a proporcionar una cifra redonda de 40.000 efectivos para el total del ejército de Alejandro. Las estimaciones más bajas del conjunto de fuerzas de Alejandro podrían no incluir aquellas unidades que se encontraban en Asia desde la primavera del 336; Polieno, 5.44.4, cita en concreto la presencia de 10.000 hombres al mando de Parmenión y Átalo.

EFECTIVOS PERSAS EN EL RÍO GRÁNICO (334)

Diodoro estima las fuerzas persas en 10.000 jinetes de caballería y 100.000 soldados de infantería. Justino (11.6.11), probablemente la menos fiable de las fuentes terciarias supervivientes, explica que el ejército persa ascendía a un total de

600.000 efectivos, pero la expresión latina *sescenta milia* puede significar simplemente «muchos miles», algo así como la hipérbole moderna «millones». Plut., *Alej.*, 16.15, dice que los muertos persas fueron 25.000 en la caballería y 20.000 en la infantería, lo cual muestra que sus figuras eran más que las de Arriano: 20.000 en la caballería y 20.000 en la infantería.

EFECTIVOS PERSAS EN ISOS (333)

Arr., 2.8.8, comenta que el ejército de Darío estaba formado por 600.000 hombres, cifra en la que coincide con Plut., *Alej.*, 18.6, y con el fragmento de papiro anónimo (*POxy.*, 1798 §44 = *FGrH* 148). Puede que la fuente común en este caso sea Calístenes. Según este último autor, el número de mercenarios griegos era de 30.000 (*FGrH* 124 F35; Arr., 2.8.6; Curc., 3.9.2), pero esa fuerza vendría a ser igual a la cifra total de infantes griegos y macedonios en el ejército de Alejandro. Su verdadero número debía de acercarse más bien a los 10.000 (véase Parke 1933: 184), según el cálculo que se desprendería de la supuesta petición de 100.000 hombres que hiciera en su momento Caridemo, de los que un tercio eran seguramente griegos (Diod., 17.30.3). Curc., 3.2.4-9, habla de 250.000 infantes y 62.200 jinetes; Diod., 17.31.2, y Justino, 11.9.1, citan 400.000 efectivos de infantería y 100.000 de caballería. Es muy posible que los totales de entre 500.000 y 600.000 hombres fuesen exageraciones (décuplos incluso de las cifras reales). Tampoco los 30.000 mercenarios griegos y 60.000 *kardakes* a los que se refiere Arriano, 2.8.5-6, habrían tenido sitio en la línea de batalla, ya que se hallaban emplazados justo enfrente de los *pezhetairoi* y los hipaspistas macedonios, que sumaban en total 12.000 hombres. De hecho, sólo la fuerza macedonia ocupaba ya todo el espacio comprendido entre el mar y las colinas, y aún mantenía en reserva a la infantería aliada.

REPARTO DE FUERZAS EN GAUGAMELA (331)

Diod., 17.39.4, explica que, tras Isos, Darío reunió un nuevo ejército de 800.000 soldados de infantería y 200.000 jinetes de caballería, además de una fuerza de carros falcados. Justino, 11.12.5, se refiere a la mitad de ese número (400.000 infantes y 100.000 jinetes); Plutarco (*Alej.*, 31.1) coincide con Diodoro y dice que había un millón de efectivos en total. Arr., 3.8.6, afirma que los soldados se repartían entre el millón que componía la infantería y los 40.000 de la caballería, ade-

más de 200 carros falcados. Sólo Curcio aporta cifras más conservadoras: 200.000 infantes y 45.000 jinetes. Para el ejército macedonio, las estimaciones de Arr., 3.12.5, son 40.000 soldados de infantería y 7.000 jinetes.

LA EMBOSCADA DEL POLITIMETO (329 A. C.)

Una versión de esta historia, atribuible presumiblemente a Tolomeo, cifra las fuerzas macedonias en 60 Compañeros, 800 jinetes mercenarios y 1.500 soldados de infantería. Unos pocos fueron apresados con vida y posteriormente ajusticiados (Arr., 4.5.2-9). Aristobulo, sin embargo, menciona que 40 jinetes y 300 infantes escaparon a la matanza (Arr., 4.6.2). Curc., 7.6.24, habla de una fuerza de 3.000 infantes y 800 miembros de la caballería, y cita a Menedemo como único comandante; las bajas fueron 2.000 en la infantería y 300 en la caballería (Curc., 7.7.29).

NÚMEROS INDIOS Y MACEDONIOS EN EL RÍO HIDASPES (326)

Arr., 5.14.1, relata que Alejandro cruzó el Hidaspes unos 27 kilómetros al norte de la posición de Poro con 6.000 infantes y 5.000 jinetes, repartidos estos últimos entre las hiparquías de Hefestión, Perdicas, Demetrio y Ceno, a las que cabía sumar las unidades de los bactrianos y los sogdianos, así como los arqueros montados (*hippotoxotai*) dahos. De la infantería, dice que Alejandro se llevó consigo los batallones de Ceno [Pitón, hijo de Agenor] y Clito, amén de los hipaspistas, los agrianes y los arqueros. Ahora bien, los dos batallones de la falange mencionados y todos esos hipaspistas habrían sumado un total de 6.000 efectivos, por lo que quizás Arriano se refiriera solamente a la infantería pesada. En conjunto, los arqueros y los agrianes habrían sumado en total 1.000, tal vez, 1.500 hombres (Fuller, 1960: 187, supone —basándose en Tarn— que había 1.000 agrianes, 1.000 lanzadores de jabalina y 2.000 arqueros). En cualquier caso, no podía haber muchas más tropas macedonias disponibles, ya que existe constancia del potencial y la situación de los demás batallones de la falange —Gorgias, Meleagro y Átalo se quedaron en un punto intermedio entre Alejandro y Crátero, que tenía a su cargo los batallones de Poliperconte y Alcetas— y los comandantes de infantería mencionados en la batalla del Hidaspes (además de Clito) son Seleuco (que comandaba los hipaspistas reales), Antígenes (hipaspistas) y Taurón (arqueros). Así pues, las fuerzas totales a disposición de Alejandro no superaban los 12.500 hombres

hasta que se le sumaron los comandantes del «campamento intermedio» (que traían consigo a un mínimo de 4.500 *pezhetairoi* y un número indeterminado de mercenarios, tanto infantes como jinetes). Las tropas de Crátero, entre las que se contaban unos 5.000 indios liderados por Taxiles y los otros *hyparchoi* (Arr., 5.8.5, 11.3), hicieron acto de presencia cuando el signo del combate ya se había decidido. Pero esto sugiere que las fuerzas macedonias totales presentes en el Hidaspes —que venían a ser las tropas totales presentes en la India, con la única salvedad de la guarnición dejada a cargo de Filipo, hijo de Mácata, en Taxila (Arr., 5.8.3)— no podían ser más de 60.000 hombres (o, lo que es lo mismo, la mitad aproximada del número estimado por muchos expertos).

Las fuerzas de Crátero no pudieron atravesar el río hasta que Poro viró para encarar el ataque de Alejandro. Por ello, sus tropas (cuando por fin aparecieron) sólo intervinieron en operaciones de limpieza. Por otra parte, Gorgias, Átalo y Meleagro, junto a sus tres batallones de la falange, unidos a la infantería y la caballería mercenarias griegas, pudieron cruzar (presumiblemente a bordo de las barcazas anteriormente usadas por los hombres de Alejandro y que, a continuación, habían flotado corriente abajo) tan pronto como fue repelida la guardia de Espitaces. Esos hombres pudieron así participar en la batalla, bien desde el principio mismo, bien desde las primeras fases.

Las cifras del ejército de Poro son aún mayor objeto de debate. Según Arr., 5.15.4, componían sus filas 30.000 soldados de infantería, unos 4.000 jinetes de caballería, 300 carros y 200 elefantes; estos números coinciden en todo con los de Curc., 8.13.6, con la única excepción del total de elefantes, que éste cifra en 85. Diod., 17.87.2, menciona 50.000 infantes, unos 3.000 jinetes, 1.000 carros y 130 elefantes; Plut., *Alej.*, 62.2, habla de 20.000 soldados de infantería y 2.000 de caballería (aunque, en lo demás, el recuento de Plutarco es bastante confuso). Polieno comenta que los elefantes se hallaban separados por intervalos de 50 pies (unos 15 metros). Según esto, la línea frontal de la infantería de Poro habría abarcado entre los 1,25 (85 elefantes) y los 3 kilómetros (200 elefantes). En cada intervalo, habrían cabido una media de 16 hombres, con entre 8 y 16 filas más tras ellos, dependiendo del número de elefantes situados en esa delantera. Una posible estimación realista de la infantería india la cifraría probablemente en torno a los 25.000 hombres.

Aristobulo (*FGrH* 139 F43 = Arr., 5.14.3) dice que Poro envió a uno de sus hijos con 60 carros para enfrentarse a la fuerza que trataba de rodearlos. Sin embargo, Tolomeo (*FGrH* 138 F20 = Arr., 5.14.6) explica que el hijo de Poro contaba con 2.000 jinetes y 120 carros a su mando. Cuatrocientos miembros de la caballe-

ría (incluido el hijo de Poro) resultaron muertos aquel día y fueron apresados todos los carros (empantanados en el barro). De ahí que se crea que las fuerzas de caballería reales desplegadas en la batalla contra Alejandro fueran un total de 3.600 jinetes.

Arr., 5.18.2-3, cifra las bajas en 20.000 infantes y 3.000 jinetes indios muertos; se perdieron todos los carros, y dos de los hijos de Poro perecieron luchando junto a Espitaces. Todos los elefantes supervivientes fueron incautados, pero Arriano no menciona cuántos. Diod., 17.89.1, dice que murieron 12.000 indios (cf. *Epít. de Metz*, 61: 12.000 hombres y 80 elefantes). En el bando macedonio, murieron 80 infantes, 10 arqueros montados, 25 Compañeros y 200 soldados de otras unidades (presumiblemente, de la infantería ligera o de los mercenarios). Pero Diod., 17.89.3, cifra los macedonios muertos en 280 jinetes de caballería y más de 700 infantes (*Epít. de Metz*, 61: 900 infantes, 300 jinetes).

LA FLOTA DEL INDO

Arriano proporciona dos grupos contradictorios de cifras: en *Ind.*, 19.7, basándose en Nearco (*FGrH* 133 F1), habla de 800 navíos en total, incluyendo los de transporte y suministro; pero en *Anáb.*, 6.2.4, donde su fuente original es Tolomeo (*FGrH* 138 F24), Arriano habla de 80 *triakontoroi* y casi 2.000 barcos en total. Esta disparidad de cifras tal vez se deba a que Tolomeo incluye los navíos indios («que llevaban mucho tiempo navegando por el río»), mientras que el número de 800 podría representar el del total de los barcos recién construidos. No hay duda de que todos los barcos de transporte de la caballería eran nuevos, ya que los indios no habían visto nunca antes caballos a bordo de navíos (Arr., 6.3.4). El número de naves que da Curc., 9.3.22, es de 1.000; Diod., 17.95.5: 200 galeras y 800 navíos de transporte; *Epít. de Metz*, 70: 800 birremes y 300 barcos de transporte.

EL REGRESO AL OESTE

Crátero regresó hacia el oeste a través de Aracosia y Drangiana, llevando consigo los batallones de Átalo y Meleagro (3.000 hombres), así como el de Antígenes, que, según entiendo, era el formado por los 3.000 *argyraspides*. A éstos se añadían «algunos arqueros» (¿500?) y los que estaban a punto de ser licenciados del servicio militar, incluidos algunos Compañeros (Arr., 6.17.3). Es posible que en las

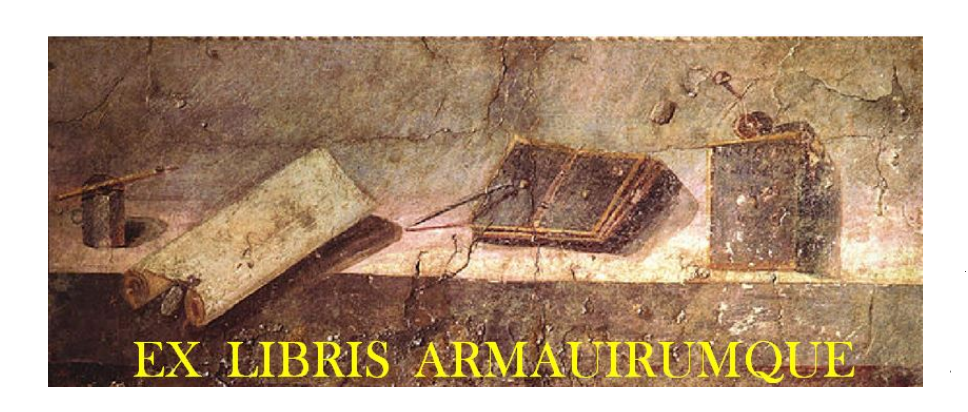
tropas de Crátero estuviese englobado su antiguo batallón, comandado entonces por Gorgias (1.500 hombres). En total, el núcleo greco-macedonio del ejército de Crátero (que debió de ir acompañado de un número indeterminado de efectivos de tropas autóctonas) no podía haber totalizado más de 10.000 soldados. Justino, 12.10.1, explica que Poliperconte lideraba las fuerzas «en marcha hacia Babilonia», pero el autor romano probablemente confundiera a Crátero por ese otro nombre (cf. Justino, 13.8.5, 7; 15.1.1), y tampoco tenemos por qué suponer que el batallón de Poliperconte acompañara a Crátero.

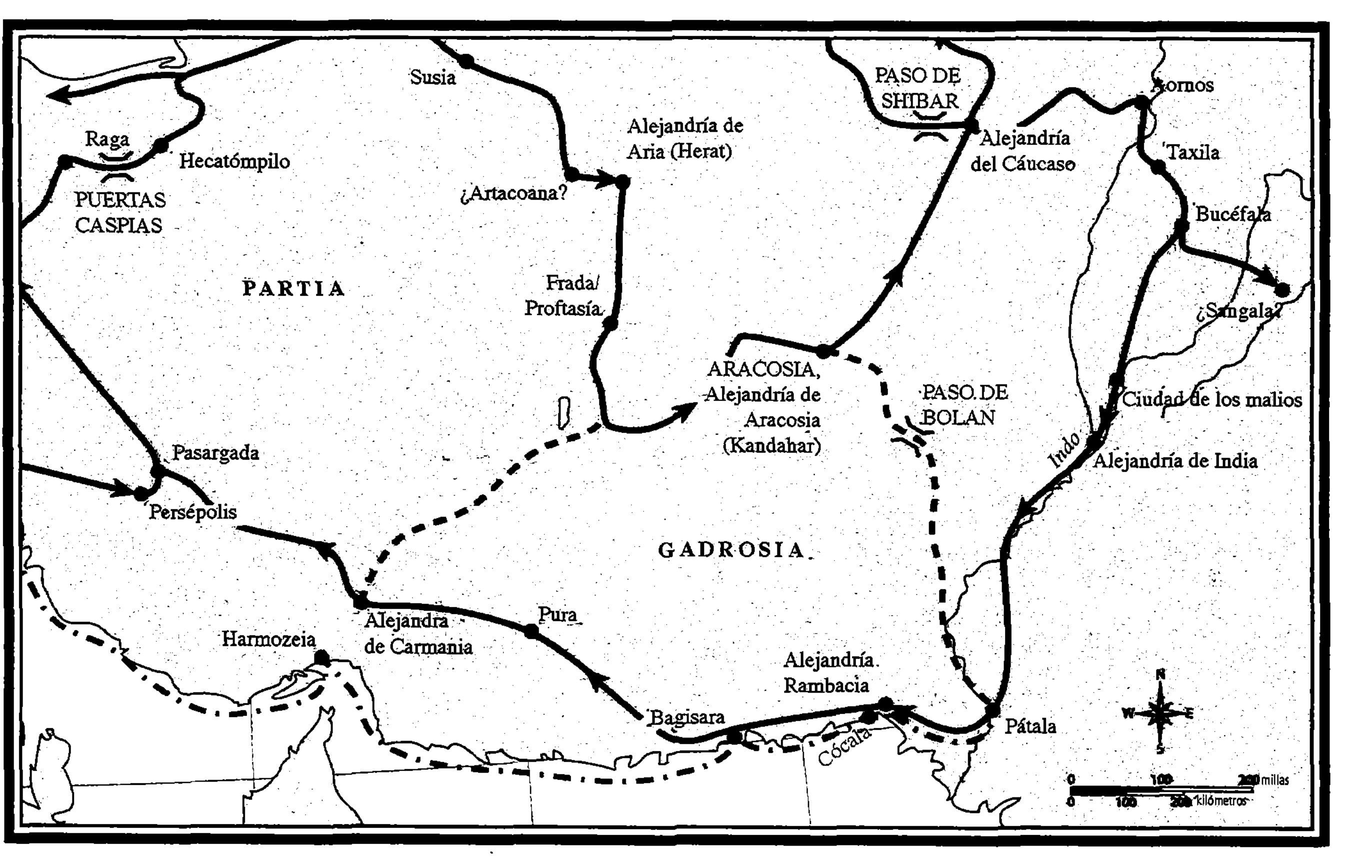
Ninguna de las fuentes ofrece un desglose de las fuerzas de Alejandro. No obstante, podemos suponer que retuvo consigo a los agrianes (Arr., 6.17.4), así como a los 3.000 hipaspistas, cuatro hiparquías y la *agema* de los Compañeros (¿4.000-4.500?), los batallones de Alcetas, Clito el Blanco, Pitón y Poliperconte (6.000 hombres), y el resto de los arqueros (aunque algunos de éstos partieron con la flota de Nearco) y los lanzadores de jabalina. Plut., *Alej.*, 66.4-5, asegura que ni una cuarta parte de los combatientes de Alejandro salieron con vida de la marcha a través de Gadrosia; según él, el número inicial de infantes era de 120.000 y el de jinetes de caballería, de 15.000. Estas cifras no tienen fundamento real alguno, por lo que Bosworth, 1988a: 142, está probablemente en lo cierto cuando estima que el número mínimo de hombres de las fuerzas de Alejandro al comienzo de la marcha debió de ser de unos 30.000, de los que poco más de la mitad eran macedonios. Aunque no hay espacio aquí para analizar las cifras de refuerzos y de bajas (o desgaste), no puedo aceptar los cálculos de Engels, 1978: 111 y tabla 6: 87.000 soldados de infantería y caballería, y 52.000 no combatientes. Es evidente, por las tropas asignadas a Leónato —quien combatió contra 8.000 infantes y 400 jinetes de los oritas (Curc., 9.10.19)—, que la fuerza que completó la travesía de la Gadrosia incluía también a mercenarios griegos, tanto de la caballería como de la infantería (Arr., 6.22.3). Aun cuando debemos admitir un margen de *apologia* en el relato de Arriano, en su versión, el énfasis recae en la pérdida de bestias de carga (6.24.4, 25.1-2) y de mujeres y niños que acompañaban al ejército (6.25.5). El número de combatientes que iba a bordo de la flota no está claro, pero el grueso de éstos debió de estar formado por tropas equipadas con armamento ligero (cf. Arr., *Ind.*, 28.3-8).

LA ADMINISTRACIÓN DEL IMPERIO

Satrapía	*Sátrapa persa*	*Primer nombramiento de Alejandro*	*Posteriores detentadores del cargo*
Frigia	Arsites	Calas, hijo de Hárpalo	Demarco (¿327?)
Lidia	Espitrídates	Asandro, hijo de Filotas (334)	Menandro (331)
Caria	Orontóbates	Ada (334-333)	Filóxeno (326); Asandro, hijo de Agatón (323)
Licia	¿?	Nearco	¿Antígono?
Frigia	Aticies	Antígono (333)	
Capadocia	Mitrobuzanes/ Ariaces	Sabictas (333)	
Cilicia	Arsames	Bálacro (333-332)	Filotas (324-323)
Siria	Maceo	Menón (332)	Asclepiodoro (331); Laomedonte (323)
Egipto	Sábaces	¿Cleómenes?	Tolomeo (323)
Babilonia	Bupares	Maceo (330)	Estamenes [Ditamenes] (328)
Armenia	Orontas	Mitrenes	Orontas
Susiana	Abulites	Abulites (331-330)	Oropio; ¿Ceno? (324-323)

Satrapía	*Sátrapa persa*	*Primer nombramiento de Alejandro*	*Posteriores detentadores del cargo*
Persia	Ariobarzanes	Frasaortes (330)	Orxines (326); Peucestas (324)
Carmania	Astaspes	Astaspes	Tlepólemo (325-324)
Media	Atrópates	Oxidates (330)	Atrópates (327)
Partia	Fratafernes	Aminapes (330)	Fratafernes (330)
Aria	Satibarzanes	Satibarzanes (330)	Arsaces (330-329); Estasanor (329)
Tapurios	Autofrádates	Autofrádates	Fratafernes (327)
Aracosia	Barsaentes	Menón (330)	
Parapamísada	¿?	Proexes	Oxiartes (326)
Bactria	Beso	Artabazo (329)	Clito (328); Amintas (328); Filipo (326)
Gandara	¿?	Nicanor	
Taxila	¿? Taxiles	Filipo (326)	Taxiles (324)
Sind	¿?	Pitón (325)	
Gadrosia	¿?	Apolófanes (325)	Toante (325); Sibirtio (324)





Mapa 9. *Regreso al oeste.*

GLOSARIO

agema Cuerpo de élite dentro de una sección militar (por ejemplo, la *agema* de los hipaspistas). En los años finales de la campaña, la caballería también tuvo una *agèma*, aunque, al parecer, ésta simplemente reemplazó al *ile basilike*.

antitagma Una unidad (*tagma* = *taxis*) instaurada como contrapeso de otra.

apologia Una defensa. También llamada a veces «encubrimiento de los hechos».

apomachoi Los no aptos para el servicio militar por enfermedad, lesión o edad avanzada.

aqueménidas Descendientes de Aquemenes. Casa real persa.

archihypaspistes Comandante de los hipaspistas normales.

arconte Líder político o comandante militar.

argéadas Descendientes de Argeo. Casa real macedonia.

argyraspides Los Escudos de Plata. Tres mil antiguos hipaspistas.

aristeia Excelencia. Exhibición de virtud viril.

asthetairoi Tal vez, «compañeros más íntimos» (también hay quien ha sugerido «mejores compañeros» o «compañeros paisanos»). El término se refiere a una parte de los *pezhetairoi*, pero su significación y su origen están poco claros. Véase Bosworth, 1973.

ataktoi En sentido literal, «los que no tienen disciplina». Unidades formadas por tropas amotinadas o por hombres que se resistían a la autoridad.

bailiaje Regencia o ejercicio del poder en ausencia del rey.

birreme (del latín *biremis*) Barco con dos hileras de remos por banda. Véase también «trirreme».

caudillos Líderes o capitanes mercenarios.

chiliarches (plural, *chiliarchai*) Comandante de mil hombres.

douloi Esclavos. A ojos de los griegos, la condición que correspondía a los súbditos del rey persa.

en escalón Desplegándose en ángulo, con un flanco avanzado y el otro «rechazado».

epigonoi Sucesores o descendientes. En concreto, las tropas bárbaras reclutadas y entrenadas para reemplazar a los veteranos macedonios licenciados del servicio.

euergetai (singular, *euergetes*) Benefactores. Aquellos reconocidos y honrados por los servicios prestados.

Evacos Jinetes de élite persas enrolados en la caballería macedonia en el 324.

gazophylax «Tesorero» o «custodio del tesoro».

hegemon Líder. En contextos militares, un general; en un contexto político, un comandante en jefe o un director de la política exterior.

hetairoi «Compañeros». Dícese de los aristócratas que formaban el séquito militar de Alejandro y ejercían de asesores suyos. El término también se aplica a la caballería macedonia: la «caballería de los Compañeros».

hiparco Un comandante de caballería (en griego puede ser *hipparchos* o *hipparches*).

hipaspista (griego singular, *hypaspistes*; plural, *hypaspistai*) En sentido literal, «portadores de escudo». Miembro de la guardia de 3.000 infantes del monarca macedonio.

hippakontistai Lanzadores de jabalina montados a caballo.

hippeis Jinetes de caballería.

hippotoxotai Arqueros a caballo.

hyparchos Lugarteniente. Término generalmente usado de forma indistinta con el de «sátrapa».

hypaspistes basilikos (plural, *hypaspistai basilikoi*) Hipaspista real.

ilarca (griego singular, *ilarches*; plural, *ilarchai*) Comandante de un escuadrón de caballería.

ile (plural, *ilai*) Escuadrón de caballería de, tal vez, unos 200-250 hombres.

ile basilike El Escuadrón Real, que combatía al lado del rey.

kardakes Soldados persas. Su número ascendía a 60.000 en Isos, pero no están claras las características de su armamento y de su reclutamiento. Algunos autores los consideran tropas de infantería ligera (es el caso de Fuller, 1960: 160, y Lonsdale, 2004: 102), pero Arr., 2.8.6, los caracteriza como hoplitas. Formaban, al parecer, un cuerpo de tropas de élite reclutadas de todas partes del imperio y no se correspondían con ninguna base regional diferenciada. Véase Briant, 1999. Aunque es posible que sirviesen de [[169]] inspiración para los 30.000 *epigonoi* de Alejandro, no es correcto concebirlos como una prolongación de los *paides basilikoi*.

koine eirene «Paz Común». Un acuerdo de paz (concretamente, la Paz de Antálcidas –o «Paz del Rey»– del 387-386 a. C.) que garantizaba la autonomía local.

kopis Espada ligeramente curva utilizada para golpear en sentido descendente, por lo que era una de las armas favoritas de la caballería.

medismo Colaboracionismo con los persas, especialmente, en el momento de las Guerras Médicas de principios del siglo V a. C.

misthophoroi Mercenarios (*misthos* = paga).

monomachia Duelo por separado, combate individual.

paides basilikoi Pajes. Jóvenes de la nobleza educados en la corte del rey.

pentacosiarca (griego singular, *pentakosiarches*; plural, *pentakosiarchai*) Comandante de 500 hombres.

pezhetairoi (también llamados *peceteros*, en sentido literal, «compañeros de a pie») Infantería pesada de Alejandro, armada con sarisas.

philoi Amigos. Usado con frecuencia en lugar de *hetairoi*.

phrourarchos (plural, *phrourarchoi*) Comandante de guarnición.

polis (plural, *poleis*) Una ciudad-Estado.

pothos Un anhelo o ansia.

primus inter pares Primero entre iguales.

prodromoi Quienes cabalgan por delante (es decir, miembros de las patrullas de avanzada; cf. *skopoi*).

proskinesis Expresión de reverencia según era costumbre en Persia. Podía ir desde un simple beso lanzado al aire hasta la postración ante el Gran Rey.

proxenos Extranjero al que otro Estado rinde honores; suele ser un representante oficial de su propio Estado.

psiloi Soldados de infantería con armamento ligero.

Quellenforschung Crítica de las fuentes.

quiliarca (de *chiliarchos*) Comandante de mil. El oficial en jefe persa conocido como *hazarapatish*.

sacrificio apotropaico Sacrificio realizado para ahuyentar (literalmente «rechazar») el mal o el infortunio.

sarisa (conocida también como *sarissa*) Pica macedonia, cuya medida oscilaba entre los 4,5 y los 5 metros en tiempos de Alejandro.

sátrapa Gobernador provincial.

satrapía Provincia del imperio persa.

skopoi Los que espían. Exploradores de avanzada.

somatophylakes En sentido literal, «guardaespaldas» o guardias personales. El

nombre se aplica a los hipaspistas, tal vez haciendo siempre referencia a los hipaspistas reales.

Somatophylakes Escrito así (con mayúscula inicial y sin cursiva), el término hace referencia específica a la guardia personal de Siete Hombres de Alejandro.

strategos (plural, *strategoi*) General. También un supervisor militar para una determinada ciudad o provincia.

taxiarches (también *taxiarchos*) Comandante de una *taxis*.

taxis (plural, *taxeis*) Una unidad (cuyo tamaño puede variar). Arriano utiliza a menudo el término para referirse a los batallones de la falange, que estaban compuestos de 1.500 hombres cada uno.

toxotai Arqueros.

triakontoroi (singular, *triakontoros*) Barco de treinta remos.

trirreme Navío de guerra con tres hileras de remos (en griego, *trieres*).

Verschmelzungspolitik Política de fusión.

xenoi Mercenarios.

xyston Lanza empuñada por la caballería. Puede que se trate de la misma arma a la que a veces las fuentes se refieren como la sarisa de la caballería. Probablemente, su longitud era más o menos la mitad de la de la sarisa de la infantería.

ABREVIATURAS

FUENTES*

Arr.	Arriano, *Anábasis de Alejandro Magno* [trad. cast.: en 2 vols., Madrid, Gredos, 1982]
Arr., *Diád.*	Arriano, *Ta met' Alexandron* («Historia de los Diádocos»)
Arr., *Ind.*	Arriano, *Indica* [trad. cast.: Libro VIII, «India», en *Anábasis de Alejandro Magno*, vol. 2, Madrid, Gredos, 1982]
Aten.	Ateneo, *Deipnosophistae* [trad. cast.: *El banquete de los eruditos*, 4 vols., Madrid, Gredos, 1998]
Curc.	Quinto Curcio Rufo, *Historiae Alexandri Magni* [trad. cast.: *Historia de Alejandro Magno*, Madrid, Gredos, 1986]
Dem.	Demóstenes, «Sobre las simorías» [o «Sobre las agrupaciones», en *Discursos ante la asamblea*, Tres Cantos, Akal, 2008]
Diod.	Diodoro Sículo, *Bibliotheca* [trad. cast.: *Biblioteca histórica*, 4 vols., Madrid, Gredos, 2001-2008]
Eli., *VH*	Eliano, *Varia Historia* [trad. cast.: *Historias curiosas*, Madrid, Gredos, 2006]
Epít. de Metz	El *Epítome de Metz*
Estrabón	Estrabón, *Geografía* [trad. cast. en 5 vols., Madrid, Gredos, 2001]
Etim. Magn.	*Etymologicum Magnum*
FGrH	F. Jacoby, *Die Fragmente der griechischen Historiker*
Front.	Frontino, *Strategematon* («Estratagemas»)

* Se incluyen aquí referencias bibliográficas de traducciones publicadas en castellano de estas fuentes clásicas. No obstante, las citas contenidas en el presente volumen no han seguido literalmente el texto de esas traducciones, ya que se han ajustado al criterio del propio traductor.

Hdt.	Heródoto, *Historias* [trad. cast.: *Historia*, 5 vols., Madrid, Gredos, 1989-1992]
IG	*Inscriptiones Graecae*
Isóc., *Paneg.*	Isócrates, *Panegyricus* [trad. cast.: «Panegírico», en *Discursos*, vol. 1, Madrid, Gredos, 1979]
Jen., *Anáb.*	Jenofonte, *Anábasis* [trad. cast. en Madrid, Gredos, 2001]
Jen., *Cir.*	Jenofonte, *Ciropedia* o «Educación de Ciro» [trad. cast.: *Ciropedia*, Madrid, Gredos, 1987]
Jen., *Hel.*	Jenofonte, *Helénicas* [trad. cast. en Madrid, Gredos, 1977]
Justino	Marco Juniano Justino, *Epítome de las «historias filípicas» de Pompeyo Trogo* [trad. cast. en Madrid, Gredos, 1995]
Liber de morte	*Liber de morte testamentumque Alexandri Magni* («Últimos días y testamento de Alejandro Magno», apéndice del *Epítome de Metz*)
Nepote, *Con.*	Cornelio Nepote, «Vida de Conón» [trad. cast. en *Las vidas*, vol. 2, Barcelona, Bosch, 1985]
Nepote, *Éum.*	Cornelio Nepote, «Vida de Éumenes» [trad. cast. en *Las vidas*, vol. 3, Barcelona, Bosch, 1985]
Ord. Vit.	Orderico Vital, *Historia Ecclesiastica*
Paus.	Pausanias, *Descripción de Grecia* [trad. cast.: en 3 vols., Madrid, Gredos, 1994]
Plb.	Polibio
Plut., *Ages*	Plutarco, *Vida de Agesilao* [trad. cast. en *Vidas paralelas*, vol. 6, Madrid, Gredos, 2007]
Plut., *Alej.*	Plutarco, *Vida de Alejandro* [trad. cast. en *Vidas paralelas*, vol. 6, Madrid, Gredos, 2007]
Plut., *Artaj.*	Plutarco, *Vida de Artajerjes* [trad. cast. en *Vidas paralelas*, Madrid, EDAF, 1978]
Plut., *Demóst.*	Plutarco, *Vida de Demóstenes* [trad. cast. en *Vidas paralelas*, Madrid, EDAF, 1978]
Plut., *Éum.*	Plutarco, *Vida de Éumenes* [trad. cast. en *Vidas paralelas*, vol. 6, Madrid, Gredos, 2007]
Plut., *Foc.*	Plutarco, *Vida de Foción* [trad. cast. en Madrid, Ediciones Clásicas, 2001]
Plut., *Mor.*	Plutarco, *Moralia* [trad. cast.: *Obras morales y de costumbres*, 13 vols., Madrid, Gredos, 1986-2004]
Polieno	Polieno, *Estratagemas* [trad. cast. en Eneas el Táctico, Polieno,

	Poliorcética; Estratagemas, Madrid, Gredos, 1991]
Tuc.	Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso* [trad. cast. en 4 vols., Madrid, Gredos, 1990-1992]
Trogo	Pompeyo Trogo, *Historias filípicas*
Val. Max.	Valerio Máximo

REVISTAS ACADÉMICAS Y OBRAS DE REFERENCIA

AC	*Acta Classica*
AHB	*The Ancient History Bulletin*
AJAH	*American Journal of Ancient History*
AJP	*American Journal of Philology*
CMH[2]	*The New Cambridge Medieval History*
CP	*Classical Philology*
CQ	*Classical Quarterly*
G&R	*Greece and Rome*
GRBS	*Greek, Roman and Byzantine Studies*
HSCP	*Harvard Studies in Classical Philology*
JHS	*Journal of Hellenic Studies*
LCM	*Liverpool Classical Monthly*
NEJM	*New England Journal of Medicine*
OLP	*Orientalia Lovaniensia Periodica*
PP	*La Parola del Passato*
RFIC	*Rivista di Filologia e Istruzione Classica*
RhM	*Rheinisches Museum für Philologie*
SO	*Symbolae Osloenses*
TAPA	*Transactions of the American Philological Association*
YCS	*Yale Classical Studies*
ZÄS	*Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde*
ZPE	*Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*

NOTAS

PREFACIO

1. Montgomery, 1968: 19. 2. Véase, por ejemplo, Brunt, 1965: 208. «No es ni mucho menos probable que Alejandro estuviese guiado en ningún momento de su vida por cálculos puramente racionales. Entregado a la lectura de Homero, se veía a sí mismo como un segundo Aquiles». En un primer momento, pensé incluir mis propias ideas sobre la relación entre Alejandro y Aquiles en un apéndice, pero posteriormente decidí que un análisis detallado de los problemas relacionados con las fuentes estaría fuera de lugar en este libro. 3. Murison, 1972: 414. El autor cita también a Keil, 1924: 19. «Dieser Alexander kann doch wohl nicht der wirkliche Alexander sein!». 4. Cawkwell, 2005: 199. 5. Fredricksmeyer, 2003: 8. 6. Zinser, 1996: 5-6. 7. No ignoro tampoco las dificultades de la comparación. Lo que pueda tener de apropiada una determinada analogía deja de existir cuando los hechos empleados para la comparación reciben diferentes interpretaciones de los estudiosos de ese campo: por ejemplo, la hoy desacreditada (aunque no necesariamente desmentida por los hechos) visión de que muchos de los participantes en la Primera Cruzada eran hijos segundos en busca de tierras en Oriente, y que yo utilizo para ilustrar las expectativas de los *hetairoi* de Alejandro. Tyerman, 2004: 140, rechaza (y con razón) que esto pueda convertirse en una regla general, pero sospecho que infravalora las oportunidades de riqueza y (lo que es aún más importante) poder que aguardaban en los nuevos reinos latinos. Mis comentarios acerca de las Cruzadas se basan no sólo en los análisis académicos contemporáneos, sino también en la lectura de las fuentes. Lo mismo puedo decir de mi interpretación de los conquistadores españoles. En el caso de la conquista normanda, aun cuando también he consultado la obra de Orderico Vital, he recurrido principalmente a las obras de los distinguidos historiadores R. Allen Brown, Marjorie Chibnall, C. Warren Hollister y David C. Douglas, y espero no

haber representado sus opiniones al respecto de forma inadvertidamente errónea ni haber sacado de contexto algunos de sus comentarios. 8. Véanse, por ejemplo, las preguntas planteadas en Coulborn, 1965, un estudio sobre el «feudalismo» en la historia mundial. 9. Prescott, 1998: 28.

1. INTRODUCCIÓN

1. Cargill, 1997, ha puesto en cuestión los datos contenidos en la *Crónica de Nabonido*, pero Baquílides, cuyo relato es anterior al de Heródoto, parece apoyar la idea de que Creso fue sentenciado a muerte. Al menos, así interpreto yo el traslado de Creso al país de los hiperbóreos. 2. La Paz Común pretendía garantizar la autonomía local de todos los signatarios, aunque, en la práctica, funcionaba como un mecanismo de «divide y vencerás», ya que impedía la formación de alianzas o uniones políticas (como, por ejemplo, la *isopoliteia* de Argos y Corinto, o la Liga Beocia). De ese modo, el Estado dominante en Grecia podía imponer su voluntad con el respaldo económico del rey persa. Todo «Estado rebelde» podía así ser aislado y fácilmente superado por la fuerza militar y el peso económico de Persia. Véase Ryder, 1965. 3. Ha habido, por supuesto, una eclosión de estudios «poscoloniales», pero podríamos destacar en concreto el de Kiernan, 1995 (publicado originalmente en 1969), como una útil introducción; véase también Washbrook, 1999.

2. ¿CÓMO LO SABEMOS? FUENTES SOBRE ALEJANDRO MAGNO

1. Los fragmentos de los historiadores perdidos se conservan en forma de citas (aunque enumeradas por separado, como *testimonia*), pasajes y paráfrasis. Hay algún que otro fragmento de papiro ocasional, pero éstos tienden a ser de historiadores desconocidos y anónimos. Véase Jacoby, *FGrH*; Robinson, 1953; Auberger, 2001; cf. Pearson, 1960. 2. Por ejemplo, el «Mosaico de Alejandro» (elaborado siguiendo el modelo de un fresco de Filóxeno de Eretria, fechado en época temprana de los Diádocos) y el «Sarcófago de Alejandro». Para un análisis de esas fuentes, véase Stewart, 1993. 3. Cares, por ejemplo, está considerado generalmente como la fuente primaria más fiable del incidente de Clito. 4. Badian, 1975: 47: «La reputación de Nearco, el cretense de Anfípolis, reluce como un icono de bondad en el avieso mundo de los historiadores de Alejandro». 5. El

panfleto político que se puede apreciar en el *Liber de morte* de Alejandro, publicado poco después de la muerte del rey (véase Merkelbach, 1977; Heckel, 1988; Bosworth, 2000), menciona las alegaciones previas de envenenamiento que hiciera Onesícrito (*Liber de morte*, 97). Onesícrito y Nearco pertenecieron a bandos políticos opuestos en la época de los Diádocos; el primero estaba con Lisímaco, mientras que el segundo apoyaba a Antígono. **6.** No está claro si lo que realmente pretendían era desmentir o corregir a Clitarco. Arr., 6.11.7-8, muestra que Tolomeo registró detalles de su propia participación en la campaña que diferían de los aportados por Clitarco (Curc., 9.5.21), pero como este último dio información favorecedora para la figura del rey de Egipto, Tolomeo no lo criticó abiertamente, al menos que sepamos. **7.** Constantino Porfirogénito lo llamó *poeta pessimus* en Horacio, *Ars poetica*, 5.357. **8.** La narración histórica que constituye el pilar elemental de la *Vida de Alejandro* de Plutarco está claramente basada en Clitarco. A este grupo de obras añadimos el anónimo *Epítome de Metz*, sobre el cual véase Baynham, 1995. **9.** Acerca del método de Diodoro, véase Sachs, 1990. Hammond, 1983: 12-85, defiende una combinación entre Clitarco y Diylo. Aunque la frase con la que abre sus conclusiones es sin duda correcta («Cualquier historiador que estudie este libro de Diodoro habrá de separar el grano de la paja»), el resto tiene defectos metodológicos y resulta poco convincente: «Como hemos visto, los pasajes cuya fuente se atribuye a Diylo se fundamentan sobre los mejores datos disponibles hasta el relato de Tolomeo e incluyendo éste. Por otra parte, la mayoría de pasajes derivados de Clitarco son parcial o enteramente ficticios» (1983: 85). **10.** Sobre Justino y Trogo, véase Yardley y Heckel, 1997: 1-41. A propósito de la historia de Trogo, véanse Seel, 1972, y Alonso Núñez, 1992. **11.** Tarn, 1948: 2.125. **12.** Sobre su vida y obra, véase Baynham, 1998a. Atkinson ha publicado dos volúmenes de comentarios (1980, 1994). Y también hay un *index verborum*, Therasse, 1976. **13.** Plut., *Alej.*, 1.3. **14.** Sobre su vida y sus escritos, véase Stadter, 1980. La obra más importante sobre Arriano es la de A. B. Bosworth. Véanse los primeros dos volúmenes de su comentario sobre ese historiador clásico (Bosworth, 1980a, 1995), así como Bosworth, 1988b. **15.** Además de la *Anábasis*, Arriano escribió numerosas obras históricas, como una historia de los acontecimientos tras la muerte de Alejandro (la época de los Diádocos), *Parthica*, *Indica*, *Tactica* y un trabajo sobre la circunnavegación del mar Negro. **16.** Véanse Lane Fox, 1997; Davies, 1998 (para tener una traducción al inglés), y Tabacco, 2000. **17.** Como es lógico, la obra de Trogo no ha pervivido en su forma original, pero los elementos y los métodos de redacción son atribuibles a dicho autor (o a su fuente) más que a quien confeccionó su epítome, Justino,

salvo aquellos pasajes en los que el propio Justino introdujo errores de nuevo cuño al abreviar o resumir. **18.** ¿Acaso estaba creando una historia oficial —como Dudo de San Quintín cuando escribió acerca del duque Ricardo II de Normandía— pero igualmente falsificada? Véase, por ejemplo, Chibnall, 2000: 16-20, quien cita también a un tal Widukind, que afirmaba que los sajones descendían de soldados combatientes... ¡en el ejército de Alejandro! **19.** Por ejemplo, en el texto de la *Vida de Éumenes* de Cornelio Nepote (5.1), se dice que Perdicas fue asesinado por Seleuco y Antígono. Es evidente que este último no pudo estar presente en el momento del asesinato, pero, además, hay otros testigos (por ejemplo, Arr., *Diád.*, 1.35) que nos cuentan que Antígenes fue uno de los verdugos de Perdicas. No sabríamos decir si el nombre de Antígenes fue cambiado por el del más conocido Antígono a raíz de un error de escritura (ya fuera éste del autor o de algún corrector posterior). Pero en vista de que Antígono tenía coartada, la culpabilidad de Antígenes parece constatada.

3. EL TRASFONDO MACEDONIO

1. Casson, 1926: 5, dice del río Peneo que es la «línea divisoria entre la Grecia "europea" y la "mediterránea"». **2.** Cf. Borza, 1990: 27. **3.** Kienast, 1973, cree que Filipo II adoptó muchas de ellas por imitación del uso persa, pero lo cierto es que parecen haber precedido al propio Filipo y que, si de verdad se trataba de préstamos tomados de Persia, podrían remontarse al período inmediatamente posterior al año 513. **4.** Véase, sin embargo, Hall, 2002: 154-156. **5.** Sobre Macedonia en tiempos de Arquelao, véase Thomas, 2006: 39-40. **6.** El estatus de Filipo en los años 359-357 es objeto de un encendido debate. El hecho de que Sátiro afirme (cf. también Justino, 7.5.6-10) que aquél reinó durante 22 años da crédito a la opinión de que ejerció temporalmente como regente. Para análisis más completos, véanse Tronson, 1984: 120-121; Griffith, 1979: 208-209, 702-704, y Borza, 1990: 200-201. **7.** Badian, 1963: 244: «la compleja historia de sus asuntos matrimoniales es un reflejo de los progresos de su expansión política». **8.** Aten., 13.557b-d, traducido (al inglés) por J.C. Yardley en Heckel y Yardley, 2004: 20. Sobre los matrimonios de Filipo, véanse Carney, 2000: 51-81, y Ogden, 1999: 17-27. **9.** Fuller, 1954: 29. **10.** Diod., 17.86.1. **11.** Según el comentario de Polieno, 4.2.2, la infantería de Filipo se había «retirado» hacia terreno más elevado (o sea, hacia las inmediaciones de la acrópolis). **12.** En cuanto a cifras de bajas, véase Diod., 17.86.5-6. No se indica el tamaño del ejército griego. Diod., 17.85.6,

explica que Filipo, con sus 32.000 hombres, contaba con ventaja numérica; pero Justino, 9.3.9, dice lo contrario. Probablemente no nos arriesgamos a equivocarnos si asumimos que las fuerzas estaban bastante igualadas, pero que los macedonios disponían de una fuerza de caballería mejor y más amplia. **13.** Muchos estudiosos modernos han apreciado connotaciones políticas en estas disputas familiares, pero los datos aportados no son convincentes. **14.** Véase la inteligente observación, conservada en Plut., *Alej.*, 3.4, de que Olimpíade temía la ira de Hera. **15.** Plut., *Alej.*, 9.4. **16.** Véase Carney, 2006: 25. **17.** Se trata seguramente de la campaña contra «Pleurias» mencionada por Diod., 16.93.8-9. No veo que exista ningún motivo para confundirla con la campaña contra Pleurato del 344-343, aunque Diodoro podría estar refiriéndose a una segunda expedición contra el mismo rey ilirio. **18.** La idea de que Cleopatra había tenido una hija, Europa, y un hijo, llamado Cárano, fue debidamente rechazada por Tarn, 1948: 2.260-2.262; cf. Heckel, 1979. Sin embargo, sigue siendo habitual que muchos autores doten de existencia real a este Cárano, aun sin contar con buenas pruebas para ello (en realidad, basándose solamente en una fuente de muy mala calidad que transforma a Cárano de rival hipotético en figura histórica: Justino, 9.7.3, 11.2.3; cf. 12.6.14). **19.** Justino, 8.6.5-8, afirma que Filipo mantuvo relaciones homosexuales con su joven cuñado, Alejandro I de Epiro, y lo hizo «primero catamita suyo y luego rey» (Justino, 8.6.8, trad. al inglés de J. C. Yardley). El rechazo de Alejandro Magno hacia los muchachos de tan corta edad tal vez fuera producto de una reacción adversa a la conducta de su padre (cf. Plut., *Alej.*, 22.1-2). Sobre la pederastia en la corte Macedonia, véase Berve, 1926: 1.10-11, quien acepta la afirmación de Dicearco de que Alejandro estaba *ekmanos philopais* («loco por los niños»). Yo no estaría tan seguro de calificar a muchos de los jóvenes asistentes del rey de «Lustknaben», como hace Berve. **20.** La hermana de Filotas, casada con Ceno, hijo de Polemócrates, era probablemente la viuda de Átalo (véase Heckel, 2006a: 276 F22, F34). **21.** Por ejemplo, Marsden, 1964: 69, sugiere la existencia de combinaciones diversas de 300 (*ile basilike*), 210, 231, 253 y 276, dependiendo del número real de Compañeros presentes en Gaugamela. No podemos olvidar, sin embargo, que los tamaños de las unidades eran nominales y, generalmente, no reflejaban su fuerza total. **22.** Lo primero que evoca la palabra «sarisa» en la mente del lector actual es la idea de longitud. Pero, en realidad, los *sarissophoroi* eran así llamados probablemente más por el tipo de arma que portaban (es decir, por la función de ésta como lanza de empuñadura) que porque sus dimensiones fueran similares a las del arma empleada por los falangitas. **23.** *FGrH* 115 F348; cf. Dem., 2.17; Anaxímenes *ap.* Harpocration = *FGrH*

72 F4; *Etym. Magn.*, 699.50-51; cf. Erskine, 1989; Griffith, 1979: 75-79. **24.** Varios fueron los comandantes hipaspistas que tuvieron actuaciones distinguidas en Halicarnaso (Atarrias, Helánico), Tiro (Admeto), Gaza (Neoptólemo) y la ciudad de los malios (Abreas). Si bien Admeto y Neoptólemo pertenecían probablemente a los hipaspistas reales, Neoptólemo ejerció posteriormente con toda seguridad de *archihypaspistes*. Los miembros de ambas unidades se reclutaban entre grupos de edad y clases sociales distintas. Sobre las actividades de los hipaspistas en la campaña contra los tracios «autónomos», véase Heckel, 2005. Otras unidades más reducidas de hipaspistas hacían las funciones de policía militar; véase, por ejemplo, el arresto de Filotas (Curc., 6.8.19-22) o el de los amotinados en Opis (Arr., 7.8.3). **25.** Las actividades de los *argyraspides* entre el 326 y el 321 están mal documentadas, por lo que son varias las propuestas que se han formulado al respecto. Mi propio punto de vista está expuesto en Heckel, 1982 y 1992: 307-319; cf. también Anson, 1981. Tanto Anson como yo rechazamos algunos argumentos contenidos en Lock, 1977, donde se propone que los Escudos de Plata no se constituyeron como unidad hasta el acuerdo de Triparadiso (321 o 320 a. C.). Antígenes, el comandante hipaspista que, según se tuvo luego constancia, se convirtió en líder de los *argyraspides*, regresó de la India junto a las fuerzas comandadas por Crátero. Alejandro, sin embargo, retuvo consigo a todo el cuerpo de hipaspistas. Sospecho que ésos fueron los hombres que acabaron reemplazando a los Escudos de Plata. **26.** Goldsworthy, 2003: 23. **27.** Ya en la *Andrómaca* de Eurípides se remontan (en tono conmemorativo) los orígenes de la estirpe de la realeza molosia a Neoptólemo, hijo de Aquiles. Los atenienses también podrían estar familiarizados con la mítica alcurnia de Alejandro por los honores otorgados a su tío abuelo Arribas y a los descendientes de éste (*IG*ii^2 225 = *SIG*^{3} 228; cf. Rhodes y Osborne, 2003: nº 70). **28.** La infantería macedonia también destruyó parte de las cosechas segándolas con sus sarisas a nivel de suelo, a modo de guadañas. **29.** Existe cierto debate sobre si Alejandro utilizó las Termópilas (Hamilton, 1969: 29; Hammond, 1997: 44) o el paso de Asopo (Bosworth, 1988a: 32; Brunt 1976: 32 n. 1). **30.** Plut., *Alej.*, 11.7-8; Hamilton, 1969: 30; sobre la figura de Filotas como *phrourarchos*, véase Diod., 17.8.7. **31.** Hay quien ha sugerido que la fuente de Arriano, Tolomeo, atribuyó deliberadamente la culpa del ataque contra Tebas a su posterior enemigo, Perdicas (Errington, 1969: 236-237). Aun si tal cosa fuera cierta, la decisión de destruir la ciudad no podría haber sido tomada sin la aprobación de Alejandro. Está claro que Perdicas, quien casi resultó muerto en aquel combate, no experimentó freno alguno en su carrera por aquello. Más bien fue todo lo contrario, ya que salió de allí convertido en uno de los comandan-

tes de mayor confianza de Alejandro. **32.** Diod., 17.14.1; Plut., *Alej.*, 11.12; Eli., *VH*, 13.7. **33.** Véase Justino, 11.3.6-11, con Yardley y Heckel, 1997: 92-96. En cuanto al tratamiento de los embajadores tebanos capturados, Dionisodoro y Tesalisco, véase, por ejemplo, Arr., 2.15.2.

4. EL ENEMIGO PERSA

1. Aun no siendo descendientes directos de Ciro, Darío I y su estirpe no tuvieron reparos en remontar sus orígenes a Aquemenes, pese a que Darío II y su esposa (y hermanastra) Parisátide eran hijos de Artajerjes I y de concubinas babilonias de éste. **2.** Arr., 2.7.8-9, asegura que Alejandro hizo referencia a los Diez Mil en su discurso previo a la batalla en Isos. Sobre Cunaxa y sus posteriores consecuencias, véanse Waterfield, 2006; Lane Fox, 2004, y, sobre la fama inmortal de los Diez Mil, Rood, 2004. **3.** El mito de la decadencia persa ha sido desacreditado recientemente: véase Sancisi-Weerdenburg, 1987; Briant, 2002. **4.** Jen., *Anáb.*, 1.5.9. **5.** Jen., *Anáb.*, 1.7.6-7. **6.** Olmstead, 1948: 263. **7.** Véase Lewis, 1977: 83-107. **8.** Jen., *Hel.*, 1.5.8-9. Cf. Diod., 13.37.4-5; Tuc., 8.46.1-2. **9.** Plut., *Ages.*, 15.8., haciendo referencia al dárico (una moneda en la que figuraba un arquero persa) y, más concretamente, al oro que Timócrates el Rodio había repartido presuntamente entre los enemigos de Esparta en la propia Grecia. **10.** Éste es uno de los temas centrales del *Panegyricus* de Isócrates. Sobre los orígenes de la traición de Esparta a los griegos de Asia, véase Tucídides, libro 8, así como Lewis, 1977. **11.** En cualquier caso, todo parece indicar que el medismo era una actitud reprensible vinculada con las Guerras Médicas (comparable, en tiempos modernos, al colaboracionismo con los nazis), pero que no estaba referido a otros tratos posteriores con Persia. Aunque los atenienses de la «Guerra Fría» entre Persia y Atenas durante el siglo v crearon deliberadamente una imagen del bárbaro como alguien a quien había que temer y despreciar al mismo tiempo (Hall, 1989), la realidad de las relaciones greco-persas era completamente diferente (cf. Miller, 1997). **12.** Al menos, según Diod., 17.9.5. Es discutible, sin embargo, que los tebanos hicieran tal declaración. Mucho se pensó y se escribió en aquel momento para justificar la destrucción de Tebas, y ésta acabó justificándose, finalmente, como un ejercicio controlado de terror y castigo merecidos contra los más conocidos medistas de Grecia. Cf. Justino, 11.3.10, con Yardley y Heckel, 1997: 95-96. **13.** Isoc., *Paneg.*, 122. Véase, en concreto, el excelente análisis de Flower, 2000; véase también Seibert, 1998. Acerca del desarrollo de una imagen

hostil hacia el persa en el imperio ateniense, véase Hall, 1989; sobre helenicidad, etnicidad y cultura, Hall 2002. **14.** Jenofonte, *Helénicas*, 1.6.7. Cf. Cawkwell, 2005: 163: «Toda esta bagatela panhelenista era muy del agrado de Jenofonte». **15.** Véase Heckel y Yardley, 2004: 9 (pasaje 2[e]). **16.** El poder y el estatus de los eunucos asirios es analizado por Grayson, 1993; cf. Tougher, 2004, a propósito de la Alta Edad Media. Fue un eunuco egipcio el enviado por el faraón Amasis en busca del cabecilla mercenario Fanes en el 526-525 (Hdt., 3.4.2), y Ctesias de Cnido menciona también la presencia de varios destacados eunucos en la corte aqueménida. Oman, 1924: 1.32, dice que Narsés, «pese a su formación específica y exclusiva como chambelán de la corte, hizo gala de un talento militar no menor que el del propio Belisario». He aquí, sin embargo, una concepción errónea del papel de Narsés. **17.** Las intrigas en el seno de la corte persa son descritas por Diod., 17.5.3-6; Justino, 10.3; Estrabón, 15.3.24 C736; cf. Val. Máx., 9.2 ext. 7; Curc., 10.5.23. Darío tenía cincuenta años cuando murió en el 330 (Arr., 3.22.6). En cuanto a su heroísmo frente a los cadusios, véase Diod., 17.6.1, y Justino, 10.3.3. **18.** Para un análisis de su rebelión y su reinado, véase Burstein, 2000.

5. CONQUISTA DE LOS AQUEMÉNIDAS

1. Plut., *Alej.*, 15.2, *Mor.*, 327d-e; Arr., 7.9.6; Curc., 10.2.24. **2.** En cuanto a los orígenes de las guerras entre este y oeste, véase Hdt., 1.1. El sacrificio de Agesilao en Áulide fue interrumpido por la caballería beocia, un insulto que él jamás perdonó. Sobre el panhelenismo de Agesilao, véase Cawkwell, 1976 y 2005: 163. **3.** Véase Perrin, 1895. **4.** Véase Heckel, 1997: 196: «la población costera reconoció en la Cruzada Panhelénica el fino velo del imperialismo macedonio». Cf. Faraguna, 2003: 113. **5.** Plut., *Alej.*, 15.2, *Mor.*, 327e: sus fondos ascendían a unos 70 talentos; Curc., 10.2.24, habla de 60. Sobre sus penurias financieras, véanse también Arr., 7.9.6; Plut., *Mor.*, 327d. Véase también Engels, 1978: 27-30. Brosius, 2003: 173, comenta que la «ambición» de Alejandro «por librar una guerra contra Persia era tan inmensa que ni siquiera su falta de recursos económicos lo detuvo». Es más probable, sin embargo, que la insuficiencia de fondos de Alejandro actuase como un factor motivador (o de necesidad); véase Austin, 1993: 206. **6.** En realidad, el número de mercenarios griegos no podía haber sobrepasado los cuatro o cinco mil, y es probable que, en esta ocasión, el ejército de Alejandro superara en cifras al de los persas. **7.** Gaebel, 2002:184. **8.** Puede que la elección de Amintas no fuera una casualidad. Su padre había sido ejecutado

por complicidad en el asesinato de Filipo. Tal vez se presentara como voluntario para liderar el ataque en un intento de salvar su honor. Un cínico sugeriría quizás que, en realidad, alguien lo expuso intencionadamente al peligro. **9.** Sobre los juramentos que pronunciaban los miembros de la Liga de Corinto, véase Rhodes y Osborne, 2003, nº 76. **10.** Véanse, sobre todo, los convincentes argumentos de Hammond, 1980: 74. **11.** Es muy dudoso que la caballería persa incluyera contingentes de hircanios y medos (Diod., 17.19.4). Muy seguramente, tampoco es cierto que Alejandro llevara escudo. Y la referencia a «la fama de audaz de Alejandro» (17.20.3) es claramente anacrónica y forma parte de la propaganda oficial. Fue probablemente su conducta misma en el Gránico (y el relato oficial de la misma) la que cimentó su reputación de audaz y temerario (cf. Plut., *Alej.*, 16.4). **12.** No está claro que ese héroe fuese necesariamente Aquiles. Parece más bien que la correlación entre Alejandro y Aquiles es posterior a Calístenes. Pero en el relato de Diodoro se le caracteriza sin duda como si de un héroe homérico se tratara. Compárese Diod., 17.20.3 («Arrojó su jabalina contra Alejandro con tan imponente impulso que perforó con ella el escudo y el epomis derecho de Alejandro, y atravesó incluso el peto de éste»), con Homero, *Ilíada*, 3.355-3.360 («y blandiendo la alargada lanza, la arrojó y acertó a dar en el escudo derecho de Paris. La pesada arma penetró en la reluciente protección clavándose en la labrada coraza y rasgando la túnica sobre el ijar. Pero como el troyano se inclinara, se salvó de la negra muerte»). **13.** Bosworth, 1980a: 122-123, rechaza que Demarato el Corintio fuese el *xenos* de Filipo II (quien, con anterioridad, había reconciliado a padre hijo tras una riña entre Alejandro y Átalo: Plut., *Mor.*, 179c), ya que, según señala, Demarato era demasiado viejo y, en cualquier caso, «no entró a formar parte del séquito de Alejandro hasta finales del 330 en Susa». Demarato murió de enfermedad en el 327, pero eso ocurrió siete años después de la batalla del Gránico. En la era de Alejandro y sus sucesores no escaseaban los guerreros entrados en años. Plut., *Alej.*, 56.1, comenta que Demarato hizo el viaje a Susa en el 330. Aun así, puede que se quedase en Asia Menor tras el primer año de la campaña. Tiene mayor sentido que la gratuita referencia a la presencia de Demarato en el Gránico fuese un elemento deliberado más de la propaganda panhelénica. **14.** Green, 1974: 489-512, ofrece una interpretación intrigante. Hubo dos batallas (una hacia media tarde, que fue repelida, y otra —exitosa— al día siguiente) y la matanza de mercenarios griegos ordenada por Alejandro fue una represalia por la derrota que éstos le habían infligido en el primer combate. Más probable parece, sin embargo, que Diodoro, al abreviar su fuente, simplemente relatase como hecho probado lo que sólo se sugería como posible desarrollo de los

acontecimientos. **15.** Algo señalado también por Devine, 1994: 94, aunque yo no me atrevería a atribuir la naturaleza del relato de Calístenes a la «inexperiencia del principiante» como hace aquél. Tal vez no fuera un consumado escritor sobre temas militares (como Polibio, 12.17 y siguientes, se deleitó en dejar claro a sus lectores), pero su objetivo principal en la descripción de la batalla del Gránico era ensalzar a Alejandro. Las posiciones de los comandantes persas pueden determinarse parcialmente a partir de los datos combinados que aportan Arriano y Diodoro. Mitrobuzanes (con los capadocios) y Farnaces (al frente, presumiblemente, de los soldados de las levas pónticas) debieron de estar emplazados a la derecha del centro. En cuanto a las bajas, véanse Arr., 1.16.3, y Diod., 17.21.3. **16.** Jen., *Anáb.*, 1.4.18, apuntado por J. Rufus Fears en Badian, 1976: 28. **17.** Una deserción de ese tipo (concretamente, la de Apolónides) cambió el signo del combate contra Éumenes en la batalla de Orcinia del 319 (Diod., 18.40.5-8; Plut., *Éum.*, 9.3; cf. Anson, 2004: 128). **18.** Sobre su carrera, véase Heckel, 1992: 352-353, y 2006a: 24 «Amyntas [3]». **19.** *FGrH* 139 F7. Sobre la historia del Nudo Gordiano, véanse Curc., 3.1.11-18; Arr., 2.3.1-8; Justino, 11.7.3-16; Plut., *Alej.*, 18.1-4; cf. Marsias de Filipos, *FGrH* 135-136 F4. Acerca de los orígenes hititas, véase Burke, 2002. **20.** Hall, 1989. **21.** Además de Artabazo y su familia (de los que hablamos más adelante), tanto Sísenes (Curc., 3.7.11) como Manapis (Curc., 6.4.25) pasaron presuntamente un tiempo en la corte de Filipo. **22.** Véase, en concreto, Parke, 1933; puede encontrarse un estudio más reciente, aunque menos exhaustivo, en Yalichev, 1997. Sobre los mercenarios al servicio de los persas, véase Seibt, 1977, y para algunos individuos destacados, Hofstetter, 1978. **23.** Parece que ése era el procedimiento estándar. Cf. los comentarios del joven Ciro sobre las familias de Jenias y Pasión (Jen., *Anáb.*, 1.1.4.8). **24.** En Mitilene, los persas impusieron la instalación de una guarnición bajo el mando de Licomedes de Rodas. Se desconoce qué fue de él. Cuando los macedonios, comandados por Hegéloco, llegaron para recuperar la ciudad, ésta se hallaba en manos de Cares (cf. Arr., 3.2.6; Curc., 4.5.22). **25.** Arr., 1.10.4, 6; Plut., *Foc.*, 17.2; *Demóst.*, 23.4. **26.** Sobre Bianor, véase Parke, 1933: 132, n.2, y 199. **27.** Podríamos descartar, sin embargo, que Alejandro avanzara de Malo a Miriandro (lugar también conocido como Miriando) en tan sólo dos días, como dice Arriano (2.6.2). **28.** Así, Engels, 1978: 131-134. **29.** Plb., 12.17.4 = *FGrH* 124 F35. **30.** Sugerida por Dittberner y confirmada por Lane Fox, Hammond y Devine. **31.** Stark, 1956: 6. Kromayer, 1914: 353, fue quien hizo esa identificación y ésta también es aceptada por Bosworth, 1988a: 60. Sobre la vida y los viajes de Freya Stark, véase Geniesse, 1999. **32.** Véase la fotografía (del Payas)

en Wood, 1997: 55. La brecha en la falange macedonia fue causada por el efecto combinado del terreno y el embate del avance de los dos primeros batallones por la derecha. **33.** Su número era de 60.000 (30.000 a cada lado de los mercenarios). **34.** Arr., 2.10.7. La ferocidad de los griegos quizás fuese consecuencia directa de la poco prudente decisión de Alejandro de no mostrar clemencia alguna con los mercenarios tras la batalla del Gránico. Arriano no proporciona cifras completas de las pérdidas humanas padecidas por la infantería macedonia. En cualquier caso, todas las cifras aportadas por los historiadores antiguos de Alejandro cuyas obras (o parte de ellas) se han conservado hasta nuestros días son ridículamente bajas. **35.** Véanse intentos de aportar puntos de vista correctivos en Murison, 1972; Seibert, 1987; Nylander, 1993, y Badian, 2000b. **36.** Hdt., 1.214. Jen., *Cir.*, 8.7, dice que murió en paz, pero no veo por qué tenemos que preferir esa versión a la de Heródoto. **37.** Jen., *Anáb.*, 1.8.22; cf. Arr., 2.8.11. **38.** Se ha argumentado, por supuesto, que la estrategia persa en el Gránico consistía en matar a Alejandro. **39.** Jen., *Cir.*, 4.2.2, explica que los hircanios, como todas las tribus de Asia, transportaban sus hogares y sus familias consigo (cf. 4.1.17); en 3.3.67, describe una costumbre similar de los asirios. **40.** Sobre la costumbre oriental de llevar a mujeres en las expediciones militares, véase Jen., *Cir.*, 3.3.67; 4.1.17, 2.2. Con la presencia de mujeres en el campamento tal vez se pretendiera inspirar a los hombres para la lucha (cf. Justino, 1.6.13-14, un pasaje en el que las mujeres reprochan a los hombres su «cobardía»). Tampoco es inaudita la batalla como «deporte de espectadores» (tanto masculinos como femeninos), tal como sabemos por la primera batalla de Bull Run (Manassas) en la Guerra de Secesión estadounidense (William Howard Russell, citado por Commager, 1995: 106-109) o por los observadores curiosos de la Guerra de Crimea, señalados también por Russell. Véase, por ejemplo, Royle, 2000: 219: «En realidad, tal despreocupación se vivía en aquel momento que los rusos habían llegado a autorizar a un grupo de ciudadanos distinguidos de Sebastopol la celebración de una comida campestre junto al terreno de combate para que contemplaran la esperada derrota de las fuerzas aliadas. Allí, en unas gradas improvisadas a toda prisa sobre el cerro de los telégrafos ópticos, ocuparon unas elegantes filas de asientos y pudieron ver a través de sus gemelos los preparativos que se desarrollaban a muy poca distancia mientras bebían una copa de champán». Un espectáculo similar tuvo lugar en alta mar, durante la campaña del Báltico de 1854 (Ponting 2004: 45). **41.** Para los detalles, véase Curc., 3.13.13-15; cf. Arr., 2.11.10, 15.1. Las familias de los notables persas también servían de rehenes para garantizar la buena conducta de los dirigentes de Darío (Diod., 17.23.5). **42.** El patronímico no es seguro, pero sí

muy probable. Tenes había traicionado a los sidonios, pero también había engañado a Artajerjes III y fue ajusticiado tras la toma de la ciudad. **43.** Wilcken, 1967: 109. Sobre Filipo II y la campaña de Ateas, véase Justino, 9.2.10-13; la relación es destacada por Hamilton, 1985: 21. **44.** *Eracles* de Lyon II (véase Edbury, 1998: 19). Sobre la importancia de Tiro en el Mediterráneo oriental, véase Pryor, 1988: 112-134. Saladino tenía motivos para lamentar su prematuro abandono del sitio de la ciudad. Véase también Runciman, 1951: 3.18: «En su momento de triunfo, Saladino había cometido un grave error dejándose impresionar por las fortificaciones de Tiro». **45.** Arr., 2.16-24; Curc., 4.2-4; Diod., 17.40-46; Plut., *Alej.*, 24-25; Polieno, 4.3.3-4, 13; Justino, 11.10.10-14. Fuller, 1960: 206-216; Kern, 1999: 209-217. **46.** Para Arr., 4.20.1-3, los navíos sumaban en total de 224 (80 de Fenicia, 10 de Rodas y 10 más de Licia, 120 chipriotas, 3 de Solos y Malo, y un barco macedonio de 50 remos); para Curc., 4.3.11, los barcos fueron sólo 190. **47.** Curc., 4.4.19, dice que terminó seis meses después de haberse iniciado, pero Arr., 2.24.6, fecha el saqueo de la ciudad en el Hecatombeón (julio-agosto). **48.** Basándonos en estas cifras, podríamos estimar la población de Tiro en el 332 en torno a poco más de 50.000 habitantes. Véase también Grainger, 1991: 33. **49.** Gaza, Ashkelon (Ascalón), Ashdod, Gath y Ekron eran las cinco ciudades de los filisteos, un pueblo de orígenes poco conocidos, que formaba uno de los contingentes de los llamados Pueblos del Mar de la Edad del Bronce tardía. Para cuando el área pasó a ser incorporada al imperio persa, los filisteos como grupo habían desaparecido o habían sido asimilados. La fuerza defensiva de Gaza podría haber estado compuesta fundamentalmente por árabes. **50.** Sobre los problemas logísticos, véase Engels, 1978: 57-59. Este autor estima que las fuerzas de Alejandro habrían consumido cerca de 23.000.000 de litros de agua durante los dos meses del asedio. **51.** Curc., 4.5.10. Sobre la carrera de Hefestión, véanse Heckel, 1992: 65-90, y 2006a: 133-137, y Reames-Zimmerman, 1998. Sobre los veinte navíos atenienses, véase Diod., 17.22.5; cf. Hauben, 1976: 80-81. Es posible que éstos permanecieran al mando de Nicanor, cuya flota «helena» ha-bía sido desmovilizada en Mileto en el 334. **52.** Cf. Dodge, 1890: 343. **53.** Arr., 2.13.2. **54.** Cf. Chevalier, 1859-1860: 2.7, citado por Seibt, 1977: 113. **55.** 2.11.7. **56.** El relato que hace Heródoto de la conquista de Egipto por parte de Cambises deriva de fuentes hostiles: sus informadores fueron los sacerdotes de Sais, lugar próximo a la ciudad griega de Náucratis. Pero, pese a su falta de fiabilidad general, es aún habitual entre los historiadores de hoy en día considerar el supuesto sacrilegio del rey Persa (sobre todo, en lo que respecta a la muerte del ternero de Apis) como si se tratase de un hecho probado. De algo

parecido se acusó a Artajerjes III. Sin embargo, el respeto mostrado por Alejandro hacia las instituciones egipcias no demuestra que esas otras acusaciones contra sus predecesores persas fueran ciertas. Lo que sí confirma es que la propaganda hostil consiguió lo que se proponía. Donde mejor se resumen las actitudes de Cambises es en Kuhrt, 1995: 663: el rey persa se estaba «amoldando para encajar en el papel que tradicionalmente se esperaba de un monarca egipcio: honrar a los dioses, autorizar la continuación de las ofrendas, mantener la pureza de sus santuarios y adoptar títulos y nombres ceremoniales egipcios». La historia en la que se cuenta que Cambises envió un ejército para atacar a los amonitas es también una ficción y, tal vez, una representación tergiversada de una misión de embajada a Siwa. Cf. Allen, 2005: 35. **57.** Esas leyendas eran bastante comunes. Hdt., 3.2.1, dice que «los egipcios proclamaron a Cambises como uno de los suyos», y añade que el persa era hijo de Ciro y de la hija del faraón Apries (Hofra). Por tanto, su regreso para derrocar a la casa de Amasis no fue más que una cumplida venganza, puesto que el conquistador pertenecía a la estirpe de Apries. **58.** A propósito de Jababash, véase Burstein, 2000. Lloyd, 2000: 390, cree que el levantamiento se inició en el 339-338; cf. Spalinger, 1978. Sobre la repercusión de los acontecimientos de Egipto en la armada persa, véase Anson, 1989. **59.** Honores parecidos se dispensarían años después a Filipo III Arrideo. Véase Mysliwiec, 2000: 178. Burstein, 1991: 141, señala, sin embargo, que: «Una titulatura [...] no demuestra la coronación de un gobernante de Egipto, sino la aceptación de su gobierno por parte de los sacerdotes». **60.** Véase Aristobulo, *FGrH* 139 F47 = Aten., 6.251a (Dioxipo, el pancratiasta y adulador del rey, comentó que «el icor de los dioses inmortales» manó de la herida de Alejandro, pero que el rey respondió que aquello no era «nada más que sangre»); cf. Plut., *Alej.*, 38.3. Bosworth, 1988a: 282, apunta a Estrabón, 17.1.43 = Calístenes, *FGrH* 124 F14a, quien, según él, prueba que el reconocimiento por parte de los oráculos de Mileto y Eritras de Alejandro como hijo de Zeus llegó a Menfis en la primavera del 331, «demasiado pronto como para que aquéllos hubieran sido influidos por las noticias de la verdadera consulta [en Siwa]». Pero, si aceptamos el comentario de Calístenes como cierto (y pensemos que sólo lo conocemos de forma indirecta), debemos también creer que el oráculo de Mileto predijo la victoria de Arabela (Gaugamela), la muerte de Darío y los levantamientos del Peloponeso. Calístenes, suponiendo que realmente diera cumplida cuenta de tales profecías en sus crónicas, no informó de ellas hasta que el rey se hallaba ya en el Asia central (y posiblemente sólo lo hiciera entonces en el contexto del castigo infligido a los bránchidas). **61.** Aunque nada más sea por este motivo, me resulta difícil aceptar el punto de vista de

D. Mueller (en Badian, 1976: 65), quien propone que «Alejandro malinterpretó la bienvenida que le dio el oráculo como sucesor legítimo de los faraones y creyó que tal proclamación le era aplicable personalmente». Dandamaev, 1989: 79, parece considerar que aquélla fue una expedición militar en toda regla, y lo cierto es que son varios los equipos arqueológicos que han buscado en vano el «ejército perdido» de Cambises. **62.** Diod., 17.32.1-2. **63.** Véanse Heckel, 1992: 6-12, y Heckel, 2006a: 131-132. **64.** Curc., 4.1.10-13, traducido (al inglés) por J. C. Yardley. **65.** Los mil talentos ofrecidos para asesinar al propio Alejandro se referían, al parecer, a un intento de soborno del que fue objeto Filipo el Acarnanio (Curc., 3.6.4). **66.** Esta oferta vino acto seguido de conocerse el fallecimiento de la esposa de Darío, Estatira, y es un error fechar la embajada en tiempos de la primera estadía de Alejandro en las inmediaciones de Tiro, como han hecho algunos autores. La incuestionable verdad es que Estatira murió a consecuencia de lo que se consideraron complicaciones relacionadas con un embarazo o un parto. **67.** Se dice que los persas colocaron abrojos de hierro en el lugar del campo de batalla por donde esperaban que se produjera la carga macedonia. Curc., 4.13.36-37, explica en concreto que un tal Bión —un mercenario griego que había desertado para pasarse al bando de Alejandro— reveló esa información a los macedonios. **68.** Los daños causados por los carros falcados fueron con casi toda seguridad mayores que los que la fuente (o fuentes) de Arriano se mostró dispuesta a admitir (véase Arr., 3.13.5-6); Diod., 17.58.2-5, y Curc., 4.15.14-17, dejan claro que aquéllos no atravesaron las filas enemigas sin afectarlas. Pero en lo que a su capacidad para trastocar la línea enemiga se refiere, no demostraron mayor eficacia en aquel momento que la que habían tenido en la batalla de Cunaxa (Jen., *Anáb.*, 1.8.20). **69.** Cf. Burn, 1973: 118: «En vez de girar hacia la derecha o hacia la izquierda, donde podría haber ocasionado un daño inmenso, aquella marea rugiente de hombres se limitó a cabalgar hacia adelante en línea recta». Sin embargo, Marsden, 1964: 59-60, cree que se trataba en realidad de una fuerza de muy pocos efectivos y mal equipada para aprovechar el hueco abierto en la línea macedonia. Según este autor, su verdadero objetivo era «rescatar a la familia real persa» (59). **70.** Así, Plut., *Alej.*, 33.10 = *FGrH* 124 F36. Puede que Calístenes sólo fuera responsable del comentario sobre el malestar que producían en Parmenión «la arrogancia y la pomposidad» de Alejandro, pero el cronista ni siquiera se habría atrevido a expresar algo así antes de la muerte del general. **71.** Diod., 17.65.5. **72.** Abulites había sido sin duda sátrapa de Susiana antes de la llegada de Alejandro y parece también que el nombramiento de su hijo, Oxatres, como sátrapa de los paratecos (Arr., 3.19.2; Curc., 5.2.8-9) supuso la confirmación de un

cargo preexistente. Si Maceo tuvo ese mismo rango, éste le fue conferido tras la muerte de Bupares en Gaugamela. Aun así, también podría haber rendido Babilonia en calidad de autoridad persa de mayor rango presente en la ciudad. Hasta la derrota de Darío, continuó siendo el sátrapa titular de Siria. Sobre el estatus privilegiado de Maceo, véase Heckel, 2006b. 73. Entendido como una medida oficial de un gobierno, lo llamaríamos impuesto; dirigido contra la autoridad central, solemos denominarlo más bien bandidaje. Peajes similares eran cobrados por los coseos (Diod., 19.19), a pesar de la campaña de castigo que Alejandro emprendiera contra ellos durante el invierno del 324-323 (Diod., 17.111.4-6; Plut., *Alej.*, 72.4; Arr., 7.15.1-3). Sobre sus tratos con Antígono Monoftalmos en el 317, véase Billows, 1990: 92-93. 74. Para un análisis de la topografía y de otros problemas militares y logísticos relacionados, véase Speck, 2002, quien, a finales de la década de 1970, se convirtió en el primer académico desde sir Aurel Stein en llevar a cabo una investigación topográfica. Michael Wood había publicado con anterioridad un estudio no tan exhaustivo (Wood, 1997: 102-108), pero que databa de fecha muy posterior a la del de Speck. En cuanto a los aspectos historiográficos, véase Heckel, 1980. 75. Si hay algo de cierto en la historia de la tortura y la muerte de Clearco narrada por Ctesias, tendríamos que considerarlo de todos modos como un ejemplo aislado. Los hoplitas griegos evidenciaron su superioridad sobre la infantería bárbara en el campo de batalla (en Maratón, Platea, Cunaxa, etc.). Esta ventaja militar podría atribuirse al mismo principio enunciado por Kennedy, 1988: 20-38, para explicar el auge de Occidente (entiéndase Europa) tras el año 1500. La «diversidad política» resultante de la geografía y la «interacción competitiva» entre los Estados provocó una puesta a punto de la tecnología y las aptitudes bélicas como no se desarrolló en los imperios monolíticos de Oriente. 76. Una muchacha de quince años que, en realidad, no se encontraba en la ciudad de Kuwait en el momento en que se produjo la invasión iraquí, y que resultó ser hija de un diplomático kuwaití destinado en Washington, D.C., informó ante el Comité Conjunto de Derechos Humanos del Congreso de los Estados Unidos el 10 de octubre de 1990: «Yo era voluntaria en el hospital Al Adan. Estando allí, vi que entraron en la clínica unos soldados iraquíes armados y fueron a la sala donde [...] estaban las incubadoras con los bebés. Se llevaron las incubadoras, sacaron a los bebés de dentro y los dejaron allí en el suelo, agonizando» (el texto aparece citado en numerosas páginas web, por ejemplo, <http://www.mindfully.org/Reform/Nayira-Witness-Incubator-Kuwait6jan92.htm>). El engaño tuvo una incidencia nada desdeñable en la consecución de apoyos para la Guerra del Golfo. Falseamientos similares fueron empleados siglos antes para inspirar fervor por las cru-

zadas: desde las difamaciones del papa Urbano II, quien llegó a asegurar que los sarracenos contaminaban el agua bendita de las pilas bautismales con sangre de hombres cristianos circuncidados a la fuerza, hasta el desfile de mujeres ultrajadas que se organizó en Venecia en 1258. Como bien señala Maier, 1994: 117: «la idea principal tras un sermón de llamamiento a las Cruzadas parecía ser la generación de un *Feividbild* interior y exterior, es decir, de una imagen del enemigo tanto interno como externo». **77.** Curc., 5.6.1., traducido (al inglés) por J. C. Yardley. **78.** Véase Diod., 17.70.1, a propósito de la exoneración de los palacios. Morrison, 2001, señala la importancia del saqueo para la moral de las tropas. Incluso aunque una parte de las tropas no hubieran llegado aún al lugar, habrían recibido luego su cuota correspondiente del botín calculada seguramente en función de sus méritos y de su estatus (cf. Curc., 5.6.20, acerca del reparto de los despojos entre los *hetairoi*). **79.** Los motivos de la demora de Alejandro —que permaneció cuatro meses en Persépolis— no se saben a ciencia cierta. Su preocupación por la situación en Grecia podría ser una explicación bastante plausible, pero también hay que tener en cuenta que el camino hasta Ecbatana quedaba impracticable durante el invierno persa. Diod., 17.73.1, sitúa la campaña de Pérside en un momento posterior a la destrucción de los palacios, pero el relato de Curcio (5.6.11-19) es probablemente el correcto por fecharla después de la conflagración. Arriano no menciona la campaña. **80.** La hija que tuvo con Tolomeo, Eirene, contrajo matrimonio con Eunosto de Solos (Aten., 13.576e). **81.** Arr., 3.18.11. Como era de esperar, Arriano (que basó su historia en la de Tolomeo) no dice nada acerca de la destrucción del palacio ni del (presunto) papel de Tais. Cuesta imaginar que Clitarco pudiera haber publicado una historia como ésa en Alejandría en torno al 310 a. C. si no tuviera un mínimo componente de verdad que, por otra parte, no pudiera ser considerado del desagrado de Tolomeo. **82.** La ambigüedad política de ese gesto queda bien ilustrada por Plutarco, quien en su *Vida de Alejandro* habla con aprobación de la conquista de Persia y, al mismo tiempo, en su *Vida de Agesilao* (15), escribe: «Yo, para empezar, no puedo estar de acuerdo con Demarato de Corinto cuando afirma que los griegos que no habían visto a Alejandro sentado en el trono de Darío se habían perdido un gran e inusitado placer. En realidad, pienso que lo más probable es que hubieran llorado al darse cuenta de que Alejandro y sus macedonios no eran más que herederos de aquellos griegos que tantos distinguidos comandantes habían perdido en los campos de batalla de Leuctra, Coronea, Corinto y Arcadia». **83.** Había probablemente muy poca diferencia entre los papeles políticos de hombres como Maceo, Abulites y Artabazo, y los de Hamid Karzai (en Afganistán) o Ayad Alaui (primer minis-

tro provisional de Irak) en la actualidad. De todos modos, Maceo gozaba de la confianza y el respeto de Alejandro. Al parecer, él era el ocupante para el que se diseñó el llamado Sarcófago de Alejandro (véase Heckel, 2006b). **84.** Briant, 2002: 569. **85.** Véase un sentimiento similar en Holt, 2005: 46: «Como el conflicto político entre Alejandro y Beso era por un trono en la distante Mesopotamia, es probable que a los bactrianos les importara muy poco cuál de esos dos hombres se sentaría finalmente en él, siempre que las cosas apenas cambiaran en su propia patria». Eso no significa que la clase baja no tuviera interés alguno por la realeza o la nobleza. Plut., *Artaj.*, 5.6, explica que el común del pueblo apreciaba que Estatira, esposa de Artajerjes II, llevara recogido el cortinaje de su carruaje (*harmamaxa*) para que pudiera ser vista desde fuera. Plutarco llama «persas» a esa gente, pero da igual si en realidad eran súbditos no persas: lo importante es que los plebeyos se sentían más atraídos por el *glamour* de la clase privilegiada que por quiénes eran los individuos que componían esa clase. Hoy en día, la mayoría de quienes afirman haber amado a la princesa Diana no se habrían fijado siquiera en ella si hubiera pasado a su lado por la calle como una transeúnte más. **86.** Las conocidas como las Siete, aunque una de dichas familias era la del propio Darío I. El propio Darío, junto a otros seis conspiradores, había asesinado al hombre que gobernó después de Cambises alegando que había afirmado falsamente ser el hermano de éste, Bardiya (Esmerdis). Algunos estudiosos contemporáneos creen que la historia del «falso Esmerdis» fue una invención destinada a ocultar una conspiración contra un mandatario legítimo.

6. RESISTENCIA EN DOS FRENTES

1. Cf. Liddell-Hart, 1967: 21. «Las sucesivas campañas de Alejandro hasta alcanzar las fronteras de la India fueron, en el sentido militar, una "operación de limpieza" del imperio persa y, en el político, una consolidación del suyo propio». **2.** El nombre de Artajerjes IV correspondió a Arsés (Sachs, 1977: 147). En cuanto al gesto de llevar la tiara «hacia arriba», véase Jen., *Anáb.*, 2.6.23; Arr., 3.25.3. **3.** Arr., 3.22.1: «Alejandro envió el cuerpo de Darío a Persia y ordenó que recibiera sepultura en las tumbas reales, al igual que los reyes que le habían precedido». **4.** Arr., 3.21.10, acusa a Satibarzanes y Barsaentes del asesinato de Darío. Es posible que realmente hubiera pretendido escribir Nabarzanes, pero el *Epít. de Metz*, 3, da el nombre de «Ariobarzanes» como el del verdadero regicida, lo que podría ser nuevamente una referencia a Satibarzanes. **5.** Bosworth,

1980a: 357, sitúa Artacoana «en el curso del Hari Rud, próxima a Herat», pero no considera que Alejandría de Aria fuese un nuevo asentamiento de población en ese mismo lugar. Engels, 1978: 90-91, cree que Artacoana estaba ubicada al noreste de Susia (Tus) y no al sur de esta última ciudad. Véase también Atkinson, 1994: 206-208. **6.** Carney, 1983: 260. **7.** El único que facilita sus nombres es Curc., 6.7.15: Peucolao, Nicanor, Afobeto, Iolao, Dioxeno, Arquépolis y Amintas. Más tarde, durante el juicio de Filotas, un tal Calis (o, tal vez, «Calas») admitió haberlo planeado todo con Demetrio (Curc., 6.11.37). **8.** Badian, 1961. Aun siendo una trama digna de un libro de Agatha Christie o Mary Renault, no es buena historia. Sin embargo (y por desgracia), ha sido utilizada para construir la imagen de un Alejandro retratado como conspirador paranoico que, lejos de ser víctima de complot alguno, se dedicaba activamente a urdir tramas contra sus propios hombres (por ejemplo, Badian, 2000a). **9.** Véase Hamilton, 1969: 134-135. **10.** Curc., 6.7.17-18, señalado por Adams, 2003: 118. **11.** La idea de una asamblea del ejército macedonio constitucionalmente establecida (Granier, 1931) ya no es aceptada hoy en día, pero es evidente que tanto Alejandro como otros mandatarios posteriores recurrieron a la decisión del conjunto del ejército en determinados casos de especial dificultad, lo que aparentemente servía para legalizar el proceso y apartar del rey cualquier atribución de culpa. **12.** Cleandro, hijo de Polemócrates, era hermano de Ceno, yerno de Parmenión. El propio Ceno tuvo un papel nada desdeñable en la destrucción de Filotas. **13.** Bosworth, 1980a: 373. Sobre los «escitas europeos», véase Arr., 4.1.1. Sobre el problema del Tanais, véase también Hamilton, 1971. **14.** Engels, 1978: 94-96. Holt, 2005: 32-33, sostiene que Alejandro eligió el paso de Jawak antes que el de Shibar desde Bamian, pese a que este último era más bajo y sencillo de cruzar, para no perder el elemento sorpresa. Sobre las aventuras de Josiah Harlan siguiendo los pasos de Alejandro en el Hindukush, véase MacIntyre, 2004: 209-228. **15.** Otro paladín fue el príncipe peonio Aristón, que dio muerte a Satropates poco antes de la batalla de Gaugamela (Curc., 4.9.25). Cf. la muerte de un notable mexicano a manos de Juan de Salamanca, que dio un giro al signo de la batalla de Otumba el 14 de julio de 1520. La muerte del guerrero indio coincidió con la pérdida del estandarte, pero el efecto psicológico resultó decisivo. Van Wees, 2004: 240, apunta que el ocaso de los combates individuales vino ligado al hecho de que la «batalla clásica [...] estaba centrada puramente en el honor y la gloria de la comunidad». Pero, por supuesto, muchas sociedades de conquista estaban organizadas sobre una base aristocrática, heroica. No había gran diferencia entre los héroes de Homero, los *hetairoi* de Macedonia, los caballeros de las Cruzadas y los hidalgos que formaron la punta

de lanza de la conquista española del Nuevo Mundo. **16.** Véase Bloedow, 2002, que recoge interesantes paralelismos modernos. **17.** Véase el episodio de Cobares (Bagodaras): Diod., 17.93.7; Curc., 7.4.1-19. Es importante añadir que, aunque los académicos modernos tienden a unir bactrianos y sogdianos como si formaran un único grupo, los intereses de los que vivían al sur del Oxo (Amu Daria), dedicados a la agricultura en su mayor parte, eran distintos de los del norte, que tendían al pastoreo y la vida seminómada, y que, en muchos casos, eran afines cultural y étnicamente a los escitas (véase Vogelsang, 2002: 122). **18.** Algo parecido, quizás, a la canga o cepo mongol, que tuvo que llevar Temujin (Gengis Khan) durante su período de cautividad. **19.** Milns, 1968: 170, dice que «Alejandro [...] detuvo el carro en el que había ido subido hasta allí». Green, 1974: 355, señala que «el trato dispensado a Beso parece haber venido dictado principalmente por el deseo de impresionar a la nobleza irania más recalcitrante», pero no aprecia el papel desempeñado en ese sentido por el carro. En cuanto al carro real persa, véase Curc., 3.3.15. **20.** Sobre los diferentes relatos de la muerte de Beso, véanse Diod., 17.83.9; Plut., *Alej.*, 43.6; Arr., 4.7.3. Curc., 7.5.19-26 y 7.10.10, funde las versiones de Clitarco y Tolomeo (véase Heckel, 1994: 70). Bosworth, 1980a: 376, señala acertadamente que la «usurpación [de Beso] fue la causa de aquella humillación y mutilación». **21.** A menos que se refiera a la campaña descrita por Arr., 3.30.10-11. Es evidente que Arriano no sabía (o no creía) nada de la historia de los bránchidas. Los bárbaros habían herido en aquella campaña a Alejandro con una flecha y le habían fracturado el peroné, y, según se dice, sólo 8.000 de un total de 30.000 escaparon con vida. **22.** Curc., 7.5.27-35. Bosworth, 1988a: 108, trata la masacre como un hecho histórico cierto, aunque no acepta que las víctimas fuesen los bránchidas. En lo que yo no coincido, sin embargo, es en su conclusión (108 n. 251), según la cual «no había razón evidente alguna para una invención y ésta no puede atribuirse en modo alguno a Calístenes». Cf. Holt, 2005: 184: «No tenemos motivos para desechar esa historia, aun cuando muchos fervientes admiradores de Alejandro (como W. W. Tarn) preferirían que no fuera verdad». Sobre los crímenes de los bránchidas, véase Hdt., 6.19, quien fecha el saqueo del templo en tiempos del reinado de Darío I. Sobre la posibilidad de que Ctesias narrara una versión alternativa, véase Brown, 1978: 64-78, esp. 75-78. **23.** Curc., 7.5.27. **24.** Holt, 2005: 81-82, rechaza la idea de un Espitámenes erigido en «líder nacional». Sin embargo, Harlan, 2005: 12-13, escribiendo en 1842, comentó lo siguiente acerca de la situación en Afganistán tras la primera invasión británica: «Una nación cuyo principio de existencia descansaba sobre la desunión y los intereses separados de sus tribus constituyentes fue reunida por la

opresión común en una comunidad unánime, acosada hasta la locura por la tiranía sistemática de sus consecutivos invasores». **25.** Sobre la pérdida de caballos padecida por Alejandro, véase Arr., 3.30.6. Bloedow, 1991, sugiere que la requisición de equinos fue la principal causa de descontento en la zona; Bosworth, 1995: 18, hace bien en descartar esta idea por improbable. Los criadores de caballos de la Sogdiana podrían haber visto en aquello una auténtica «oportunidad de negocio». **26.** El único que describe el papel de Farnuces es Arriano (4.3.7, 5.3-9, 6.1-2). **27.** En cuanto al número de efectivos y de bajas, véase el apéndice 2. **28.** Bosworth, 1995: 24. **29.** Arr., 4.1.5; Curc., 7.6.14-15. Véase también el análisis de Bosworth, 1995: 17-19. **30.** Curc., 7.10.11-12: Tolomeo y Menidas trajeron consigo a 4.000 infantes y 1.000 jinetes; Asandro, otros 4.000 soldados de infantería y 500 de caballería, y Asclepiodoro llegó acompañado de 8.000 infantes griegos y 600 jinetes; cf. Arr., 4.7.2 (sin las cifras). **31.** Arr., 4.18.4 y 19.4-5, es el único que afirma que Roxana, hija de Oxiartes, fue apresada en la Roca Sogdiana. Se trata de un hecho inverosímil desde el punto de vista cronológico y que se contradice con todas las demás fuentes: Estrabón, 11.11.4 C517; C 8.4.23; cf. *Epít. de Metz*, 28-29. En cualquier caso, yo no soy de la opinión de que fuera hecha cautiva en aquella ocasión y que se casara posteriormente con Alejandro en la Roca Coriana (o de Sisimetres). **32.** Milns, 1968: 176. **33.** Las mismas por las que se había abstenido de casarse antes de abandonar Macedonia. Véase Baynham, 1998b. Sobre la oferta de matrimonio, véase Arr., 4.15.2-3 (que ubica erróneamente la misión de embajada en Bactra; cf. Bosworth, 1995: 101); Curc., 8.1.9. «Puede que la propuesta de los sacas fuera, en última instancia, el hecho fundamental que provocó el matrimonio de Alejandro con Roxana y, finalmente, las bodas en masa de Susa» (Bosworth, 1995: 104). **34.** Holt, 1988: 78-79 n. 118; sobre su heroísmo, véase también Holt, 2005: 72-73. **35.** Tritle, 2003; véanse también Tritle, 2000: esp. 56-61; Shay, 1994, 2002; Hillman 2004: 31-33, 64-66. **36.** Johann Georg Korb (1968: 79). El *Diarium itineris in Moscoviam* de Korb se publicó en latín en 1698. Massie, 1980: 266, reproduce la traducción inglesa del conde Mac Donnel (Londres, 1863; reimpresa en 1968). Siendo ésta una paráfrasis un tanto forzada, la que incluyo aquí es mi propia traducción de la versión alemana de Leingärtner. **37.** Véase Plut., *Vida de Marco Antonio*, 71. **38.** Massie, 1980: 265. **39.** Curc., 8.8.7-8; traducción (al inglés) de Yardley, 1984: 194. **40.** Los rebeldes lanzaron un ataque contra el sátrapa Amintas, pero fueron derrotados y sufrieron un número muy elevado de bajas (Curc., 8.2.14-17). Nautaca ha sido identificada como la actual Shahrisabz (o Shakhrisyabz, próxima al lugar donde siglos después nacería Temur —o Tamerlán—), y diversos

autores han situado la antigua Jenipa en las inmediaciones de Karshi (Holt, 2005: 79-80; Bosworth, 1995: 121; cf. Schwarz, 1893: 74-75). Las fuentes antiguas, sin embargo, dan a entender otra cosa. Cuentan, para empezar, que Sisimetres fue gobernante de la región de Nautaca (Curc., 8.2.19; cf. *Epít. de Metz*, 19), y Diodoro («Índice») menciona el ataque de Alejandro contra los nautacos. Si los macedonios se hicieron con el control de la ciudad, es natural suponer que Sisimetres huyó a las montañas. La fortaleza en la que se refugió éste se ubicaba, según Estrabón, en Bactria (11.11.4), región que, en virtud de la definición del propio geógrafo griego, estaba situada al sur del Oxo (11.11.2). Tal vez la fuente en la que se basó Estrabón entendiera que el río Waksch, que desemboca en el Amu Daria, hacía de frontera entre la Sogdiana (al norte) y la zona oriental de Bactria, y hubiera confundido la corriente conjunta de ambos ríos con la del Oxo, porque lo cierto es que la Roca Coriena (Koh-i-nor) estaba emplazada más allá del Waksch. **41.** Diodoro («Índice del Libro XVII») dice que Alejandro mató a 120.000 insurgentes como represalia. **42.** Sobre ese perdón, véase Curc., 8.2.18. Puede que uno de los que se rindieron en esa ocasión fuera Oxiartes, cuya familia había buscado refugio junto a Sisimetres en Koh-i-nor. Me resulta difícil creer que Oxartes (Curc., 8.2.25 y siguientes) y Oxiartes (Curc., 8.4.21 y siguientes) no sean el mismo individuo (más aún si el cambio de grafía se debió a algún error de transcripción en los manuscritos). **43.** Curc., 8.2.25, lo llama «Oxartes». No hay indicio ni explicación alguna de cómo ese hombre acabó apoyando a Alejandro. **44.** Allen, 2005: 147, resta importancia al matrimonio alegando que «Alejandro [...] aplicó una especie de sellado cosmético a la subyugación de las satrapías nororientales [...] casándose con alguien de la nobleza local». Dado que los nombres de Roxana y Oxiartes (Oxiatres) eran habituales entre los miembros de la casa real aqueménida, puede que este último fuera algo más que un simple «noble local». **45.** Curc., 8.4.30. En el *Epít. de Metz*, 30-31, se dice que hubo más macedonios que tomaron como esposas a mujeres bárbaras en esa misma ocasión, algo que también relató Diodoro pero que había desaparecido de los manuscritos supervivientes (véase Diod., «Índice»: «De cómo Alejandro se enamoró de Roxana, hija de Oxiartes, y se casó con ella, y convenció a muchos de sus amigos para que tomaran como esposas a las hijas de bárbaros distinguidos»). **46.** Por lo general, se asume que Corienes era el nombre «oficial» de Sisimetres y que, tal vez, estaba relacionado con la zona sobre la que gobernaba (Schwarz, 1893: 83-84; Berve, 1926: 2.354-2.355). Sin embargo, Bosworth, 1981, ha argumentado que uno y otro son individuos distintos. **47.** Lane Fox, 1974: 320, lo define acertadamente como «uno de los episodios más tergiversados de la

vida [de Alejandro]». 48. Arr., 4.12.1-2. Hay quien ha identificado a este Leónato con el hijo de Antípatro de Egas. A mi juicio, el culpable de aquella ofensa sólo pudo haber sido un hombre de posición muy elevada, por lo que creo que debió de ser Leónato el *Somatophylax*, hijo de Anteas. La misma historia es contada por Curc., 8.5.22-6.1, con Poliperconte como protagonista, pero éste se hallaba ausente de la corte por aquel entonces. Véase Heckel, 2006a: 148, 227, incluyendo notas. El grado de humillación del persa en su saludo reflejaba su posición como súbdito conquistado, sin relación social ni de parentesco con el gobernante. Esto no significa que Alejandro obligara a sus macedonios a rendirle una pleitesía similar, y, de hecho, tampoco tardó en establecer una jerarquía nueva para sus más distinguidos súbditos persas. 49. Hdt., 1.134. Aunque Heródoto sólo reserva el término *proskynein* para el último de esos casos, está claro que el proceso de la *proskinesis* los abarcaba todos. La última forma era la más conocida y la que más repulsa generaba entre los griegos. 50. Un ceremonial que evitaban recurriendo a artimañas o a través de la intermediación del *hazarapatish* persa (que cumplía las funciones de *eisangeleus*). Véase, por ejemplo, Eli., *VH*, 1.21 (aplicado a Ismenias el Tebano); Nepote, *Con.*, 3.3. 51. Curc., 8.7.1. En cuanto al episodio de Hermolao, véase Heckel y Yardley, 2004: 250-256. 52. Curc., 8.7.13. 53. Curc., 8.8.13, traducido (al inglés) por J.C. Yardley. 54. Curc., 8.8.15, traducido (al inglés) por J.C. Yardley. 55. Véanse los comentarios finales en 8.8.20-23. 56. Curc., 8.5.5-6, traducido (al inglés) por J.C. Yardley, 1984: 187. Éste es uno de los pasajes en los que Curcio se dedica claramente a editorializar, como se desprende de la referencia al «control sobre las [...] lenguas [de los hombres]». Poco antes (8.4.30), Curcio emplea un lenguaje similar para referirse al matrimonio con Roxana: «aunque [...] destituidos ya [los amigos de Alejandro] de poder decir desnudamente lo que sentían con el escarmiento en que les tenía el suceso de Clito, no hacían más que aplaudirle, templando los semblantes a aquellos regocijos, como es característico de los hombres cuando más proclives están al servilismo». 57. Suele asumirse erróneamente que los detalles desagradables omitidos por Arriano tampoco habían sido recogidos originalmente por Tolomeo. Pero, de hecho, la *Historia* de Arriano era probablemente más apologética que las de sus fuentes (véase, en especial, Arr., 4.9.1, 12.6-7, 19.6). Véanse en Heckel, 1994, ejemplos de datos contradictorios en la obra de Curcio atribuibles al uso de fuentes diferentes. 58. Plut., *Alej.*, 44.4-6 = *FGrH* 125 F14, traducido (al inglés) por B. Perrin. 59. Véase Arr., 4.12.4-5. Lane Fox, 1974: 323, señala que Alejandro llevó a cabo el experimento «en privado y con unos pocos amigos seleccionados», y que todo salió a la perfección. Es de destacar, sin embargo, que algunos hombres

—como Crátero— no estuvieran presentes. Esto muestra que los seguidores de Alejandro estaban, cuando menos, divididos en relación con este asunto, pero que, en cualquier caso, había muchos que ponían los deseos de Alejandro y las expectativas de beneficios por delante de sus propios principios. Rogers, 2004: 179, sostiene que Alejandro intentó en dos ocasiones introducir la *proskinesis*, pero Arriano se limita a ofrecer dos versiones distintas del mismo episodio; la segunda, introducida como un *logos*, es la que ya había narrado Cares de Mitilene. **60.** Jen., *Anáb.*, 1.9.3-4. Sobre los pajes macedonios y el concepto de *somatophylakia*, véase Heckel, 1992: 237-298. **61.** Véase, por ejemplo, Barlow, 2000: 23-24. Ese papel de rehenes de los jóvenes aristócratas no era una mera formalidad. El rey Juan de Inglaterra sentenció a muerte a 28 de ellos en junio de 1212 por las acciones de sus padres galeses (Warren, 1997: 181). **62.** Hermolao era hijo del ilarca Sópolis. Entre sus compañeros de conspiración estaban Antípatro, hijo del sátrapa sirio Asclepiodoro, y Epímenes, hijo de Arseo, que era amante de Caricles, hijo del sátrapa lidio Menandro. Es interesante apuntar que tanto Sópolis como Asclepiodoro habían estado hacía poco en el campamento. Los otros conspiradores eran Sóstrato, hijo de Amintas, Filotas, hijo de Carsis, y Anticles, hijo de Teócrito. **63.** Véase Arr., 4.14.3: Tolomeo dijo que había sido torturado y ahorcado; Aristobulo coincide en términos generales con Cares, de cuya versión se hace eco Plut., *Alej.*, 55.9. Los apologistas tenían claramente la pretensión de hacer creer a sus lectores que Calístenes había tenido un juicio justo y no había muerto en cautiverio.

7. CONQUISTA DEL PUNJAB

1. De la geografía de Gandara puede encontrarse una descripción detallada en Stein, 1929; McCrindle, 1894, aunque algo anticuado, sigue siendo de utilidad. Sobre Peucelótide y Taxila, véanse Wheeler, 1976; Marshall, 1951; Badian, 1987, y Karttunen, 1990. **2.** Había indios de Gandara en el ejército de Darío que combatió en Gaugamela (Curc., 4.9.2; Arr., 3.8.3, 6; Diod., 17.59.4), pero no se nos facilita cifra alguna. Quince elefantes se enviaron desde la India (Arr., 3.8.6), lo que no es precisamente una gran aportación: por ejemplo, los asacenos se enfrentaron a Alejandro con una fuerza que comprendía 30 elefantes, y anteriormente, los *hyparchoi* locales habían llevado al rey 25 elefantes como regalo tras someterse a él. **3.** De todos modos, véase Briant, 2002: 756-757 y 1.027, a propósito de la flexibilidad de la administración persa en la zona. **4.** Seibert, 1985: 145. **5.** Arr.,

4.22.4. **6.** Arr., 4.22.7. Los batallones de Gorgias, Clito el Blanco y Meleagro; la mitad de los Compañeros y toda la caballería mercenaria. Sólo el contingente macedonio habría ascendido a cerca de 6.000 efectivos. **7.** Sobre los primeros tiempos de la carrera de Tolomeo, véanse Heckel, 1992: 222-227, y 2006a: 235-238; Seibert, 1969: 1-26, y Ellis, 1994: 1-16. **8.** Justino, 12.7.11; véase Yardley y Heckel, 1997: 242, con referencias a literatura anterior sobre el tema. **9.** Las localizaciones de estos asedios fueron determinadas gracias a las investigaciones topográficas de Stein, 1929. El reciente intento de Eggermont, 1984, de identificar Aornos con el monte Ilam no ha suscitado gran aceptación: el autor, en realidad, ignora el hecho de que el río (o sea, el Indo) fluía al pie mismo del baluarte (cf. Bosworth, 1995: 178-180). **10.** Curc., 10.1.20-21; cf. Heckel, 2006a: 2. **11.** Liddell-Hart, 1967: 21, la califica de «obra maestra de la oblicuidad». Latimer, 2003, ha escrito todo un libro sobre el «Engaño en la guerra», en el que ese tipo de maniobra —concentrarse en un punto y atacar por otro distinto— ocupa un lugar destacado. **12.** Tal vez resulte razonable preguntarse si Alejandro había intentado mientras estuvo con Taxiles acostumbrar los caballos de sus jinetes a los elefantes. Pero el hecho de que la caballería fuese utilizada principalmente en los flancos, lejos de los elefantes, sugiere que no, o que, cuando menos, los intentos de acondicionamiento de los caballos habían tenido un éxito limitado dado el poco tiempo disponible. **13.** Bosworth, 1995: 277-278, supone que Gorgias, Átalo y Meleagro ya no estaban con sus *taxies* y, por consiguiente, no podían haberse sumado a la batalla antes de que ésta empezara. **14.** En cuanto a las cifras de efectivos, véase el apéndice 2. **15.** Por el contrario, Bosworth, 1988a: 134, cree que, tras el motín del Hífasis, «Alejandro perdió prácticamente todo interés por la zona», una opinión que se hace eco de la de Lane Fox, 1974: 375: «El único beneficiado por aquella nueva situación de desesperanza fue Poro. Las "siete naciones y dos mil ciudades" entre el Jhelum y el Beas se añadieron así a su reino; desde el momento en que hubo que cancelar la marcha hacia el este, se perdió todo interés». Pero este argumento no explica por qué Alejandro había hecho entrega a Poro de diversos territorios *antes* de llegar al Hífasis y aun antes de cruzar el Hidraotes (Arr., 5.21.5). **16.** Fuller, 1955: 163. **17.** Lonsdale, 2004: 219. **18.** Sobre lo que sigue, véanse Spann, 1999, y Heckel, 2003. Diod., 17.94.3-4, añade que Alejandro trató de comprar la actitud conciliadora de sus tropas autorizándolas a saquear y prometiéndoles estipendios y bonificaciones para sus esposas e hijos. Sin embargo, Curc., 9.2.10, muestra que la requisa de todo aquel botín resultó contraproducente. **19.** Bosworth, 1996: 79. En mi opinión, esto se contradice con Diodoro cuando afirma que «pretendía llegar a la frontera con la India y,

cuando hubiera sometido a sus habitantes, recorrer el río corriente abajo hasta el Océano» (Diod., 17.89.5). Tal pretensión carecería de todo sentido si Alejandro hubiera creído realmente que el Océano estaba un poco más al este. Además, yo diría que por «India» se entendía en este caso el Punjab. **20.** Bosworth, 1996: 80. **21.** Diod., 17.95.4, menciona la llegada de refuerzos y material como si se tratara de una coincidencia; cf. Curc., 9.3.21. Pero si hubiera sido realmente así (y me cuesta creer que Alejandro no supiera que venían de camino o que no hubiera decidido ya emplearlos para el resto de la campaña india), no dejaría de ser extraño que los historiadores moralizantes no hubieran comentado nada al respecto de semejante ironía. Justo antes de relatar la llegada de todo ese equipo, Curcio comenta la muerte de Ceno diciendo: «y apenas hacía unos días que Ceno había pronunciado aquel dilatado discurso, ¡como si hubiese de ser sólo él quien volviese a Macedonia!» (9.3.20, trad. inglesa de Yardley). **22.** Resulta irónico que Kurke, 2004: 32, utilice el episodio del Hífasis para ilustrar lo que él califica de lección de liderazgo. «[Alejandro] convirtió la decisión del ejército en suya propia y, con ello, conjuró el motín, y sin que nadie viera en ningún momento que se retrajera de nada». No es de extrañar que «Beas» o «Hífasis» no figuren como entradas en el índice analítico de Bose, 2003, una obra subtitulada «Las lecciones intemporales de liderazgo del más grande constructor de imperios de la historia». **23.** Holt, 2003: 133, señala con acierto que «se nos ha mostrado la batalla entre Alejandro y Poro desde un punto de vista simbólico. Y, sin embargo, no hace falta que nos molestemos en buscar un texto antiguo en el que se relate exactamente esa escena». Holt comenta que Alejandro, «con gran astucia, felicitó a sus hombres por su valentía en la reciente batalla» (163), aunque yo me muestro un tanto escéptico ante la idea de que las «monedas que contienen la imagen del elefante nos han llevado todo lo lejos que podremos ir nunca en cuanto a conocer la verdadera forma de pensar de Alejandro Magno» (165). Véase también Bosworth, 1996: 6-9. Lane Fox, 1996, sostiene que las monedas fueron acuñadas en Susa a comienzos del 324, a más tardar, y que las letras BA (o AB, ya que se pueden leer en ambos sentidos) grabadas en el decadracma de Poro, así como la letra griega *xi* que figura en las monedas del elefante y el carro, hacen referencia a Abulites (sátrapa de Susiana) y a Jenófilo (*phrourarchos* de la ciudad). No entiendo muy bien por qué iba a escoger Abulites imágenes indias para sus monedas, cuando, precisamente, en el contexto de aquel año 324, habría sido más eficaz algún tipo de reconocimiento del dominio incontestable de Alejandro sobre el corazón mismo de Persia.

8. EL OCÉANO Y EL OCCIDENTE

1. Arr., 6.2.4 = Tolomeo (*FGrH* 138 F24). Para las cifras, véase el apéndice 2. 2. Curc., 9.7.14; cf. Briant, 2002: 757. 3. Plut., *Alej.*, 47.11. 4. Diod., 17.98.1, comenta que los sudracas contaban con 80.000 efectivos de infantería, 10.000 de caballería y 700 carros; Curc., 9.4.15, habla de 90.000 infantes, 10.000 jinetes y 900 carros, y Justino, 12.9.3, dice que eran 80.000 soldados de a pie y 60.000 a caballo. 5. Está de moda ubicar la ciudad de los malios en las proximidades de la actual Multan (véase, por ejemplo, Wood 1997: 199-200, haciendo gala de especial cautela), pero los malios (o malavas) vivieron al parecer en la ribera del río Hidraotes (Ravi), algo más arriba del punto en el que éste se unía con el Acesines (Chenab); sus aliados, los sudracas (Kshudrakas), ocupaban el territorio comprendido entre el Hidraotes y el Hífasis. Cf. Smith, 1914: 94-96. Sobre la campaña, véase Bosworth, 1996: 133-141. 6. En cuanto al escudo de Atenea, véase Arr., 6.10.1 (cf. 1.11.8). Los otros protectores del rey fueron Abreas (o Habreas), Limneo (también llamado Timeo) y Leónato; este último sobrevivió al ataque. Clitarco y Timágenes sostenían que Tolomeo, hijo de Lago, salvó la vida del rey en aquella ocasión y se ganó el título de Sóter (Salvador). 7. Arr., 6.12-13. Los rumores sobre la muerte en combate de Alejandro se difundieron por Bactria y Sogdiana, donde desataron un levantamiento protagonizado por mercenarios que tenían previsto regresar hacia el oeste (Curc., 9.7.1-11). 8. Arr., 6.28.4. 9. Cf. Pritchett, 1974: 215-217; sobre Dioxipo, véase Brown, 1977, esp. 88. 10. Para el duelo entre Córago y Dioxipo, véase Diod., 17.100.1-101.6; Curc., 9.7.16-26, y Eli., *VH*, 10.22. 11. Plut., *Alej.*, 51.4. 12. Plut., *Alej.*, 53.3-6. 13. Arr., 6.17.1-2; Clitarco, *FGrH* 137 F25, donde parece confundir los partidarios de Musícano con los de Sambo (así, Eggermont, 1975: 22-24). 14. Arr., 6.17.3 (6.15.5 es un burdo doblete). 15. Sin embargo, la figura de Pitón como sátrapa de Sind aparece atestiguada en los acuerdos tanto de Babilonia (323) como de Triparadiso (320). 16. En cuanto a la ruta, véase Casson, 1974: 60. No cabe duda de que también hubo implicaciones comerciales, ya que el área era rica en especias y maderas aromáticas. 17. Vemos de nuevo la diferencia entre los aspectos prácticos de la campaña y la leyenda que se desarrolló posteriormente. En cuanto a la preocupación de Alejandro por la suerte de la flota, véase Arr., 6.21.3, 23.1-2, 23.4-6. Cummings, 2004: 400 n.1, comenta: «Por supuesto que Alejandro deseaba mantener contacto con la flota; había otros planes más lógicos que, de haberse ejecutado, habrían hecho innecesaria aquella desastrosa marcha». Ahora bien, Cummings no explica qué habría supuesto cualquiera de esos planes alter-

nativos y resta importancia a las dificultades de aprovisionar a una flota de gran tamaño. Véase una útil corrección de ese punto de vista en Engels 1978: 116-117. **18.** Destaco, a modo de ejemplo, las sensatas observaciones de Rogers, 2004: 233-234, sobre el tema. **19.** Arr., 6.21.3, 23.1-2, 23.4-6, 24.2-3. **20.** Langley, 1996: 198; cf. Crow, 1992: 450, quien señala que sufrir las penalidades de una marcha puede tener un efecto unificador. Sobre Aqaba, véase Graves, 1928: 191-211. **21.** Smith, 1914: 102 n.1. **22.** Harlan, 2005: 7. **23.** Arr., 6.24.1; Plut., *Alej.*, 66.7. **24.** Consúltense cifras en el apéndice 2. **25.** Arr., 6.26. 4-5. **26.** Mierow, 1966: 80-81. **27.** Véase Fuller, 1955: 169-173, basándose en los datos de M. Gustavus Alderfeld. Vale la pena destacar que Clausewitz compara frecuentemente a Carlos XII con Alejandro Magno (véase esp. Clausewitz, 1993: 221 y 712; cf. 210). **28.** Plut., *Alej.*, 66.7; Diod., 17.105.8, y Curc., 9.10.22 (basándose todos en la misma fuente primaria, que, al parecer, podría ser Clitarco), explican que los sátrapas respondieron enviando abundantes suministros. Puede que esto fuera verdad sólo en parte. Que Abulites (sátrapa de Susa) no enviara provisiones, sino dinero, se debió seguramente a alguna petición específica que recibió después de que Alejandro concluyera su periplo por la Gadrosia (Plut., *Alej.*, 68.7). **29.** Plut., *Alej.*, 67.1-6; Diod., 17.106.1; Curc., 9.10.24-29. Cf. Bosworth, 1988a: 147: «Se trató fundamentalmente de una cuestión de terapia». **30.** Tal como reconoce Rogers, 2004: 236-238; los académicos han prestado una atención insuficiente a los equilibrados argumentos de Higgins, 1980, quien cuestiona la teoría de Badian, 1961 (pese a que ésta suele ser considerada como la opinión ortodoxa). **31.** Prescott, 1999: 528. Cuando se adopta y se mantiene el espíritu de la «teoría de la conspiración», todas las acciones del gobernante se entienden motivadas por la malicia y el ansia de eliminar rivales. Esto es aún más evidente en aquellos trabajos que tanto gustan de comparar a Alejandro con Hitler y Stalin, y que crean con ello una leyenda negra a propósito del rey y de la conquista macedonia (cf. recientemente con Hanson, 2001: 89: «Los estudiosos comparan a veces a Alejandro con César, Aníbal o Napoleón. Existen ciertas afinidades con cada uno de ellos, pero aún mejor sería equipararlo con Adolf Hitler, una comparación perturbadora que, sin duda, impresionará y molestará a la mayoría de estudiosos de la era clásica y helenófilos». Véase también Worthington, 1999, reimpreso (y quizás más accesible) en Worthington, 2003: 303-318). **32.** A propósito de los excesos de Hárpalo y de los generales, véanse Diod., 17.108.4, y Cure., 10.1.3-5. Alejandro se mostró particularmente hostil con los perpetradores de abusos sexuales (cf. Plut., *Alej.*, 22.1-4). Para Lane Fox, 1974: 411, sin embargo (y por extraño que parezca), Hárpalo era alguien «simpático». Sobre la Fuerza

Tigre, véase Sallah y Weiss, 2006. **33.** Alejandro reclamó el trono aqueménida por derecho de conquista, por haber castigado al usurpador Beso y, por último, por haber tomado como esposas a la hija de Darío III, Estatira, y a Parisátide, hija de Artajerjes III. William, sin embargo, tenía parentesco de sangre con la reina Emma y el hijo de ésta, Eduardo el Confesor. Pero afirmar que éste nombró a aquél como heredero suyo es, cuando menos, discutible. En cualquier caso, Guillermo nunca trató a Haroldo Godwinson como a un usurpador. **34.** Brown 1985: 178. **35.** Orderico Vital, ii.165 y siguientes; Chibnall, *CMH* IV[2] 2.199. **36.** Los ficticios «Últimos días y testamento de Alejandro» parten de la premisa de que Antípatro (tras ser vilipendiado por Olimpíade, la madre de Alejandro) mandó a su hijo, Casandro, a envenenar al rey para evitar el castigo de éste. **37.** Sobre Bagoas, véase Badian, 1958b. Tarn, 1948: ii.319-326, rechazó la existencia de Bagoas en un apéndice dedicado a la «Actitud de Alejandro con respecto al sexo», movido fundamentalmente por el deseo de negar que el Magno mantuviera relaciones homosexuales con el eunuco. No tenemos por qué dudar de la culpabilidad de Orxines, pero el relato de Curcio difiere probablemente del que se recogía en su fuente primaria. Sobre la reelaboración que hizo Curcio del material de sus fuentes, véase Heckel, 1994. **38.** El punto de vista de Berve, 1938, a propósito de esta supuesta *Verschmelzungspolitik* ha sido puesto en entredicho de forma bastante convincente por Bosworth, 1980a. **39.** Sobre la aristocracia persa y la posesión de territorios, véanse Briant, 2002: 335; Wiesehöfer, 1996: 71-75, y Brosius, 1996: 123-129. **40.** Plut., *Alej.*, 15.3-5. Trad. inglesa de B. Perrin, Loeb Classical Library. **41.** «A la hija de Cuesco, que era un gran cacique, se puso por nombre doña Francisca; ésta era muy hermosa para ser india»:* cap. LII. Warren, 1997: 34, llama acertadamente «*conquistadores*»** anglonormandos» a los enviados de Enrique II para la conquista de Irlanda, señalando que «tomaron como esposas a herederas irlandesas y establecieron sus propios principados para sí mismos». Aunque las novias aristócratas persas tenían dote (y tierras por viudedad), no está tan claro qué derechos de herencia (si es que tenían alguno) podían reclamar las novias persas de los *hetairoi* de Alejandro. **42.** Podríamos compararlo, también, con los participantes en la Primera Cruzada que vendieron o hipotecaron sus tierras para unirse a las expediciones a Tierra Santa. Muchos regresaron años después a Occidente, pero un número significativo de hombres de familias nobles adquirieron tierras en el Oriente latino.

* En español en el original.

** En español en el original.

Hoy está ya desacreditada la idea de que los cruzados eran hijos segundos que, sin esperanza de obtener herencias en su propio país, buscaban un patrimonio en Oriente (véase Tyerman, 2004: 140). Pese a todo, para un grupo central de ellos, sí que es cierto que la creación de nuevos reinos y la toma de posesión de las tierras conquistadas supusieron una compensación adecuada para los sacrificios económicos padecidos al inicio de la expedición y durante el desarrollo de ésta (véase más al respecto en Tibble, 1989; también en France, 2005: 53-57). **43.** Véase Heckel, 2006a: 21, «Amastris». **44.** De igual modo que Enrique I, hijo de Guillermo el Conquistador, eligió como esposa a Edith (cuyo nombre cambió por el de Matilda), cuyos ancestros se remontaban a Alfredo el Grande. En este caso, no estaban presentes las mismas connotaciones interraciales, pero las consideraciones políticas eran parecidas. «El propio rey Enrique I se había empeñado en emparentar la casa ducal normanda con la de los antiguos reyes ingleses contrayendo matrimonio con una mujer joven de la estirpe real de los sajones occidentales» (Hollister, 2001: 9). Gonzalo Pizarro fue animado de forma parecida por sus seguidores a proclamarse «rey» del Perú y a reforzar esa proclamación casándose con la *Coya*, es decir, la reina inca legítima. (Prescott, 1998: 578, citando a Gomara y al Inca Garcilaso de la Vega.) Él no siguió ese consejo. Hasta qué punto aquello contribuyó a su fracaso final es algo que no podemos determinar. **45.** Arr., 7.6.2. Lane Fox, 1974: 323, hace un comentario similar a propósito de la actitud de los *hetairoi* de Alejandro con respecto a la introducción de la *proskinesis*. **46.** Brosius, 2003: 179. **47.** McLynn, 1998: 310. Allen, 2005: 150, señala que los matrimonios con cónyuges persas «tenían la ventaja doble de abrir y difundir la exclusividad y la integridad de las familias persas del entorno de la realeza (clanes que, de otro modo, podrían producir pretendientes al trono de buena cuna, como Orxines), y, al mismo tiempo, vincular a los extranjeros con ese mismo estatus heredado». **48.** Arr., 7.11.8, menciona a aquellos que «voluntariamente querían regresar» y cita su inutilidad para el servicio militar como un motivo más de esa voluntad de retorno. Así pues, los lazos con las familias formadas en Asia y la sensación de que no serían bienvenidos en Macedonia debieron de ser factores decisivos para muchos de ellos. **49.** Arr., 7.6.5. Véase el exhaustivo análisis de Brunt, 1963.

9. EL LARGO CAMINO DE SUSA A BABILONIA

1. Su desilusión evoca las palabras de los conquistadores del Perú, quienes, al tener noticia de que se habían publicado nuevas leyes que limitaban su riqueza y

su capacidad de explotación de los indios, se lamentaron: «¿Ése es el fruto que obtenemos [...] de todo nuestro esfuerzo? ¿Para eso hemos derramado sangre como quien vierte agua? Quebrados ahora, al final de nuestras campañas, por las penalidades y los tormentos, ¿habremos de quedarnos tan pobres como cuando comenzamos?» (Prescott, 1998: 535). **2.** Las ordalías en las que las aguas de los ríos actuaban como árbitro de la culpabilidad o la inocencia de los condenados aparecían ya prescritas en el Código de Hammurabi. **3.** Arr., 7.11.8. Cf. Brosius, 2003: 193: «La celebración de festivales y banquetes religiosos griegos era una expresión de la dominación macedonia sobre la clase noble persa». Por otra parte, la de la pretendida «unión de la humanidad» es una noción tan profusamente rebatida y desacreditada que parece superfluo referirse incluso a las respectivas visiones de Tarn, 1933, y Badian, 1958a (véanse las lecturas en Worthington, 2003: 193-235). **4.** Diod., 17.108.4, menciona violaciones y otras conductas sexuales reprobables, pero su crimen más atroz fue la apropiación indebida del dinero del rey. **5.** Sobre este episodio, véase Arr., 3.6.7. **6.** Se dice que en el campamento macedonio se representó una obra titulada *Agén*, de un tal Pitón de Catana o Bizancio. La comedia abordaba los honores concedidos por Hárpalo a su fallecida amante, la cortesana Pitionice, y el tratamiento dispensado a la sustituta de ésta, Glicera. Teopompo y Dicearco también proporcionaron otros relatos de las fechorías del tesorero. Sobre la vida y los crímenes de Hárpalo, véase Heckel, 1992: 213-221, y 2006a: 129-131. Sobre el impacto de su huida en la política griega y su relación con la posterior Guerra Lamíaca, véanse Jaschinski, 1981; Will, 1983: 113-127, y Blackwell, 1999. Sobre los casos relacionados con Hárpalo juzgados en los tribunales atenienses, véase Worthington, 1992, con bibliografía adicional. **7.** Bien a manos del espartano Tibrón (Diod., 18.19.2; cf. Estrabón, 17.3.21 C837), quien más tarde trataría de hacerse con Cirene para sí mismo, bien a manos de un sirviente de nombre Pausanias (Paus. 2.33.4-5). **8.** Véase Plut., *Alej.*, 74.2-6. Al parecer, Alejandro recurrió a la violencia física para escarmentar a Casandro por haber ridiculizado éste a los persas que le rendían *proskinesis* y, en otra ocasión, se negó a aceptar los argumentos del propio Casandro en defensa de su padre. Tal fue el impacto del trato que recibió de Alejandro que, en una ocasión posterior, muerto ya el rey, no pudo evitar Casandro que se le estremeciera el cuerpo al contemplar una estatua de aquél en Delfos. En cualquier caso, todas estas historias debieron de tener su origen en las guerras de propaganda desarrolladas durante las guerras de los Diádocos y deben ser leídas con bastante reserva. **9.** Esta situación fue propuesta ya en su momento por Higgins, 1980: 150. Sobre la muerte de Bálacro, véase Diod., 18.22.1. Sobre su matrimonio con Fila,

Heckel, 1987; Badian, 1988, y Bosworth, 1994. **10.** Sobre los orígenes y las actividades de los *argyraspides*, véase Heckel, 1992: 307-319. **11.** Heckel y Yardley, 2004: 86. **12.** Alejandro lo proclamó por vez primera en Susa. Unos 20.000 exiliados estaban presentes en Olimpia cuando fue hecho público allí hacia el final de julio o el comienzo de agosto del 324. **13.** Diod., 17.106.3; cf. 111.1. Es importante distinguir entre los «ejércitos de los sátrapas» y las tropas de las guarniciones; es evidente que Diodoro se refería a tropas excedentarias que habían sido utilizadas para anular los focos de resistencia. Las guarniciones se quedaron donde estaban, como bien evidencia la revuelta de las llamadas «satrapías superiores» (las situadas en torno a la Media) tras la muerte de Alejandro. **14.** Phillip Harding ha sugerido (en un trabajo inédito y presentado en 2002) que la medida podría haber sido parecida a aquellas concesiones multitudinarias de terreno con las que los generales romanos pretendían recompensar a sus soldados y, al mismo tiempo, conservar su lealtad. **15.** Habrá muchos, sin duda, que se sorprenderán de este punto de vista y lo considerarán simplista, y habrá también quien diga que Alejandro no pudo haber cometido un error de cálculo tan grave. Sin embargo, es posible que él estuviera convencido de que podía imponer una medida impopular como aquélla a los Estados griegos a pesar de la oposición que despertaría. Debemos tener en cuenta que la Guerra Lamíaca no se desató hasta después del fallecimiento del monarca y que no podemos verla como inevitable. **16.** Cf. Zahrnt, 2003. Esa perspectiva, sin embargo, no cuadra con los supuestos planes de Alejandro para dirigir su atención hacia el norte de África y Arabia. **17.** Para un buen análisis de la relación entre el Decreto de Exiliados y la Guerra Lamíaca, véase Dmitriev, 2004. Dado que, en el 318, Poliperconte (en nombre del inepto rey Filipo III) proclamó la «libertad de los griegos» para contrarrestar a los partidarios de Casandro, es muy posible que muchos de los mercenarios que combatieron en la Guerra Lamíaca en el 323-322 lo hicieran porque, muerto Alejandro, Antípatro no aplicó el Decreto de Exiliados en los Estados oligárquicos en los que se basaba su apoyo en el sur. Ahora bien, si algunos de los Estados que se unieron a la alianza helénica en el 323 habían derrocado ya a sus gobiernos oligárquicos, las fuentes no dan cuenta de ello. Queda por responder, no obstante, un difícil interrogante: ¿por qué querrían unos mercenarios que, en muchos casos, eran también exiliados políticos combatir por unos gobiernos que se estaban resistiendo a la aplicación de una medida de la que eran los más directos beneficiarios? **18.** Eli., *VH*, 2.19, 5.12, 9.37, recopilado y traducido (al inglés) en Heckel y Yardley, 2004: 221-222. **19.** Véanse, por ejemplo, las «conspiraciones» de Filotas en Egipto (Arr., 3.26.1; Plut., *Alej.*, 48) y de Hegéloco (Curc.,

6.11.22-29). **20.** Sobre la entretenida historia de la transcripción y el desciframiento del texto de Behistún a cargo de Henry Rawlinson, véase Adkins, 2004. **21.** Sobre la historia de las amazonas, sus fuentes y su significación, véase Baynham, 2000. **22.** Véase Reames-Zimmerman, 2001. **23.** Así, Plut., *Alej.*, 72.4. Los efectos de la campaña no pudieron ser muy duraderos, ya que cuando Antígono visitó la región en plena campaña contra Éumenes, volvió a topar con los coseos, que le pedían dinero a cambio de un salvoconducto. **24.** La idea de que pretendía convertir la Alejandría de Egipto en su capital es absurda, ya que la ciudad se hallaba tan distante del centro del imperio como Pela. Obviamente, Alejandría sí habría adquirido una posición más central en el caso de que Alejandro hubiese seguido adelante con sus planes para conquistar el norte de África (Diod., 18.4.4). **25.** Arriano (7.15.6) señala que ni Tolomeo ni Aristobulo mencionaron embajada alguna procedente de Roma. Este detalle parece ser un adorno posterior de la historia. **26.** Puede que éstos formaran el núcleo de la flota de Clito el Blanco en el 322. **27.** Sobre la fecha exacta de su muerte, véase Depuydt, 1997. **28.** Véase, por ejemplo, Oldach y otros, 1998, así como Marr y Calisher, 2003, para la hipótesis de la fiebre del Nilo occidental. **29.** Véanse Heckel, 1988, y Bosworth, 2000; ambos estudios hacen referencia a importantes obras y trabajos previos. **30.** Podría decirse que, en aquel momento, la decisión de Alejandro evitó otros problemas de índole política: véase Baynham, 1998b. **31.** Véase Heckel, 2002. **32.** Para más detalles sobre su papel en la historia de los primeros tiempos de los Diádocos (con referencias bibliográficas antiguas y contemporáneas), puede consultarse Heckel 1992 y 2006a: s.vv. **33.** Especialmente apropiada resulta la observación de Arthur Helps: «Es interesante apreciar hasta qué punto las grandes obras que aún aguardan materialización se niegan, por así decirlo, a ser hechas por hombres que disponen de la autoridad necesaria para hacerlas y, tras caérseles a éstos de las manos, pasan a ser cometido de otros hombres que, en el momento inicial de abordar esas empresas, se hallaban en una posición subordinada y tenían vedada toda posibilidad de desempeñar un papel destacado con respecto a ellas» (Helps, 1869: 35-36).

BIBLIOGRAFÍA

LAS FUENTES GRIEGAS Y ROMANAS Y SUS TRADUCCIONES

Los fragmentos de los historiadores perdidos han sido recopilados por F. Jacoby en su *Die Fragmente der griechischen Historiker* (*FGrH*), números 117-153 (a los que podríamos añadir autores como Teopompo, Diylo, Duris, Anaxímenes e Idomeneo), y también pueden encontrarse traducciones en Robinson, 1953 (al inglés), y en Auberger, 2001 (al francés). Véase también Pearson, 1960. Para una recopilación de fuentes supervivientes, ordenadas temáticamente, véase Heckel y Yardley, 2004. Pero no dejen de consultar Tania Gergel (ed.), *Alexander the Great. The Brief Life and Towering Exploits of History's Greatest Conqueror as Told by His Original Biographers* (Londres, Penguin, 2004).

El Libro XVII de Diodoro Sículo ha sido editado (con anotaciones de C. Bradford Welles) en la colección Loeb Classical Library, nº 422 (Cambridge, Massachusetts, 1963). En cuanto a Curcio Rufo, están los dos volúmenes de esa misma colección Loeb (números 368 y 369) editados por J. C. Rolfe (Cambridge, MA, 1946) y la traducción de J. C. Yardley publicada en Penguin (Yardley, 1984). En lo que respecta a Justino, véase J. C. Yardley (trad.), *Justin. Epitome of the Philippic History of Pompeius Trogus* (Atlanta, Scholar's Press, 1994); cf. Yardley y Heckel, 1997. La edición de Arriano para Loeb elaborada por I. Robson ha quedado superada por los dos volúmenes de P. A. Brunt (Brunt, 1976 y 1983). Existe, además, una traducción al inglés en Penguin, realizada por A. de Sélincourt, *The Campaigns of Alexander* (Londres, Penguin, 1971). Más fácilmente accesibles son las numerosas traducciones (al inglés) de la *Vida de Alejandro* (*Life of Alexander*) de Plutarco. Véanse, en concreto, I. Scott-Kilvert (trad.), *Plutarch. The Age of Alexander* (Londres: Penguin, 1973) y Robin Waterfield (trad.), *Plutarch. Greek Lives* (Oxford, 1998).*

* Véanse referencias de las obras de historiadores antiguos citados en este volumen que han sido traducidas al castellano en el apartado previo de «Abreviaturas». (*N. del t.*)

OBRAS CITADAS

ADAMS, 2003 — W.L. Adams, «The Episode of Philotas: An Insight», en W. Heckel y L. A. Tritle (eds.), *Crossroads of History: The Age of Alexander* (Claremont, CA, Regina): 113-126.

ADKINS, 2004 — Lesley Adkins, *Empires of the Plain. Henry Rawlinson and the Lost Languages of Babylon* (Nueva York, St. Martin's Press).

ALLEN, 2005 — Lindsay Allen, *The Persian Empire* (Chicago, University of Chicago Press).

ALONSO NÚÑEZ, 1992 — José Miguel Alonso Núñez, *La Historia Universal de Pompeyo Trogo* (Madrid, Ediciones Clásicas).

ANSON, 1981 — E.M. Anson, «Alexander's Hypaspists and the Argyraspids», *Historia*, 30: 117-120.

ANSON, 1989 — E.M. Anson, «The Persian Fleet in 334», *CP*, 84: 44-49.

ATKINSON, 1980 — J.E. Atkinson, *A Commentary on Q. Curtius Rufus'* Historiae Alexandri Magni, *Books 3 and 4* (Amsterdam, J.C. Gieben).

ATKINSON, 1994 — J.E. Atkinson, *A Commentary on Q. Curtius Rufus'* Historiae Alexandri Magni, *Books 5-7.2* (Amsterdam, Hakkert).

AUBERGER, 2001 — J. Auberger, *Historiens d'Alexandre* (París, Les Belles Lettres).

AUSTIN, 1993 — Michel Austin, «Alexander and the Macedonian Invasion of Asia: Aspects of the Historiography of War and Empire in Antiquity», en J. Rich y G. Shipley (eds.), *War and Society in the Greek World* (Londres, Routledge): 197-223.

BADIAN, 1958a — E. Badian, «Alexander the Great and the Unity of Mankind», *Historia*, 7: 425-444.

BADIAN, 1958b — E. Badian, «The Eunuch Bagoas: A Study in Method», *CQ*, 8: 144-157.

BADIAN, 1961 — E. Badian, «Harpalus», *JHS*, 91: 16-43.

BADIAN, 1963 — E. Badian, «The Death of Philip II», *Phoenix*, 17: 244-250.

BADIAN, 1975 — E. Badian, «Nearchus the Cretan», *YCS*, 24: 147-170.

BADIAN, 1976 — E. Badian, «The Deification of Alexander the Great», en *Center for Hermeneutical Studies in Hellenistic and Modern Culture, Colloquy 21* (Berkeley, Center for Hermeneutical Studies).

BADIAN, 1987 E. Badian, «Alexander at Peucelaotis», *CQ*, 37: 117-128.

BADIAN, 1988 E. Badian, «Two Postscripts on the Marriage of Phila and Balacrus», *ZPE*, 73: 116-118.

BADIAN, 2000a E. Badian, «Conspiracies», en A. B. Bosworth y E. J. Baynham (eds.), *Alexander the Great in Fact and Fiction* (Oxford, Oxford University Press): 50-95.

BADIAN, 2000b E. Badian, «Darius III», *HSCP*, 100: 241-268.

BARLOW, 2000 Frank Barlow, *William Rufus* (New Haven, Yale University Press; publicado originalmente en Londres, 1983).

BAYNHAM, 1995 E. J. Baynham, «An Introduction to the *Metz Epitome:* Its Traditions and Value», *Antichthon*, 29: 60-77.

BAYNHAM, 1998a E. J. Baynham, *Alexander the Great. The Unique History of Quintus Curtius Rufus* (Ann Arbor, University of Michigan Press).

BAYNHAM, 1998b E. J. Baynham, «Why Didn't Alexander Marry before Leaving Macedonia?», *RhM*, 141: 141-152.

BAYNHAM, 2000 E. J. Baynham, «A Baleful Birth in Babylon: The Significance of the Prodigy in the *Liber de Morte*—An Investigation of Genre», en A. B. Bosworth y E. J. Baynham (eds.), *Alexander the Great in Fact and Fiction* (Oxford, Oxford University Press): 242-262.

BERVE, 1926 H. Berve, *Das Alexanderreich auf prosopographischer Grundlage*, 2 vols. (Munich, Beck).

BERVE, 1938 H. Berve, «Die Verschmelzungspolitik Alexanders des Grossen», *Klio*, 31: 135-168.

BILLOWS, 1990 Richard A. Billows, *Antigonus the One-Eyed and the Creation of the Hellenistic State* (Berkeley, University of California Press).

BLACKWELL, 1999 Christopher W. Blackwell, *In the Absence of Alexander. Harpalus and the Failure of Macedonian Authority* (Nueva York, Peter Lang).

BLOEDOW, 1991 E. M. Bloedow, «Alexander the Great and Those Sogdianaean Horses: Prelude to Hellenism in Bactria-Sogdiana», en J. Seibert (ed.), *Hellenistische Studien. Gedenkschrift für Hermann Bengtson* (Munich, Beck): 17-32.

BLOEDOW, 2002 E. M. Bloedow, «On the Crossing of Rivers: Alexander's *diphtherai*», *Klio*, 8: 57-75.

BORZA, 1990 E. N. Borza, *In the Shadow of Olympus: The Emergence of Macedon* (Princeton, Princeton University Press).

BOSE, 2003 Partha Bose, *Alexander the Great's Art of Strategy* (Nueva York, Gotham Books).

BOSWORTH, 1973 A. B. Bosworth, «*ΑΣΘΕΤΑΙΡΟΙ*», *CQ*, 23: 245-253.

BOSWORTH, 1980a A. B. Bosworth, *A Historical Commentary on Arrian's* History of Alexander, vol. 1 (Oxford, Clarendon Press).

BOSWORTH, 1981 A. B. Bosworth, «A Missing Year in the History of Alexander the Great», *JHS*, 101: 17-39.

BOSWORTH, 1988a A. B. Bosworth, *Conquest and Empire. The Reign of Alexander the Great* (Cambridge, Cambridge University Press). [Trad. cast.: *Alejandro Magno*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.]

BOSWORTH, 1988b A. B. Bosworth, *From Arrian to Alexander* (Oxford, Clarendon Press).

BOSWORTH, 1994 A. B. Bosworth, «A New Macedonian Prince», *CQ*, 44: 57-65.

BOSWORTH, 1995 A. B. Bosworth, *A Historical Commentary on Arrian's* History of Alexander, vol. 2 (Oxford, Clarendon Press).

BOSWORTH, 1996 A. B. Bosworth, *Alexander and the East. The Tragedy of Triumph* (Oxford, Clarendon Press).

BOSWORTH, 2000 A. B. Bosworth, «Ptolemy and the Will of Alexander», en A. B. Bosworth y E. J. Baynham (eds.), *Alexander the Great in Fact and Fiction* (Oxford, Oxford University Press): 207-241.

BRIANT, 1999 P. Briant, «The Achaemenid Empire», en Kurt Raaflaub y Nathan Rosenstein (eds.), *War and Society in the Ancient and Medieval Worlds* (Cambridge, MA, Harvard University Press): 105-128.

BRIANT, 2002 P. Briant, *From Cyrus to Alexander. A History of the Persian Empire*. Traducido al inglés de la edición francesa (París, 1997) por Peter T. Daniels (Winona Lake, IN, Eisenbruns).

BROSIUS, 1996 Maria Brosius, *Women in Ancient Persia (559-331 B C)* (Oxford, Oxford University Press).

BROSIUS, 2003 Maria Brosius, «Alexander and the Persians», en J. Rois-

man (ed.), *Brill's Companion to Alexander the Great* (Leiden, E. J. Brill): 169-193.

BROWN, 1977 — T. S. Brown, «Alexander and Greek Athletics, in Fact and in Fiction», en K. H. Kinzl (ed.), *Greece and the Eastern Mediterranean in Ancient History and Prehistory. Studies Presented to Fritz Schachermeyr on the Occasion of His Eightieth Birthday* (Berlín, De Gruyter): 76-88.

BROWN, 1978 — T. S. Brown, «Aristodicus of Cyme and the Branchidae», *AJP*, 99: 64-78.

BROWN, 1985 — R. Allen Brown, *The Normans and the Norman Conquest* (Woodbridge, Boydell Press).

BRUNT, 1963 — P. A. Brunt, «Alexander's Macedonian Cavalry», *JHS*, 83: 27-46.

BRUNT, 1965 — P. A. Brunt, «The Aims of Alexander», *G&R*, 12: 205-215.

BRUNT, 1976 — P. A. Brunt, *Arrian. History of Alexander and Indica,* vol. 1 (Cambridge, MA, Heinemann).

BRUNT, 1983 — P. A. Brunt, *Arrian. History of Alexander and Indica,* vol. 2 (Cambridge, MA, Heinemann).

BURKE, 2002 — Brendan Burke, «Anatolian Origins of the Gordian Knot Legend», *GRBS*, 42: 255-261.

BURN, 1973 — A. R. Burn, *Alexander and the Middle East* (Londres, Penguin).

BURSTEIN, 1991 — S. M. Burstein, «Pharaoh Alexander: A Scholarly Myth», *Anc. Soc.*, 22: 139-145.

BURSTEIN, 2000 — S. M. Burstein, «Prelude to Alexander: The Reign of Khababash», *AHB*, 14: 149-154.

CARGILL, 1977 — J. Cargill, «The Nabonidus Chronicle and the Fall of Lydia», *AJAH*, 2: 97-116.

CARNEY, 1983 — E. D. Carney, «Regicide in Macedonia», *PP* 211: 260-272.

CARNEY, 2000 — E. D. Carney, *Women and Monarchy in Macedonia* (Norman, OK, University of Oklahoma Press).

CARNEY, 2006 — E. D. Carney, *Olympias, Mother of Alexander the Great* (Londres, Routledge).

CASSON, 1926 — Stanley Casson, *Macedonia, Thrace and Illyria* (Oxford, Oxford University Press).

CASSON, 1974 — Lionel Casson, *Travel in the Ancient World* (Londres; reimpreso en 1994).

CAWKWELL, 1976 G. L. Cawkwell, «Agesilaus and Sparta», *CQ*, 26: 62-84.

CAWKWELL, 2005 G. L. Cawkwell, *The Greek Wars* (Oxford: Oxford University Press).

CHIBNALL, 2000 Marjorie Chibnall, *The Normans* (Oxford: Blackwell).

CLAUSEWITZ, 1993 Carl von Clausewitz, *On War*, editado y traducido al inglés por Michael Howard y Peter Paret (Nueva York: Modern Library). [Trad. cast.: *De la guerra*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005.]

COMMAGER, 1995 Henry Steele Commager, *The Blue and the Gray* (Nueva York; reimpresión de la edición publicada en Indianápolis, 1950).

COULBORN, 1965 Rushton Coulborn (ed.), *Feudalism in History* (Hamden, CT; publicado originalmente en Princeton, NJ, por Princeton University Press, 1956).

CROW, 1992 John A. Crow, *The Epic of Latin America,* 4ª edición (Berkeley, University of California Press).

CUMMINGS, 2004 Lewis V. Cummings, *Alexander the Great* (Nueva York; publicado originalmente en 1940). [Trad. cast.: *Alejandro el Grande*, Buenos Aires, Peuser, 1946.]

DANDAMAEV, 1989 M. A. Dandamaev, *A Political History of the Achaemenid Empire*. Traducido del ruso al inglés por W. J. Vogelsang (Leiden, E. J. Brill).

DEPUYDT, 1997 Leo Depuydt, «The Time of Death of Alexander the Great: 11 June 323 B. C. (-322), ca. 4:00-5:00 PM», *Die Welt des Orients*, 28: 117-135.

DEVINE, 1994 A. M. Devine, «Alexander's Propaganda Machine: Callisthenes as the Ultimate Source for Arrian, *Anabasis* 1-3», en I. Worthington (ed.), *Ventures into Greek History* (Oxford, Oxford University Press).

DMITRIEV, 2004 S. Dmitriev, «Alexander's Exiles Decree», *Klio*, 86: 348-381.

DODGE, 1890 T. A. Dodge, *Alexander. A History of the Origin and Growth of the Art of War from the Earliest Times to the Battle of Ipsus 301 B. C, with a Detailed Account of the Campaigns of the Great Macedonian* (Boston; reimpreso en Nueva York: De Capo).

EDBURY, 1998 Peter W. Edbury, *The Conquest of Jerusalem and the Third*

Crusade. Crusade Texts in Translation (Aldershot: Ashgate).

EGGERMONT, 1975 P. H. L. Eggermont, *Alexander's Campaigns in Sind and Baluchistan and the Siege of the Brahmin Town of Harmatelia* (Lovaina, Leuven University Press).

EGGERMONT, 1984 P. H. L. Eggermont, «Ptolemy the Geographer and the People of the Dards», *OLP*, 15: 191-200.

ELLIS, 1994 Walter M. Ellis, *Ptolemy of Egypt* (Londres, Routledge).

ENGELS, 1978 Donald W. Engels, *Alexander the Great and the Logistics of the Macedonian Army* (Berkeley, University of California Press).

ERRINGTON, 1969 R. M. Errington, «Bias in Ptolemy's History of Alexander», *CQ*, 19: 233-242.

ERSKINE, 1989 A. Erskine, «The *pezevtairoi* of Philip II and Alexander III», *Historia*, 38: 385-394.

FARAGUNA, 2003 Michele Faraguna, «Alexander and the Greeks», en J. Roisman (ed.), *Brill's Companion to Alexander the Great* (Leiden, E. J. Brill): 99-130.

FAWCETT, 2006 Bill Fawcett (ed.), *How to Lose a Battle. Foolish Plans and Great Military Blunders* (Nueva York, Harper).

FLOWER, 2000 Michael Flower, «Alexander the Great and Panhellenism», en A. B. Bosworth y E. J. Baynham (eds.), *Alexander the Great in Fact and Fiction* (Oxford, Oxford University Press): 96-135.

FRANCE, 2005 John France, *The Crusades and the Expansion of Catholic Christendom, 1000-1714* (Londres, Routledge).

FREDRICKSMEYER, E. A. Fredricksmeyer, «Introductory Essay», en W. Heckel y L. A. Tritle (eds.), *Crossroads of History. The Age of Alexander* (Claremont, CA, Regina Books): 1-10.

FULLER, 1954 General J. F. C. Fuller, *A Military History of the Western World: From the Earliest Times to the Battle of Lepanto, Vol. 1* (Nueva York, Da Capo). [Trad. cast.: *Batallas decisivas en el mundo occidental y su influencia en la historia, vol. 1: desde los tiempos más remotos hasta la batalla de Lepanto*, Barcelona, Luis de Caralt, 1961.]

FULLER, 1955 General J. F. C. Fuller, *A Military History of the Western World, Vol. 2. From the Defeat of the Spanish Armada to*

the Battle of Waterloo (Nueva York, Da Capo). [Trad. cast.: *Batallas decisivas en el mundo occidental y su influencia en la historia, vol. 2: desde la derrota de la Armada Invencible a la batalla de Waterloo*, Barcelona, Luis de Caralt, 1961.]

FULLER, 1960 General J.F. C. Fuller, *The Generalship of Alexander the Great* (Nueva York, Da Capo).

GAEBEL, 2002 Robert E. Gaebel, *Cavalry Operations in the Ancient Greek World* (Norman, OK, University of Oklahoma Press).

GENIESSE, 1999 Jane Fletcher Geniesse, *Passionate Nomad. The Life of Freya Stark* (Nueva York, Random House). [Trad. cast.: *La nómada apasionada: la historia de Freya Stark, la última gran viajera*, Barcelona, Planeta, 2001.]

GOLDSWORTHY, 2003 A. Goldsworthy, *In the Name of Rome. The Men Who Won the Roman Empire* (Londres, Phoenix).

GRAINGER, 1991 John D. Grainger, *Hellenistic Phoenicia* (Oxford, Oxford University Press).

GRANIER, 1931 F. Granier, *Die makedonische Heersversammlung. Ein Beitrag zum antiken Staatsrecht* (Munich, Beck).

GRAVES, 1928 Robert Graves, *Lawrence and the Arabs* (Londres). [Trad. cast.: *Lawrence y los árabes*, Barcelona, Seix Barral, 1991.]

GRAYSON, 1993 A.K. Grayson, «Eunuchs in Power: Their Role in the Assyrian Bureaucracy», en M. Dietrich y O. Loretz (eds.), *Vom Alten Orient zum Alten Testament* (Neukirchen-Vluyn): 85-98.

GREEN, 1974 P. Green, *Alexander of Macedon* (Londres, Penguin).

GRIFFITH, 1979 G.T. Griffith, en N.G. L. Hammond y G.T. Griffith, *A History of Macedonia,* vol. 2 (Oxford, Oxford University Press).

HALL, 1989 Edith Hall, *Inventing the Barbarian. Greek Self-Definition through Tragedy* (Oxford, Oxford University Press).

HALL, 2002 Jonathan M. Hall, *Hellenicity. Between Ethnicity and Culture* (Chicago, University of Chicago Press).

HAMILTON, 1969 J.R. Hamilton, *Plutarch,* Alexander: *A Commentary* (Oxford, Clarendon Press).

HAMILTON, 1971 J.R. Hamilton, «Alexander and the Aral», *CQ*, 21: 106-111.

HAMILTON, 1985 J.R. Hamilton, «Alexander and His Ancestors», en Robin

Hankey y Douglas Little (eds.), *Essays in Honour of Agathe Thornton* (Dunedin: Department of Classics, University of Otago).

HAMMOND, 1980 N. G. L. Hammond, «The Battle of the Granicus River», *JHS*, 100: 73-88.

HAMMOND, 1983 N. G. L. Hammond, *Three Historians of Alexander the Great: The So-Called Vulgate Authors, Diodorus, Justin and Curtius* (Cambridge, Cambridge University Press).

HAMMOND, 1997 N. G. L. Hammond, *The Genius of Alexander the Great* (Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press). [Trad. cast.: *El genio de Alejandro Magno*, Barcelona, Vergara, 1998.]

HANSON, 2001 Victor Davis Hanson, *Carnage and Culture: Landmark Battles in the Rise of Western Power* (Nueva York, Doubleday). [Trad. cast.: *Matanza y cultura: batallas decisivas en el auge de la civilización occidental*, Madrid y México, Turner y FCE, 2004.]

HARLAN, 2005 Josiah Harlan, *A Memoir of India and Afghanistan* (reimpresión de la edición de 1842, Filadelfia).

HAUBEN, 1976 H. Hauben, «The Expansion of Macedonian Sea-Power under Alexander the Great», *Anc. Soc.*, 7: 79-105.

HECKEL, 1979 W. Heckel, «Philip II, Kleopatra and Karanos», *RFIC*, 107: 385-393.

HECKEL, 1980 Waldemar Heckel, «Alexander at the Persian Gates», *Athenaeum*, 58: 168-174.

HECKEL, 1982 Waldemar Heckel, «The Career of Antigenes», *SO*, 57: 57-67.

HECKEL, 1987 Waldemar Heckel, «A Grandson of Antipatros at Delos», *ZPE*, 70: 161-162.

HECKEL, 1988 Waldemar Heckel, *The Last Days and Testament of Alexander the Great: A Prosopographic Study*. Historia Einzelschriften, Heft 56 (Stuttgart, Franz Steiner Verlag).

HECKEL, 1992 Waldemar Heckel, *The Marshals of Alexander's Empire* (Londres, Routledge).

HECKEL, 1994 Waldemar Heckel, «Notes on Q. Curtius Rufus' *History of Alexander*», *AC*, 37: 67-78.

HECKEL, 1997 Waldemar Heckel, «Resistance to Alexander the Great»,

en L. A. Tritle (ed.), *The Greek World in the Fourth Century. From the Fall of the Athenian Empire to the Successors of Alexander* (Londres, Routledge): 189-227.

HECKEL, 2002 Waldemar Heckel, «The Politics of Distrust: Alexander and his Successors», en D. Ogden (ed.), *The Hellenistic World: New Perspectives* (Londres, Duckworth): 81-95.

HECKEL, 2003 Waldemar Heckel, «Alexander the Great and the "Limits of the Civilised World"», en W. Heckel y L. A. Tritle (eds.), *Crossroads of History. The Age of Alexander* (Claremont, CA, Regina Books): 147-174.

HECKEL, 2005 Waldemar Heckel, «*Syaspismos,* Sarissas and Wagons», *AC*, 48: 189-194.

HECKEL, 2006a Waldemar Heckel, *Who's Who in the Age of Alexander. Prosopography of Alexander's Empire* (Oxford, Blackwell).

HECKEL, 2006b Waldemar Heckel, «Mazaeus, Callisthenes and the Alexander Sarcophagus», *Historia*, 55: 385-396.

HECKEL Y YARDLEY, 2004 W. Heckel y J. C. Yardley, *Alexander the Great. Historical Sources in Translation* (Oxford, Blackwell).

HELPS, 1869 Arthur Helps, *The Life of Pizarro with Some Account of His Associates in the Conquest of Peru* (Londres, Bell and Daldy).

HIGGINS, 1980 W. E. Higgins, «Aspects of Alexander's Imperial Administration: Some Modern Methods and Views Reviewed», *Athenaeum*, 48: 129-152.

HILLMAN, 2004 James Hillman, *A Terrible Love of War* (Nueva York, Penguin).

HOFSTETTER, 1978 J. Hofstetter, *Die Griechen in Persien. Prosopographie der Griechen im persischen Reich vor Alexander* (Berlín).

HOLLISTER, 2001 C. Warren Hollister, *Henry I*, editado y completado por Amanda Clark Frost (New Haven, Yale University Press).

HOLT, 1988 Frank L. Holt, *Alexander the Great and Bactria* (Leiden, E. J. Brill).

HOLT, 2003 Frank L. Holt, *Alexander the Great and the Mystery of the Elephant Medallions* (Berkeley, University of California Press).

HOLT, 2005 — Frank L. Holt, *Into the Land of Bones. Alexander the Great in Afghanistan* (Berkeley, University of California Press).

JASCHINSKI, 1981 — S. Jaschinski, *Alexander und Griechenland unter dem Eindruck der Flucht des Harpalos*, tesis (Bonn).

KARTTUNEN, 1990 — K. Karttunen, «Taxila: Indian City and a Stronghold of Hellenism», *Arctos*, 24: 85-96.

KEIL, 1924 — J. Keil, «Der Kampf um den Granikosübergang und das strategische Problem der Issosschlacht», *Mitteilungen des Verein Klassischer Philologen in Wien*, 1: 15-19.

KENNEDY, 1988 — Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers. Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000* (Nueva York, Harper Collins). [Trad. cast.: *Auge y caída de las grandes potencias*, Barcelona, Random House-Mondadori, 2006.]

KERN, 1999 — Paul Bentley Kern, *Ancient Siege Warfare* (Bloomington, IN: Souvenir Press).

KIENAST, 1973 — D. Kienast, *Philipp II von Makedonien und das Reich der Achaimeniden*, Abhandlungen der Marburger Gelehrten Gesellschaft, año 1971, n° 6 (Munich).

KIERNAN, 1995 — Victor Kiernan, *The Lords of Human Kind. European Attitudes to Other Cultures in the Imperial Age* (Londres, Serif).

KUHRT, 1995 — A. Kuhrt, *The Ancient Near East: c. 3000-330 B. C.* 2 vols. (Londres, Routledge). [Trad. cast.: *El Oriente Próximo en la antigüedad*, Barcelona, Crítica, 2000.]

KURKE, 2004 — Lance Kurke, *The Wisdom of Alexander the Great* (Nueva York, Amacom).

LANE FOX, 1974 — Robin Lane Fox, *Alexander the Great. A Biography* (Nueva York, Dial Press). [Trad. cast.: *Alejandro Magno, conquistador del mundo*, Barcelona, El Acantilado, 2008.]

LANE FOX, 1996 — Robin Lane Fox, «Text and Image: Alexander the Great, Coins and Elephants», *BICS*, 41: 87-108.

LANE FOX, 2004 — Robin Lane Fox (ed.), *The Long March: Xenophon and the Ten Thousand* (New Haven, Yale University Press).

LANGLEY, 1996 — Lester D. Langley, *The Americas in the Age of Revolution, 1750-1850* (New Haven, Yale University Press).

LATIMER, 2003 — Jon Latimer, *Deception in War* (Woodstock y Nueva York, Overlook).

LEINGÄRTNER, 1968 Edmund Leingärtner (editor y traductor), Johann Georg Korb, *Tagebuch der Reise nach Russland* (Graz, Akademische Durck-u. Verlagsanstalt).

LEWIS, 1977 David M. Lewis, *Sparta and Persia* (Leiden, E. J. Brill).

LIDDELL-HART, 1967 B.H. Liddell-Hart, *Strategy*, 2ª edición revisada (Nueva York, Meridian).

LLOYD, 2000 A.B. Lloyd, «The Late Period (664-332 B. C.)», en Ian Shaw (ed.), *The Oxford History of Ancient Egypt* (Oxford, Oxford University Press): 369-394. [Trad. cast.: *Historia del antiguo Egipto Oxford*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2007.]

LOCK, 1977 R. Lock, «The Origins of the Argyraspids», *Historia*, 26: 373-378.

LONSDALE, 2004 David J. Lonsdale, *Alexander the Great, Killer of Men: History's Greatest Conqueror and the Macedonian Art of War* (Nueva York, Carroll & Graf).

MACINTYRE, 2004 Ben Macintyre, *The Man Who Would Be King. The First American in Afghanistan* (Nueva York, Farrar, Strauss, and Giroux).

MAIER, 1994 Christoph T. Maier, *Preaching the Crusades. Mendicant Friars and the Cross in the Thirteenth Century* (Cambridge, Cambridge University Press).

MARR Y CALISHER, 2003 J.S. Marr y C.H. Calisher, «Alexander the Great and West Nile Virus Encephalitis», *Emerg. Infect. Dis.*, 9: 1.599-1.603.

MARSDEN, 1964 E. W. Marsden, *The Campaign of Gaugamela* (Liverpool, Liverpool University Press).

MARSHALL, 1951 J. Marshall, *Taxila* (Cambridge, Cambridge University Press).

MASSIE, 1980 Robert K. Massie, *Peter the Great* (Nueva York, Random House). [Trad. cast.: *Pedro el Grande: su vida y su mundo*, Madrid, Alianza, 1987.]

MCCRINDLE, 1894 J. W. McCrindle, *Ancient India. Its Invasion by Alexander the Great* (Londres, Methuen).

MCLYNN, 1998 Frank McLynn, *Napoleon: A Biography* (Londres, Pimlico).

MERKELBACH, 1977 R. Merkelbach, *Die Quellen des griechischen Alexanderromans*, 2ªed. (Munich, Beck).

MIEROW, 1966 Charles Christopher Mierow (trad.), *The Deeds of Frede-*

rick Barbarossa, by Otto of Freising and his Continuator, Rahewin (Nueva York, Norton).

MILLER, 1997 M. C. Miller, *Athens and Persia in the Fifth Century B. C.* (Cambridge, Cambridge University Press).

MILNS, 1968 R. D. Milns, *Alexander the Great* (Nueva York, Pegasus).

MONTGOMERY, 1968 Mariscal Montgomery, vizconde de Alamein, *A Concise History of Warfare* (Londres). [Trad. cast.: *Historia del arte de la guerra*, Madrid, Aguilar, 1969.]

MORRISON, 2001 Gary Morrison, «Alexander, Combat Psychology, and Persepolis», *Antichthon*, 35: 30-44.

MÜLLER, 2003 Sabine Müller, *Mabtnahmen der Herrschaftssicherung gegenüber der makedonischen Opposition bei Alexander dem Grobíen* (Fráncfort del Meno, Peter Lang).

MURISON, 1972 C. L. Murison, «Darius III and the Battle of Issus», *Historia*, 21: 399-423.

MYSLIWIEC, 2000 Karol Mysliwiec, *The Twilight of Ancient Egypt: First Millennium B.C.E.*, traducido por David Lorton (Ithaca, NY, Cornell University Press).

NYLANDER, 1993 C. Nylander, «Darius the Cowardly King», en J. Carlsens y otros (eds.), *Alexander the Great. Reality and Myth* (Roma, Bretschneider).

OGDEN, 1999 D. Ogden, *Polygamy, Prostitutes and Death: The Hellenistic Dynasties* (Londres, Duckworth).

OLDACH Y OTROS, 1998 D. Oldach y otros, «A Mysterious Death», *NEJM*, 338: 1.764-1.768.

OLMSTEAD, 1948 A. T. Olmstead, *History of the Persian Empire* (Chicago, University of Chicago Press).

OMAN, 1991 C. Oman, *A History of the Art of War in the Middle Ages*, vol. 1 (Londres, Greenhill; publicado originalmente en 1885).

PARKE, 1933 H. W. Parke, *Greek Mercenary Soldiers from the Earliest Times to the Battle of lpsus* (Oxford, Oxford University Press).

PEARSON, 1960 L. Pearson, *The Lost Histories of Alexander the Great* (Filadelfia, American Philological Association).

PERRIN, 1895 B. Perrin, «Genesis and Growth of an Alexander-Myth», *TAPA*, 26: 56-68.

PONTING, 2004 Clive Ponting, *The Crimean War. The Truth behind the Myth* (Londres, Pimlico).

PRESCOTT, 1998 William H. Prescott, *History of the Conquest of Peru* (Nueva York, Random House). [Trad. cast.: *Historia de la conquista de Perú*, Boadilla del Monte, Antonio Machado Libros, 2006.]

PRITCHETT, 1974 W.K. Pritchett, *The Greek States at War*, vol. 2 (Berkeley, University of California Press).

REAMES-ZIMMERMAN, 1998 Reames-Zimmerman, «An Atypical Affair? Alexander the Great, Hephaistion Amyntoros and the Nature of their Reationship», *AHB*, 13: 81-96.

REAMES-ZIMMERMAN, 2001 J. Reames-Zimmerman, «The Mourning of Alexander the Great», *Syllecta Classica*, 12: 98-145.

RENAULT, 1974 Mary Renault, *The Persian Boy* (Londres, Penguin). [Trad. cast.: *El muchacho persa*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1998.]

RHODES Y OSBORNE, 2003 P.J. Rhodes y R. Osborne, *Greek Historical Inscriptions, 400-32 B. C.* (Oxford, Oxford University Press).

ROBINSON, 1953 C.A. Robinson, Jr., *The History of Alexander the Great*, 2 vols. (Baltimore, Johns Hopkins University Press; reimpreso en Kraus, 1977).

ROGERS, 2004 Guy MacLean Rogers, *Alexander. The Ambiguity of Greatness* (Nueva York, Random House).

ROOD, 2004 Tim Rood, *The Sea! The Sea! The Shout of the Ten Thousand in the Modern Imagination* (Londres, Duckworh).

ROYLE, 2000 Trevor Royle, *Crimea. The Great Crimean War, 1854-1856* (Nueva York: Palgrave).

RUNCIMAN, 1951 S. Runciman, *A History of the Crusades*, 3 vols. (Cambridge, Cambridge University Press). [Trad. cast.: *Historia de las Cruzadas*, 3 vols., Madrid, Alianza, 1985-1987.]

RYDER, 1965 T. T. B. Ryder, *Koine Eirene. General Peace and Local Independence in Ancient Greece* (Oxford, Oxford University Press).

SACHS, 1977 A. Sachs, «Achaemenid Royal Names in Babylonian Astronomical Texts», *AJAH*, 2: 129-147.

SACHS, 1990 K. Sachs, *Diodorus Siculus and the First Century* (Princeton, NJ: Princeton University Press).

SALLAH Y WEISS, 2006 M. Sallah y M. Weiss, *Tiger Force. The True Story of Men and War* (Boston).

SANCISI-WEERDENBURG, 1987 H. Sancisi-Weerdenburg, «Decadence in the Empire or Decadence in the Sources? From Source to Synthesis: *Achaemenid History*, 1 (Leiden): 33-46.

SCHWARZ, 1893 F. v. Schwarz, *Alexanders des Grossen Feldzüge in Turkestan* (Munich).

SEEL, 1972 O. Seel, *Eine romische Weltgeschichte* (Nuremberg).

SEIBERT, 1969 J. Seibert, *Untersuchungen zur Geschichte Ptolemaios' I* (Munich, Beck).

SEIBERT, 1985 J. Seibert, *Die Eroberung des Perserreiches durch Alexander den Grossen auf kartographischer Grundlage* (Wiesbaden).

SEIBERT, 1987 J. Seibert, «Dareios III», en W. Will (ed.), *Zu Alex. d. Gr.* (Amsterdam, Hakkert).

SEIBERT, 1998 J. Seibert, «"Panhellenischer" Kreuzzug, Nationalkrieg, Rachefeldzug oder makedonischer Eroberungskrieg?—Überlegungen zu den Ursachen des Krieges gegen Persien», en W. Will (ed.), *Alexander der Grosse. Eine Welteroberung und ihr Hintergrund* (Bonn): 5-58.

SEIBT, 1977 G. Seibt, *Griechische Söldner im Achaimenidenreich* (Bonn).

SHAY, 1994 Jonathan Shay, *Achilles in Vietnam. Combat Trauma and the Undoing of Character* (Nueva York, Schribner).

SHAY, 2002 Jonathan Shay, *Odysseus in America. Combat Trauma and the Trials of Homecoming* (Nueva York, Schribner).

SMITH, 1914 Vincent A. Smith, *The Early History of India from 600 B. C. to the Muhammadan Conquest Including the Invasion of Alexander the Great* (Oxford, Oxford University Press).

SPALINGER, 1978 A. Spalinger, «The Reign of Chabbash: An Interpretation», *ZÄS*, 105: 142-154.

SPANN, 1999 Philip O. Spann, «Alexander at the Beas: Fox in a Lion's Skin», en F. Titchener y R.F. Moorton, Jr. (eds.), *The Eye Expanded* (Berkeley: University of California Press): 62-74.

SPECK, 2002 Henry Speck, «Alexander at the Persian Gates: A Study in Historiography and Topography», *AJAH*, n.s. 1: 1-234.

STADTER, 1980 Philip A. Stadter, *Arrian of Nicomedia* (Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press).

STARK, 1956 Freya Stark, *Alexander's Path from Caria to Cilicia* (Nueva York, Harcourt, Brace and World, Inc.). [Trad. cast.: *La ruta de Alejandro: crónica de un viaje*, Barcelona, Alba, 2000.]

STEIN, 1929 Aurel Stein, *On Alexander's Track to the Indus* (Londres; reimpreso en Chicago, Ares Press).

STEWART, 1993 Andrew Stewart, *Faces of Power. Alexander's Image and Hellenistic Politics* (Berkeley, University of California Press).

TABACCO, 2000 Raffaella Tabacco, *Itinerarium Alexandri* (Turín: Leo S. Olschki).

TARN, 1933 W. W. Tarn, «Alexander the Great and the "Unity of Mankind"», *Proceedings of the British Academy*, 19: 123-166.

TARN, 1948 W. W. Tarn, *Alexander the Great,* 2 vols. (Cambridge, Cambridge University Press).

THERASSE, 1976 J. Therasse, *Quintus Curtius Rufos Index Verborum. Relevès lexicaux et grammaticaux* (Berlín, Georg Olms).

THOMAS, 2006 Carol G. Thomas, *Alexander the Great in His World* (Oxford, Blackwell).

TIBBLE, 1989 Steven Tibble, *Monarchy and Lordships in the Latin Kingdom of Jerusalem, 1099-1291* (Oxford, Oxford University Press).

TOUGHER, 2004 S. Tougher, «Social Transformation, Gender Transformation? The Court Eunuch, 300-900», en L. Brubaker y Julia M. H. Smith (eds.), *Gender in the Early Medieval World. East and West, 300-900* (Cambridge: Cambridge University Press): 70-82.

TRITLE, 2000 Lawrence A. Tritle, *From Melos to My Lai. War and Survival* (Londres, Routledge).

TRITLE, 2003 Lawrence A. Tritle, «Alexander and the Killing of Cleitus the Black», en W. Heckel y L. A. Tritle (eds.), *Crossroads of History. The Age of Alexander* (Claremont, CA, Regina Books): 127-146.

TRONSON, 1984 A. Tronson, «Satyrus the Peripatetic and the Marriages of Philip II», *JHS*, 104: 116-126.

TYERMAN, 2004 C. Tyerman, *Fighting for Christendom: Holy War and the Crusades* (Oxford, Oxford University Press). [Trad. cast.: *Las Cruzadas: realidad y mito*, Barcelona, Crítica, 2005.]

VAN WEES, 2004 Hans van Wees, *Greek Warfare. Myths and Realities* (Londres, Duckworh).

VOGELSANG, 2002 W. Vogelsang, *The Afghans* (Oxford, Blackwell).

WASHBROOK, 1999 D. A. Washbrook, «Orients and Occidents: Colonial Discourse Theory and the Historiography of the British Empire», en Robin W. Winks (ed.), *The Oxford History of the British Empire,* vol. 5: *Historiography* (Oxford, Oxford University Press): 596-611.

WARREN, 1997 W.L. Warren, *King John* (New Haven, Yale University Press; publicado originalmente en 1961).

WATERFIELD, 2006 Robin Waterfield, *Xenophon's Retreat* (Cambridge, MA: Belknap).

WHEELER, 1976 M. Wheeler, *My Archaeological Mission to India and Pakistan* (Londres, Thames and Hudson).

WIESEHÖFER, 1996 Josef Wiesehöfer, *Ancient Persia from 550 B. C. to 650 A. D.* (Londres, I. B. Tauris). [Trad. cast.: *Antigua Persia: historia de un imperio de la antigüedad*, Madrid, Acento, 2003.]

WILCKEN, 1967 U. Wilcken, *Alexander the Great,* traducido por G.C. Richards, con introducción de E. N. Borza (Nueva York, Norton).

WILL, 1983 W. Will, *Athen und Alexander. Untersuchungen zur Geschichte der Stadt von 338 bis 322 v. Chr.* (Munich).

WOOD, 1997 Michael Wood, *The Footsteps of Alexander the Great* (Berkeley, University of California Press).

WORTHINGTON, 1992 I. Worthington, *A Historical Commentary on Dinarchus* (Ann Arbor, MI, University of Michigan Press).

WORTHINGTON, 1999 I. Worthington, «How Great Was Alexander?», *AHB*, 13: 39-55.

WORTHINGTON, 2003 I. Worthington, *Alexander the Great: A Reader* (Londres, Routledge).

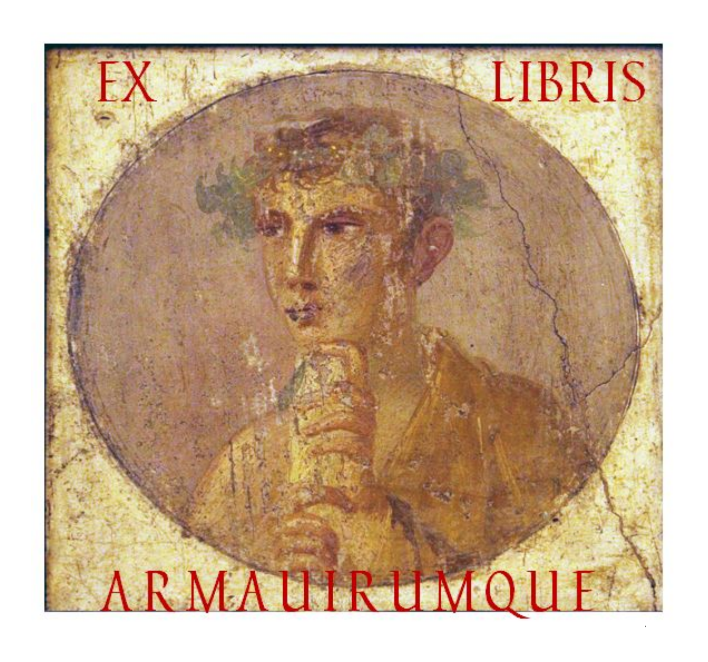
YALICHEV, 1997 Serge Yalichev, *Mercenaries of the Ancient World* (Londres, Constable).

YARDLEY, 1984 — J. C. Yardley (trad.), *Quintus Curtius Rufus. The History of Alexander*, introducción y comentarios de Waldemar Heckel (Harmondsworth: Penguin).

YARDLEY Y HECKEL, 1997 — *Justin: Epitome of the Philippic History of Pompeius Trogus. Books 11-12: Alexander the Great.* Traducción de J. C. Yardley, comentarios de Waldemar Heckel (Oxford, Oxford University Press).

ZAHRNT, 2003 — M. Zahrnt, «Versöhnen oder Spalten? Überlegungen zu Alexanders Ehrendekret», *Hermes*, 131: 407-432.

ZINSSER, 1996 — Hans Zinsser, *Rats, Lice and History* (Nueva York; Barnes and Noble; publicado originalmente en 1934).



ÍNDICE ANALÍTICO Y DE NOMBRES